

Mariana Palova

LA NACIÓN
DE LAS
BESTIAS

El Señor del Sabbath



THE MAGE'S
LANTERN

Mariana Palova

LA NACIÓN
DE LAS
BESTIAS
El Señor del Sabbath

LA NACIÓN DE LAS BESTIAS
El Señor del Sabbath

D.R. © 2017 Mariana Palova.
Diseño e ilustración de cubierta © 2017 Mariana Palova

Todos los derechos reservados.
www.lanaciondelasbestias.com

Nota Inicial de la Autora

La diversidad cultural y étnica, así como los acontecimientos históricos de este libro, están inspirados en sucesos, lugares y tradiciones reales, pero no representan mis creencias ni reflejan las de ninguna persona en particular; esta es una obra de ficción. Para una construcción más detallada de esta historia, realicé un viaje de investigación a Nueva Orleans en fechas del Mardi Gras. También, recibí las enseñanzas budistas de Geshe Tsering Palden en el centro budista tibetano Thubten Dhargye Ling, en Madrid, España.

La Nación de las Bestias es un libro autopublicado, por ende, no me respalda ni apoya ninguna casa o equipo editorial. Page in Black es un proyecto de diseño, así que la única manera en la que esta historia puede llegar a ser escuchada es gracias a tu propia voz, tu testimonio como lector. Comparte nuestro proyecto, difúndelo si te gusta, regálanos una reseña o calificación y, sobre todo, te incito a apoyar el trabajo local e independiente de tu país.

Bienvenidos a nuestra Nación.

*A mi familia.
Porque la familia no es importante.
Lo es todo.*

PRÓLOGO

De todas las cosas extrañas que hay en mí, solo hay tres que puedo contarle a la gente sin el temor de acabar recluido en un manicomio.

La más milagrosa: nací prematuro, habiendo estado solamente siete meses en el vientre de mi madre. La más preocupante: aprendí a caminar hasta la edad de cuatro años. Y la más extraña: nunca sueño. O, al menos, nunca recuerdo algo cuando despierto. Tan solo cierro los ojos y, horas después, vuelvo a la vida, escapando frenéticamente de ese trance placentero al que llamamos dormir.

Cualquiera diría que también es algo preocupante, pero con el tiempo me convencí de que si mis pesadillas me iban a asaltar estando despierto, por lo menos mi cerebro se esforzaría por dejarme descansar en cuanto caía rendido en la cama.

Solo hubo una ocasión en la que creo que tuve un sueño. Lo único que recuerdo es haber visto algo rojo frente a mí, con algunas grietas salpicando el color formando un mar de cicatrices oscuras.

Aunque esto me daba un profundo pavor, solo pude despertar cuando sentí unos brazos rodearme, los cuales me levantaron de golpe y me trajeron a uno de los recuerdos más claros de mi niñez.

Era una fría madrugada de marzo, cuando tenía tres años y aún no había podido dar mis primeros pasos. Si bien yo era muy pequeño en aquel entonces, dicen que los eventos más traumatizantes se quedan bastante frescos en la memoria, tanto así que recuerdo casi con exactitud el cómo mi maestro me sacudió sobre mi catre de paja, se guardó en el bolsillo el sobre de papel que yo siempre ponía bajo mi almohada, me envolvió en la desgastada cobija y, después, me arrancó de la habitación, corriendo como si se le fuese la vida en ello. Todo estaba oscuro, con las lámparas de los muros apagadas y la negrura de los pasillos llena de voces que susurraban por todos lados.

El anciano me sacó del antiguo edificio donde vivíamos y me metió a una cesta de mimbre, enganchada a la silla del único caballo que había en el monasterio, para después cubrirme con pergaminos y libros que horas antes habían estado en los altares donde pasé mis primeros años de vida. Al sentir el peso de aquellas cosas cayendo de golpe sobre mí y el frío calándome en los huesos, comencé a llorar. Mi tutor cubrió mi boca con su helada mano para tratar de silenciarme, haciéndolo con tanta fuerza que casi me ahoga. Me susurró palabras dulces, pero al ver que no podía calmarme y que el tiempo se le acababa, desistió.

Subió al caballo y el animal relinchó, echándose a correr mientras yo preguntaba entre gemidos y llantos hacia dónde íbamos. Escuché gritos a nuestras espaldas, giré la cabeza y vi que una espesa nube de humo comenzaba a elevarse sobre el monasterio. Seguí llorando, incapaz de entender lo que pasaba mientras mi tutor golpeaba al caballo con furia, haciéndolo ir más y más rápido.

Con el tiempo, comprendí que lo que hicimos en ese entonces fue huir por nuestras vidas.

El azote hacia la cultura tibetana por parte de China, el gran gigante rojo, por fin nos había alcanzado y nuestro santuario, un viejo y pequeño recinto de piedra metido entre las desoladas montañas del Himalaya, tardó en caer lo mismo que dura un latido.

Esa noche, mi maestro y yo emprendimos un largo viaje de más de cuarenta días en los que sufrimos un hambre y miedo capaces de enloquecer a cualquiera. Él era un viejo y experimentado monje budista, un perfecto ejemplo de calma y paciencia, por lo que supo ayudarme a enfrentar los

obstáculos a través de sus ánimos y oraciones. Más tarde que temprano, cruzamos la tosca frontera tibetana y llegamos a un campo de refugiados en la India.

Allí me encontré a salvo de los maoístas, pero la vida se volvió tan dura que todo el tiempo me preguntaba si no hubiese sido mejor haber muerto la noche del escape. Pasamos de estar en la tranquilidad de un humilde, pero pacífico recinto, a vivir apretujados en un diminuto campamento con más de dos mil personas y en condiciones que difícilmente podrían considerarse humanas.

Pero lo más desconcertante de todo es que nunca llegué a saber cuál había sido el verdadero motivo por el que, de entre todas las docenas de discípulos que tenía, mi maestro había decidido salvarme a mí, ya que apenas un año después de llegar a la India tanto él como toda la información sobre mi pasado quedaron enterrados en una deprimente fosa común.

La gente solía decirme que me había escogido porque, siendo yo un niño occidental, temía el futuro cruento que me depararía si llegaba a caer en manos de los comunistas... aunque yo siempre he preferido creer que fue porque me quería como a un hijo.

A partir de su muerte, un amigo suyo —otro monje budista— se encargó de criarme con un afecto mucho más frío y distante del que había entre mi viejo maestro y yo, lo que me hizo sentir que había perdido una vez más a un padre.

Mucho tiempo después, y aferrándome a un pasado desdibujado que anhelaba descubrir, caí en la cuenta de que aquella vida, aquel mundo desolado del que había formado parte por tanto tiempo, debía llegar a su fin.

Porque hoy, quince años después de mi escape a la India, es hora de huir de nuevo.

Primera Parte

UN MONSTRUO

ENTRE NOSOTROS

Capítulo 1
EL ABISMO PARPADEA

Una voz salida de una bocina me hace volver al presente, haciéndome caer en la cuenta de que llevo demasiado tiempo parado en el andador y estorbando a una manada de pasajeros que mueren por salir del pasillo de desembarque.

Avanzo y suspiro, apretándome un poco el puente de la nariz con mi índice y pulgar para ver si puedo drenar las dos enormes bolsas de agua que llevo colgando debajo de los ojos.

La verdad es que nunca me había subido a un avión antes; por lo tanto, el saber que mi cuerpo estaba siendo elevado a miles de metros sobre el suelo no fue la sensación más agradable del mundo. Gracias a eso, y a las constantes sacudidas del vuelo, no fui capaz de dormir más de un par de horas continuas, así que ahora me está costando hasta enfocar la vista.

Checaría mi reloj si tuviera uno, pero calculo que deben ser alrededor de las ocho de la mañana. Un bostezo lucha por salir de mi boca, pero lo contengo al percibir un montón de punzadas imaginarias ensartándoseme en cada rincón del cuerpo.

Miro a mi alrededor y me topo con varios pares de ojos posados sobre mí, por lo que bajo la vista y continúo mi camino, pasando con brusquedad al lado de los otros pasajeros sin siquiera pedirles disculpas.

No creo ser un maleducado ni nada por el estilo, pero después de un incómodo viaje de diecisiete horas y toda esa gente mirándome con demasiada curiosidad, no tengo humor como para sacar a relucir mis buenos modales.

Me formo en una cola para salir al vestíbulo, pero al ver que las personas a mi alrededor no dudan en alejarse de mí mientras arrugan la nariz, mis mejillas se encienden como dos trozos de carbón. Si hubiese sabido que en los aeropuertos siempre hay demasiada gente sin importar la hora, me habría esforzado en vestir algo menos llamativo. O, por lo menos, habría intentado tomar un baño antes de subir al avión.

Resignado, levanto la barbilla y peino la multitud de letreros que se alzan entre la gente para ver si puedo encontrar alguno que lleve mi nombre. Se suponía que alguien estaría aquí para recibirme puntualmente, pero no encuentro a nadie, así que acelero el paso y atravieso la enorme sala de desembarque para conseguir un lugar en la única hilera de asientos libres que tengo a la vista, justo en medio de dos atestados pasillos.

Estoy cansado, hambriento y hecho un manojo de nervios, lo que me lleva a preguntarme si ha sido una buena idea viajar a un sitio tan lejano yo solo. Las miradas ceñudas de la gente al verme y, tal vez, olerme, me hacen pensar que de hecho fue una decisión algo estúpida.

Me hago un capullo con mi túnica color mostaza tratando de no arrastrarla y, de paso, calentarme un poco. Estoy acostumbrado al calor infernal de la India, por lo que unos cuantos grados menos me provocan más temblores de los que quisiera. Y, para mi mala suerte, es una mañana inusualmente fresca de finales de septiembre.

Vaya forma de empezar una nueva vida. La verdad es que no culparía a quien me empiece a ver como algún tipo de loco, ya que no todos los días ves a alguien envuelto en algo que parece una cortina sacada del basurero. ¿Cierto?

Sujeto con firmeza mi único equipaje: un viejo y desgastado morral del tamaño de una pelota de fútbol, el cual protejo contra mi estómago temiendo con todo mi ser que me sea arrebatado de un momento a otro. Sé que a nadie le interesa lo que un extravagante y poco aseado viajero traiga en una bolsa que no vale ni doscientas rupias^[1], pero estoy tan habituado a los robos que mi instinto me hace aferrarme a mis escasas pertenencias como a un salvavidas.

Pasan diez minutos y, con un poco más de valor, saco el viejo reproductor de casetes que tengo oculto entre las bolsas de mi túnica. Me pongo los audífonos y escucho a una mujer dictar palabras en inglés que yo repito en voz baja una y otra vez.

Veo a la gente entrar corriendo al aeropuerto, cubiertos de pies a cabeza con chubasqueros y sombrillas que chorrean agua a borbotones gracias a la intensa lluvia. Según escuché en el avión, ella es la culpable de haber bajado la temperatura de una forma tan inusual para esta zona del país que, en estas épocas, suele ser calurosa.

Cuando otros diez minutos desfilan frente a mis narices, por fin me doy el lujo de bostezar. Dando por sentado que no voy a poder concentrarme en mis improvisadas clases de idioma, apago el aparato y busco en mi morral las instrucciones que mi tutor me dio antes de subir al avión que me trajo hasta este país, encontrándolas entremetidas en mi pasaporte. En el papel está la dirección a la que debo ir si la persona que quedó de recogerme no llega nunca, aunque la sola idea me pone los pelos de punta.

Cargo a costas únicamente quince dólares, una cantidad considerable de panfletos turísticos que ya leí al derecho y al revés y un inglés más bien raro en el que mi acento sale a relucir como un elefante en medio del tráfico, lo que dificulta que la gente de por aquí me entienda. Al menos, eso pensé cuando la aeromoza a cargo de mi vuelo prefirió comenzar a ignorarme antes de seguir intentando comunicarse conmigo.

Nunca he tenido problemas para hablarlo o entenderlo, pero estoy tan nervioso que mi lengua parece haberse olvidado de cómo pronunciar el inglés sin parecer un idiota, que de por sí el que se habla en la India ya es bastante raro.

Guardo todas mis cosas y vuelvo a poner la bolsa sobre mi estómago mientras el bullicio a mi alrededor se intensifica como una avalancha que amenaza con aplastarme. Desorientado, vestido como un payaso y más pobre que una casa hecha de latas, mi suerte me abandona casi con gracia. Y, para colmo, sigo sin ver mi maldito nombre entre un mar de letreros.

Un poco más irritado, y percatándome de que la gente prefiere matarse los tobillos de picazón antes que sentarse a mi lado, tomo valor para ir al baño de hombres que está a unos metros de mí con la intención de, como mínimo, lavarme la cara.

Entro y me topo con un sitio vacío y varios grifos de agua helada. Sin dejarme intimidar por el frío, me paso una buena cantidad de jabón para manos por el rostro y las axilas, tratando de no ponerme a temblar como una hoja. Una vez que me he convertido en una quimera asquerosa de cara limpia y cabello rubio revuelto y apelmazado, salgo del baño secándome con una toalla de papel que también empiezo a pasar por una preciosa mancha de comida que adorna el pecho de mi túnica.

Pero me detengo en seco al notar que lo único que me recibe en el pasillo es un absoluto silencio. Parpadeo un par de veces y, despacio, levanto la barbilla para mirar al frente; el pulso se me dispara al ver que el aeropuerto ha quedado completamente vacío.

Aprieto los labios y contengo el aire en mi pecho, temiendo que se escuche mi respiración. Sé que debo mantenerme tranquilo, sé que debo quedarme callado hasta que, de alguna forma, todo termine... pero mi instinto me hace girar la cabeza hacia el fondo del pasillo a mi derecha, por donde hace un momento estaban transitando decenas de personas. Aquel lugar está ahora en penumbras, como si las luces hubiesen reventado y la oscuridad se hubiese tragado hasta las paredes.

Las lámparas sobre mi cabeza tiritan y las mamparas de los anuncios publicitarios desaparecen, dejando en su lugar ventanas negras y vacías; pantallas que se asemejan a espantosos abismos.

Comienzo a escuchar murmullos. Son muy quedos y llegan hacia mí susurrando uno detrás del otro en lenguas que no puedo comprender, mientras la negrura toma fuerza a cada segundo transformándose en una profunda garganta de la cual brotan miles de voces que se abalanzan por mí. Mis ojos se abren hasta dolerme al tiempo que el terror se come mis huesos.

Aquella oscuridad *me está mirando*.

Un penetrante olor llega hasta mí, tan asqueroso como si me hubiese sentado en una pila de cadáveres putrefactos. Contengo un gemido y me cubro la boca con la palma tratando de aliviar una arcada de asco. Cierro los ojos con fuerza, deseando con toda mi alma que aquello termine... Que lo que sea que esté morando en las sombras, con quién sabe qué tantos ojos, lenguas y dientes, no se arrastre hasta aquí.

Pero los murmullos se incrementan hasta convertirse en gritos; montones de voces exclamando al mismo tiempo justo sobre mis oídos. Me aferro al marco de la puerta del baño y me tambaleo, mareado por el miedo y la repugnancia.

Mis tímpanos palpitan de dolor mientras la peste comienza a ahogarme. Quiero gritar, pero no quiero que sepan que estoy aquí, que estoy consciente de lo que está pasando. El abismo me habla, lo escucho cada vez con más claridad, su gorgoteo comienza a traspasar aquella boca de oscuridad.

Me echo hacia atrás, volviendo sobre mis pasos al interior del baño. Tiemblo.

—Señorita, ¿se siente bien? ¿Necesita ayuda?

Respingo al escuchar aquello justo frente a mí. Alzo la cabeza y me encuentro con un hombre de semblante inquieto, quien lleva un gafete en el pecho y lo que parece ser el uniforme de alguna compañía de transportes. Sin reparar en la forma en la que me ha llamado, doy un paso al frente para asomarme hacia el largo pasillo, el cual vuelve a estar repleto de gente. Aprieto los labios y dirijo la mirada hacia el tipo, quien ahora me ve como si me hubiese salido un ojo extra. Declino su invitación moviendo mi cabeza de un lado a otro y tratando de tranquilizarlo con una sonrisa acartonada, pero él solo pone una mueca igual de rara y se marcha a buen paso.

Trato de calmarme volviendo a mi asiento y empapándome de nuevo con el escándalo del aeropuerto; no lo consigo, puesto que el morral se me cae gracias a lo mucho que me tiemblan las manos.

Aprieto mi cara entre mis palmas y me reprendo una y otra vez por ser tan estúpido. ¿Cómo pude creer que si cruzaba medio planeta, iba a poder escapar de mis pesadillas?... Acabo de descubrir que me las he llevado encarnadas en la espalda, junto con el tortuoso pasado del que estoy intentando escapar.

Me revuelvo en el asiento. Y, a pesar de que no me repongo de mi amargo descubrimiento, la tediosa rutina de espera regresa más pronto de lo que puedo soportar. ¡Lo que me faltaba!

¡Asustado y desesperado!

Los minutos trotan tan despacio que ahora mi mayor preocupación es que se hayan olvidado de mí, ya que he estado esperando aquí por más tiempo del que le conviene a mis nervios. Estoy por levantarme para ir a buscar un taxi, cuando escucho el grito de una vocecilla chillona alzándose entre la multitud.

—¡Hola, hola! ¡Aquí!

A lo lejos, un hombre de tez rosada trota hacia mí, cubierto por un impermeable negro que salpica agua por todos lados y con una expresión que no puedo definir de otra manera más que *demente*. Casi lo veo moverse en cámara lenta, como una amenaza inminente disfrazada de una cara desencajada de felicidad.

Estoy a punto de huir como un gato asustado cuando veo que en el pecho del tipo cuelga un enorme letrero de cartulina naranja chillante. Mi nombre yace en él, escrito con letras llorosas.

—*Por los dioses...* —susurro en mi idioma natal.

—Eres Elisse, ¿verdad? ¿Tienes mucho esperándome? —pregunta, al tiempo que llega a mi lado y se aferra a mi brazo.

De un tirón me levanta de mi asiento, a lo que miro ese letrero de nuevo con la esperanza de haber leído mal y que este efusivo sujeto no sea el confiable hombre que se supone debía recogerme hace una hora. Pero no. Allí está mi nombre, grande y escandaloso como este tipo que me mira con ese par de canicas que tiene por ojos. Sonríe lo mejor que puedo y niego con la cabeza como respuesta a su pregunta, temiendo que me arranque el brazo de un momento a otro.

—¡Oh, lo sabía, por eso no me preocupé por darme prisa! —exclama con una blanca sonrisa, tan grande que parece que su cara se partirá en dos. Me arrebató el morral de los brazos y se lo echa al hombro—. ¿Tienes todo? ¿Sí? Vamos entonces, que aparqué el coche algo lejos y hay un tráfico infernal. ¡Solamente a ti se te ocurre venir en temporada de huracanes!

Ni siquiera alcanzo a protestar ya que, cuando menos me doy cuenta, el hombre me suelta para dispararse a trote, alejándose de mí a una velocidad inusual para la edad que aparenta. Alzo una ceja y suspiro, agotado, para después lanzarme tras él lo más rápido que puedo, mientras en mi mente queda una sola cosa clara: no tengo ni un par de horas aquí, pero ya me estoy empezando a arrepentir de haber venido a Nueva Orleans.

Capítulo 2
CRIATURAS HAMBRIENTAS



Parece ser que Elisse se ha traído un huracán a cuestas ya que, desde que puso un pie aquí, el soplo helado del mar ha comenzado a asomar su cabeza sobre la gran hechicera Nueva Orleans, con escupitajos de lluvia que amenazan con volverse una tormenta; como si el muchacho, más que un humano, fuese un presagio oscuro de lo que le depara a esta tierra bendecida por los espíritus.

Sacudo mis vértebras y me acuno en una de las tantas nubes que se arremolinan en el cielo solo para clavar mis ojos en la tierra. Si bien, desde hace siglos he permanecido despierto y vigilante sobre los habitantes de estas superficies pantanosas hasta el punto de saber casi con exactitud lo que piensan y sienten, por primera vez me doy el lujo de centrar mi atención solo en algo en particular: una camioneta *pickup* que se desvía del asfalto para introducirse en campo abierto, arrastrando la tierra húmeda bajo sus desgastadas llantas y salpicando su reluciente piel roja de lodo.

El camino está solitario, por ende no hay testigos de cómo el vehículo atraviesa una serpiente de púas sin sufrir un rasguño gracias a los imponentes dientes plateados que lleva en el hocico. Después, recorre a gran velocidad varios kilómetros dentro de la enorme propiedad, los suficientes como para dejar atrás los campos de cultivo y meterse en las áreas pantanosas de Nueva Orleans, mientras yo, convertido en el silencioso testigo de esta osadía, me deslizo por algunas gotas de lluvia y bajo a la tierra para moverme al lado del potente vehículo en un invisible camino de niebla, procurando quedarme muy cerca.

Veo que las ventanas de la camioneta comienzan a empañarse, mientras la enorme carga que yace en la cajuela da pesados saltos a cada bache, desparramando sobre el piso de metal un poco más de su pestilente contenido. Y por la forma en la que la nariz de Johanna se arruga como un acordeón, doy por sentado que la ligera lluvia no logra atenuar el olor.

Mi joven Johanna, mi pequeña de corazón violento y ojos gentiles, tú gruñes cada vez que te golpeas la cabeza contra la ventana gracias a los brincos del vehículo, aunque no te atreves a quejarte por eso. Sabes a la perfección que, aun si te rompes el cráneo contra el vidrio, nada será capaz de convencer a Nashua para dejar de prensar el pedal. El trabajo debe hacerse lo más pronto posible y, de preferencia, antes de que el olor de lo que traen atrás termine por desmayarlos.

Así que, después de casi cuarenta minutos de andar entre los apenas visibles caminos del pantano, tu compañero y tú se detienen en la orilla de una laguna rodeada de espesas cabelleras de maleza, intentando mantenerse lo bastante alejados como para no hundirse en el fango.

Leyéndome el pensamiento, las copas de los árboles se agitan con el viento, haciéndome un

gentil nido entre ellas. Trepo y me oculto entre las hojas que me envuelven con generosidad hasta hacerme sentir cómodo. Sé que no tengo necesidad de ocultarme de ti o del hombre que te acompaña, ya que mi presencia es solamente el eco de un mudo susurro, pero hay viejos hábitos que no me gusta olvidar.

—Creo que aquí podremos tirar a este cabrón —te dice Nashua, bajándose de un pesado salto para aterrizar sobre el lodo. La suciedad le salpica hasta las rodillas y lo hunde diez centímetros, pero no parece importarle demasiado, ya que todavía le sobra bastante cuerpo.

Ese joven nativo americano no podría pasar desapercibido aunque su vida dependiese de ello, ya que sus músculos, colinas perfectamente cinceladas, apabullan casi tanto como su metro noventa y siete de estatura. Tiene un rostro severo, la mandíbula cuadrada y la piel muy morena; rasgos heredados de su antigua sangre, esa que vengo observando desde que los primeros pobladores llegaron a este pantano. En una de sus muñecas se asoma un tatuaje complejo bajo la manga de la chaqueta, mientras que la otra está envuelta en una venda manchada por la sangre de una herida que surca su antebrazo.

—La siguiente vez me dejas conducir a mí —reclamas y, muy a pesar de que bajas con cuidado, no puedes evitar quedar hundida en la fosa de barro.

—¿Y llegar aquí hasta el *Mardi Gras*? Deja de quejarte y ayúdame con la lona —exige Nashua, bastante estresado.

Sacas de la guantera un largo cuchillo repleto de dientes junto con una bolsa de plástico, de esas que con tristeza veo nadar en los ríos como anémonas fantasmas. Caminas hacia la cajuela mientras te recoges el oscuro cabello, consciente de que te espera un largo y desagradable trabajo.

—Dios, noapestaba tanto cuando lo echamos aquí —te quejas, contemplando la lona negra que cubre el gigantesco e hinchado cadáver que yace en la camioneta.

Nashua quita aquella capa y la arroja a un lado, a lo que ambos descomponen sus rostros en una mezcla hilarante de asco y asombro; a pesar de que no lleva ni cuatro horas muerto, el cuerpo ya está en un avanzado estado de putrefacción, tanto así que ya se asoma un pequeño gusano blanco en una de sus fosas nasales.

Tragas saliva, incómoda ante el cadáver que ya no tiene apariencia de algo en concreto. Su gran cornamenta resalta entre la pila de piel y órganos derramados por el desgarramiento de su hinchado estómago, mientras el deforme rostro alargado ha quedado congelado en una mueca demasiado humana. Nashua sube de un salto a la cajuela mientras tú te quedas inmóvil, perdida en las desorbitadas cuencas oculares de aquella funesta criatura.

—No te pongas sentimental —te advierte tu compañero—, bien sabes que él no lo fue con nosotros.

Apunta hacia tu brazo, envuelto en una venda con el propósito de esconder tu propia herida palpitante. Te encojes de hombros y le pasas el cuchillo dentado a Nashua, quien comienza a serruchar los cuernos del cadáver como si fuesen las ramas de un árbol. Al terminar su tarea, los levanta frente a sus ojos y chasquea la lengua.

—No nos van a servir ni para venderlos —te dice—. Ya están porosos.

Los arroja fuera de la camioneta. Lo ves examinar el cadáver una vez más y, después de dibujársele una tenue sonrisa en el rostro, proceder a tomar a la criatura de los restos de la cornamenta cercenada. De un solo jalón, la arroja al fango como si se tratase de un simple costal de harina. Los intestinos se derraman a su paso, salpicando abundantes fluidos que te habrían bañado de no ser porque te has quitado a tiempo, dando un salto hacia atrás.

—¡Oye, ten más cuidado! —exclamas, a lo que el joven Nashua se limita a reír entre dientes, bajando de un salto y comenzando a jalar el enorme cadáver por las axilas hacia el pantano,

dejando tras de sí un rastro maloliente de sangre ennegrecida.

Yo sonrío, tan impresionado como orgulloso de la fuerza de este hombre, porque aquella criatura que lleva a rastras de seguro pesa más de cuatrocientos kilos.

Con la mirada vidriosa, tú sigues el camino de órganos embarrados en el suelo y la puerta de la cajuela, para después apretar los párpados hasta sacarte arañas de las comisuras. ¡Pobre de mi niña! Pareciera que sin importar cuántos cadáveres desfilen frente a tus ojos de niebla, nunca vas a poder acostumbrarte a la sangre y las vísceras.

—¡Trae esas tripas acá! —grita Nashua, divertido ante tus expresiones nauseabundas—. Si Tared ve que dejamos toda esta mierda en su camioneta, nos hará limpiarla con la lengua.

A sabiendas de que es más una advertencia que una broma, te arremangas la camisa, subes a la cajuela y comienzas a juntar los órganos sanguinolentos en la bolsa que has traído contigo, agrietándote la cara cada vez que las masas carnosas se te resbalan entre las manos.

Una nueva arcada sube a tu garganta al encontrar un dedo cercenado, yaciendo como el tallo de una planta en medio de un trozo de estómago. Sabes bien a quién pertenece, por lo que contienes el vómito detrás de tu campanilla y, con amargura, lo metes en el saco de plástico.

Nashua se introduce en el pantano, llenando sus piernas de lodo, hojas y agua. Al sentir que el fango se hace más espeso, alza el enorme cuerpo sobre sus hombros, importándole muy poco cuando la suciedad comienza a esparcirse por su chaqueta de gamuza. Lo ves avanzar lo más lejos que la poca firmeza del suelo le permite, para luego tomar impulso y arrojar con fuerza el cadáver a las aguas lodosas, el cual se hunde en un gran chapuzón.

A unos metros, la superficie se estremece en un vaivén de espinas dorsales; un par de colas de caimán nadan en dirección a donde el cadáver se ha hundido, haciendo sonreír a Nashua de pura satisfacción.

Momentos después, tú llegas hasta él, chapoteando y cargando la ahora pesada y chorreante bolsa de tripas. Mi corazón se encoge al verte dispuesta a arrojarla también al agua, pero la enorme mano de tu compañero se cierra en tu brazo.

—Johanna...

Ruedas los ojos, comprendiendo y, al mismo tiempo, sacándome un suspiro de alivio; no podría soportar ver más basura nadando en el pantano. Vacías los intestinos en las aguas, haces bola la bolsa de plástico y te la guardas en el bolsillo de tu chaqueta.

—Muy bien —susurra Nashua, palmeándote la cabeza con los dedos empapados en lodo y vísceras.

—¡AY, NASHUA! ¡Eres un cerdo! —exclamas, soltándole un manotazo mientras la suciedad baja por tu cabellera en espesos riachuelos.

Él se ríe con ganas, soportando los bruscos golpes que le propinas en el brazo. Después de burlarse de ti un rato, ambos regresan a la *pickup* roja para subir de vuelta la lona. Tanto él como tú están cansados y sucios hasta las orejas, aunque satisfechos con el trabajo y seguros de que no quedará rastro alguno del cadáver que vinieron a tirar.

Pero, a punto de subir a la cabeza del vehículo, se detienen en seco. Se miran mutuamente y con espanto, descubriendo el lodo, restos de vísceras y suciedad todavía frescos en el cuerpo del otro. Suspiras y yo siento un poco de pena porque, a pesar de sus intentos, terminarán limpiando al valioso monstruo de metal de la forma más desagradable posible.

Si me lo preguntasen, diría que la reserva natural aledaña a Nueva Orleans es uno de esos sitios místicos en los que uno puede encontrarse a sí mismo en el simple croar de una rana. Pero, por buenas razones, la gente que la administra y protege no permite paseos demasiado largos ni

campamentos dentro de su pantanosa belleza. Y esas razones van desde el extremo cuidado que tienen con las valiosas ciénagas hasta múltiples cicatrices provocadas a la naturaleza gracias a los visitantes irresponsables y los cazadores insaciables.

También hay lugares muy celados en los que ninguna persona puede entrar, salvo los protectores del parque y gente muy especial. Por ende, el refugio del pantano, construido en una frondosa zona al norte de uno de los enormes lagos de la reserva, puede considerarse tanto privilegiado como inaccesible a los turistas curiosos.

Y es justo allí a donde Nashua y tú se dirigen.

Los sigo en silencio por los senderos más firmes del pantano hasta verlos llegar a la espesura más extrema del bosque, en donde, luego de conducir por un buen rato, entran en un lejano claro que se abre después de un camino entre los árboles.

La aldea, como me gusta llamar al refugio, consiste en cinco viejas pero bien conservadas cabañas, acorazadas por muros de árboles que forman una planicie pequeña en la entrada. En medio de ella, hay una fogata de piedra, bastante grande y sólida. En la parte trasera de las cabañas, hay un espacio de tierra calva apenas a unos cuantos metros de la orilla del lago, donde una lancha de pesca yace amarrada al muelle de madera.

La camioneta anuncia tu llegada y la de Nashua al detenerse junto a la fogata, emitiendo un sonido arenoso al rodar sobre la terracería mezclada con grava. Sentado en un tronco caído, te sonríe Julien, un hombre con el cabello del color del otoño y barba de matorral que, con el pasar de los años, se ha convertido en mi criatura favorita de la aldea.

En cuanto Nashua abre la oreja del vehículo, Julien se pone de pie y se acerca para recibirlos, dándome la oportunidad de compararlos: aun cuando es siete centímetros más bajo que el joven nativo americano, su estatura sigue siendo tan intimidante como sus músculos, los cuales se abultan bajo su vieja sudadera.

—¡Hola! ¿Cómo les ha ido? —les pregunta, mostrando la mazorca de su boca en un perfecto despliegue de su habitual buen humor.

—Dar de baja a ese hijo de puta nos ha costado más de lo que hubiésemos querido —responde Nashua con la lengua filosa y sacudiéndose un poco la mezcla de tierra y sangre seca de sus ropas.

—Pero, por suerte, no nos topamos con nadie —agregas, acercándote a los dos.

—Ya veo —dice Julien en un suspiro—. Acá las cosas han estado tranquilas.

—¿Los guardaparques se dieron cuenta de algo? —preguntas con inquietud, mirando hacia los refugios de madera.

—No, al parecer nadie escuchó nada de lo que pasó aquí.

—Bueno, es algo... —murmuras.

—¿Y el abuelo Muata no ha predicho nada? —pregunta Nashua, a lo que el pelirrojo lo mira con la derrota acribillando su rostro.

—No. Se quedó completamente ciego en la madrugada, poco después de que ustedes se fueron.

—¡Carajo! —exclama el moreno con rabia, soltando un golpe estruendoso al vehículo que, horas antes, había tratado con tanto cuidado. Tú das un salto y Nashua mira perplejo la enorme hendidura que su puño le ha dejado al metal—. ¡Putra madre, lo que me faltaba!

Julien se ríe con descaro de la desgracia de su compañero, quien lo hace carraspear al instante con una fulminante mirada.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Si el abuelo muere... —Te muerdes los labios al darte cuenta de la gravedad de tus propias palabras.

El respetable anciano Muata, a pesar de estar transitando por su novena década con una tranquilidad pasmosa, cada día parece asomarse poco a poco a un umbral difuso para los vivos. Y

eso estaba resultando tan doloroso como inconveniente para todos los habitantes de la aldea.

—Voy a ver cómo se encuentra... —dices, pero la mano de Nashua se cierra como un grillete alrededor de tu muñeca.

—No, Johanna, tú ve con mamá a ver si necesita algo —te ordena y, a pesar de que tu garganta escuece por replicar, sabes que no tienes el valor de darle la contraria, así que asientes y acatas la orden como una mansa cría.

Tanto el nativo como yo no despegamos la mirada de tu espalda hasta que te vemos atravesar el umbral de la cabaña de aquella mujer a la que todos llaman «mamá», por lo que, después de escuchar un tremendo portazo tuyo, los ojos nocturnos del apasionado Nashua se desvían a la mano de Julien.

—¿Cómo sigue? —preguntas con inusual gentileza, clavando tu mirada en el ausente dedo anular izquierdo de tu compañero, en cuyo hueco yace ahora una bola de vendajes atiborrados de hierbas.

—No te preocupes, ya crecerá —bromea Julien, arrasando como una corriente todo rastro de amabilidad en tu cara.

—Eres un idiota —escupes—, te arrancan un dedo y actúas como si te hubiesen hecho un puto favor.

La ira vuelve a dominarte. Una pena, con lo mucho que me gusta tu rostro severo desmoronándose en calma; un privilegio reservado solo para aquellos que saben cómo ablandarte.

Julien se limita a encogerse de hombros, a lo que tú meneas la cabeza de un lado a otro en gesto de desaprobación. Das media vuelta y te alejas de él en dirección al refugio donde reposa el anciano Muata.

Suspirando, me lanzo a seguir tus pasos de cerca, ya que me interesa bastante lo que el viejo tenga que decir sobre esto. Te aproximas a la cabaña más vieja de las cinco y tocas la puerta con suavidad, componiendo tu gesto arrugado y entrando a la señal de un «adelante, muchacho».

Sin darte cuenta, me cierras la puerta en las narices, por lo que atravieso las grietas de la madera y me deslizo al interior de la cabaña. Te encuentro acercándote a tu bisabuelo Muata, quien yace sentado en una silla de ruedas y con el rostro clavado en la amplia ventana de su habitación, sometiéndose a la tenue luz que pasa a través de las nubes hinchadas de agua.

Lleva el largo y blanco cabello atado en una cola baja, mientras sus pupilas, antes oscuras, ahora yacen cubiertas por un delgado cristal azul, muestra evidente de su ceguera. A pesar de verse delgado y frágil como el tallo de una flor, conserva en su semblante una dignidad intimidante que encorva tu gruesa espalda.

Me deslizo por la pared y me impregno en el cristal de la ventana para poder mirar a tu bisabuelo de frente. Levanto la cabeza y la acerco a él, pero, para mi pena, no parece reconocer mi presencia. Tú te sientas a su lado y en el piso como un niño pequeño, permitiéndote sentir por unos instantes el tenue frío de la cercanía del viejo Muata.

—¿Cómo se encuentra, abuelo? —preguntas, omitiendo ese *bis* tan innecesario que pareciera alargar la distancia de la sangre.

—Desorientado, muchacho —te responde en una voz que casi parece un suspiro—. Nunca imaginé que al quedarme ciego perdería tanto de mis capacidades. Debo ser una carga pesada para la tribu ahora que no tengo ninguna utilidad.

—¡Abuelo, no diga eso! —reprendes con pasión, pero al darte cuenta de tu atrevimiento, bajas la cabeza, avergonzado—. Perdóneme, no quise hablarle así.

El anciano alarga la mano y te palpa, buscando tu hombro a tientas. Al encontrarlo, te da un apretón repleto de dedos raquíuticos que, más que dar una caricia, parecen aplicarte un

sometimiento.

—Siempre has sido mi chico de más confianza —dice, a lo que un inusual orgullo inflama tu pecho hasta hincharlo como el de un pavo—. Y eso poco o nada tiene que ver con que seas mi familia de sangre.

—Abuelo, no tengo palabras...

—Entonces no hables. Una lengua que habla sin propósito no merece ser escuchada.

Tú callas y bajas de nuevo la cabeza, buscando un respetuoso silencio que se prolonga como el caminar de un reloj. Tus ojos se pasean por los tablones del suelo, incapaces de posarse en el rostro de tu bisabuelo para descifrar qué tanto ha cambiado desde que Johanna y tú fueron a deshacerse el cadáver.

—¿Sabes? —La voz de Muata catapulta tu barbilla—. Dicen que cuando pierdes el sentido de la vista los demás se agudizan, pero acabo de descubrir que no siempre es así.

—¿Cómo?

—He perdido algo más que mi magia, muchacho. También estoy perdiendo mi capacidad para oír, para sentir. —Tu ceño se arruga hasta formarte una grieta en la frente, mientras ves cómo el anciano atrapa entre sus dedos el pequeño cráneo de cuervo que lleva colgado en el pecho—. A este paso, tardaré pocos meses en ser tan útil como un tronco caído.

—¡Impensable! —bramas—. ¡Lo necesitamos más que nunca!

—Lo sé, niño. Pero cuando la tierra llama, uno debe volver a ella. No hay de otra.

—¿Y qué haremos sin usted, abuelo? —El anciano suspira.

—Lo que los de nuestra sangre han hecho durante miles de años cuando pierden a una parte del *Atrapasueños*, muchacho. Coser los huesos —responde con una tranquilidad abrumadora, a lo que lo miras largamente, sosteniendo un gemido de frustración en lo alto de tu garganta.

—No diga esas cosas, nosotros...

El viejo levanta la palma para callarte. Después, esa misma mano viaja hacia la ventana para plantarse en el vidrio, justo delante de mi nariz. Mi cuerpo se echa hacia atrás para contemplar con fascinación la mirada apagada del viejo Muata, la cual parece cavar un agujero dentro de la mía.

—Antes de quedar envuelto en la oscuridad, pude tener un último presagio —dice, a lo que te pones de pie de golpe, mirándolo con los ojos inyectados en una sangre repleta de excitación.

—¿Otro invasor?

—Puede ser, muchacho, pero estoy tan dudoso de mis propias habilidades que espero, por nuestro bien, haber interpretado mal el mensaje —te responde, rodando su silla hacia atrás hasta toparse con el borde de su cama.

—¿Quiere que le diga a Tared que organice una búsqueda?

—No. No le digas a nadie esto que te estoy contando, mucho menos a él que ya tiene bastantes cosas de las cuales preocuparse.

Miras a tu bisabuelo con asombro mientras éste se levanta, tambaleándose ante la debilidad de sus piernas y palpando a su alrededor para orientarse en su propia oscuridad. No te atreves a mover un dedo para ayudarlo; sabes bien que asistirlo no hará otra cosa más que ofenderlo.

—Nashua —te llama, por fin sentándose en el acantilado de la cama—, puede que el huracán haya traído consigo algo más que lluvia y niebla. En la madrugada, antes de perder la vista, me despertó un intenso olor a hueso.

—¿Olor a hueso? —Mis vértebras se agitan al escuchar las palabras del anciano.

—Sí. Nunca había percibido algo así en mi vida, pero estoy seguro de que era hueso. Y eso no fue todo. También sentí cómo moría la sombra de un árbol muy viejo. Luego vi un ojo, enorme y

blanco, asomarse a través de un cristal y, después, una luna caer en una boca infinita que había brotado de las entrañas de la tierra.

—¿Tiene alguna idea de lo que significa, abuelo? —preguntas, perplejo.

—No —contesta, después de una pausa semejante a un suspiro—. Y no pude indagar más, ya que me quedé ciego después de tener tan horrible presagio. No sé qué es lo que se cierne sobre nuestra tierra, muchacho, pero mantente alerta, porque tal vez haya un monstruo entre nosotros.

Capítulo 3
FAMILIA DE DOS

—Oye, Elisse. —Despierto al sentir que mi hombro es zarandeado. Lucho contra el cansancio y miro la silueta borrosa de Carlton, quien apunta hacia mi ventanilla—. Hemos llegado.

Me tallo los ojos y enfoco la mirada a través del vidrio empañado, para luego ser invadido por una punzada de admiración. Aunque la lluvia dejó tras de sí una capa de niebla y un leve resplandor húmedo que ha empapado todo de matices grises, eso no es suficiente para opacar el encanto del vecindario.

El lugar está compuesto por una preciosa colección de casas elevadas^[2] que desfilan a ambos lados de la calle, todas con su respectivo porche y ático. Un montón de árboles y jardines de pasto cortado a la perfección adornan los frentes de cada hogar y algunos hasta tienen una bandera de los Estados Unidos sembrada en la tierra o colgada en un ventanal. La calle está casi vacía, a excepción de un perro que anda perdido a lo lejos.

Traigo a mi memoria las películas en blanco y negro que veía en la televisión comunitaria del campo de refugiados, en donde las cosas solían ocurrir en vecindarios muy parecidos a este, así que me imagino que las casas deben ser muy antiguas.

—¿Te gusta? —pregunta Carlton.

—Es...

—Estamos es uno de los barrios más deseados por las familias de la ciudad —interrumpe, dejándome con las palabras en la lengua—, ya que *Audubon Park* queda a muy pocas cuadras, justo por allá. —Señala hacia el fondo de la calle, donde no se puede ver nada gracias a la niebla—. Ven, estamos cerca —me dice, bajando de la camioneta de un salto.

Tomo la manija de la puerta para hacer lo mismo, pero una de mis cejas huye a mi frente cuando veo a Carlton rodear el auto para venir a mi ventanilla. Se para justo al lado, juguetea con sus llaves y cambia su mirada del suelo a mis ojos una y otra vez. El rostro se le pone rojo y la lengua le chasquea como si fuese una ardilla nerviosa, mientras yo lucho con todas mis fuerzas por no poner cara de fastidio.

Este hombre y yo tuvimos un mal comienzo. Al venir hacia acá hubo un pequeño incidente que, si bien a mí no me ha importado mucho, a él lo ha puesto tenso al punto de portarse de forma tan ambigua que no sé si intenta ser demasiado amable para remediar su metida de pata o demasiado grosero para terminar de arruinar las cosas.

Por su bien, espero que no esté pensando en algo como abrirme la puerta como todo un caballero, porque, de ser así, juro por lo más sagrado que me largo de vuelta a la India así tenga que cruzar el mar nadando.

Pero, para mi suerte, él se aleja apretando ese par de ojillos negros y agitando su cabeza medio

calva. Cargo mi morral y desciendo, cruzándome de brazos para tomar un poco de calor mientras camino a zancadas detrás de Carlton, chapoteando en los charcos y con la atención fija en todas y cada una de las cosas de esta calle.

Nunca había visto un sitio tan lindo y ordenado, así como un asfalto tan limpio, por lo que mi asombro de seguro me está contorsionando la cara en una expresión ridícula.

—Mira, es aquí —me dice, deteniéndose a un par de casas de la camioneta, la cual hemos estacionado frente a un lote vacío.

—Oh... —murmuro lo más bajo que puedo, tratando de que no se note mi... ¿Decepción? No, no es eso, es solo que esto es muy distinto de lo que me imaginaba. Estoy demasiado acostumbrado a las extravagantes construcciones religiosas de la India, por lo que el centro budista de Nueva Orleans me parece bastante simple: es una casa, común y corriente.

Aunque eso sí, a pesar de ser solo de una planta, tiene muy buen tamaño. Está pintada de amarillo pálido, sus amplias ventanas funcionan como escaparates y un enorme letrero azul resplandece en la entrada, rezando el nombre del lugar tanto en inglés como en tibetano, como para que no haya duda de que se trata de un sitio especialmente místico.

—En seguida te abro, Elisse, que esta puerta es algo mañosa.

Carlton se lanza hacia la entrada de madera blanca y comienza a forcejear con la cerradura, en tanto que yo me distraigo mirando al fondo de la calle, empapado por esa cortina húmeda que decolora las siluetas de las casas y los árboles.

Veo al perro perdido paseándose de un lado a otro, transformándose en una mancha amorfa a medida que se aleja. El estómago se me cierra, puesto que comienzo a imaginarme que aquello no es otra cosa que un espectro traslúcido vagando por la calle.

—¡Listo!

La voz de Carlton me regresa al asfalto, así que, reponiéndome del susto, lo sigo hasta la casa. Lo primero que me recibe en la entrada es la agradable tibieza de la calefacción, un crujiente suelo de madera y un pasillo de paredes color vino con una cortina roja al fondo.

Hay dos estancias a los lados del pasillo; la que está a la derecha es una cocina, mientras que en la que está a la izquierda, donde se supone que debería estar una sala, hay una ordenada tienda de objetos tibetanos.

Carlton me guía hasta ella. Al entrar al lugar, los colores rojo y dorado me dan de golpe en la cara mientras el dulce y familiar olor a incienso de sándalo entra de lleno en mi nariz, llevándome muy lejos de las macabras siluetas del exterior.

De las paredes cuelgan thangkás^[3], adornos tradicionales tallados en madera y banderillas tibetanas. En las estanterías hay cajas de incienso, estatuas de budas hechas de cobre, libros sobre meditación, discos de música oriental y todo lo que cualquier practicante de esta religión puede necesitar para inspirarse.

Por unos instantes doy una vuelta al pasado, pensando en borrosos recuerdos que tengo de mis primeros años en Tíbet. En la India no teníamos suficientes recursos como para que pudiésemos tener algo así como un altar decente, y mucho menos metido en una lodosa tienda de campaña, por lo que todo esto comienza a traerme una especie de sentimiento agridulce.

—Este... ¿Crees que puedas esperar aquí, por favor? —me dice Carlton, arrancándome de mi nostalgia—. Solo en lo que aviso a todos que ya has llegado. ¡Te juro que no tardo! —dice con innecesaria amabilidad, a lo que yo arqueo ambas cejas y me encojo de hombros.

El tipo va de vuelta al pasillo y rebota con torpeza sobre la madera con sus botas de hule, perdiéndose detrás de la cortina roja sin darme oportunidad para agradecerle por traerme hasta acá.

La incomodidad me provoca picazón en la cabeza, así que la rasco para aliviar mi malestar. «*Todos*» es una palabra que me pone nervioso. Nunca me ha sido fácil conocer gente nueva y el hecho de que la primera experiencia que tuve con este hombre no fuera muy agradable, tanto para él como para mí, es una prueba de ello, así que hago un chequeo rápido a mi repertorio de sarcasmos para asegurarme de que no dejaré salir ninguno de mi boca.

Miro hacia la ventana, encontrándome de nuevo con aquel vecindario frío perdido entre la niebla, contrastando de forma violenta con la calidez de esta casa y haciéndome sentir que, si doy un paso fuera de estos muros, seré tragado por lo que sea que more en la calle.

Un escalofrío amenaza mi espalda, por lo que ruedo los ojos hasta las estatuillas de los budas, sintiéndome observado por ellas. No es una sensación desagradable, al contrario, encuentro cierta calma en esos rostros dorados y apacibles. Y no porque representen a seres celestiales y compasivos, sino porque me recuerdan mucho a mi primer maestro.

Crecí rodeado de budistas, monjes y aprendices que practicaban una de las religiones más dulces de la tierra, pero aun así nunca me sentí parte de ese mundo. Admiré sus hábitos y su filosofía, pero tampoco he podido ser exactamente un ejemplo de paciencia y contemplación; tiendo a ser un tanto desobediente y a decir palabrotas más veces de las que debería, pero más allá de eso, creo que mi corazón —o mi lógica— nunca fue capaz de adoptar una fe.

Hay algo que no acabo de entender, tanto de las religiones como de mí mismo, que no me deja abrazarme al consuelo de que hay seres invisibles y piadosos allá afuera, observándonos y cuidándonos. Porque ninguna de las criaturas «invisibles» que yo conozco son misericordiosas. Ni por asomo.

Escucho voces acercarse por el pasillo, acompañadas de algunos abrir y cerrar de puertas. Me levanto y me asomo por el marco de la tienda hacia la cortina roja, con los puños crispados y los labios tensos, temiendo que brote una multitud por detrás de aquella tela.

Pero, para mi alivio, solo salen dos personas además de Carlton, siendo la primera de ellas un hombre que lleva en el rostro la expresión serena y dulce de un sol. Es casi tan bajito como yo, aunque tal vez me supera por más de cincuenta años de edad. Sus rasgos faciales son totalmente tibetanos, lleva la cabeza afeitada y porta una impecable túnica carmesí en cuyo bolsillo cuelga un rosario budista.

—Bienvenido, muchacho, ya te esperábamos —me dice en un inglés casi perfecto, a lo que me acerco a él a grandes zancadas, tomo su mano derecha entre las mías y me inclino hasta que mi frente toca sus dedos, haciendo un tradicional saludo de respeto.

Levanto despacio la mirada y vuelvo a toparme con su sonrisa. Estoy seguro de este hombre es Geshe^[4] Osel, buen amigo del tutor que me cuidó en la India después de la muerte de mi primer maestro y director de este centro desde que se vino a vivir a los Estados Unidos hace diez años, si no me equivoco. (A veces me pregunto si los monjes budistas no serán en realidad alguna especie de traficantes organizados, con eso de que hay tantos esparcidos por el mundo y todos parecen conocerse tan bien.)

La otra persona que ha salido es una mujer negra que ahora mismo me mira con un brillante entusiasmo por encima del hombro de Geshe. Su cabello un poco rizado y salpicado de canas me da pistas de su edad, mientras que su cuerpo rollizo da la apariencia de ser fuerte como un grueso árbol.

—¡Bienvenido, bienvenido! —exclama ella, mostrando sus blanquísimos dientes; mi amago de sonrisa en respuesta la hace dar un paso frente a Geshe.

De pronto, me veo encerrado en un potente abrazo que me estruja tanto la lengua como la capacidad de moverme; estoy tan sorprendido que las manos me columpian lánguidas a los

costados de mi cuerpo, mientras mi corazón se pone a trotar dentro de mi pecho por el sobresalto.

—Mi nombre es Louisa —dice, soltándose y dándose suaves golpes en el pecho con ambas manos, como si se estuviese presentando ante un niño pequeño—. ¡Me da mucho gusto conocerte, Elisse!

Su sonrisa crece hasta parecer una luna menguante sobre su rostro nocturno. Una repentina ternura me invade al ser observado por su intensa mirada, junto con un ligero arrepentimiento por no haber correspondido a su abrazo.

¿Quién tiene el corazón suficiente como para estrechar así a un maloliente desconocido? Carraspeo, inquieto ante el calor de su bienvenida.

—Muchas gracias —digo con timidez—, han sido muy amables. Y perdón, si les he dado molestias. —Mi acento me ha traicionado un poco; he enterrado demasiado las *erres* y alargado las *eses*, pero creo que he dicho todo bien.

—No tienes de qué disculparte, es un gusto hacerle un favor a mi buen amigo Palden, así que siéntete como en casa —me dice Geshe, refiriéndose al hombre que sustituyó a mi primer maestro. Sonríe con gentileza y me invita a pasar con un gesto de su mano.

No acabo de asentir cuando mi brazo es tomado por la señora Louisa, quien me conduce al otro lado de la cortina. Allí me topo con más trozo de pasillo y varias puertas a los lados. Hay una al fondo que lleva al jardín, hecha de cristal y con un letrero verde en lo alto de *salida de emergencia*.

—Aquí tienes el baño y la oficina, que también usamos de almacén —dice Carlton, apuntando hacia las puertas de la izquierda—. Y por acá...

Ahora abre una a la derecha. Dentro, me encuentro con una pequeña sala con muebles de cuero chocolate, paredes pintadas de suave color crema y distintas imágenes de los budas por aquí y por allá colgadas en preciosos tapices que de pronto parecen portales a mundos fantásticos.

Una enorme foto del Dalai Lama yace junto a una puerta más, mostrando aquella hermosa y pacífica sonrisa que pareciera ser sello de su encanto místico.

—Este cuarto —dice Carlton, dirigiéndose al lado de la foto— es el que utilizamos de templo, por así decirlo. Aquí es donde Geshe Osel da enseñanzas, ceremonias y cosas así. También tenemos clases de meditación y yoga para sacar algo de dinero extra para mantener el centro. Tú sabes...

—¡Oye, pero no creas que te vamos a dejar dormir en el sillón! —dice Louisa, tomándose de la muñeca y llevándose hasta la última puerta de la sala—. Esta es nuestra biblioteca.

Lo que veo allí me roba el aliento. Es solo un cuarto con un librero que ocupa toda una pared, pero el resto de los muebles es lo que me provoca picazón en los ojos: un camastro pegado al fondo y tapizado de cobijas, un buró y una lámpara pequeña, convirtiendo a este sitio en un improvisado dormitorio.

Miro sobre mi hombro al sentir dos sonrisas trepándose por la espalda. De pronto, el calor del cuarto se torna sofocante. Eso o el concepto de *nuevo hogar* me abochorna lo suficiente para quemarme las mejillas.

Cruzo el pasillo a la vez que acaricio el escaso vientre que tengo. Mi estómago aún se siente tan inflado como la cara de Carlton, por lo que rememoro en mi lengua los vestigios de hierbas y especias de los tres platos enteros de gumbo^[5] que devoré hace rato. Debería haberme controlado un poco, sobre todo si quería causar una buena impresión, pero no podía detenerme; no recuerdo cuándo fue la última vez que pude comer hasta sentirme satisfecho.

Sonríe un poco al pensar en los regaños que Louisa me dio por comerme el arroz con las manos

(el hecho de aprender sobre costumbres occidentales en libros y películas no quita viejos hábitos), pero estoy seguro de que lo hizo más por mi bien que porque le pareciera desagradable.

Aunque de carácter fuerte, me parece que Louisa también es una mujer muy dulce, por lo que me ha caído bastante bien. Demasiado, diría yo.

Geshe, por su parte, es muy amable y atento, así que también me he sentido bastante relajado en su presencia, cosa que no puedo decir de Carlton, pues a pesar de que decía unas dos o tres palabras, parecía haber estado desarrollando una creciente incomodidad a lo largo de la comida. Sobre todo al tener que mirarme...

Pero todos mis pensamientos se desvanecen cuando me enfrento a la penetrante oscuridad que yace en el interior de la sala. Tragando duro y manteniendo la mirada fija en la negrura, deslizo mis dedos por la pared y enciendo la luz, permitiendo que el resplandor amarillento rebote por las paredes.

Vacío. El lugar está vacío, a lo que libero un suspiro de alivio.

Cruzo la sala, ahora secándome el cabello con una pequeña toalla gracias al baño que acabo de tomar. Aspiro el aroma fresco que desprende todo mi cuerpo y sonrío, maravillado.

El tener acceso a agua muy caliente y limpia, un sitio privado para poder ducharme y, más sorprendente aún, jabón propio, me provoca una sensación de bienestar insuperable, como cuando llegas por fin a casa después de un largo viaje. Uno que, por cierto, me ha tomado quince años.

Entro a la biblioteca y contemplo la cama, incapaz de creermelo todavía que es para mí solo. Siendo objetivos, mi cuarto es pequeño, pero en comparación con la diminuta tienda donde compartía catre con otros cinco chicos es mucho más de lo que me esperaba.

Noto que me han dejado una tanda de ropa sobre el camastro, a lo que me da un vuelco en el estómago. Toda mi vida he usado túnicas monásticas debido a que era cuidado por un monje —sin mencionar lo baratas que son—, por ende, este paquete de pantalones de mezclilla, playeras y ropa interior logran llevarme muy lejos de aquel fantasma mostaza que por tanto tiempo ha cubierto mi enclenque cuerpo.

Acaricio con ensoñación los múltiples pares de botas al pie del mueble que, aun sin ser todos nuevos, superan por mucho a las agujereadas sandalias de tela que yacen ahora en el bote de la basura.

Me siento en la cama y echo fuera de mi cuerpo el entusiasmo en forma de un suspiro, el cual corto de golpe.

Siento que un peso ha caído del otro lado de la colchoneta. Giro mi cabeza despacio, pero al no encontrarme con nada, relajo la espalda y vuelvo a respirar.

—Ya cálmate, Elisse... —me digo a mí mismo, aplastándome la cara entre las manos. Regreso mis ojos a la fila de zapatos e intento sonreír, ya que todo mi mundo ha cambiado en un parpadear y de una manera que me parece demasiado buena para ser verdad.

Abro un cajón del buró para meter toda esta ropa y me encuentro con una pila de hojas mirándome desde allí. Levanto un puño y veo que tienen escritos los horarios de la tienda y las clases, una lista de las cosas que hay en la bodega y varias instrucciones de cómo mantener limpio el centro budista.

Mi tutor actual y Geshe Osel acordaron que, a cambio de vivir aquí y la nada despreciable cantidad de quince dólares a la semana, debo encargarme de atender este lugar de cabo a rabo.

Cuando supe que ese sería el trato no podía estar más entusiasmado, tanto así que el largo papeleo de trámites para poder mudarme a este país en calidad de refugiado y los montones de libros y películas que devoré para mejorar mi inglés fueron un mero entretenimiento.

No solo había conseguido la oportunidad de tener una vida nueva, de huir de mi pasado y, tal

vez, de mis pesadillas, sino que ahora podía por fin tener una posibilidad realista de emprender una búsqueda que he anhelado desde que era un niño.

Tomo mi morral y saco mi pasaporte. Mi única pertenencia realmente valiosa, una por la cual quemaría todas mis demás cosas si fuese necesario para conservarla, yace sobresaliendo del documento: una vieja fotografía envuelta en un sobre amarillento.

Dejo el sobre dentro del buró y centro mi atención en la foto. En ella hay una bella planicie, verde y espolvoreada de flores al pie de una montaña, con un hombre alto, rubio y de mirada tosca posando al frente. Sus penetrantes ojos, medio ocultos bajo un par de gruesas cejas, miran directo hacia la cámara, por lo que parece contemplarme desde el papel.

A primera vista parece un tipo bastante duro, pero cuando me veo a mí mismo envuelto en una cobija, tan pequeño que quepo en la palma de su mano, prefiero imaginar que mi padre era más bien un hombre que tal vez no estaba acostumbrado a mostrar sus sentimientos.

En el reverso de la foto se encuentra una fecha señalando el día en que se tomó: justo cuando fui entregado al monasterio en Tíbet, teniendo yo apenas un par de meses de nacido.

Mi padre me envió esto algunas semanas antes de la caída de nuestro refugio, por ende no tengo idea si continuó mandando cartas después de nuestra partida.

A pesar de que más de uno me ha querido convencer de lo contrario, estoy seguro de que nunca tuvo intenciones de abandonarme. Cuando me quedaba viendo esta foto hasta el punto de empañarme las mejillas de lágrimas —cosa que pasaba muy seguido— mi viejo maestro me repetía una y otra vez que mi padre estaba en un gran peligro (supongo que huía de los comunistas, como todo mundo en aquel entonces) y que por ello había tenido que dejarme en el monasterio con tal de ponerme a salvo de lo que sea que lo estuviese persiguiendo.

Mucha gente me pregunta qué demonios hacía un europeo cruzando el Himalaya tibetano y tan lejos del país occidental más próximo, pero no tengo ni la más mínima idea, ya que el único que sabía estas cosas era mi maestro.

Pero, aun así, tengo la esperanza de que mi padre aún esté en alguna parte de este país, ya que el sobre que me envió tiene pegado un desgastado timbre postal en donde se puede leer un diluido *Estados Unidos de América*. Eso y nada más.

Esto puede parecer una odisea absurda, pero desde que tengo memoria mi único anhelo ha sido volver a encontrarme con mi papá, así que en cuanto supe que mi nuevo tutor en la India tenía un amigo que vivía en los Estados Unidos, hice lo que pude para reunir tanto su simpatía como el dinero suficiente para un boleto solo de ida. Y eso, para un niño huérfano de un campo de refugiados, implicó largos años de esfuerzo, suerte y mucho, mucho cuidado para que no me robasen lo que iba ganando. Puse toda una vida de trabajo y esperanzas en este viaje aun cuando no sé por dónde empezar, todo por el sueño de volverme a encontrar con una persona a la que he amado desde que tengo uso de razón.

A la gente le gusta hablar de milagros. Yo, por lo general, me veo forzado a hacerlos crecer de la nada, y el hecho de que esté aquí, pisando suelo americano, es la prueba de ello.

Dejo la fotografía a un lado para contemplar el interesante piso, cansado ya de suspirar toda una vida. Hay muchas cosas que los hombres de mi edad desean, cosas que se pueden comprar en las tiendas, en las calles e incluso, en el cuerpo de otras personas, aunque... llámenlo soledad o desesperación, pero a veces el mundo tiene que tratarte de la peor manera para hacerte anhelar lo mejor que existe en él. Es por eso que siempre he querido una familia, aunque sea una conformada solamente por mi padre y yo, tanto así que he cruzado la mitad del planeta para buscarla.

Me recuesto en el camastro, dejándome ganar por el cansancio y dispuesto a dormir todo lo que me sea posible. Geshe me dijo que planean una cena más tarde con todos los miembros del centro

para darme la bienvenida, así que lo mínimo que puedo hacer es descansar lo suficiente como para recuperar algo de mi buen humor.

Tan solo espero que, lo que sea que me depare en este lugar, no sea peor que los demonios que me he traído en el bolsillo.

Capítulo 4
UNA APARIENCIA INUSUAL



Levanto la cabeza al sentir una extraña palpitación sacudir mi viejo esqueleto. Doy un vistazo a Elisse, quien yace tumbado como un cadáver y durmiendo profundamente a lo largo del camastro. Quito mi cola de sus tobillos y me bajo despacio para salir del cuarto, moviéndome en un sigilo innecesario hasta la tienda de la casa.

Trepo por la pared, por los retratos fríos y por los objetos inmóviles hasta llegar a la coronilla de un hombre bañado en cobre, consiguiéndome el mejor lugar en aquella guarida de enseñanzas kármicas. Lo primero que deleita mi vista es la dulce y maternal Louisa; una mujer con sonrisa de atlante y que parece cargar el peso del mundo en esos labios viejos y agrietados.

—Impresionante la historia de Elisse, ¿verdad? —le dices a Carlton mientras te pones el abrigo —. Diecisiete añitos y ya se las arregló para cruzar el mundo por su cuenta. Y la forma en la que habla, hasta parece gente grande. ¡Es tan inteligente!

—Sí, eso creo —te responde él sin mucho interés.

—Todavía no me puedo creer que sea un niño europeo perdido por allá. ¿Qué diablos estaba haciendo su *pa* por Tíbet?

—Ni idea —contesta con sequedad, arremangándose el impermeable. Ante sus respuestas, las palabras mueren en tu boca, siendo reemplazadas por una línea apretada entre tus labios.

—¿Te pasa algo? —preguntas, a lo que el viejo apunta al suelo con la barbilla para evitar que tengas una vista fenomenal de su rostro compungido.

—Lo siento, querida, pero creo que paso de la cena de hoy —te susurra en voz baja, mirando la punta de los escarabajos resbalosos que lleva por zapatos.

—¿Por qué? —preguntas, agravando tu voz y colocando tus brazos en forma de dos puentes, como preparándote para derribarlo a él y a sus argumentos—. ¿Tienes algo que hacer? ¿Alguna partida de ajedrez contigo mismo u otro mapache en tu jardín que debas atormentar?

—No, mira, es que está empezando a llover, de seguro viene otra tormenta... —Se rasca la cabeza, permitiéndome ver cómo una lombriz de su escaso cabello cae en picada al suelo. Su táctica para evitar que veas la mentira comiéndole la cara es inútil, puesto que hasta la calva se le ha puesto roja.

—Carlton...

—Es que es Elisse... ¡No, es decir, soy yo! No creo que él me quiera por allí esta noche... o mañana o el resto de su estancia aquí —contesta sin atreverse a levantar la mirada, a lo que alzas una ceja espesa y lo escudriñas con profunda severidad.

—¿Hiciste alguna tontería, Carlton?

—Ya me conoces, Lou, aunque te juro que esta vez no fue mi intención decir algo incómodo.

—¿Y exactamente qué fue lo que hiciste? —preguntas, ya exasperada de los rodeos de Carlton quien, para mi asombro, enrojece todavía más.

—¡No puedes culparme! —alega, agitando los brazos frente a ti como si fuesen un par de alas aguadas—. Geshe nunca nos dijo quién iba a venir y... es decir, ¿cuándo has visto a un chico con una cara así de bonita? ¡Y no tiene ni un pelo de barba! ¿Cómo iba yo a saber que...?

—Carlton... ¿Qué demonios estás diciendo?

—Bueno, yo... —Toma de nuevo el aire perdido, dejando que las palabras por fin se alineen en su lengua—... creí que Elisse era una mujer.

Me echo a reír a medida que tus ojos negros se expanden como un par de huevos rotos.

—¿Cómo?

—Sí, sí. Es decir... cuando subimos a la camioneta, después de recogerlo en el aeropuerto, le pregunté si había dejado a todos los chicos de la India desolados con su partida. Tú sabes, quería ser gracioso, pero me miró como si estuviese loco y luego se rio de mí. Me dijo que él era... pues eso, un *él*.

—Oh... —contestas en voz baja. Apuesto a que no sabes qué decirle, porque en cuanto viste al muchacho, tú también te quedaste un poco sorprendida por su apariencia, aun cuando tu intuición tan desarrollada te hizo darte cuenta casi de inmediato de que no se trataba de una hembra.

Pero, para ser honestos, tampoco culpo al viejo. A pesar de que Carlton es del tipo de criaturas que tal vez no deberían abrir la boca más que para engullir comida, Geshe es un hombre que gusta hacer gala del hermetismo de una tumba, por ello nunca dijo algo más allá de «*vendrá alguien a quedarse con nosotros por un tiempo indefinido*».

Eso, anudado a que fue el único involucrado en comprar la ropa del chico, los detalles de quién era el visitante eran un profundo misterio para todos los voluntarios del centro.

Y, a pesar de que Elisse es un varón en toda la regla, tiene un aspecto demasiado ambiguo para seres tan poco perspicaces como los del calibre de Carlton. Su cuerpo, tan pequeño como el de un pajarillo, su estatura demasiado baja, ese par de ojos verdes que parecen luchar por ocupar una proporción desmedida de su rostro...

—Sí, ya sé, he metido la pata hasta el fondo —dice el viejo, casi resignado a soportar su propia estupidez.

—Bueno, Elisse no se ve enojado contigo ni nada por el estilo. Estoy segura de que no se ha ofendido.

—Igual, no me voy a arriesgar. —Tratas de contener una risa ante la torpeza de tu amigo, cuyo nerviosismo empieza a sudarle por toda la cara—. Pero te lo ruego, por favor... no se lo cuentes a Geshe.

—¿Que no se lo cuente? ¡Pero si es lo que ahora mismo me muero por hacer, pedazo de tonto! —exclamas, soltando una melodiosa carcajada y yéndote en dirección a la oficina.

Carlton solamente se lamenta de que no estén pasando por la calle demasiados vehículos, ya que al escuchar la estruendosa risa del maestro tibetano, siente unas enormes ganas de poner la cabeza sobre el asfalto a ver si alguno le hace el favor de aplastársela.

Capítulo 5
NO TODO SE ABRE DESDE AFUERA



Una lluvia helada devoró la costa de Luisiana durante la primera madrugada de octubre, acompañada de unos vientos igual de inclementes que bajaron la temperatura lo suficiente como para tener que salir a la calle usando poco más que un suéter. Si fuese capaz de sentir frío, me habría dolido mucho el tener que despegarme del buró de Elisse, pero como no comprendo tanto de sensaciones como de tormentos mundanos, me deslicé por las sombras húmedas de la ciudad hasta el sitio que clamaba por mi atención el día de hoy.

Y al llegar aquí, a los pies del viejo cementerio Saint Louis, me he encontrado con el joven e inexperto Ronald Clarks, tembloroso bajo la llovizna y bastante frustrado por el lodo de cinco centímetros que se ha embarrado en sus lustrosos zapatos.

Pero, muchacho, ¿quién te manda a ser tan pulcro en una ciudad donde hasta los muertos se tienen que levantar las faldas para no mojarse?

Te llevas las manos a la boca y te echas aire caliente, arrepentido de haber salido de la estación policiaca únicamente con un delgado impermeable. Con los escupitajos del cielo cada vez más pronunciados y la inusual niebla intentando volver a cubrir las calles, tus rodillas parecen haber sido reemplazadas por un par de nueces huecas.

Para tener una vista más amplia, me subo a lo alto de la barda que delimita el cementerio, la cual está repleta de pequeñas criptas cuadradas, haciéndola parecer una cómoda de concreto.

Nueva Orleans es una ciudad muy húmeda, víctima constante tanto de huracanes hambrientos como del iracundo Mississippi, por lo que enterrar a los muertos bajo tierra nunca es conveniente. Siempre existe la posibilidad de que, gracias a las inundaciones, terminen saliendo a flote como un montón de troncos, así que las tumbas suelen ser criptas resguardadas en grandes muros fúnebres o capillas de cemento puestas a nivel del suelo para mantener los cuerpos lejos del agua.

Y el cementerio de Saint Louis no.1^[6] tiene en su haber una preciosa colección de estas tumbas, las cuales albergan desde grandes celebridades de la cultura de Luisiana hasta restos que datan del siglo XVIII.

—Una mierda, ¿verdad? —te dice un colega a tus espaldas mientras toma unas fotografías, refiriéndose al crimen que los ha traído hasta aquí.

—¿Quién diablos hace cosas así? —preguntas, inquieto. Un perro policía pasa frente a ti olfateando el suelo, las piedras y hasta tus zapatos. No parece conseguir nada importante, por lo que lleva su húmeda nariz a otro lado.

—Estas cosas solo pasan en Nueva Orleans, novato. Dicen que las farmacias de aquí son las más acaudaladas gracias al ibuprofeno, con eso de que las ventas se disparan con tantos policías

sufriendo jaquecas.

—¿Y cuánto tiempo tiene así?

Tu compañero chasquea la lengua.

—Tú sabes, con la primera alerta de huracanes hace un par de días, el cementerio quedó sin nadie que le echara un ojo, así que tal vez ocurrió en ese lapso de tiempo —responde el hombre mientras toma otra imagen del sepulcro.

—No me jodas.

—¿Tu jefe te dijo algo de lo que investigó esta mañana?

—¡Ja, qué va! —respondes—. El muy imbécil apenas y quiso venir.

—Agente Clarks —dice una voz a tus espaldas que reconoces de inmediato; me aguanto las ganas de echarme a reír al ver que te pones tenso como una tabla.

Le echas una mirada de auxilio a tu colega, pero él se esconde detrás de su cámara y se va, simulando encontrar algo interesante que fotografiar a lo lejos. Ahogas un suspiro en el pecho y saludas con un gesto de mano al hombre que se te acerca, rezando por dentro para que no te haya escuchado llamarlo de aquella manera.

El sujeto tiene el rostro rígido y clavado en el suelo, casi siguiendo una línea imaginaria trazada en el piso. La llovizna parece no hacer meollo en él, ya que ni siquiera trae algo que lo proteja de las nubes babeantes. Llega a tu lado y saca de su bolsillo un cigarro junto con un encendedor que, por como fuma, apuesto a que ya debe estar casi vacío.

—Buenos días, detective —saludas, pero Salvador Hoffman te contesta con apenas un gruñido mientras maldice al mechero que se niega a cooperar. Vuelves a respirar porque parece mucho más interesado en su cigarro que en lo que hayas dicho de él o en el asunto que lo ha traído hasta allí, así que pasa un largo minuto antes de que encuentres las agallas para volver a hablarle.

—¿No quiere un impermeable, señor? De seguro la lluvia va a empeorar.

Los ojos del detective echan un vistazo al cielo en respuesta a tu sugerencia, por lo que enrojece hasta el punto de mimetizarte con tu cabello. Se acomoda la gabardina y arroja el encendedor inútil a un charco cercano, cosa que me hace burbujear de coraje.

Él mira a su alrededor, siguiendo unas cuantas gorras de policía que se asoman entre las capillas de la zona, moviéndose de un lado a otro como pequeños fantasmas azules que merodean bajo la lluvia.

El lugar está acordonado por un lazo de plástico amarillo, a lo que Hoffman hace un ruido nasal parecido a una risa al encontrarse con una escena tan curiosa: es como si sus colegas hubiesen marcado el perímetro de un asesinato justo en un lugar que, irónicamente, está a reventar de cadáveres.

—Señor, ¿qué piensa de esto? —te aventuras a preguntar—. Es decir, no hemos encontrado ni una huella fresca hasta ahora ya que el agua ha borrado todo, así que será difícil encontrar pistas de quién se ha llevado los restos o de dónde empezar a buscar —dices, apretando la garganta y engrosando la voz para que tu jefe te tome en serio. Para tu desgracia, él parece más emocionado por el segundo encendedor que acaba de encontrar en el pliegue de su gabardina que por tus observaciones.

La droga entra por fin en los pulmones del detective, dándole la motivación necesaria para contemplar la sepultura frente a él con más interés. Sus ojos oscuros se clavan en el vientre del muro, abierto y despojado de unos cuantos órganos vitales. El iris marrón se contrae dentro de sus cuencas blancas, como si absorbiese un poco de aquella misma negrura.

Al tener enterrada a gente bastante conocida o importante, incluyendo a la célebre Marie Laveau^[7], es muy común que los turistas se lleven flores, pedazos de lápidas e inclusive tierra de

los sepulcros de Saint Louis, pero aquello ya había sido el colmo para ti y el resto de los agentes, porque ninguno es capaz de explicarse cómo alguien pudo profanar uno de los muros fúnebres, llevarse un montón de restos y no dejar testigos del acto.

En la antigüedad se formó la costumbre de que una vez que los cuerpos se volvían cenizas, había que meterlos en recipientes y apilar la mayor cantidad posible en una misma cripta para poder ahorrar espacio.

Y hasta donde decía el breve escrito que le habías dado a Hoffman en la mañana, doce restos habían sido robados, dejando tras de sí la sólida lámina de concreto despedazada.

Tu eficiente superior se dedicó un buen rato a revisar archivos y registros de defunción, descubriendo que los restos no pertenecían a ninguna persona famosa y, a excepción de cuatro hermanos, los otros muertos no parecían tener alguna relación entre sí. Ni en vida ni después de esta.

El único patrón que había encontrado hasta ahora es que los restos tenían casi dos siglos de antigüedad y que, a esas alturas, no tenían ya descendientes vivos que pudiesen estar interesados en obtener las cenizas.

Para Hoffman estaba claro qué tipo de personas eran las que podrían querer algo tan inútil como un montón de cadáveres hechos polvo, pero algo me dice que su malhumor de hoy también está bastante influenciado por el hecho de que tú pareces incapaz de verlo.

—¿Señor?... —vuelves a llamar, sacando una pequeña libreta de tu bolsillo y esperando que tu superior te diga cualquier cosa, algo que pueda ayudarte a esclarecer el problema.

Hoffman parece a punto de responderte con alguna acidez, pero en cambio, sus ojos oscuros se detienen en el suelo del cementerio.

—¿Movieron algo de la escena? —pregunta, con la lengua abandonada de paciencia y observando los trozos de concreto esparcidos a los pies del muro de criptas.

—No, nada. Todo está tal cual lo encontramos. ¿Qué piensa? —Hoffman termina suspirando por enésima vez.

—Rómpele la cabeza, Clarks —dice, con el cuello hirviéndole de picazón ante tu insistencia. Termina por fin su cigarro, echando la colilla dentro de la cripta profanada ante nuestras miradas estupefactas—. Es gente demente o drogada la que hace este tipo de cosas y la ciudad está llena de locos que harían lo que fuera por vender hasta los cabellos de su propia madre. Investiguen en los vecindarios del otro lado del río, vayan y espulguen el Barrio Francés. ¡Por Dios, son doce malditos recipientes! ¡Piensa en quién demonios necesita algo como eso! ¡No es tan difícil, carajo! —exclama, para luego darte la espalda y comenzar a marcharse.

Baluceas, rojo de vergüenza al verte blanco de las miradas de tus compañeros gracias a los gritos de Hoffman.

Meneando la cabeza, me deslizo por la pared siguiendo de cerca los lacerantes pasos del detective, para luego verte despabilar y correr detrás de nosotros.

—Señor, ¿a dónde va? —preguntas, agitado.

—A la oficina, para solicitar que te manden de vuelta a la primaria. No he trabajado más de veinte años en el departamento de policía como para empezar a darte indicaciones de cómo deben hacerse las cosas.

¡Santo Cielo, Hoffman! Ni siquiera le has dado oportunidad a Ronald de ofenderse, puesto que lo has dejado atrás en un pestañear. Sigo tus castigados pasos hasta que salimos del cementerio, dirigiéndonos hasta tu coche aparcado al lado de la acera. Subes al fiel vehículo y arrancas con impaciencia, dirigiéndote a la estación policiaca.

La rabia parece querer dominarte. A veces me gustaría sentir un poco más de lástima por ti, por

lo fácil que es romper tu calma, pero si llegáramos a conocernos, creo que mis sentimientos no harían otra cosa que ofenderte.

Después de algunos minutos, enciendes la radio, encontrándote con una vieja canción de *Johnny Cash*. La música del hombre no es de tu total encanto —cosa que no puedo entender, si es magnífica—, pero con la lluvia que comienza a arreciar a cualquiera se le antojaría. Hasta a mí, porque me empiezo a poner bastante cómodo en el asiento trasero de tu auto.

Suspiras, dando vuelta hacia el lado contrario a la estación y por fin aceptando que estás siendo demasiado duro con el muchacho. Ronald apenas tiene unos meses trabajando en Nueva Orleans, es un novato y aún tiene muchas cosas que aprender tanto de la profesión policiaca como de la ciudad.

Pero estoy más que seguro que eso no es lo que te tiene preocupado. Hay un detalle, algo evidente sobre la escena del crimen, que te está haciendo dudar bastante de tu cordura... pero bien dicen que es mejor hacerse el ciego que parecer un loco.

Tus dedos juegan un poco con el volante, arrancando trozos de plástico de la desgastada cubierta mientras ves cómo la lluvia empieza a arreciar sobre tu parabrisas, transformando poco a poco las calles de la ciudad en ríos embravecidos que parecen aspirar a ser extensiones del Mississippi.

Capítulo 6
AQUÍ SIEMPRE HAY BRUJAS

«Me tomó unos segundos darme cuenta de que, en cuanto había entrado a la tienda de campaña, el bullicio que siempre caracterizaba al campo de refugiados por las noches había sido cortado de tajo.

Mi tienda estaba rodeada por otras ochenta y cuatro, por ende, no había forma de que cientos de voces que siempre parecían competir para ver cuál era la más alta se callasen de una sola vez. Ese silencio tan súbito no podía significar nada bueno.

Estuve a punto de salir corriendo, pero al escuchar algo moverse entre la hierba de afuera, mi corazón se transformó en un violento tambor.

Dejé caer el cuenco de arroz que tenía entre las manos y hui lo más rápido que pude a mi camastro. Me oculté debajo de él, haciéndome un ovillo entre las sombras y rogando que al hacerme pequeño de esta manera, ninguna parte de mi cuerpo quedase expuesta a la luz que la lámpara de aceite proyectaba.

Al poner más atención me di cuenta de que aquello que estaba afuera no caminaba, sino que se arrastraba muy despacio, dando vueltas alrededor de la tienda, rozándose contra la tela. Lo escuché a mis espaldas, a mis pies, al frente, como si su único propósito fuera matarme del miedo...

La ingenuidad que atacaba mi fresca mente de seis años era tan inmensa que me hizo creer que con solo ocultarme debajo de la cama, lo que sea que pretendía asustarme terminaría marchándose. Pero al escuchar que la entrada de la tienda se agitaba, supe que estaba equivocado.

Me cubrí la boca con ambas manos para acallar mi respiración, mirando atónito aquella frágil barrera. El miedo que me invadía embraveció el río de mi pulso al ver cómo una palma se colocaba contra la manta color tierra, jalándola con larguísimos dedos que sin duda buscaban abrir la tienda.

Seguí lo más callado posible y pidiéndole a lo más divino del mundo que aquello —o aquellos, ya que más manos comenzaban a pegarse a la tela— no se diera cuenta de que yo estaba allí. Pareció resultar, porque después de varios jaloneos las manos se retiraron.

Me mantuve quieto un poco más, mientras el cuenco de arroz que había tirado me miraba casi con burla, yaciendo en el suelo a solo medio metro de mí con sus blancos granos esparcidos por la tierra. Me mordí los labios y sollocé lo más bajo que pude sabiendo que, a pesar del asco que me daba, terminaría comiendo lo que quedó en el piso, porque aquella era mi única comida del día.

Mi estómago rugió dolorosamente, pero aun así no tuve el valor de hacer algo. Esperé otros largos minutos para asegurarme de que nada más se moviese fuera de la tienda, comprobando que el único ruido que se escuchaba era el de mis intestinos retorciéndose de hambre.

Me arrastré despacio hacia el borde de la cama, lo suficiente como para sacar mi brazo y estirarlo para tratar de alcanzar el cuenco. Quería, como mínimo, comerme lo poco que quedó dentro de él bajo la protección del camastro, sitio que en ese momento me parecía el más seguro de la tierra.

Pero en cambio, grité. Grité con auténtico pavor, puesto que la entrada de la tienda se batió con violencia, golpeada por una sombra amorfa que terminó arrancando los amarres.

La lámpara de aceite se desplomó de la mesa precipitándose hacia el piso sin romperse, por lo que la llama solamente se atenuó lo suficiente como para provocar un marcado claroscuro en todo el lugar, proyectando siluetas bailantes sobre las paredes de tela.

Me encogí sobre mi pecho una vez más, cubriéndome la boca y la nariz al percibir un olor tan pestilente que saboree mi propia bilis. Con la sangre blanqueciéndome en las venas de lo rápido que viajaba de un lado a otro, apreté los párpados.

Instantes después, invadido por esa estúpida incertidumbre que siempre le gana al sentido común, volví a mirar.

Ya no estaba solo. Algo espantoso estaba allí conmigo, moviéndose como un parásito. Una masa de carne sanguinolenta iba arrastrándose de un lado a otro, impulsada por un montón de brazos famélicos que le sobresalían de distintas partes de su repugnante cuerpo. No tenía cabeza ni rostro, así que era parecido a una cochinilla o a un hígado que palpaba lo que se encontraba con todas y cada una de sus manos, como si reconociera por medio del tacto lo que tenía en frente.

Reprimí un gemido en mi garganta cuando aquella cosa se dirigió hacia mí, haciendo un asqueroso sonido húmedo al retorcerse sobre la tierra. Pasó por encima del cuenco de arroz, bañándolo con una espesa sangre coagulada y putrefacta. Sus manos se sujetaron de los bordes de mi catre, removiendo la paja como si buscara algo. Al parecer no podía verme ni escucharme a falta de una cabeza que lo orientara, por lo que retrocedí despacio hasta toparme con el borde de la tienda, evitando que esas manos grotescas me tocasen.

Se aferró a la madera del camastro y comenzó a levantarse del suelo, como queriendo ponerse en pie sobre sus extremidades.

No encuentro las palabras adecuadas para describir el horror que me invadió al ver que, en el abdomen de aquella masa sanguinolenta, una cara humana me miraba fijamente, con los ojos inyectados en sangre y tan abiertos que parecían a punto de reventar.

Me sonreía. El monstruo me sonreía con una boca repleta de enormes dientes amarillentos.

Grité tan fuerte que la garganta me dolió por semanas. Después de sucesos que, por mi propia salud mental, empujo a lo más profundo del olvido, salí corriendo de la tienda, siendo capturado en el acto por mi segundo tutor. Grité y patalee, devorado por el miedo y retorciéndome como un animal histérico.

El hombre me apretó contra su pecho hasta que mis energías fueron menguando. Trató de tranquilizarme recitando un mantra mientras las personas curiosas se asomaban sobre nosotros y contemplaban el horrible espectáculo en el que yo me había convertido.

“Ya, ya ha pasado, muchacho”, me decía una y otra vez en un inusual acto de bondad, mezclando sus palabras de aliento con oraciones y meciéndome despacio de atrás hacia adelante.

Nunca dejaré de agradecerle lo que hizo por mí aquella noche, porque a pesar de que me había orinado encima debido al miedo, el olor ácido penetrando por su nariz y la humedad que ensució sus túnicas monásticas no fue motivo suficiente como para que dejara de abrazarme, mientras yo me arrojaba a un remolino de locura del que, hasta la fecha, nunca he podido recuperarme del todo...».

Esa no fue la primera pesadilla viva que tuve, pero sí la que recuerdo con más detalle.

No tengo claro cuándo comencé a escuchar voces, a ver ojos entre la oscuridad, a perseguir con la mirada pequeñas colas que se volvían cachos de carne arrastrándose en el piso, pero creo que fue poco después de que aprendí a caminar.

Cuando me encuentro más inestable, tiendo a creer que al levantarme para dar mis primeros pasos, mis manos arrancaron de la tierra a criaturas abominables que ahora me persiguen entre las sombras, azotándose con su olor, con su apariencia, con sus voces...

A veces me pregunto si de verdad estoy viendo cosas, si aquellos monstruos abominables son más que producto de mi imaginación; si aquel sitio extraño al que soy transportado cuando se me aparecen no es sino una especie de ilusión que genera mi locura. ¿Estaré realmente enfermo? ¿O todo aquello es real?

En mis peores días, intento convencerme de que no lo es. Que simplemente estoy loco. Que si esas cosas no me han tocado nunca, limitándose solamente a espantarme con su presencia, es porque no son de verdad...

Interrumpo mis propios pensamientos para echarme hacia atrás, dándole paso a un grupo de pequeños vampiritos que me hacen gestos para mostrarme sus colmillos. Sonrío al verlos trotar y perderse entre la multitud de criaturas sobrenaturales que se aglomeran a mi alrededor.

Al menos, estoy seguro de que los seres que tengo ahora delante de mí son reales. Hoy es día de brujas y el país está plagado de monstruos —o más bien, de gente disfrazada de ellos—, por lo que pareciera ser que las calles han sido embrujadas para esta noche.

Aunque, por lo que me han dicho, Nueva Orleans es una ciudad permanentemente hechizada.

Va a sonar ridículo, pero a pesar de que ya llevo aquí más de un mes, es la primera vez que tengo oportunidad de salir a conocer un poco el lugar. Una tormenta nos tuvo a todos en un toque de queda absoluto durante varias semanas, por lo que apenas y hace unos días la policía levantó la alerta justo a tiempo para Halloween.

La verdad es que no me quejo. A pesar de haberme quedado solo y paranoico gracias a la lluvia y los continuos apagones, no tuve ninguna visita de mis pesadillas. Además, la pasé bastante bien con la colección de documentales que encontré en la oficina de Geshe y la comida enlatada de la alacena.

Pero la temporada de huracanes ha terminado por fin y la ciudad comienza a llenarse de una vida envidiable. Y puedo ver el porqué: *NOLA*, como le dicen a Nueva Orleans, parece tener un encanto que atrae a personas de todas partes del mundo. Y para muestra, *Bourbon Street*, la calle más famosa de toda Luisiana y justo en la que me encuentro ahora.

La hermosa vía está flanqueada por antiguas casonas —ahora convertidas en hoteles, tiendas y bares—, cuyos elaborados balcones de hierro están atiborrados de luces anaranjadas y calabazas que han infectado la piel de la ciudad, formando una pasarela para todo tipo de rarezas que van de un lado a otro pidiendo dulces a cambio de perdonar tretas.

La situación me parece de lo más peculiar, aunque estoy seguro de que aun si la calle estuviese desierta y sin una sola calabaza, la belleza del célebre Barrio Francés seguiría fascinándome. Es un lugar perdido entre lo antiguo de sus casas y lo extravagante de su gente.

Me recargo contra un frío faro de luz para contemplar con más detalle el andador atiborrado de gente, mientras un letrero neón con las palabras «Bar Louis Armstrong» brilla con intensidad sobre mi cabeza.

Me gusta esta ciudad. Mucho. Es extraña y tiene una especie de misticismo oscuro muy distinto al de la India que me atrae demasiado.

Es difícil explicarlo. Rodeado de conceptos supersticiosos y leyendas provenientes de la cultura india y tibetana, terminé temiendo demasiado a las sombras. Pero esas sombras aquí, en

NOLA, son parte de la vida cotidiana, cosa que me hace sentir cómodo de una forma inquietante. La gente se pasea de un lado a otro con trajes cada vez más y más extravagantes, como si todos mis demonios bebiesen botellas de bourbon en los bares como personas normales.

Veo a lo lejos a Louisa, quien platica con otros voluntarios del centro a quienes apenas he podido conocer gracias a la tormenta. Después de una buena comida cajún^[8] y un montón de preguntas tanto incómodas como personales, hemos venido a *Bourbon Street*, donde todos se han dispersado para saludar a vecinos y conocidos. De vez en cuando me echan una mirada, asegurándose de que siga completo.

Clavo la mirada al fondo de la multitud y siento una curiosidad creciente picotearme la suela de las botas. Geshe me dijo que puedo ver los locales por mi cuenta siempre y cuando no vaya más allá de la cuadra, pero la verdad es que ya estoy un poco aburrido de estar aquí parado sin hacer nada.

Acostumbrado a hacer e ir a donde se me venía en gana estando en la India, meto mis manos en los bolsillos de mi suéter y comienzo a andar calle abajo. Camino frente a unos cuantos bares abarrotados y tiendas de suvenires llenas de máscaras, playeras con dibujos obscenos, gorras, collares y tazas que parecen venderse como pan caliente, todo mimetizado en tres colores que visten cada vitrina de la ciudad: dorado, verde y morado.

Otras cosas que despiertan mi curiosidad son un montón de muñecos de paja, coronados con plumas y vestidos de telas multicolores. No tengo ni la más mínima idea de para qué sean, pero los turistas parecen encantados con ellos.

Tampoco conozco mucho del folklor de la ciudad. Gracias al aislamiento provocado por el huracán no he podido leer otra cosa además de los libros que he encontrado en la biblioteca, los cuales estaban más enfocados a budismo que a la cultura de la región. Y tampoco es que Geshe o Louisa me hayan hablado mucho de eso, ya que nuestras pláticas telefónicas estaban encaminadas a mi aburrida rutina diaria dentro de la tormenta, por lo que estoy ansioso de empaparme un poco de lo que se respira y vive aquí.

Dejo atrás la aglomerada *Bourbon Street* para adentrarme a una de las calles adyacentes, la cual está más bien solitaria. Avanzo un par de cuadras más mirando con cara de bobo las preciosas casas antiguas de uno o dos pisos, cada una de un color y diseño distinto. Sus paredes parecieran hechas de madera, pero en realidad es concreto que ha sido moldeado para darles un aspecto encantador y añejado.

Paso de largo un par de cuadras más hasta que me detengo en seco frente a una casona de dos pisos y que, como tantas otras, ha sido convertida en tienda.

Pero no es la belleza de su pintura chocolate ni de sus barandales de herrería negra lo que llama mi atención, sino lo que mora en una de sus paredes: es una especie de muñeco muy extraño, alto hasta topar con el techo y encorvado en un prominente arco. Tiene el cuerpo cubierto en su totalidad por una desgastada túnica, tan negra que los pliegues de la tela se pierden de la vista. Pero lo más llamativo, es aquella calavera animal que tiene por cabeza.

No he visto en toda la calle un adorno de Halloween tan peculiar como este así que, tentado por mi creciente curiosidad, me acerco hacia el muñeco.

La textura porosa e irregular del hueso me indica que es un cráneo real. Debajo de sus mandíbulas nacen unos largos y puntiagudos colmillos, a lo que supongo pertenecía a... ¿un lobo, un oso? ¡Es enorme! Tanto que podría ser del tamaño de mi torso.

Me alzo de puntas para verlo de cerca, fijándome en las cuencas vacías donde alguna vez estuvieron sus ojos; la penumbra en ellos es tan intensa que parecen un par de abismos.

Mis dedos cosquillean y, para aliviar el escozor, los llevo a las ennegrecidas puntas de los

colmillos, retirándolos de inmediato al sentirlos húmedos.

—Diablos —susurro, limpiándome en el pantalón las manchas oscuras que me han quedado en las yemas—, pintura fresca...

La luz tiritita sobre mi cabeza. Alzo la mirada y me encuentro con un letrero luminoso a medio descomponerse, colgando del techo y ostentando las palabras «artilugios vudú» hechas con un chillante tubo de neón rojo.

Vudú. Saboreo la palabra en mi lengua, la cual me recuerda a la madera, al aroma del humo que brota de ésta cuando se quema. Sé que la religión vudú forma parte íntima de Nueva Orleans, al menos eso fue lo que leí, pero no sé a ciencia cierta en qué consiste tal cosa.

Por pura curiosidad, dejo atrás al muñeco y me acerco a la ventana del escaparate para ver de cerca los objetos en venta. Una larga hilera de diminutas y negruzcas cabezas humanas cuelgan ante mis ojos, enganchadas en un cable como si se tratasen de luces navideñas. Algunas tienen los ojos y la boca cosidos, lo que les da un aspecto repulsivo.

Cráneos de diversos animales me miran detrás del cristal, acompañados de frascos con polvos multicolores, bolsas con hierbas, muñecos de caras cadavéricas, huesos, veladoras y cosas que solamente me habría imaginado en alguno de mis siniestros «sueños».

Es extraño. El ver estas rarezas siendo ofrecidas como juguetes casi inofensivos me conforta. Al parecer aquí es común comerciar con huesos, muñecos alfileteros y criaturas deformes, como si el vudú vendiera mis pesadillas y la gente las comprase cual si fuesen verduras.

Esta Nueva Orleans pagana tiene un folklor que hace que mi pecho se infle de entusiasmo, a lo que termino por preguntarme si al fin he perdido la cabeza.

—¿Te gustan?

Doy un salto al escuchar aquella voz a mi lado, la cual ha sonado como un eco en la calle solitaria. Miro hacia la puerta de la tienda y veo a una atractiva mujer recargada contra el marco, clavándome unos ojos oscuros y brillantes.

Estará al final de sus treinta, pero tiene ese tipo de belleza que envuelve a las mujeres maduras que se han conservado bien. Lleva puesta una larga falda púrpura y una blusa de manta, adornada por una cantidad grosera de colgijes y pulseras coloridas que resaltan contra su tez negra. Un turbante le envuelve los cabellos, recordándome demasiado a las fotografías de sacerdotisas vudú que vi en los panfletos turísticos.

—Te he preguntado que si te gustan —dice engrosando un poco la voz.

—Ah, supongo —titubeo, aunque un tanto aliviado de que esta vez mi acento no se haya marcado tanto.

—¿Supones? Querido, estás frente a las ofrendas de los dioses. Deberías cuidar tus palabras si no quieres que te retiren su bendición —me dice con naturalidad, como si diera por sentado que sé de lo que está hablando.

Ella se ríe —de seguro por la cara ridícula que he puesto— y entra de nuevo a la tienda. La miro desde la vitrina contoneándose de un lado a otro mientras me manda miradas sobre su hombro, unas que por cierto me hacen sentir... incómodo.

Alzo una ceja al darme cuenta de que hay algo en esta mujer que se me hace vagamente familiar, por lo que la sigo con la mirada hasta que ella desaparece en su trastienda.

Sacudo la cabeza y doy media vuelta para regresar con la gente del centro budista. Estoy cansado y me muero por dormir un poco, pero al mirar al frente, mis pies se plantan en el suelo como dos lozas de cemento.

El maniquí con la enorme calavera ha desaparecido.

Mi primer pensamiento es que tal vez me lo imaginé todo, pero al ver que en la pared donde

había estado recargada esa cosa se chorrea una espesa mancha oscura, pierdo todo el color que mis años en la India le añadieron a mi piel.

Intento calmarme. Tal vez solo lo han movido de lugar. ¡Tal vez es una persona disfrazada jugándome una broma de mal gusto! Quiero dar la vuelta y largarme de vuelta a *Bourbon Street*, pero mi instinto me traiciona, haciéndome mirar hacia el fondo de la calle. Aprieto los labios.

La calavera me mira desde allí, iluminada por una farola anaranjada que la baña con una luz espectral. Un par de personas pasan detrás de la criatura, pero no parecen percatarse de su horripilante presencia, como si definitivamente no estuviese allí.

El ser comienza a avanzar por el asfalto, arrastrando su sombra detrás de sí y haciendo que mi corazón lata con furia al notar que no camina... sino que flota. No, no es una persona disfrazada. Y algo me dice que tampoco es una ilusión.

Desvío la mirada, cierro los ojos y aprieto los puños conteniendo un gemido dentro de mi garganta. Estoy seguro de que es otra de mis pesadillas. Espero el golpe de su olor asqueroso, aguardo por el grito de su voz espantosa...

Pero nada sucede.

Abro los ojos, encontrándome con que aquella criatura ha desaparecido. Viro la cabeza hacia todos lados, con el cuello empapado en sudor frío y fijándome en cada rincón negruzco, apretando el estómago por si veo a esa cosa asomarse en la oscuridad. Al no encontrarla, doy media vuelta y troto en dirección a *Bourbon Street*.

Tiemblo de miedo y rabia al darme cuenta de que, por más veces que esas cosas se me aparezcan, ya sea en pleno día o en lo más profundo de la noche, nunca puedo soportar su presencia.

Mis pesadillas siempre vienen, toman una forma grotesca y me torturan con su pestilente olor y sus macabros susurros para después desaparecer tan rápido como llegan, dejándome como único consuelo que, hasta ahora, jamás me han tocado; como si solo se alimentasen del miedo que provocan en mí.

Después de tantos años, sigo esperando el día en que al fin me pueda habituar a esos demonios, pero ¿cómo? ¿Cómo acostumbrarme a sus pútridos alientos, al rechinar de sus dientes, a los gemidos que sueltan cada vez que se acercan a mí? ¿Cómo vivir con la tortura de estar mirando cosas que nadie más puede percibir? Y peor aún, de las que nadie me puede proteger.

Una vez que llego hasta *Bourbon Street* me doy unos minutos para volver a tomar aire, recargándome contra la esquina de un edificio. Palidezco a pesar de la agitación, porque estoy consciente de que esta vez, ha pasado algo inusual.

Cuando tengo pesadillas todo se pone silencioso, como si entrase en una dimensión ausente de lo que hay alrededor, además del olor a cadáver que siempre me hace querer vomitar. Pero esta vez parece ser que el mal sueño en turno se ha limitado a mezclarse con mi realidad.

¿Será por el día de brujas, dónde dicen que todos los espíritus salen al asecho? ¿O es por esta ciudad encantada que parece empezar a darles fuerza a mis horripilantes demonios?

Aprieto los dientes, seguro de que lo único que puedo dar por cierto es que no podré dormir tranquilo esta noche. No con la imagen de aquella criatura flotando hacia mí, repitiéndose una y otra vez en mi cabeza.

Capítulo 7
MENTIRAS NOCTURNAS

Después de esa experiencia, creí que no podría pasarme nada peor, pero estaba muy equivocado. Es el tercer día de noviembre, la tienda del centro budista ha vuelto a abrir y, gracias a eso, ahora me enfrento a un reto casi tan estresante como tener que lidiar con mis apariciones perversas.

Paso casi cinco minutos apretando botones al azar hasta que la caja registradora se abre de golpe, casi estrellándose contra mi estómago. Saco unas cuantas monedas y las cuento con cuidado para después pasárselas al hombre frente a mí.

—Lo siento —me disculpo sin levantar la mirada, avergonzado de mi poca capacidad para lidiar con la tecnología, inclusive tratándose de una tan rústica como una caja registradora de hace diez años.

Su respuesta es únicamente una mirada de rejilla; se marcha sin más, tomando las cajas de incienso relajante que acaba de comprar y cerrando la tienda de un portazo.

¡Vaya budista! Apuesto que llegando a su casa se va a fumar todo eso para tragar el coraje que le he hecho pasar.

Exhalo y miro el reloj de la pared, aliviado al ver que faltan escasos minutos para que den las seis de la tarde, hora en la que cerramos la tienda.

Me levanto de la silla del mostrador y me estiro un poco. Después, saco todo el dinero que se reunió hoy de las ventas y las clases diversas del centro, contándolo varias veces y metiéndolo en un sobre de papel. Con un grueso plumón negro, escribo sobre la parte superior la cantidad exacta de efectivo para, finalmente, ocultar el sobre en un compartimento secreto. Cierro la maldita caja del demonio y vuelvo a respirar.

El letrero de *abierto* sigue brillando en la entrada, por lo que debo apagarlo si no quiero que la gente siga entrando aquí para ver otra de mis brillantes demostraciones de idiotez.

Me dirijo hacia la puerta y veo el periódico tirado al lado de ella, a lo que aplasto una mosca imaginaria en mi frente. ¡No puedo creer que haya estado allí todo el día! ¡Bonita atención pongo! Lo levanto y desarrugo, cruzándome con la noticia de la primera plana:

«AÚN SIN PISTAS DE LOS RESTOS».

—¿Es en serio? —susurro. Me quedó todavía más claro que Nueva Orleans es una ciudad de locos cuando leí hace un par de días la noticia de que alguien había exhumado doce cuerpos —o lo que quedaba de ellos— del cementerio Saint Louis en septiembre, pero debido a la llegada del huracán, la policía había tenido que interrumpir la investigación.

Ahora han retomado el caso aunque, desde mi punto de vista, deberían enfocarse en los daños

de la tormenta y no en cosas donde no hay mucho que hacer. Los restos eran tan viejos que nadie ha reclamado parentesco con los muertos y, encima de todo, solo eran un montón de cenizas que bien pudieron caber en una bolsa de plástico. ¿Cómo rayos la policía va a solucionar algo así?

La prensa está poniendo mucho escándalo en esto, pero solo porque hay especulaciones de que quien se robó aquellos restos fue un practicante de vudú.

Y bueno, con esta noticia, anudada al incidente que tuve en el Barrio Francés con el *monstruo de hueso*, pocas o nulas ganas me han quedado de ir a pasear por los lugares místicos de Nueva Orleans, por lo que se puede decir que sigo tan ignorante de lo que mora en esta ciudad como cuando llegué aquí hace semanas.

Con la mirada aún fija en el periódico, alzo la mano para alcanzar la perilla.

—*¡Carajo!* —exclamo al escuchar unos golpes brutos en la puerta.

—¿Está abierto? —Una voz femenina suena del otro lado, por lo que agradezco a todo lo sagrado por haber dicho aquella palabrota en hindi. Dejo el periódico a un lado y jalo la perilla.

Pareciera ser que le he abierto la puerta a una medusa, puesto que me quedo de piedra al ver que quien está frente a mí es la misma mujer de la tienda vudú del Barrio Francés.

—Oh, pero qué sorpresa —dice con una media sonrisa, mientras me pasa de largo como si estuviese en su propia casa. Veo que arrastra un enorme abrigo de piel que lleva colgando del brazo, por lo que arrugo el entrecejo y la sigo.

—Disculpe...

—Sí, ya sé que es hora de cerrar —me dice, agitando la mano como si no me diese importancia—. He vivido en esta ciudad bastantes años como para no saberlo.

—En realidad quería preguntarle si quiere que cuelgue su abrigo —le digo, apuntando a la ligera mota de polvo que se le ha pegado al saco.

Ella da media vuelta y me lanza una mirada de genuina sorpresa. Sonríe de lado y, en vez del saco, me arroja su enorme bolso morado, a lo hago un par de malabares para poder atrapararlo.

—Mejor cuelga eso, muchacho, junto con tus buenos modales. En esta ciudad, esas cosas ya no tienen valor.

Prefiero no responderle. Pongo el bolso en un perchero de la pared y la miro cruzar la tienda para dirigirse a uno de los sillones que tenemos de descanso. Se acomoda a lo largo del asiento como una serpiente, lanzándome una sonrisa amplia y poblada de blancos dientes.

—¿Te divertiste el otro día en el Barrio Francés?

—Sí, eso creo —respondo algo incómodo, aunque no sé si por el recuerdo escalofriante de aquella noche o por el esfuerzo que está haciendo esta mujer por apretar su amplio escote. Ella rueda los ojos y yo hago lo posible por no imitarla—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarla?

—Lo dudo —contesta, mirándose las uñas—, solamente vine para ver a mi hermana Louisa.

Ya decía yo que su cara se me hacía conocida. Miro por segunda vez el reloj de la pared, con sus manecillas señalando las seis y diez. Louisa no llegará hasta dentro de una hora.

—Bueno, ella no se encuentra, pero si gusta puedo llamarla para que venga —ofrezco, más por quitarme a estar mujer de encima que por hacerle un favor.

—No te molestes, solo dile que pasé por aquí.

—Claro, ¿señora...?

—Lláname Laurele, niño —me pide, a lo que yo únicamente asiento, quitándole la mirada de encima.

Caray, no sé qué me pasa. Tiendo a ser especialmente amable con las mujeres, pero hay algo en Laurele que no me termina de gustar. No sé si es la grieta abundante en medio de su pecho o la constante manera en la que me mira de arriba abajo.

—Tienes un acento peculiar, niño. ¿Eres europeo?

—Indio, señora —respondo lo más tranquilo que puedo. Se acomoda los cabellos debajo del turbante y me mira con ojos de oblea.

—¿Estás de broma? ¿Un hindú rubio?

—No nací allí. Solamente crecí en ese país. Y los hindúes son solo los que practican el hinduismo, los indios somos la gente de la India en general... —corrijo con algo de irritación, a lo que ella lanza una carcajada.

—Y supongo que viniste hasta Nueva Orleans a ver pechos en el carnaval, como todos los jóvenes.

—Las mujeres no son animales de circo —contesto con brusquedad, demasiado incómodo por aquel comentario tan fuera de lugar. Para mi satisfacción, su sonrisa palidece.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—El que sea necesario —respondo con sequedad. Si hay algo que me estresa es que me hagan demasiadas preguntas. Y más si provienen de una desconocida tan descarada.

—Ya veo... ¡En fin! Supongo que es hora de marcharme.

No podría estar más de acuerdo con ella. Se levanta de su asiento y camina hasta el perchero para tomar su bolsa. Yo la acompaño hasta la entrada, abriéndole la puerta para dejarla salir, pero ella se detiene unos momentos para mirarme con una expresión cínica... o al menos, eso me hace sentir su sonrisa de dientes parejos.

—¿Cómo te llamas, niño?

—... Elisse.

—Ah, bonito nombre. Me caes bien, Elisse. No me vendría mal que vinieses a mi tienda a echarme la mano un par de días en la semana, te pagaría bien y, además, no creo que hagas gran cosa en este lugar, ¿verdad?

—Buenas noches, señora. —Es mi respuesta.

Ella suelta una carcajada estrepitosa, como burlándose por quinta vez de mí. Se da media vuelta y al fin se marcha, a lo que yo cierro la puerta de golpe. Me recargo en la lámina y suspiro de alivio, dirigiendo una rápida mirada hacia toda la tienda.

No quiero ser desconfiado, pero necesito asegurarme de que todo esté en su lugar. Hermana de Louisa o no, esa mujer no me da mucha confianza.

Pero, para mi sorpresa, Laurele ha dejado más bien algo extra. Me acerco al sillón donde hace unos momentos estaba sentada y veo un pequeño libro de tapas rojas. Lo tomo sin delicadeza y corro hacia la entrada de la tienda, abriéndola de golpe.

—¡Señora Laurele! —grito desde el marco, pero ya no veo a la mujer por ningún lado de la calle. Chasqueo la lengua y maldigo en voz baja.

Cierro la puerta de nuevo y miro el pequeño libro de arriba abajo. Estoy seguro de que ella no lo llevaba en las manos cuando entró, a menos que estuviese oculto en el abrigo o algo así.

Cuando leo la palabra «vudú» en el lomo me cosquillean los dedos, ansiosos de lamer un poco las esquinas del papel. Paso las yemas por las duras tapas, estremeciéndome hasta la nuca con la textura rugosa. Curiosidad. Mi maldita curiosidad empieza a picotearme, pero, recordando la espantosa experiencia que tuve frente a la tienda de Laurele, junto con el incidente del cementerio de Saint Louis, decido no mirarlo.

Esto del vudú parece ser algo con lo que definitivamente no debo meterme, así que lo mejor será dejarle el libro a Louisa para que ella pueda entregárselo a su hermana.

—Elisse, ¿puedo pasar? —La voz de Louisa me llama desde el otro lado de la puerta.

—Sí, adelante. —Mi atención se desvía de la novedosa computadora hacia ella, quien pasa a la oficina con una sonrisa. El lugar se inunda con un apetitoso aroma agrídulce que entra por mi nariz para bajar con delicia a mi estómago, el cual da un salto de gusto.

—Mira, te hemos traído la cena —me dice, agitando una bolsa de plástico con un símbolo en chino.

—No debieron molestarse —contesto un poco abochornado, pero mi estómago protesta, rugiendo con furia y empapándome la cara de vergüenza. Louisa se ríe mientras yo escondo mi pena detrás de una mueca que lucha por convertirse en una sonrisa.

—Me imaginé que estarías muriéndote de hambre, por eso tuve que obligar a Carlton a pasar por esto.

—Muchas gracias, de verdad —respondo en voz baja, a lo que ella acaricia la coronilla de mi cabeza y deja la comida sobre el escritorio; se pone las gafas que le cuelgan del cuello y se asoma a la computadora para ver la página que he dejado abierta.

Alza una única ceja, de seguro preguntándose cómo es que, siendo yo incapaz de abrir una caja registradora, puedo manejar medianamente bien una computadora.

—¿Registros de inmigración? —pregunta.

—Sí. Creo que es con lo que puedo empezar —respondo en un hilo.

Su respiración me acaricia el hombro; el calor de su cercanía se asemeja a una ola de lava, así que debe ser natural que ahora mis mejillas estén rojas como manzanas.

—Oh, tu papá, ¿cierto?

—Creo que si puedo encontrar una lista de los europeos que se mudaron aquí desde que nació o un par de años más tarde, tal vez pueda dar con él —explico, tratando de sonar convencido, ya que la manera en la que estoy tratando de encontrarlo es demasiado tonta.

No sé cuál es el apellido de mi padre ni el año exacto en el que llegó a los Estados Unidos, pero quiero creer que hay alguna fotografía de él en alguna parte de los registros fronterizos accesibles al público. Es una tarea imposible, pero por algo tengo que comenzar...

—Cielos, a mí nunca se me habría pasado por la cabeza hacer algo así.

—Bueno —intento no decirle que si ella no tuvo esa idea es porque solo a mí se me ocurre algo así de inútil—, no sé si tenga suerte. Creo que hay mejores formas de hacer esto, solo que todavía no he podido descifrarlas.

Louisa me mira por encima de sus viejas gafas.

—¡Vaya! Has estado practicando tu inglés, ¿verdad? Tu acento está mejorando mucho.

—Gracias —replico, haciéndome pequeño en la silla.

—Geshe Osel nos contó que solamente terminaste la primaria, pero te expresas demasiado bien y dices cosas muy complicadas para un chico que no tuvo tanta educación. —Súbitamente, el calor de mis mejillas es reemplazado por una ligera palidez.

—Pues, el inglés es uno de los idiomas oficiales de la India, así que lo he practicado casi toda mi vida.

—No me refiero a eso, sino a tu forma de hablar. A las cosas que cuentas. Pareces todo menos un chiquillo que cumplió dieciocho años ayer.

—Ah... —Retengo mi lengua pegándola a mi paladar.

No me atrevo a decirle a Louisa que si aparento un poco de madurez es solamente eso, apariencia, porque soy bien consciente de que por dentro soy poco menos que un niño obligado a crecer demasiado pronto.

Cuando te ves en la necesidad de aprender del mundo por tu cuenta, dejas de apreciarlo con la inocencia y protección que solo una familia te puede ofrecer durante la niñez. Y si tienes la suerte

de ver las cosas con más frialdad que ira, te pones a aprender todo lo que puedes, para que nada te tome desprevenido. Para que nada te impida sobrevivir, pero eso no me ha convertido en un adulto. Ni por asomo.

Sin ganas de causar lástima, opto por explicar las cosas desde otro ángulo. Mi mirada se desvía hacia un montoncito de libros que tengo sobre la mesa de la computadora, peinándolos con la mayor obviedad posible, a lo que Louisa parece entender tanto mi facilidad para expresarme como mi repentina habilidad para encender una computadora sin quemarla.

—Los libros te abren muchas puertas, ¿no? Creo que por eso eres tan listo —dice ella con un tono que, quiero creer, es de satisfacción.

Estoy a punto de decirle que mi gusto por los libros no va tan encaminado a un amor puro a las letras, pero al ver su cara de expectación, prefiero quedarme callado y evadir más preguntas. No me gusta hablar de mí.

—¡En fin! —exclama, cayendo en la cuenta de que no me animo a continuar con el tema—. Te he traído otra cosita a ver si te agrada.

—Señora Louisa, de verdad no tenía que...

—Ni una palabra más, jovencito. Es un regalo de cumpleaños que yo misma te hice; además, ha estado bajando mucho la temperatura con esto del huracán, por lo que te va a hacer falta.

Ella rebusca entre su bolso y saca un suéter de botones, de color vino y hecho de lana. Lo extiende frente a mí con el rostro iluminado por la emoción. Su generosidad me atraviesa como una estaca; un suéter tejido de parte de una mujer mayor es como el regalo más estereotipado de la tierra, pero el obsequio de Louisa, apañado por su cara llena de ilusión, genera tanta ternura en mí que termina por derretirme hasta las palabras.

—¿No te gusta? —me pregunta, consternada ante mi silencio.

—No es eso, señora. Es muy bonito... pero me da mucha vergüenza que haya gastado en eso.

—Oh, vamos, no fue molestia. Eres una cosa muy pequeñita, así que usé muy poco estambre. Anda, promete que lo usarás, que con este clima loco va a hacer frío en las calles por la noche.

Parpadeo, incrédulo. En pocas semanas, Louisa ha pasado a tomar un papel muy peculiar en mi vida: es tan gentil como estricta cuando hace falta, siempre está al pendiente de mí y me trata como si me conociese de toda la vida, por lo que en poco tiempo me he dado cuenta de que esos gestos tan amables de su parte son lo más cercano al amor de una madre que he recibido.

Conmovido, tomo el suéter y siento la calidez de su tela traspasarse a mis dedos. La siento a ella, a la gentil mujer que ha hecho esto para mí.

Vuelvo a enrojecer.

—Muchas gracias. Es usted muy generosa —digo con el mayor respeto que puedo.

—Anda, pruébatelo —me pide, agitando la mano de un lado a otro como restándole importancia.

Al ponérmelo, descubro que las mangas me tapan un poco los dedos, pero aun si me sobran dos metros de tela, seguiría encantándome. Sonrío y levanto la barbilla; al ver la mirada de Louisa, puedo notar que los ojos se le han puesto vidriosos.

Incapaz de soportar el arrebatador encanto de su mirada, desvío mi vista hacia otro punto de la habitación. Me topo con el montoncito de libros de nuevo y entre ellos, encuentro el que la señora Laurele dejó en la tienda.

—¡Es verdad! Su hermana... ¿Laurele, creo? Ella vino aquí hace rato a buscarla.

El semblante de Louisa cambia por completo, endureciéndose como una roca. Se acomoda las gafas en un gesto que parece usar para ocultar su nerviosismo, a lo que yo hago lo posible por disimular mi sorpresa.

—Esa mujer no tiene una pizca de vergüenza —dice con dureza, aunque yo no podría estar más de acuerdo—. Lamento mucho que te hayas topado con ella, de seguro te ha de haber dicho algo para hacerte sentir incómodo. —Miro de nuevo el libro rojo.

—No, en absoluto —miento, pero creo que es lo mejor. Es evidente que Louisa no es muy fanática de su hermana y la verdad, no siento que sea correcto alimentar ese fuego. Muy a pesar de que a mí tampoco me caiga muy bien esa mujer.

—¡Menos mal! —dice mientras se lleva una mano al pecho—. Dime que no te involucrarás con Laurele, no es el tipo de compañía que un chico tan bueno como tú necesita.

Le sonrío un poco, a lo que ella toma mi gesto como una promesa. Me aprieta el hombro con suavidad, transmitiéndome ese calor asfixiante que empieza a parecer su huella personal.

—¡Casi se me olvida! —exclama mientras vuelve a buscar en su bolso, revolviendo un poco su interior hasta sacar un sobre. Se acomoda de nuevo los lentes y lo mira un instante, para después extendérmelo.

—Ha llegado la carta de tu médico, así que me imagino que ahora estarás más tranquilo.

Me pongo tan blanco como ese mismo papel. Despacio, lo tomo con la punta de mis dedos, como si el sobre estuviese hecho de hierro candente.

—Gracias —digo con una sonrisa forzada.

—Por cierto, ¿estás seguro de que no quieres acompañarnos a caminar un rato?

Niego en silencio, solo sonriendo un poco y moviendo mi cabeza de un lado a otro. Ante mi repentina seriedad, Louisa parece darse cuenta de que necesito estar solo.

Se despide de mí y me deja, alegando que debe encontrarse con Carlton en la tienda. Una vez que ella se marcha me animo a por fin abrir la carta.

Desdoble el papel y veo el enorme sello del hospital donde fui internado varias veces de niño, cosa que me trae malos recuerdos.

No es que desprecie a los médicos, al contrario, gracias al sistema de salud gratuito de la India, los doctores descubrieron que tuve un nacimiento prematuro, cosa a la que le atribuyen mi reducida complejión física y el desorden hormonal que impide que me crezca vello corporal más allá de las cejas —y ni hablar de barba—. Pero de allí en más, las clínicas no son precisamente el lugar más feliz de la tierra para mí.

No le temía a las agujas, a las muestras de sangre o a desnudarme en una fría cama en espera de que me examinaran; le temía a que encontrarán en mí cosas mucho peores que una enfermedad física.

Pero, para mi suerte, este papel no es más que es un aviso de mi doctor particular en donde especifica que ya no necesito más tratamientos para mis terrores nocturnos y que, por ende, soy perfectamente capaz de dormir solo sin problemas.

Por un momento me dan ganas de soltarme a reír. Arrojo la carta al piso y me reclino sobre la silla tratando de encontrar un descanso para mi espalda.

—Terrores nocturnos... —susurro el nombre de mi mentira perfecta. Cuando ves cosas que nadie más puede, cuando escuchas voces en medio de la oscuridad y empiezas a correr como loco a mitad de la noche, el aparentar ser normal no es nada fácil.

Aquel engaño de que sufro pesadillas fuera de lo ordinario es solo mi pantalla ante la gente, algo para darles una explicación de mis ataques de pánico y evitarme una ida al manicomio.

Y me había funcionado de maravilla durante toda mi niñez, pero si quería cruzar la mitad del mundo para llegar a Luisiana, debía *curarme* antes. En cuestión de un par de años me las arreglé para hacer que mi médico me proclamara al fin libre de mi trastorno, por lo que ya no hubo nada que me pudiese evitar venir acá.

Con este vuelco en el pasado dando vueltas en mi estómago, suspiro y miro a la carta, tratando con todas mis fuerzas que mis ojos la apuñalen. Detesto mentir, pero no sé qué otra cosa hacer para justificar mi problema y aparentar ser un poco más normal.

Siempre quiero creer que todas estas pesadillas son solo eso, pesadillas, y que, como cualquier otro sueño, van a terminar algún día. Pero a fin de cuentas, acabo dándole cara a una realidad de la que cada vez me cuesta más escapar.

Agotado, apago la computadora y me levanto para ir a mi habitación a descansar un rato. Va a ser una noche larga, como casi todas, pero por ahora solamente quiero cerrar los ojos y pretender que nada peor me puede pasar.

Capítulo 8
ORO ANDANTE



Escucho unos pasos castigar el suelo a taconazos, por lo que levanto mi cabeza del brazo del sillón rojo para ver a la instigadora. Es Louisa, quien entra a la tienda cargándose tanto una sonrisa como el viejo saco que no ha querido soltar desde hace diez años.

Admito que te queda bien; además, me recuerda tanto al hermoso color de los pantanos que no me resisto a meterme en tu bolsillo.

—Listo, ya podemos irnos —le dices al viejo Carlton, quien revisa el sobre que Elisse dejó en la diabólica devoradora de dinero. Al ver que el tipo tiene un semblante un tanto preocupado, te contagias de lo mismo.

—¿Por qué esa cara?

—Pues... —Él se rasca un poco la calva, soltándose otro trozo de pelo—. Lo que pasa es que la cantidad que puso el chico en el sobre no coincide con el dinero. Es decir, faltan casi cincuenta dólares.

—Oh, me imagino que se habrá equivocado al anotar los números —dices con calma y encogiéndote de hombros—. Tú sabes, no debe ser fácil para él escribir un alfabeto tan distinto al suyo, por más práctica que tenga.

—Sí, tienes razón —contesta el viejo buitre, simulando estar de acuerdo contigo—. Bueno, será mejor que nos vayamos, la neblina se está poniendo espesa y a este paso no veremos nada en el camino.

Deja de nuevo el sobre con dinero en el vientre de la caja para luego cerrarla de golpe. Salimos del centro budista, pero no sin antes cerrar bien la puerta y mitigar lo que queda de las luces.

Carlton no lo dice en voz alta, pero, conociéndolo, estoy casi seguro de que mañana a primera hora revisará el inventario para asegurarse de que esos cincuenta dólares de verdad sean un error de lenguaje.

Capítulo 9
UN PAISAJE EN LA PIEL

«Elisse...».

Abro los ojos e inhalo, despertando de golpe al sentir un espantoso escalofrío en los huesos. Desorientado, trato de enfocar la mirada, pero únicamente distingo la luz rojiza del reloj digital que yace en una de las estanterías de la biblioteca. Los números marcan las cuatro cuarenta de la mañana y su resplandor parece parpadear como unos ojos en la oscuridad.

Mis dientes castañean, por lo que busco la cobija que ha resbalado de mi cuerpo. La encuentro a los pies del catre, la tomo y vuelvo a cubrirme con ella; no consigo tanto calor como quisiera pero es mejor que nada, así que mis pesados párpados me vuelven a sumir en un estado de seminconsciencia.

Pero el murmullo de la puerta me hace despabilar.

Me recargo sobre mis codos para ver cómo la tenue luz proveniente de la sala se cuela a través de la puerta entreabierta, a la par que mis ojos se abren hasta dolerme.

Estoy completamente seguro de que eché el seguro antes de irme a dormir.

Miro aquella apertura mientras mis venas se calientan por lo rápido que me empieza a circular la sangre. Mi respiración se agita poco a poco, volviéndose más ruidosa a medida que el paso se va abriendo cada vez más, despacio y al compás del chillante sonido de la madera. La luz de la luna se cuela desde la ventana de la sala en un matiz azulado, provocando siniestras siluetas por todos lados. Trato de detectar si alguna se mueve a través de la oscuridad, pero no percibo nada más que las sombras difusas de los muebles.

La puerta por fin se abre por completo, como si una mano invisible la hubiese empujado del otro lado. Escucho que algo se arrastra. Me cubro la boca con la palma, manteniendo mi mano ocupada para no ceder al impulso idiota de encender la lámpara del buró.

Mis ojos brincan de un lado a otro tratando de encontrar lo que sea que esté en la habitación, pero las sombras del suelo permanecen quietas. Aquello se mueve de forma invisible, frotándose contra el piso y aproximándose cada vez más a mí, tan cerca que casi lo siento a mi lado.

Eternos minutos pasan hasta que *eso* por fin se detiene. El silencio da un trote sobre mis hombros hasta que un tenue jadeo, junto con un frío aliento rozando mi coronilla, me hace volver a fundirme en el terror.

Cierro los ojos con fuerza, conteniendo mi miedo al darme cuenta de que aquella cosa no se está arrastrando por el suelo, sino por el techo. Y justo ahora está sobre mí.

Tratando de hacer el menor ruido posible, vuelvo a recostarme sobre el camastro, cubriéndome hasta las orejas. Cada rechinado del colchón se transforma en una tortura para mí, mientras ruego, a quien sea que pueda escucharme, que todo termine pronto.

Aprieto los ojos al sentir que, lentamente, la cobija que tengo encima comienza a ser levantada. Un borde, luego el otro y después, la escucho caer al suelo.

Empujo un grito al fondo de mi garganta. Dejo de respirar...

—¡ELISSE!

Una enorme mano huesuda se hunde en mi costado como un tenedor, a lo que lanzo un grito de dolor. Rasgándome la carne, salto del camastro impulsado por el más violento de los miedos mientras que, en lo profundo de aquella abismal oscuridad, algo grita mi nombre, escuchándose como miles de voces aullando al mismo tiempo.

Huyo por mi vida.

Atravieso la habitación de una zancada y azoto la puerta para cerrarla. Corro lo más rápido que puedo a través de la sala hasta llegar al pasillo, escuchando cómo la entrada de mi cuarto se abre de nuevo en un latigazo.

—¡ELISSE! ¡ELISSE! —grita aquella criatura con ferocidad.

Salgo por la puerta de emergencia hacia el patio trasero, brincando la barda de madera y aún con ese grito detrás de mi campanilla. Me detengo varios metros después, dando media vuelta para mirar con histeria la oscuridad que reina en el interior del centro budista.

De pie, con el viento frío azotándome en la cara y en medio de la húmeda hierba, siento que la sangre baja por mi costado. La herida está caliente y lacerante, pero aun así no quito los ojos de la salida de emergencia, puesto que tengo más miedo que dolor. Y ese miedo no hace más que crecer al ver que aquella negrura dentro de la casa se agita como el agua de un estanque.

No es oscuridad. Es una capa.

Me echo a correr de nuevo, yendo hacia la calle. Escucho una vez más los gritos de aquella criatura a mis espaldas, llamándome como si su lengua estuviese poseída por mi nombre.

—¡Auxilio, ayuda! —grito a todo pulmón, pero mi voz no hace más que retumbar en un eco solitario.

Llego hasta la entrada de la casa de los vecinos, salto los escalones y choco con la puerta. Mis nudillos se estampan con frenesí contra la madera una y otra vez.

—¡Abran, por favor, abran! —exclamo, poseído por la desesperación. Pero al ver que dejo una mancha rojiza en la madera, me doy cuenta de que algo anda mal: es como si golpease cemento.

La sangre se me escurre hasta los pies al comprender que nadie abrirá esta puerta, puesto que estoy en aquel lugar espantoso al que soy transportado cuando mis pesadillas ocurren; el sitio que siempre he querido creer que es producto de mi trastorno mental.

Otro grito a lo lejos. Miro hacia el centro budista y distingo, con horror, que el monstruo de hueso que se me apareció en el Barrio Francés se dirige hacia mí, agitando su cráneo repleto de colmillos sangrantes.

Me lanzo de nuevo a la calle. Mis pies vuelan en el asfalto causándome un ardor constante cada vez que mi piel se frota contra la rugosa superficie, pero el miedo que me sacude los huesos es mucho más potente que cualquiera de mis heridas.

A lo lejos veo los matorrales que delimitan *Audubon Park*, cuyo suelo cubierto por la densa niebla que acompaña el aura grisácea del amanecer simula una entrada al mismísimo infierno.

«Es una idea suicida», me repito una y otra vez, pero el jadear de aquella criatura detrás de mí y el cansancio que poco a poco se apodera de mi cuerpo me impide pensarlo dos veces.

Cruzo la calle y me introduzco en la maleza para salir a un sendero para corredores, flanqueado por enormes árboles. El sitio está tapizado de neblina, lo que me impide ver hacia dónde voy o qué hay más allá del tronco más próximo.

Incapaz de soportar más el lacerante asfalto bajo las plantas de mis pies, salgo del sendero de

caminatas y continuó por una ladera del parque, metiéndome en un camino de hierba y raíces que no me dejan correr a paso libre. Y encima, mi resistencia empieza a sacarme la cuenta, muy a pesar de que, sorprendentemente, he corrido sin parar por una considerable distancia.

Paso debajo de un puente viejo de roca y, por fin, mi cuerpo toca su límite. El dolor que siento en el costado me impide seguir respirando, por lo que paro de golpe y me dejo caer en el suelo; estoy exhausto y con todo mi ser pidiéndome clemencia para permitirle descansar un poco.

—¡Mierda, mierda! —bisbiseo, desesperado y mirando a mi alrededor, esperando haber perdido a aquella cosa en algún punto del parque.

Siento un efímero alivio al darme cuenta de que nada me sigue y que lo único que se escucha aquí son mis furiosos jadeos y el crujir de las hojas y el lodo bajo mi cuerpo.

—¿Lodo? —Escarbo con las manos, extasiado al encontrarme con un suelo húmedo y blando. Nada duro, nada de concreto.

De alguna manera, he vuelto al *mundo real*, pero no dejo que el alivio me embargue, puesto que recuerdo con claridad que aquel demonio de hueso también podría estar aquí afuera.

Todos mis sentidos se ponen alerta, esperando que de un momento a otro la silueta de aquella criatura se asome entre la niebla.

Varios minutos pasan, pero nada ocurre, así que aprovecho para mirar la herida de mi costado. A pesar de verse bastante fea, no parece profunda, pero aun así me provoca punzadas de dolor que me impiden respirar con facilidad.

¡Carajo! ¡Tal vez si tuviese algo más de grasa sobre mis costillas, este desgarro no me estaría doliendo tanto!

Mi pulso empieza a calmarse, dando paso a la enorme esperanza de que todo esto por fin haya terminado. Quiero quedarme aquí tirado un buen rato para recuperar el aliento, pero nada me asegura que esa cosa no regresará, así que calculo mis posibilidades: si agarro fuerzas suficientes, podría volver al centro para llamar a una ambulancia y...

—¡AUXILIO! —Aquel grito me deja helado. Giro mi rostro hacia la niebla, hacia el otro lado del parque, que es de donde proviene la súplica.

—¡Por favor, que alguien me ayude, por favor!

Tiemblo. La criatura de seguro ha pescado a otra infortunada persona durante la carrera, lo que explicaría por qué me ha dejado de perseguir a mí. Y eso me provoca un sentimiento a la vez aterrador y maravilloso. ¿Será que no soy el único que puede ver a esa cosa?

—¡Socorro! ¡Me está devorando, por favor!

Un terremoto sacude mis manos desde adentro ante aquella espantosa frase. Mi raciocinio me exige que no sea idiota, que huya lo más pronto posible para evitar que esa cosa me devore a mí también, pero mis nudillos ensangrentados y pulsantes debido a los frenéticos golpes que le di a la puerta de aquella casa me recuerdan el terror que sentí cuando nadie me abrió. Aprieto los dientes.

—¡Mierda! —exclamo, golpeando la tierra con ambos puños y levantándome como un rayo. Voy en dirección al sitio de donde provienen los gritos, solo esperando que algo dentro de mi enclenque cuerpo sea lo bastante fuerte como para salvarnos a ambos.

Me dejo guiar por aquellas súplicas que se vuelven más y más potentes a medida que me adentro entre los senderos del parque, aun cuando los pies me arden como los mil infiernos.

Intento encontrar algo que me pueda servir para defenderme contra esa bestia, pero únicamente hay ramas delgadas y rocas muy pequeñas a mi paso.

Me queda claro: estoy muerto.

—Por favor, por favor... —los gritos se convierten en lamentos, como si el hombre empezara a

agonizar.

—¡Dioses! —Paro de golpe y la nariz se me arruga. Un olor putrefacto me la infecta, el mismo que emanan los monstruos de mis pesadillas, haciéndome temer lo peor.

Después, contengo las ganas de vomitar al divisar un rastro de sangre revuelta con lodo y hojas que se extiende a lo lejos, pero me estrujo la garganta y avanzo con cautela hasta llegar a la orilla de uno de los pequeños lagos artificiales del parque, donde puedo divisar a quien pide por auxilio.

Parpadeo varias veces, confundido, porque aquello que pide mi ayuda no es un hombre.

—Por favor, por favor, ayúdame...

Un ciervo del tamaño de una vaca yace moribundo entre la hierba, con el vientre rebanado de un tajo y sangrando a borbotones, agitándose como si quisiera ponerse en pie.

Sus ojos en blanco apuntan a la nada, mientras yo me pregunto si por fin he perdido la cabeza. ¿De dónde demonios ha salido un animal como este? ¡¿Y POR QUÉ DEMONIOS ESTÁ HABLANDO?!

—¿Qué mierda...? —susurro, sujetándome la cabeza con mis dedos ensangrentados y sintiendo una punzada de dolor en el cráneo.

Estoy a punto de estallar en pánico. ¡Debo estar alucinando! ¡De seguro sigo durmiendo en el catre del centro o inclusive, en mi cama compartida en la India! ¡Es que esto ya no puede ser más ridículo!

Los gemidos de aquel animal me abofetean. Doy un vistazo a la periferia del lugar, asegurándome de que no haya ningún monstruo a la vista... además del que yace aquí tirado, suplicándome por ayuda.

—Me duele —bisbisea, revolviéndose en el suelo y agitando la rajada de su abdomen, a lo que mi palma viaja de inmediato a mi nariz. Por todo lo sagrado, ¡qué peste!

Aguantándome el asco, me acerco despacio al ciervo y me arrodillo junto a él hasta una distancia que me parece prudente, para luego mirar con más detenimiento la enorme apertura en su vientre... ¿Eso que se asoma es una tripa?

Carajo, no hace falta ser un genio para saber que no puedo hacer nada por él. De hecho, estoy sorprendido de que con semejante herida siga vivo.

—Por los cielos... —vuelvo a susurrar. De verdad me gustaría sentir algo de compasión por este animal, pero no logro recuperarme del espanto y eso, anudado al asqueroso olor a cadáver, me complica demasiado las cosas.

—Me ha destrozado, me duele... —gime la criatura.

Mi brazo se alarga casi con voluntad propia, temblando para alcanzar la frente del ciervo. Pero antes de que pueda tocarlo, su mirada blanca se clava en mí, logrando que un escalofrío me parta la columna. Un miedo inexplicable se yergue como una sombra sobre mí, haciéndome dar un paso hacia atrás.

Y entonces, la hierba se remueve a mis espaldas. Miro sobre mi hombro y, en vez de temblar, entrecierro los ojos, cayendo en la cuenta de que todos los mundos posibles se han alineado hoy para enloquecerme.

Me pongo derecho despacio, clavando la mirada en el ser que ha surgido de la niebla y cuya mirada se bambolea de mí al ciervo.

La primera vez que vi un lobo fue a través de la pantalla de un televisor en la calle. Recuerdo haberme emocionado mucho al ver a aquella criatura, tan parecida a un perro pero tan distantemente feroz. Ahora ya no me emociona demasiado, puesto que tengo a uno respirando a solo unos metros de mí.

La bestia, casi tan grande como el ciervo a mis espaldas, se acerca despacio, gruñendo desde lo más profundo de su garganta y rompiendo las delicadas ramas bajo sus patas con un chasquido que resuena entre el helado silencio de la madrugada.

Casi quiero echarme a reír. A pesar de estar seguro de que no existe una forma de terror más grande que el que yo experimento en este momento, también estoy fascinado por este asombroso animal.

Su pelaje es extraño, ni blanco ni gris, más bien como un plateado resplandeciente que se oscurece tenuemente en el lomo hasta tomar el color de una nube llena de agua. Su largo hocico se asemeja a un volcán, con labios negros expidiendo vapor blanco y fauces repletas de largos colmillos sangrantes que forman ríos de lava.

Es como ver una tormenta en la piel de una bestia; un paisaje tan hermoso como aterrador.

Justo ahora, en medio de todas estas criaturas sobrenaturales y el olor de la sangre, me pregunto a mí mismo si voy a morir.

—¿También puedes hablar? —cuestiono al lobo con una voz tan serena que hasta a mí me sorprende. Dicen que cuando estás al borde de la muerte pocas cosas te preocupan. Eso o enloqueces, y yo creo que estoy tambaleándome entre ambas cosas.

—¡No, no, por favor no! —grita el ciervo detrás de mí, a lo que la bestia plateada alza la cabeza mientras el pelaje de su lomo se eriza como afiladas agujas. Maldición, ¡es tan grande que su hocico podría rozar mi barbilla!

—¿Vas a devorarme? —le pregunto, aun cuando no sé si es capaz de entenderme.

La tensión es tanta que casi puedo ver mi respiración traspasar el muro invisible entre nosotros, todo gracias a la potencia de su mirada. Tiene los ojos azules, helados y clarísimos, como si estuviese contemplando un trueno rompiendo entre las nubes. Nos observamos tan largamente que comienzo a sentir como si la criatura también se perdiese en mi mirada.

Mi vista se desenfoca. Empiezo a ver todo borroso en señal de que pierdo la batalla contra el agotamiento, pero no lo suficiente como para no percibir cuando el lobo se lanza hacia mí.

Me golpea violentamente el costado con su garra, el cual apenas alcanzo a cubrir con mi brazo. Mi cuerpo es proyectado hacia un lado como un simple muñeco en el aire y, cuando llego a tierra, ruedo varios metros en el piso hasta deslizarme a la orilla del lago artificial, empapándome de pies a cabeza. Exclamo de dolor, más por haber caído sobre mi costilla herida que por el golpe que me dio el animal.

Miro las copas de los árboles al tiempo que comienzo a marearme con mucha más intensidad. Estoy al borde de mi resistencia y aun así, lucho por moverme.

Es inútil. La sangre, el cansancio, el frío, el miedo, todo se arroja sobre mí como una sombra. Me quedo consciente lo suficiente como para ver que el lobo se lanza ahora sobre el ciervo, a quien comienza a destrozar sin piedad alguna, arrancándole la piel, las patas, el vientre... La espesa niebla diluye sus siluetas frente a mis ojos al igual que los gritos de dolor, como un telón cerrándose en la plena cúspide del espectáculo.

Pronto, todo se opaca hasta fundirse en una completa oscuridad.

Capítulo 10
GENTE QUE SABE DEMASIADO



Según tengo entendido, la nicotina tarda solamente siete segundos en viajar desde los pulmones al cerebro. Siete segundos para que puedas llegar a tu paraíso personal.

Me retuerzo un poco en tu hombro por el asqueroso olor que emana de tu cigarro, ya que me recuerda demasiado al de un joven árbol siendo consumido por las llamas. Te veo cerrar los ojos y deleitarte con la relajación que causa una probada prematura de la muerte.

Pero el placer no te dura demasiado. Pronto, te percatas de la mirada lasciva que te es enviada por una hembra muy joven desde la banqueta opuesta, a quien observas con indiferencia mientras tiras el cigarro casi completo a un charco en el suelo.

Echas las manos a tus bolsillos y te vas resoplando por las calles del Barrio Francés. Gracias a tu cara enrojecida por la rabia, me doy cuenta de que, aun a tus jóvenes cuarenta y tres años, te quedan pocas ganas de lidiar con el celo femenino; una lástima, Hoffman, porque a pesar de tu mal carácter, más de una mujer en esta ciudad considera que tu sangre latina y tu físico innegablemente atractivo, te hacen un espécimen espléndido.

Te detienes frente a un local que incluso a mí me hace rechinar los huesos. Tus ojos se clavan en el concreto pintado de marrón, mientras tus puños se crispan con tanta fuerza que hasta tus hombros tiemblan, como si quisieran reventar a base de vibraciones el letrero rojo neón de la entrada que lleva «artilugios vudú» por nombre.

Puedo sentir una oleada de rabia burbujear bajo tu piel, pero, conteniéndote, cierras los párpados y respiras muy profundo en un intento de drenar el odio que amenaza con reventarte más de una vena.

Una vez que ya te has convencido de que no vas a asesinar a nadie el día de hoy, entras a la tienda sin siquiera detenerte a mirar las crueles extravagancias que allí se venden. En tu trabajo ves tanta gente asesinada de forma violenta que una pila de huesos es muy poca cosa; además, has pasado tanto tiempo vigilando este negocio de brujería que no dudo que te sepas su inventario de memoria.

Me subo a una calavera de vaca colgada sobre una de las paredes para tener una vista completa de la tienda, estremeciendo mi esqueleto alrededor del pobre cadáver y escuchando que su espíritu clama por salir corriendo de este lugar maldito.

Impaciente, tocas una y otra vez el timbre sobre la mesa. Segundos después, unas pisadas resuenan por la madera de la trastienda, lo que te provoca una sonrisa tan torcida como una rama.

Quien aparece por detrás de la cortina te mira con los ojos abiertos como un par de platos, a lo que la tensión se apodera del espacio entre ella y tú, apretando los labios de la mujer hasta

decolorarlos y borrando esa expresión tan cínica que siempre se carga entre los dientes.

—¿En qué puedo ayudarlo esta vez, oficial Hoffman? —te pregunta la bruja Laurele, cautelosa y ciscada como un gato.

—Usted sabe bien qué estoy buscando —dices con una indiferencia bien simulada. Sacas del interior de tu saco unas fotografías instantáneas y las arrojas a la mesa, ante la mirada severa de Laurele.

La mujer alza una ceja y se cruza de brazos, inclinándose para mirar bien las fotos. En ellas, aparecen capturados varios ángulos de un cráneo humano tirado en la cuenca de un río. Le faltan pedazos de mandíbula y la textura ya está demasiado desgastada, señal de que es un resto bastante viejo.

—Ayer, un niño que se encontraba de excursión encontró esto en uno de los brazos del río —explicas sin ganas.

Los ojos de Laurele viajan hacia mí. Saco mi lengua en respuesta, a lo que ella te arroja la mirada de nuevo.

—¿Y a mí me viene a mostrar esto porque...?

—Porque pertenece a lo que se robaron de las tumbas de Saint Louis.

—Debe estar bromeando —contesta con acidez—. ¿Qué no se supone que ustedes buscan cenizas? ¡Esto es un cráneo!

—Lo mismo alegan mis compañeros —dices mientras te inclinas ligeramente hacia la mujer—. Pero yo estoy convencido de que, de alguna manera, estos son los restos que buscamos —afirmas en un tono desafiante, buscando penetrar a Laurele con la dureza de tu mirada. Ella, en cambio, no dice una palabra más.

—Solo dígame —insistes—: ¿Alguien le ha estado vendiendo cosas raras últimamente, madame Fiquette? Bueno, raras en lo que cabe —puntuas con un leve aire de ironía, mirando a tu alrededor. El rostro de la mujer se descompone en una mueca de profundo desagrado.

—Le aseguro que hay docenas de tiendas con objetos vudú en Nueva Orleans, sin contar puestos de curanderos y adivinas. Espero, por su bien, que mi negocio no sea el único que haya venido a visitar.

—Las cosas se están haciendo conforme el protocolo —contestas, metiendo ambas manos dentro de tu gabardina y apretando los puños hasta el punto de que puedo notarte las venas hasta acá.

—¡Al diablo con el protocolo y con usted, oficial! —exclama, bastante molesta y sacando a relucir un viejo acento gangoso—. ¡Estoy harta de que siempre que un loco se empieza a creer practicante de vudú por tomarse unas copas en *Bourbon Street*, soy yo la primera a la que usted viene a echarle la culpa!

Tu garganta se inflama, de seguro aguantándote las ganas de gritar y arrojarte sobre la mesa para poner tus manos alrededor del cuello de Laurele. Tomas las fotografías y te las vuelves a guardar en la bolsa ante la fulminante mirada de la hechicera.

—Llámeme si ve algo sospechoso —contestas con sobriedad y dando por zanjado el asunto. Y creo que es lo mejor, porque si la conversación se alarga, temo que serás incapaz de controlarte.

—Váyase al demonio, oficial.

La tensión es atravesada por tu fuerte carcajada, lo que hace rabiar todavía más a Laurele. Te veo dar media vuelta y marcharte de la tienda, azotando la puerta detrás de ti sin darle la oportunidad a la mujer de maldecirte, como si tuvieses la manía de dejar a toda la gente con la palabra en la boca.

Después, ella vuelve su mirada colérica hacia mí. Mete la mano en su bolsillo y saca un puño

de sal, arrojándomelo. Chasqueo mi lengua de disgusto al tiempo que traspaso la madera de la pared para largarme de la tienda, pero no sin antes llevarme al pobre espíritu de la vaca conmigo, otorgándole su preciada libertad.

Capítulo 11
EL CHICO LOCO

«Estoy de pie, flotando en una barca sobre el río Mississippi mientras veo, a lo lejos, la ciudad de Nueva Orleans cubrirse con una espesa niebla. La capa gris se expande hacia el cielo, empezando a tragárselo para cubrir el telón de las silenciosas estrellas que caen sobre la tierra como una lluvia de fuego. No escucho nada ni a nadie, tan solo veo cómo todo se envuelve con el humo en un vasto silencio.

Miro mis pies desnudos, los cuales de repente caminan sobre hierba fría, humedeciéndose con el rocío. El río y la barca han desaparecido para dejarme en un lugar tan distinto como extraordinario: Es un campo abierto bañado en oscuros matices azules y jades, luciendo como si la noche se hubiese cernido únicamente sobre la hierba y no sobre el cielo, que se mantiene gris como si fuese de madrugada.

Enormes árboles rodean el prado, escondiendo debajo de sus frondosas ramas miles de ojos, blancos y brillantes que parecen contemplarme.

Hay tumbas salpicadas por todo el campo. No son del tipo lápidas, sino de aquellas que están sobre la tierra; frías cajas de cemento que se yerguen como pequeñas capillas para guardar los restos. Todas están abiertas de par en par y sus vientres oscuros derraman centenares de monedas de oro, joyas, perlas y muchos tesoros que, a pesar de la belleza de su brillo, apestan a cadáver.

Varios murmullos empiezan a brotar de las tumbas, rebotando entre los metales preciosos mientras una niebla se desliza sobre la hierba como una ola de espuma. Al llegar a mis pies, un olor dulzón me entra por la nariz, haciéndome caer en la cuenta de que no es niebla. Es humo de tabaco.

Sigo andando y me encuentro una cripta que atrae mi atención. A diferencia de las demás, está vacía, albergando en su vientre abierto una penetrante oscuridad que la hace ver muy profunda, como si no tuviese fin. Me acerco un poco y distingo que las paredes de concreto están repletas de letras «X», de distintos tamaños y garabateadas por toda la superficie, como si hubiesen sido talladas en el cemento con algún objeto punzante.

Aquellos símbolos me inspiran una sensación imposible de describir. Quiero dar la vuelta y salir corriendo pero a la vez, una fuerza más poderosa que mi propia voluntad me jala hacia el interior de la cripta.

Hipnotizado por aquella oscuridad, avanzo hacia ella.

—¿A dónde crees que vas, muchacho?

Siento un latigazo de escalofríos recorrerme la carne al escuchar aquella profunda voz. Despacio, doy media vuelta y me encuentro con un hombre sentado sobre el tesoro de una de las tumbas. Su aspecto me hace dar un paso atrás.

Por un momento creo que va vestido de negro y usando un sombrero de copa, pero al verlo mejor, me doy cuenta de que no es así. Sus ropas son abundantes pellejos que le cuelgan por la cintura, las piernas y las muñecas, solo que su piel es tan oscura, como hecha de petróleo, que por momentos parece un traje. El sombrero está pegado a su cabeza, como si el cuero se le hubiese estirado para recubrirlo y hacerlo una parte de sí mismo.

Su cara es, por mucho, lo peor. De lejos pareciera que la trae pintada de blanco, pero en realidad, la carne de sus mejillas y nariz está desgarrada, dejando expuesto su cráneo. Las cuencas de sus ojos están cubiertas por unas gafas de sol y solo está allí, fumándose un habano del cual emana todo el humo que cubre el suelo del cementerio.

—¿Se te ha ido la lengua corriendo? —Vuelve a preguntar.

Veo de nuevo la tumba a mis espaldas, pero ahora la encuentro sellada por un muro de concreto. Escucho la risa de aquel hombre, quien se pone de pie y se acerca hacia mí, contoneándose de un lado a otro y meneando una botella que, estoy seguro, no tenía hace unos segundos...

Arrugo la nariz, puesto que a cada paso que da percibo con más intensidad un olor a alcohol y putrefacción que desprende su piel colgante.

—Créeme, no querrás ir allí, al menos no aún —me dice, pasándome de largo y dándole una profunda bocanada a su habano. Le veo la espalda, en donde los huesos de la caja torácica se asoman por debajo de su rasgado pellejo. Se da la vuelta y me mira de nuevo con una sonrisa llena de dientes torcidos—. Estoy ansioso por conocerte. Tú y yo nos vamos a divertir un montón, Elisse.

Y, con un chasquido de sus dedos, mi cuerpo se envuelve en llamas.

Grito de horror mientras soy devorado por un feroz mar de fuego que me lame la carne hasta empezar a fundirla. El dolor es insoportable, quiero caer al piso y rodar, pero soy incapaz de mover un dedo, como si estuviese atado de pies a cabeza.

—¡Que ardan, que ardan las brujas! —grita él, comenzando a bailar frente a mí de forma frenética y obscena.

Veo que un montón de diminutos hombres iguales a él brotan de entre el oro de las tumbas, acercándose a la fogata en la que me he convertido y bailando al ritmo de aquel espectro, haciendo un macabro ritual a mi alrededor.

Sobre los gritos y la lumbre, alcanzo a ver cómo aquel monstruoso hombre se quita las gafas. No tiene ojos, tan solo un par de cuencas vacías que parecen reírse de mi dolor.

El humo que expide mi propio cuerpo se eleva; en un instante, quedo ciego ante el blanco resplandor de la niebla.»

Una luz incandescente me da de golpe en la cara, bañándome con un frescor helado y penetrando tanto en mis ojos que me cuesta bastante abrirlos. Cuando puedo enfocar un poco, veo encima de mí un ventilador de techo dando vueltas como un reguilete. Giro un poco mi cabeza y siento el rozar de una almohada, al tiempo que distingo la gruesa silueta de una persona a mi lado.

—Maldición... —susurro, invadido por un repentino dolor de cabeza, a lo que aquella silueta se levanta de un salto.

—¡Enfermera! ¡Enfermera!

Reconozco la voz de Louisa distanciándose, mientras sus tacones resuenan una y otra vez contra el suelo. Trato de incorporarme, pero cuando una punzada me pincha todo el brazo derecho, desisto de inmediato.

Imágenes difusas parpadean dentro de mi cabeza a gran velocidad, quedándose en mi memoria únicamente como una secuencia de colores violentos. ¿Acaso... tuve un sueño? Intento captar algo, un matiz de estos recuerdos difusos, pero ceso mis esfuerzos al darme cuenta de que no

puedo recordar nada.

—Mierda... ¿Dónde estoy? —susurro.

—Muchacho, cuida esa lengua airada.

Giro mi cabeza hacia la puerta encontrándome con Geshe, quien entra a la habitación acompañado de una enfermera y Louisa.

—¡Geshe Osel! —exclamo, invadido por un profundo alivio.

—Hasta que despiertas, Elisse.

—¿Esto es un hospital? ¿Cómo es que llegué aquí? —pregunto, mientras hago un amago para levantarme—. ¡Estaba en el parque y de pronto yo...!

—Tranquilo, hijo, te dará otro desmayo, así que por ahora intenta calmarte —me pide, sentándose en el borde de la cama mientras Louisa lo hace en la silla a mi lado. La enfermera se acerca para checar el tubo de plástico que ahora está conectado a mi muñeca, administrándome suero.

—Voy a darte algo para el dolor —me dice, poniendo una inyección en una de las pipetas—. Apuesto a que lo necesitas.

No me atrevo a responderle, pero la verdad es que se lo agradezco como no tiene idea, ya que la cabeza me está matando. Ella termina su trabajo y se marcha, a lo que Louisa se planta delante de mi cama con los brazos en jarras y el ceño tan apretado que se le forma una ceja única.

—¡Por Dios, Elisse! —exclama hasta el techo, como si se hubiese contenido todo este tiempo—. ¡¿Qué fue lo que te ocurrió?!

—Calma, Louisa... —interviene Geshe, a lo que yo los miro como si se les hubiese puesto la cara verde.

De pronto, la espantosa experiencia que tuve en el parque se refresca en mi memoria, hasta el más mínimo detalle. El monstruo de hueso, el ciervo, el lobo... siento que la sangre me baja hasta los pies, a lo que aprieto los ojos con fuerza y trato de no temblar.

—¿Y el ciervo? —pregunto con cuidado, pensando en lo que tal vez quedó de aquel pobre animal, pero solo recibo un par de miradas estupefactas.

—¿Cuál ciervo, Elisse? —me pregunta Louisa, a lo que la lengua se me pega al paladar.

Después de semejante matanza algo debió de haber quedado, algo que demuestre que no estoy loco, pero al ver las expresiones de Geshe y Louisa, me doy cuenta de que no ha quedado rastro del animal.

—Ustedes... ¿Cómo es que llegué aquí? —pregunto con nerviosismo, a lo que ellos se echan una mirada contrariada.

—Una pareja de corredores te encontró en un sendero del parque esta mañana. Pensaron que estabas muerto por lo pálido que te veías, así que llamaron a la policía —explica ella—. En tu pantalón de dormir llevabas el logotipo del centro y fue así como nos llamaron. Venimos aquí lo más pronto que pudimos.

Ahora sí quiero echarme por la ventana. ¿Cómo demonios llegué a un sendero del parque? ¡Estoy seguro de que estaba tirado en la orilla de un lago!

—Por suerte no te pasó nada grave, hijo —continúa Louisa, a lo que mis cejas crean un arco del triunfo—. Pero no llevabas playera de dormir, así que te hiciste unos cuantos rasguños y moretones.

Sin pensarlo dos veces, levanto mi camisa del hospital para mirar mi costado. Me quedo sin aliento al ver que, en donde se supone que debería haber profundas heridas, solamente hay unas tenues cicatrices blancas y limpias, tan curadas que parece que tuviesen años allí. Hago un esfuerzo sobrehumano para no boquear. ¿Acaso estoy alucinando?

—Elisse, la policía quiere saber si te han atacado —suelta Geshe—, así que el oficial Clarks vino a hacerte unas preguntas.

—¿Oficial?

—Buenos días. —Desde la entrada, un hombre joven y de cabello zanahoria nos sonrío. Solicita permiso para entrar, a lo que Louisa le cede su silla junto a la cama—. Hola, Elisse, mi nombre es Ronald Clarks. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, gracias... —contesto, haciendo gala una vez más de mi tembloroso acento, como si todas estas semanas de practicar se hubiesen ido a la basura.

—Me alegro, muchacho —dice, sacando una pequeña libreta negra y una pluma del bolsillo interior de su chaqueta—. Pues bueno, he venido a tomar tu declaración sobre lo que te ha pasado, ¿te parece bien?

Asiento muy despacio mientras me muerdo el labio inferior, dando por sentado que voy a decirle todo menos la verdad. He tenido que mentir toda mi vida respecto a las cosas espantosas que veo, así que esto no puede ser muy distinto y más si al parecer, no hay prueba alguna de que una criatura infernal me ha perseguido hasta el parque y un lobo del tamaño de una vaca se ha devorado a un ciervo parlante frente a mis ojos.

No. Definitivamente NO.

—¿Puedes darme tu nombre completo por favor? —me pregunta, a lo que dejo la ridícula imagen mental de lo que pasó a un lado.

—Este... sí, Elisse N. N.

—¿N. N.?

—*No Name*, oficial. Elisse es huérfano, y por eso no tiene apellidos —le explica Louisa, a lo que él se disculpa conmigo. Me limito a asentir sin darle mucha importancia al asunto.

—¿Edad?

—Acaba de cumplir dieciocho —contesta Louisa de nuevo.

—¡Ah! Una edad perfecta para conocer el carnaval que viene en febrero. Tienes mucha suerte, aunque más vale que no te encuentre bebiendo por allí —me dice en broma, aunque no puedo hacer otra cosa que darle una sonrisa forzada—. ¿De dónde eres, Elisse?

—India, señor.

—¿India? —Apuesto a que ahora se está preguntando en qué parte de la India la gente tiene el cabello rubio y los ojos verdes.

—Elisse es europeo, señor, pero estuvo en la India casi toda su vida —vuelve a interrumpir Louisa, quien ahora parece una madre sobreprotectora en toda la regla.

—Ya, me queda claro, pero por favor, señora Fiquette, deje que el chico me conteste.

—Está bien, lo siento.

—No se preocupe. En fin, Elisse, ¿quieres contarnos lo que pasó? ¿Alguien irrumpió en el centro mientras dormías?

Estrujo un poco las sábanas entre mis dedos, suspirando de resignación al tener que recurrir de nuevo a mi mentira piadosa. Detesto, detesto mentir, pero creo que detesto más la idea de terminar en un hospital psiquiátrico.

O de ser echado de vuelta a la India.

—No ha ocurrido nada, oficial —respondo con tranquilidad—. Nadie me atacó, solo tuve un terror nocturno.

—¿Terror nocturno?

—Sí... son como pesadillas, pero mucho peores y te hacen caminar dormido. Las tengo desde que era niño. —El oficial mira a Geshe, quien asiente con tranquilidad respaldando mi versión.

—¿Recuerdas cómo te hiciste los moretones en tu brazo?

—No lo sé. Pude haberme caído en alguna parte —contesto con brevedad así como miro hacia otra parte, dejando en claro que no tengo muchos ánimos de hablar. El oficial solo me pregunta un par de cosas más y deja por zanjado el asunto, marchándose con la promesa de estar al tanto de mi mejoría.

Me siento mucho más tranquilo cuando, en breve, Geshe y Louisa se van también para dejarme descansar, cosa que les agradezco como no tienen idea; no habría podido soportar la presión de las preguntas de ella y la mirada analítica del maestro.

Miro los oscuros moretones en mi piel y pienso en la herida de mi costado. No puedo explicarme cómo han cicatrizado tan rápido, casi sin dejar huella, y cómo es que pudieron ocurrirme tantas cosas espantosas en un lapso tan corto de tiempo.

Los ojos azules de aquel lobo aparecen, causándome un espasmo. Aquella mirada tan fría y bestial ha quedado grabada en mi mente como el hierro candente en la piel. Es una sensación tan intensa que no sé con qué compararla, es... es como una poderosa mezcla de terror y excitación, como cuando sientes el vértigo al contemplar el vacío desde una gran altura, sensación que viene acompañada de un extraño placer que te hace querer caer en picada.

—¡Mierda, ahora sí que me estoy volviendo loco! —susurro, a la vez que contemplo la idea de que, tal vez, habría sido buena idea dejarme alcanzar por el monstruo de hueso. Después de todo, ¿quién dice que no volverá para hacerme pedazos? ¿Quién dice que no sería preferible morir de tajo a sentirme una presa durante lo que queda de mi vida?

Capítulo 12

ASECHO

Ya han pasado varias semanas desde que tuve aquel incidente en el parque y, para mi suerte, no he tenido otro percance de la misma naturaleza. No he visto más sombras a pleno día ni he escuchado voces que me llamen desde la oscuridad, pero aun así, no logro recuperarme del todo de la espantosa experiencia.

No solo estoy más paranoico y con más terror que nunca, es que algo ha cambiado en mí. Puedo sentirlo cuando me encuentro limpiado la tienda, en mi habitación o caminando entre la hierba del patio trasero. Y ni qué decir de las largas noches solitarias.

Es como si mis sentidos estuviesen más alerta o como si las cosas a mi alrededor tuviesen una presencia más fuerte, pero no sé si es resultado de mi miedo evocado en un deseo de supervivencia o un simple delirio de mi perturbada mente. Tal vez el horror que he visto desde que era niño ha servido de amortiguador para este momento porque, de otra manera, no entiendo cómo es que soy capaz de aguantar toda esta insania...

Louisa insistió en que me mudase a su casa para que ella pudiese cuidarme si me daba otro terror nocturno, pero no puedo aceptar su oferta ni por lo más sagrado del mundo. Ahora que sé que mis pesadillas pueden no solo herirme, sino también mezclarse con la realidad, ¿qué pasará si también pueden lastimarla a ella?

Ese es un riesgo que no estoy dispuesto a tomar, así que vuelvo a concentrarme en el camino.

Conduzco por una tranquila avenida, cuidando de no darle arrancones muy bruscos al viejo Cadillac púrpura de Louisa, el cual siento que se caerá a pedazos de un momento a otro. Cambio de velocidad atravesando una solitaria cuadra que tiene casi todos sus locales cerrados, mientras dejo que el viento entre por la ventanilla para revolverme el cabello con su fría corriente. Suspiro.

Conducir siempre me ha traído sensaciones dispares. Cuando cumplí los doce años, decidí irme a trabajar en las reparaciones de caminos a la ciudad de Nueva Delhi, tal como hacían casi todos los refugiados provenientes del Tíbet. Siendo yo tan joven, no podían darme labores muy pesadas, por ende, me enseñaron a manejar todo tipo de vehículos para que, al menos, pudiera transportar materiales de un lado a otro.

Me sentía feliz porque había comenzado a ganarme mi propio dinero, pero a cambio tuve que dejar la escuela, cosa que me dejó una amarga sensación en el pecho y un hambre latente por leer todo lo que tuviese a mi alcance, de aprender la mayor cantidad de palabras posibles, de adquirir todos los conocimientos que pudiera solamente para llenar un vacío en el corazón.

Obtuve el dinero para viajar a los Estados Unidos, pero nunca pude aspirar a ser alguien en la vida. Ni un científico ni un maestro ni un doctor... Nada.

Aparco el coche lo mejor que puedo en el único sitio disponible de la acera y después reviso si tengo todo lo que necesito en mi morral. Veo el libro rojo de Laurele, un boleto que me ha dado Geshe antes de irme del centro y, finalmente, el sobre con la fotografía de mi padre.

Bajo, alimento al parquímetro con unas monedas y cruzo la calle para entrar a la oficina postal, en donde me reciben en la entrada múltiples luces navideñas y un pino repleto de esferas. Es un sitio blanco y espacioso pintado con detalles azules y rojos, mientras una enorme águila con un gorrito de repartidor posa encima del mostrador. Las puertas frontales del local son de un cristal limpio y amplio que permite tener una vista de la despejada calle.

—Buenos días —saludo, dirigiéndome a la única persona disponible de la barra. Una chica joven despega la vista de su computadora para mirarme, pero tarda unos segundos en responder, como si estuviese recuperándose de una sorpresa.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte? —me dice con una sonrisa, mientras veo cómo su triste esfuerzo por no mirarme de arriba abajo falla por completo.

No me molesta. Ya estoy acostumbrado a que la gente se descoloque al darse cuenta de que no soy una chica.

—Vengo a recoger un paquete, señorita. —Le extiendo el boletito que me ha dado Geshe, a lo que ella lo toma y asiente, desapareciendo detrás del mostrador después de darme una última mirada.

Doy media vuelta y presto atención a la pantalla televisiva que cuelga de una de las esquinas, la cual transmite las noticias matutinas. Primero el clima, que parece preocupar a más de uno por aquí. El huracán terminó hace meses, pero no se ha llevado consigo ni a la niebla ni al frío, cosa que ha dado pie a un feroz debate sobre si este inusual efecto es provocado por el calentamiento global.

Cuando la voz del presentador se vuelve un cuchicheo —señal de que empieza a aburrirme—, mi mirada se desvía hacia el coche de Louisa.

Mis cejas se aprietan la una contra la otra, puesto que un hombre yace recargado sobre la puerta del conductor, mirándome desde el otro lado de la amplia calle.

No le puedo reconocer bien el rostro debido a la distancia, pero es bastante alto y fornido, viste un chaleco de mezclilla sobre su piel morena y lleva una bandana alrededor de sus cabellos negros. Tan solo está allí, cruzado de brazos y con un aspecto de matón que me da muy mala espina.

—Ya está.

Doy un brinco al escuchar a la empleada a mis espaldas. Me giro hacia ella y tartamudeo un poco. Veo la caja de cartón sobre la barra y luego vuelco mi atención de nuevo en el coche, encontrándome con que aquel hombre ha desaparecido.

—¿Estás bien? —me pregunta la chica, consternada al verme tan nervioso de repente.

—Sí, sí, gracias —le contesto en voz baja. Estoy a punto de tomar el paquete, pero luego recuerdo el otro motivo por el que vine hasta la oficina de correos—. Ah, disculpe... ¿Puede ayudarme con otra cosa?

—Claro, dime.

Saco el sobre de mi padre y lo extiendo sobre el mostrador.

—Mire, recibí esta carta hace más de quince años. El problema es que está tan gastada que ya no se ven los datos de la persona que me la mandó, solo un trozo de timbre y el sello de los correos de los Estados Unidos. Quisiera saber si hay alguna manera de que con esto pueda saber cuándo o quién la envió.

—Mmm... Mira, la verdad lo veo complicado, pero si me dejas sacarle una copia se la puedo

mostrar a mi gerente en cuanto regrese de vacaciones. Tal vez él sepa cómo ayudarte.

No es la respuesta que buscaba, pero es algo. Accedo a su idea y le doy el sobre. Una vez que saca la copia, le prometo volver después. Firmo con un garabato en el papel de entregado y tomo el ligero paquete, aferrándolo con fuerza entre mis brazos.

Salgo lo más rápido que puedo del local, fijándome a ambos lados de la calle para ver si encuentro algún rastro del sujeto que vi momentos antes, pero no hay señales de él. Un poco más tranquilo, subo al coche y arranco hacia el Barrio Francés, convenciéndome de que solamente he alucinado.

Pero cuadras más adelante, la sangre echa a correr a mi estómago, porque justo en la esquina del semáforo, aquel hombre me mira una vez más.

Hay luz verde, por ende paso justo a su lado sin detenerme. Al ver sus penetrantes ojos negros tengo el fuerte deseo de dar una vuelta brusca y arrollarlo con el coche para ver si así puedo terminar con ese monstruo. Porque ese hombre debe ser un monstruo, ya que ningún ser humano habría podido recorrer doce cuadras en menos de dos minutos para adelantármese.

Decido aplacar mi imaginación al darme cuenta de que pierdo la dirección del vehículo gracias a los calambres de mis manos. Una vez que considero que ya me he alejado bastante de aquel tipo, aparco el coche en el estacionamiento más cercano. Lo apago y miro mis dedos sobre el volante, mientras la rabia clama por brotar por cada uno de mis poros. No puedo resistirlo más...

—¡Mierda, mierda! —grito en mi idioma natal al tiempo que los dorsos de mis manos se estrellan contra el timón del coche una y otra vez.

Siento las lágrimas de frustración querer brotar de mis ojos, pero opto por tragármelas junto con toda la ira que tengo. Rememoro un montón de macabros episodios de mi vida, por lo que múltiples escalofríos suben por mi espina dorsal como un río embravecido e inclemente.

—¿Por qué a mí...? —susurro, pegando la frente al volante y tomándome unos momentos para calmarme.

Estoy tan harto. Harto de tener miedo todo el tiempo, harto de sobresaltarme a cada ruido que me perturba por las noches, harto de no poder tener una jodida vida normal como cualquier otra persona.

A mi mente viene la borrosa cara de mi padre. Si al menos él hubiese estado conmigo, habría tenido a alguien a quien acudir sin temor a ser juzgado, alguien a quien contarle mis miedos, alguien que, por lo menos, me habría ofrecido un abrazo para hacerme sentir un poco mejor por más loco que me creyese.

La confianza que da la sangre es algo muy complicado de reemplazar, y eso me hace recordar que mi viaje hasta Luisiana tiene un propósito, una razón por la cual seguir nadando en estas aguas turbulentas.

Suspiro y vuelvo a encender el coche mientras miro el volante de arriba abajo, asegurándome de que no haya sufrido daños debido a mi repentino ataque de ira. Pongo la marcha para dirigirme al centro de la ciudad mientras miro de reojo mi morral, en cuyo vientre yace aquel pequeño librito de tapas rojas que clama por volver con su dueña.

Levanto mi brazo izquierdo y contemplo el primer objeto que he adquirido con mi salario: un sencillo y económico reloj de pulsera. Me indica las doce del día, por lo que estoy seguro de que encontraré la tienda de Laurele abierta.

Avanzo las cuadras suficientes para llegar a la entrada del local al tiempo que contengo un bufido en el pecho. Siento adversidad hacia ese lugar, pero no solo por la excéntrica dueña, sino porque fue allí donde me topé por primera vez con el monstruo de hueso. Doy un paso hacia atrás

al contemplar las paredes oscuras de la casona, casi como si pudiese ver de nuevo la mancha rojiza chorreándose por la falsa madera.

Me siento tentado a dar media vuelta, pero el peso de aquel pequeño libro en mi mano me hace comprender que lo mejor es devolverlo para dar por zanjado el asunto, así que vuelvo a tomar el paso perdido y entro al local casi de puntillas, siendo delatado de inmediato por el ruidoso rechinar del piso.

No tengo mucha oportunidad de escrutar los objetos de aquí, ya que Laurele brota de inmediato de la trastienda, cargando en su oscura cara esa sonrisa dentada que tantos escalofríos me causa.

—Mira a quién tenemos aquí. ¿Has venido por el empleo? —me pregunta con algo que tal vez sea entusiasmo.

—No, señora —respondo tajantemente—. El día que fue al centro budista se le quedó esto y vine a devolvérselo. —Me acerco a ella y le muestro el libro. Como por arte de magia, la sonrisa se le borra del rostro.

—¡Ah, pero qué gentil! —dice, levantando la voz un par de notas—. No debiste molestarte.

—No es nada. Lamento no haber podido traérselo antes, pero estuve un poco ocupado. —Miento, ya que no tengo muchas ganas de contarle que estuve en el hospital, además de que con todo lo que me pasó, el maldito libro era la última cosa que rondaba en mi cabeza.

—Bueno, bueno, pero si de casualidad vuelve a llegar a ti, no olvides traerlo de vuelta.

—¿Está insinuando que me lo he robado?

—¡Oh, no! Para nada, este libro tiene patitas. Te lo juro. —Hay que ser idiota para no detectar el sarcasmo en sus palabras, así que ahora estoy en todo mi derecho de ofenderme.

—¿Y para qué voy a querer yo algo así? —replico, a lo que ella vuelve a reírse de mí.

—¿Cómo que para qué? Déjame explicarte algo acerca del vudú, muchacho. —Laurele rodea la mesa y se me acerca, estirando su larga mano y capturando mi mentón con tres de sus helados dedos—. Es la fuerza más poderosa de la tierra para conseguir favores. ¿No te gustaría poder pedir riquezas, fortuna, inclusive atrapar al amor de tu vida? Si te animas a aprender algo aquí tal vez puedas conseguir todo eso.

Aparto sus dedos de mi cara de la forma más gentil que puedo. Sus palabras me suenan a estafa, artilugios baratos iguales a los que se venden en los programas de astrología en la televisión.

—No, gracias, no me interesan esas cosas y mucho menos cuando usted me acaba de llamar ladrón. —Empapado en indignación, dejo el librito sobre la mesa, dando media vuelta y dispuesto a irme de allí.

—¿Qué acaso no eras eso de niño? ¿Un ladrón?

Me detengo justo en la entrada. Su voz se asemeja a la de una serpiente siseando y sus palabras son tan efectivas como el veneno, por lo que me giro de nuevo hacia ella.

—¿Qué cosa? —pregunto en un susurro, incapaz de darle el placer de confirmar sus palabras.

Sus oscuros ojos brillan al clavárseme como un par de estacas y parece estar a punto de decir algo, pero su mirada se desvía detrás de mis espaldas.

—¿Quién es tu amiga?

—¿Cómo? —Miro hacia la puerta, pero no veo a nadie allí.

—Hace unos segundos había una chica allí, viéndote como si fueras el último vaso de agua del desierto. —Al ver mi cara de consternación, ella se ríe mientras alza ambas cejas—. Oh, al parecer alguien se está volviendo popular, ¿eh? Aunque no me extraña, con esa cara tan bonita que te cargas...

La miro casi con desprecio, esperando que de mis ojos broten puñales. Doy media vuelta y me largo de su tienda, quedándome con las ganas de azotar una de las puertillas de madera detrás de

mí.

El enojo me impulsa como la vela de un barco, a lo que llego al coche de Louisa en un parpadear. Me arrojo en el asiento sin encender el carro y me tomo un momento para contenerme. Enciendo la radio para ver si puedo despejarme un poco, pero al escuchar a un locutor hablando sobre la inquietante niebla, apago el aparato con fastidio.

Me dispongo a dejar mi morral en el asiento del conductor, pero doy un salto al ver que el libro de tapas rojas yace allí, abierto de par en par. Miro de un lado hacia otro tratando de ver si, de alguna manera, la loca de Laurele me ha alcanzado para ponerlo allí, pero no hay señales de ella; de hecho, no hay nadie a menos de veinte metros a la redonda.

—¿Cómo diablos ha llegado hasta aquí? —bisbiseo. Tal vez lo he tomado sin querer o nunca lo dejé en la mesa de la tienda. No tengo la menor idea, pero esto me pone los pelos de punta. Lo agarro de una esquina formando una pinza con mis dedos, temiendo que de un momento a otro me salte encima.

Echo una mirada a la página en la que se ha quedado abierto. El dibujo de un par de serpientes salta a mi vista, hecho con una oscura tinta roja. Volteo unas cuantas páginas más y descubro que, más que un libro, es un diario de anotaciones, con casi la mitad de las hojas en limpio. Hay varios párrafos en inglés que se mezclan con frecuencia con un idioma que no conozco, además de que está escrito con una letra tan pequeña que pareciera estar susurrándome. Me topo con toda clase de cosas, desde recetas hasta oraciones extrañas acompañadas de dibujos tribales.

—Invocando a los Loas —alcanzo a leer en una de las páginas, mientras más símbolos curiosos se asoman en el papel.

Cierro de golpe el libro y me dispongo a salir del coche para ir de vuelta hasta la tienda y arrojar esta cosa lo más dentro posible, pero mi mano se queda tensa sobre la perilla de la puerta.

¿Cómo es que Laurele sabe sobre mi infancia? ¿Acaso hay algo en el vudú, en esa extraña religión, que le permite saber cosas así sobre la gente? No, no es posible. ¡De seguro se ha enterado por otro lado! Aunque no tengo ni la más remota idea de dónde, porque ni de loco le contaría eso a alguien. Ni siquiera a Louisa.

Me estremezco de solo pensarlo. Mientras más miro aquel diario, más me da la sensación de que tal vez haya más formas de conseguir información que por boca de la gente.

Con la imagen de mi padre parpadeando en mi cabeza, decido conservar el libro un tiempo más.

Cuando estaciono el coche frente al centro budista, arrugo el entrecejo al ver que el letrero de *abierto* está apagado. A pesar de que se acerca fin de año, estoy seguro de que no teníamos planeado cerrar hoy.

Bajo de una zancada, pero mis pies se vuelven trozos de plomo a medida que me acerco a la puerta, arrastrando detrás de mí el peso de un mal presentimiento.

Abro muy despacio y recorro el pasillo con sigilo. Carlton y otros dos voluntarios del centro están en medio de la tienda, todos con el semblante de haber visto un fantasma y hablando con voz tan baja que apenas puedo escucharlos. Sea lo que sea parece grave, así que carraspeo; para mi alarma, todos brincan sin despegar los pies del piso.

—Oh, Elisse, estás aquí. ¿Pudiste conseguir el paquete? —me pregunta Carlton con una sonrisa torcida, así que levanto la caja de cartón entre los brazos para mostrársela—. ¡Ah, perfecto! Este... ¿podrías llevarlo a la sala? De seguro Geshe lo verá dentro de un rato.

Me limito a obedecer, azorado ante lo mal que ha disimulado su nerviosismo. Puedo sentir las punzantes miradas de todos ellos fijándose en mi espalda como agujas a medida que cruzo el pasillo, pero la curiosidad no me ha traído más que desgracias hasta ahora, por lo que prefiero no

hacer ningún comentario. Al llegar a la sala me encuentro con Louisa, quien mira un punto en medio de la nada.

—¿Louisa? —la llamo, sin usar ya el formal y distante «señora». Ella salta en su asiento al escucharme, pero, a diferencia de los otros, se queda mucho más tranquila ante mi presencia.

—¡Oh, Elisse! ¿Acabas de llegar? —Asiento sin siquiera preocuparme por ocultar mi cara de consternación.

—¿Está todo bien? El señor Lone se ve algo preocupado. —Ella suspira al tiempo que se pone de pie forzando las rodillas, como si estuviese bastante cansada.

—Mi niño, ¿has visto a alguien sospechoso acercarse al centro en estos días? ¿Alguna persona merodeando y que te pareciera rara?

—Pues... —Estoy tentado a decir que la única persona rara que había pisado la tienda en mi presencia había sido su hermana, pero opto por morderme la lengua—. No, la verdad es que no.

—Ya veo, eso me temía. —Ella desenreda hilos imaginarios en sus dedos para luego torcer la boca—. Lo mejor será llamar a la policía.

—¿La policía? —Una alarma se prende en mi interior—. ¿Por qué? ¿Qué ocurre? —Me mira con unos ojos que parecen pesar una tonelada, para después sacarse las gafas.

—Elisse... Alguien ha estado robando dinero de la tienda.

Dan las ocho de la noche. Coloco los cerrojos a la puerta, asegurándome también de ponerle los pasadores de metal. Después, me dirijo hacia la salida de servicio a un costado de la tienda y le echo candado, para luego bajar la cortina de aluminio que la refuerza. Miro a mi alrededor, tratando de ver si algo se me ha pasado.

Chasqueo la lengua y camino hacia un estante para apagar una varilla de incienso que aún echa humo. Veo que a un lado del platito de cenizas yacen unas cuantas monedas de a centavo, así que las miro por unos instantes, tentado a tomarlas y meterlas a la caja registradora.

Mis dedos se contraen antes de tocarlas. Finalmente, opto por dejarlas tal cual están.

Suspiro, todavía resintiéndome el montón de preguntas que me hicieron los policías hace rato. No soy idiota. Sé muy bien que cuando el dinero desaparece, el primer sospechoso es el recién llegado, y lo peor es que no puedo culparlos por pensar así, pero ¡no lo entiendo! Estoy seguro de que nunca se me va ni un centavo al momento de hacer el cierre de caja y la verdad no hay nadie de quien yo sospeche que se pueda estar llevando el dinero. Aunque es obvio que mi palabra no basta, porque lo único que me salvó hoy de ser culpado directamente es que varios aquí usan tanto la registradora como la caja fuerte.

No me siento orgulloso de admitirlo, pero si en el pasado llegué a robar era más que nada por necesidad. Todo niño hambriento o descalzo de la India lo hace, pero solo un estúpido echaría a la basura techo y comida caliente por unos cuantos dólares... bueno, unos cuantos no. Según dijo Louisa, se han llevado casi dos mil, pero yo ni por veinte lo haría.

Lo único que me mantiene un poco tranquilo es que Geshe y Louisa están convencidos de que yo no he tomado nada. Y si ellos dos me respaldan, anudado a la certeza de mi inocencia, no tengo nada que temer... ¿Verdad?

Ahuyento los pensamientos negativos de mi cabeza dirigiéndome hacia la ventana para ponerle también los pasadores, contemplando tanto mi reflejo como el del interior del local. Apago la luz de la vitrina y, por fin, la negrura me permite ver hacia fuera.

Echo un paso hacia atrás.

Una *pickup* roja está aparcada al otro lado del asfalto, justo frente al centro budista. La farola de la calle ilumina el vehículo con una tenue luz anaranjada, lo que provoca un mar de sombras

que le dan un aspecto bastante tético, como un monstruo enorme asomándose del otro lado de la calle.

Pero más allá de la silueta aterradora, lo que me pone nervioso es que hay una persona sentada en el asiento del conductor; un hombre al que puedo distinguir lo suficiente como para saber que está mirando hacia acá.

Trato de aparentar tranquilidad reacomodando las cosas del escaparate y evitando levantar la barbilla, hasta que escucho la camioneta arrancar.

Al ver de reojo al vehículo alejarse, por fin le doy oportunidad a mis pulmones de respirar. Cierro las cortinas de golpe y huyo hacia mi habitación.

Pongo pestillo a la puerta mientras trato de calmarme un poco. Veo el reluciente teléfono nuevo sobre el buró, el cual Louisa colocó por si se presentaba una emergencia. Lo miro fijamente, escuchando mi corazón latir con furia gracias al miedo.

Miedo. Estoy harto de tener miedo, así que, al final, respiro profundo y decido no levantar el auricular.

Capítulo 13
OJOS DE CAIMÁN

Van a dar las seis de la mañana, por lo que el cielo apenas y está empezando a aclarar. La misteriosa niebla que se supone no debería estar en Nueva Orleans cubre ambos extremos de la calle, haciendo que el asfalto se pierda entre la densa cortina gris; es como si nunca se hubiese acabado el primer día que vine a esta ciudad, porque pareciera que el paisaje lucha por repetirse una y otra vez.

Hoy no abriré la tienda por las vacaciones, pero aun así heme aquí, barriendo la acera, haciendo montoncitos de polvo y luchando con el sueño que no he podido espantar ni con la cargada taza de café que me tomé hace rato. Podría decir que lo hago porque soy un hombre responsable, pero la verdad es que no. Solo espero que algo de trabajo extra me ayude a generar un poco más de confianza entre la gente del centro, quienes de seguro ya nunca van a verme de la misma manera, por lo menos, no hasta que demuestre mi inocencia.

Tiemblo un poco por el frío, a lo que dejo la escoba en el suelo para cerrarme bien el suéter de lana rojiza que me hizo Louisa. Ahora agradezco más que nunca su gesto, puesto que con este maldito clima parece que tengo cascabeles en vez de dientes. Tomo la escoba de nuevo e intento contener un bostezo.

No he podido dormir bien anoche. Estuve atento a los sonidos del edificio, preocupándome de que, de un momento a otro, la puerta de mi habitación fuese abierta de un porrazo. Y es que, a estas alturas, ya no sé a quién rayos temerle más: a los animales, a los demonios o a la gente.

Nueva Orleans no es precisamente la ciudad más segura de Estados Unidos y, anudado al robo de dinero, ya puedo agregar otra cosa más a la lista de todo aquello que me va a terminar por volver loco. Si es que no lo estoy ya, por supuesto.

Me dispongo a seguir peinando la banqueta, cuando escucho el sonido de un automóvil acercándose a lo lejos. Debe ser un coche grande, ya que su tubo de escape ruge con fuerza. Apunto la barbilla al fondo de la calle y veo cómo un vehículo ilumina tenuemente la cortina de humo con el resplandor amarillento de sus faros. Dejo de respirar, puesto que la camioneta *pickup* de anoche surge de entre la niebla.

No alcanzo a siquiera considerar el salir corriendo cuando el vehículo ya se ha detenido justo frente a mí. Tenso la mandíbula y enderezo la espalda, porque si algo aprendí en las calles es que mientras más temeroso te veas, más probabilidad hay de que te ataquen.

El cristal de la ventanilla baja despacio, a lo que un sujeto de cabello claro, casi rubio y de unos treinta años, me mira desde allí.

—¡Buenos días! —Me saluda, alzando un poco el mentón repleto de barba. Estoy a punto de responderle, pero al verlo pasear su mirada sobre mí de arriba abajo para después sonreír de

lado, se me evapora la gentileza.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto, irritado ante el escrutinio al que soy sometido. El tipo apaga el vehículo y se baja sin responderme, haciendo resonar en el piso la suela de sus pesadas botas de casquillo.

Por su playera se asoman músculos que, si bien no son exorbitantes, se nota a lenguas que necesitas sudar mucho para conseguirlos. Resaltan bien, como anunciándome que, si se lo propone, puede partirme en dos como una rama.

Camina hasta detenerse a un par de metros de mí, para luego cruzarse de brazos.

—Eres menos impresionante de cerca, muchacho —escupe, divertido ante la abismal diferencia de nuestras estaturas porque... carajo, ¡es alto como un jodido roble! Tanto así que tengo que elevar la barbilla para seguir viéndolo a los ojos.

—Te pregunté qué es lo que quieres —respondo con la lengua más afilada por la rabia que por el miedo.

—¡Tranquilo, niño! —exclama él—. Te llamas Elisse, ¿no es así? —Mi ceja se dispara mientras ahorco la escoba entre mis manos. Al escuchar la madera rechinar, él mira con curiosidad mis dedos enrojecidos—. ¿En serio quieres probar suerte con eso? —pregunta, como si me hubiese leído la mente.

—¿Cómo sabes mi nombre? —La sonrisa en su rostro desaparece.

—Mira, no vine a hacerte daño —dice al tiempo que relaja su espalda y retrocede un par de pasos, levantando sus manos y mostrándome las palmas, como tratando de verse menos amenazante—. Solo quiero que hablemos.

Sus ojos se clavan en mí, a lo que de pronto siento algo extrañamente familiar en este hombre. Estoy casi seguro de que lo he visto antes, en alguna parte, pero ¿dónde?

Su olor a tabaco tampoco me parece conocido, pero hay algo en su presencia que pareciera aplastarme. Mis ojos, mis oídos, mi olfato... todos mis sentidos parecieran esforzarse por escrutarlo, creando una sensación que nunca en mi vida había experimentado.

El palo vuelve a respirar entre mis manos mientras ahora soy yo quien da un paso hacia adelante.

—¿Te conozco de algún lado?

—No, Elisse. Es la primera vez que nos vemos tú y yo. —La seguridad con la que me lo dice me provoca demasiado escepticismo, por lo que vuelvo a subir la guardia.

—Con un demonio, ¡¿qué es lo que quieres?! —pregunto por tercera vez, asustado ante las extrañas sensaciones que me están invadiendo.

—Oh, no, niño. El único que quiere algo aquí eres tú y vengo a ofrecértelo.

Ah, ahora sí lo entiendo. Este tipo está chiflado.

Mi primer impulso es dar media vuelta y correr al edificio para tomar el teléfono y marcar a la policía antes de que me alcance, pero cuando él ve mi cara de susto, coloca las manos sobre la cintura y mira hacia el piso, como si estuviese revisando su armamento de motivos para convencerme de no salir huyendo.

—Oye... ¿No estás harto de tener miedo? —me dice, levantando la mirada de nuevo, a lo que arrugo la nariz sin comprender a dónde demonios quiere llegar.

—¿Qué estás diciendo?

—¿No quisieras tener la certeza, por primera vez en tu vida, de que no estás loco? —Aquello me toma desprevenido. Abro los ojos como platos a la par que mi corazón empieza a bombear—. ¿De que todo lo que ves y lo que te pasa... es real?

Sus palabras me hacen retroceder de una zancada. ¿Acaso está hablando de mis pesadillas?

—¿Quién eres? —pregunto, tenso como una cuerda.

—Elisse... —Vuelve a dar un paso hacia mí, a lo que una alerta de amenaza me trepa por la espalda. Mi bota se estampa contra el cepillo de la escoba, partiendo el palo de madera y convirtiéndolo en una improvisada lanza.

La apunto hacia él, quien se detiene y vuelve a alzar las manos, mirándome con los ojos bien abiertos.

—¿Qué te...?

—¡Aléjate o te empalo, cabrón! —bramo, a lo que él parpadea varias veces, tal vez indeciso entre indignarse o echarse a reír.

—Elisse, escúchame —dice despacio, como escogiendo sus palabras con cuidado—. Si vienes conmigo podré mostrártelo todo, así como te aseguro que todas tus preguntas sobre quién eres y qué es lo que ves serán respondidas. Pero si te niegas, no podré hacer nada por ti.

—¿Cómo sabes esas cosas sobre mí? —pregunto con la voz temblorosa y el río de mis venas más furioso que nunca. Él, en cambio, solo me atraviesa con ese par de ojos que, de pronto, parecen lanzas.

—Te advierto que es mi única oferta.

Más que una advertencia me suena a una amenaza, a lo que me tomo unos segundos para analizar la situación: me queda claro que este tipo no es una persona normal, ya que la historia de mi vida no se puede adivinar con solo verme la cara, pero ¿quién me asegura que todo esto no es una trampa y que, aun negándome a ir con él, va a secuestrarme de todas maneras?

Miro la puerta del centro por el rabillo del ojo y siento que un grave presentimiento nace justo en medio de mi sentido común, plantado como un letrero neón de peligro. Pero, junto a esa inminente amenaza, también puedo escuchar a mi instinto y este me dice que vaya. Que dé un paso adelante y me aventure a descubrir la verdad.

El hombre sigue callado, esperando mi respuesta sin siquiera presionarme, como si adivinase el dilema que se menea en mi cabeza. ¡¿Es que acaso lo único peor que puede pasarme es la muerte?! ¡Me lo creería con todo lo que he vivido!

De todo esto, solo una cosa me queda clara: si no subo a esa camioneta, nunca voy a descubrir cómo es que este hombre sabe de mis pesadillas.

—Iré —respondo en un murmullo, a lo que una sonrisa se le planta en la cara—. Pero solamente con la condición de que volveremos aquí a las ocho —exijo, porque esa es la hora a la que Louisa me dijo que vendría al centro a verme, así que lo que menos quiero es que no me encuentre aquí.

—Te doy mi palabra —responde con una amplia sonrisa—, de todos modos, no iremos muy lejos. Lo prometo.

Sus promesas me vienen importando un demonio, ya que ni siquiera tengo la certeza de que no va a asesinarme.

Miro el palo de escoba al que antes me aferré como si fuese un rifle y, resignado, lo dejo tirado junto al cepillo. Él sigue sonriendo, se da media vuelta y camina hacia el vehículo, a lo que yo agarro aire y voy tras él. Mis ojos viajan hacia la *pickup*, inspeccionándola de arriba abajo e incapaz de creerme que esto está sucediendo.

De pronto, algo en la parte de trasera de esa camioneta me hace parar de golpe.

Una mano comienza a deslizarse desde el interior de la cajuela, aferrándose a la barandilla de metal cromado. Poco a poco, un hombre se pone en pie, mientras su cuerpo se sacude con violencia a la par que mis ojos se abren como platos.

Su vientre está rebanado en dos y borbotones de sangre nacen de su herida como un manantial. Sujeta los cachos de carne partida con una mano, como si quisiera unirlos para cerrar el hueco en

sus tripas, mientras que estira la otra hacia mí al tiempo que babea sangre y saliva a borbotones.

El alma se me va a los pies.

—¿Y ahora qué te pasa? —me pregunta el tipo que ha venido por mí al darse cuenta de que no lo sigo.

—¿Qué le has hecho? —susurro, sintiéndome repentinamente mareado.

—¿Qué?

—¿Qué le has hecho a ese hombre?!

Mi grito hace un eco en la solitaria calle. Él sigue el trayecto de mi mirada para después lanzarse contra mí. No alcanzo a parpadear cuando él ya ha me ha tomado de los hombros, zarandeándome de adelante hacia atrás.

—¿Estás viendo algo, Elisse?! ¡Dímelo!

—¡Suéltame, maldito loco! —exclamo, desembarazándome de su agarre de un jalón.

Salgo disparado hasta la casa y me estampo contra la puerta, pero antes de que pueda siquiera poner la mano en la perilla, una bestial fuerza me sujeta desde la espalda. La enorme mano del tipo me cubre los labios al punto de casi asfixiarme, silenciando mis gritos.

Después, me alza como si yo pesase menos que una pluma, llevándome de nuevo hacia la camioneta. Me revuelvo y lucho, pero soy incapaz de zafarme.

—Elisse, Elisse, mira de nuevo, allí no hay nadie —me dice al oído, pero yo no dejo de retorcerme. Me retiene con un solo brazo mientras que con su mano libre atrapa mi barbilla y me hace mirar hacia la camioneta.

—¡He dicho que...! —La frase muere en mi boca.

Me quedo sin aliento a ver que, lo que sea que hubiese estado en la cajuela, ha desaparecido. Balbuceo, buscando de un lado a otro al hombre que segundos antes estaba allí, agonizando y bañándose en su propia sangre.

—Pero había un hombre... —Sus brazos me estrujan con más fuerza mientras yo comienzo a temblar. Siento la presión de su agarre y giro mi cabeza sobre mi hombro para mirarlo, aunque no logro enfocar su cara. Mi corazón está a punto de padecer una taquicardia y mis manos bailan sin cesar.

¿Qué diablos es lo que acabo de ver?!

El abrazo sobre mi cuerpo pierde fuerza hasta que por fin me libera. Me aprieto el puente de la nariz con el pulgar y el índice, tratando de mantener mis rodillas firmes.

—Elisse... —El sujeto se inclina hacia mí para hablarme más de cerca. Estoy tan abatido que ya ni siquiera me importa la diferencia de nuestros tamaños—. Sé por lo que estás pasando. Crees que aquellos seres solo han venido a atormentarte, que se alimentan de tu miedo, pero no es así, Elisse —me dice, repitiendo mi nombre una y otra vez, como si tratase de crear una familiaridad que, obviamente, no existe—. Una vez me dijeron que nuestros miedos se fundamentan en el hecho de que no comprendemos aquello a lo que tememos...

Apenas y lo escucho, puesto que el miedo me marea. Rememoro aquel vientre abierto, aquella mano sangrante alzándose hacia mí. ¿Acaso era una de mis pesadillas? No, no puede ser, ¡se veía como una persona normal! ¿Era un fantasma? ¿Qué es lo que está pasando?! Siento un gorgoteo detrás de mis ojos; estoy a punto de echarme a llorar.

Como si lo hubiese adivinado, la mano de este hombre atrapa mi hombro, enroscándose en él con suavidad y, milagrosamente, parando los temblores que me sacuden de pies a cabeza.

—Si vienes conmigo empezarás a entender y dejarás de tener miedo. Te lo juro, Elisse —promete, acercándose un poco más y permitiéndome sentir su respiración, su aliento tibio; al menos, este hombre es real. Y está vivo.

Estoy consciente de que lo que sea que quiera mostrarme no puede ser peor que mis demonios, peor que la angustiante incertidumbre de no saber qué es lo que pasa conmigo, así que, después de un largo minuto en el que intento recuperar mi cordura, termino asintiendo muy despacio.

—Está bien... está bien.

Él me sonrío a medias y vuelve a erguirse. Se da media vuelta y regresa a la camioneta, conmigo persiguiendo sus pasos.

Le doy una última mirada a la cajuela aún con un nudo en el estómago y el corazón bombeándome como loco. Definitivamente, aquel hombre mutilado ya no está, pero todavía puedo percibir el olor a sangre que ha dejado en el ambiente.

Más que entender lo que me ocurre, quiero terminar con todo este horror, quiero conocer por fin qué se siente dormir tranquilo por las noches y vivir en paz durante el día... pero debo ser realista. Tal vez las cosas no mejoren. Tal vez se pongan mucho peor.

—Por cierto —dice él, mirándome sobre su hombro—. Mi nombre es Tared.

La *pickup* de Tared es espaciosa, huele a una mezcla de tabaco y madera, y un atrapa sueños cuelga del retrovisor, balanceándose de un lado a otro mientras andamos por la carretera. El reloj del estéreo marca las siete y media de la mañana, haciéndome morder los labios de ansiedad; ha pasado casi una hora desde que salimos del centro budista, inclusive cruzamos el puente sobre el Mississippi, así que ni de broma regresaremos para las ocho. A este paso, de seguro me van a terminar echando.

A lo lejos, un letrero nos anuncia la llegada a la famosa reserva que está junto a Nueva Orleans, esa que tanto gusta a los turistas para ir a visitar pantanos.

Pasamos de largo varios kilómetros de vegetación y casas que se apilan a la orilla del río montadas sobre gruesos pilares, con botes y barcos pequeños yaciendo debajo como garajes sin paredes. Me imagino que son construidas así por si acaso hay desbordes, pero no estoy seguro.

Después de otros treinta minutos de andar por caminos perdidos y callejones de árboles, llegamos al lado de una caseta abandonada, con sus paredes blancas repletas de moho y grietas de humedad.

Supongo que hemos entrado a un cerco privado por donde los turistas ya no acceden, ya que no hay señalamientos, caminos para autobuses o cualquier cosa que indique que aquí se puede hacer un picnic.

Los árboles, blancos troncos espolvoreados por cortinas de heno, comienzan a volverse más numerosos mientras el asfalto del camino desaparece y se vuelve un lodo empedrado.

Aquí la niebla es mucho más espesa que en la ciudad —me imagino que gracias a la humedad—, tanto así que un manto grisáceo cubre el suelo como si fuese un sauna, mientras que el croar de las ranas sobrepasa por mucho el canto de las aves. Sí, un auténtico pantano.

De vez en cuando quito los ojos de la ventana para mirar a Tared, quien se ha convertido en una chimenea humana, fumando un cigarrillo tras otro.

—¿Aún falta mucho? —pregunto, más para mantenerme despierto que por ganas de entablar conversación. Hace rato acribillé a este hombre con un mar de preguntas, pero él se puso tan reacio a responderlas que decidí darme por vencido.

—Sí, a este paso llegaremos en media hora.

—Mentiste respecto a que me devolverías a las ocho —le reclamo, a lo que él hace un sonido con la garganta parecido a una risa.

—Nunca dije que a las ocho de la mañana.

—Sinvergüenza... —lo reprendo, pero él solamente apaga la colilla de su cigarro en su

cenicero y se queda callado.

Suspiro y miro de nuevo por la ventanilla, cayendo en la cuenta de que el silencio va a ser mejor que nada. Hubiese querido encender al menos la radio, pero como no tengo ni idea de qué carácter tenga este tipo, prefiero no arriesgarme a hacer algo de lo que luego me arrepienta.

Los minutos pasan y, a pesar de que al principio estaba nervioso, ahora me siento más bien somnoliento. Me recargo contra el cristal, a punto de caer dormido, cuando veo algo al lado del camino, escondido entre la niebla y la maleza, que me hace enderezarme de golpe en el asiento.

—¡Por los dioses! ¿Eso era un caimán? —exclamo, mirando hacia atrás—. ¡Es enorme!

La camioneta frena con tanta brusquedad que, de no haber sido por el cinturón de seguridad, me habría partido los dientes contra el tablero.

—¿Pero qué demonios te pasa?!

Tared no me contesta, solo mira sobre su hombro hacia el vidrio trasero de la camioneta. Sus ojos escrutan la hierba a la par que comienza un sismo en mi mandíbula al ver que se enrojecen, como inyectándose en sangre.

—Carajo... —susurra, quitándose el cinturón de seguridad para bajar del vehículo.

—¿Qué está pasando?! ¡¿A dónde vas?!

Sigue sin responder. Va hacia mi puerta y la abre. Mete la mano debajo de mi asiento y saca una larga y pesada escopeta bajo mi mirada desorbitada.

—Quédate aquí —ordena, cerrando mi puerta con un azote.

Se para frente a la puertilla de la cajuela en completo silencio y, para mi desconcierto, levanta un poco la barbilla, vira la cabeza de un lado a otro y... olfatea el aire.

Estoy a punto de preguntarle qué demonios está haciendo, cuando la maleza vuelve a vibrar pero con mucha más violencia, dejándome boquiabierto. Tared se queda estático unos segundos, con la cabeza apuntada hacia el frente como si se le hubiese enyesado el cuello. En un parpadear, da media vuelta y corre para arrojarle de golpe a mi ventanilla.

—¿Sabes conducir? —me pregunta con la voz entrecortada por la agitación.

—A-ah, sí, yo...

—¡Agarra el volante! —exclama.

Antes de que siquiera pueda replicar, él se sube de un salto al cajón de la camioneta y apunta con la escopeta hacia la niebla. Abro la ventanilla trasera y me asomo.

—¡Tared! ¡¿A dónde se supone que vaya?!

—¡Sigue el camino entre los árboles!

Al frente veo, a duras penas, un sendero marcado por llantas de coche que se pierden entre la espesura del pantano. «*La tarea más fácil del mundo*», pienso con sarcasmo mientras me cambio al asiento del conductor y meto la marcha.

Pero antes de que pueda poner el vehículo a andar, escucho un profundo bramido a mis espaldas, a lo que me giro despacio para ver hacia atrás.

Las aves, las ranas, el viento, la hierba; todo ruido palidece en cuanto escucho el chasquido del seguro de la escopeta de Tared...

¡PUM! Un largo hocico verdoso salta desde la niebla, estampándose contra la camioneta con tanta fuerza que todo el vehículo se sacude.

—¿Qué demonios fue eso?! —grito a todo pulmón y con los brazos aferrados al volante, viendo cómo el hocico se retrae de nuevo hacia la niebla. La escopeta de Tared se dispara y un nuevo bramido retumba entre los árboles.

—¡QUE ARRANQUES, CARAJO! —ordena, a lo que meto el acelerador a fondo. Las llantas escupen fango y la camioneta sale disparada.

Un tercer grito se alza detrás de nosotros mientras manejo a través del espeso bosque siguiendo lo mejor posible el rastro del camino.

—¿Qué diablos está pasando?! —exclamo, pero en lugar de una respuesta, escucho cómo el arma es disparada de nuevo a mis espaldas. Aplastado por el miedo y la adrenalina, miro por el retrovisor.

La sangre se me diluye al ver a la monstruosa criatura que está apenas a unos diez metros de la camioneta: es un enorme caimán que corre únicamente sobre sus dos largas patas traseras. Su mirada de reptil está totalmente en blanco, sus palmas despuntan unas largas garras marfiladas y su hocico está repleto de un montón de hileras de gruesos colmillos.

Pero lo que más me aterra y desconcierta a la vez es que sus piernas y su torso, forrados en abultados músculos y piel viscosa, son muy semejantes a los de un hombre.

El animal vuelve a bramar, pero su voz, más que un rugido bestial, se asemeja a un grito humano. El miedo me carcome las entrañas, pero soy incapaz de quitarle la mirada de encima a tan espantosa criatura.

—¡CUIDADO! —grita Tared, a lo que yo doy un giro brusco con el volante al casi hacer que nos estampemos contra un árbol. Vuelvo al camino y veo por el retrovisor como él apunta la escopeta hacia la cabeza del caimán.

Un potente disparo revienta en su hocico, arrancándole un par de colmillos junto con un tajo de carne, pero la criatura no se echa ni un centímetro atrás.

—¡Acelera, acelera! —me grita Tared, ya que el animal se nos acerca cada vez más y más.

Salta de nuevo.

Tared se agarra con fuerza de los pasamanos de la cajuela al tiempo que la criatura nos embiste. Nos sacudimos, pero ahora con una violencia que casi vuelca el vehículo.

—¡Carajo! ¡Mi camioneta! —ruge Tared, quien aprovecha para dar un tiro cercano a la criatura, pero esta lo esquiva y vuelve a tomar velocidad. Veo cómo se adelanta hasta un costado del vehículo, quedando a tan solo unos pasos de mi ventanilla.

—¡Joder! —exclamo al tiempo que contengo una arcada de asco. Ese maldito animal apesta a cadáver, pero de una forma tan espantosa que apenas puedo controlar mis ganas de vomitar.

Otro disparo de escopeta se clava en su espalda, pero solo aminora su carrera unos instantes, muy a pesar de que un cacho de carne y espinas sale volando del lomo. Escucho a Tared maldecir mientras esta cosa se mantiene muy a la par de la camioneta, como si se le fuese la vida en ello.

Varios metros adelante, los troncos de los árboles se apilan tan cerca los unos de los otros que se asemejan a un muro quebradizo, a lo que por fin veo mi oportunidad.

—¡Tared, sujétate! —le grito, sin darme tiempo para comprobar si lo hace o no. En cuanto la criatura y yo nos alineamos a la par de los árboles, retuerzo el volante.

La chatarra revienta cuando estampo el costado de la camioneta contra el muro de troncos, llevándome al monstruo en medio.

Prendo el acelerador, arrastrando al caimán a lo largo de aquellos maderos hasta que la carne se le comienza a desprender, dejando un rastro sanguinolento embarrado a lo largo de los maderos.

Un brazo se le atasca en medio de dos árboles; el animal cae al suelo y rueda como un barril, quedando rápidamente detrás de nosotros.

Miro por el retrovisor para asegurarme de que Tared siga completo. Lo veo aferrado a la puertilla de la cajuela con una expresión de espanto, mientras escucho que la escopeta se balancea de un lado a otro en el piso. Me mira de vuelta y, de pronto, estalla en estrepitosas carcajadas.

—¡Estás completamente loco! —exclama, partiéndose de la risa como si no hubiésemos estado a punto de morir gracias a ese monstruo.

Estoy a una nada de decirle que se vaya a la mierda, pero se me hiela de nuevo la sangre al ver por el retrovisor: la criatura se levanta a lo lejos, con tajos de carne colgándole por todo el cuerpo.

—¡Sigue vivo, sigue vivo! —grito al desquiciado de atrás.

Sin borrar la sonrisa de su rostro, él vuelve la mirada hacia el caimán y toma la escopeta. El camino comienza a ensancharse y a formar un sendero más firme, mientras diviso a lo lejos cómo un conjunto de cabañas se asoman al final del trayecto.

—¡No va a durar mucho más! —grita mientras el caimán comienza de nuevo la persecución.

Me giro sobre mi hombro para ver cómo Tared levanta su arma y apunta entre sus blancos ojos, pero cuando vuelvo a mirar al frente veo que una fogata de piedra se interpone justo en medio de mi paso. Volanteo y Tared sale disparado de la cajuela, mientras el vehículo se estrella contra las firmes rocas a tal velocidad que se catapulta como en una zancadilla... conmigo aún dentro de la cabina.

La furgoneta rueda más veces de las que puedo contar. El ruido del metal aplastándose me destroza los tímpanos y mi cuerpo rebota con violencia de arriba abajo como si fuese un muñeco de trapo. Las ventanillas truenan, el parabrisas se parte y, finalmente, la camioneta termina boca abajo.

El estruendo cesa, pero todo mi cuerpo empieza a doler como los mil demonios. Me quedo quieto unos segundos, tirado en el techo de la volcada camioneta tratando de sobreponerme al brutal accidente.

Un dolor agudo me punza en un costado de la cabeza, tan lacerante que me empiezo a marear. Me toco arriba de la sien y algo filoso pincha mis dedos... ¿Es esto un vidrio?

Hago un esfuerzo por ver lo que pasa fuera del vehículo, pero cuando la sangre entra en uno de mis ojos todo se torna rojo y difuso.

—¡Elisse, Elisse! —Tared grita a lo lejos.

Puedo verlo arrastrándose por el suelo con una herida bastante fea en la frente mientras trata de alcanzar la escopeta tirada a unos metros de él. Quiero gritarle y decirle que sigo vivo, pero estoy tan mareado que no puedo sacar más que gemidos de mi boca.

Distingo la cabeza del caimán a lo lejos, trotando y bramando con esa voz tan humana y tan sobrenatural a la vez. Pasa al lado de Tared sin siquiera mirarlo, yendo directo hacia mí. Jadeo y aprieto los puños de rabia. Hemos hecho hasta lo imposible y no hemos podido matarlo.

Ni siquiera termino de sumirme en mi resignación, cuando una enorme sombra azota contra el rostro del caimán, arrancándole la mandíbula inferior de tajo. Doy un respingo y me echo hacia atrás al ver cómo el cuerpo de la criatura cae como si pesase una tonelada, siendo despedazado por un ser con una fuerza todavía más abominable.

Su pelaje, negro como un abismo, es lo único que mi perturbada mente alcanza a procesar, puesto que cada vez me siento más mareado y dolorido, incapaz de seguir arrastrándome para tratar de salir de la camioneta.

El reptil comienza a dejar de moverse a medida que el otro monstruo le desgarras las entrañas, pero estoy tan aturdido que ni siquiera puedo sentir gran asombro al ver que, cada vez que parpadeo, el cuerpo del caimán parece transformarse de un momento a otro.

Por segundos, veo el cadáver putrefacto de un hombre canoso ya falto de mandíbula, para después volver a mutar en el espantoso caimán como por arte de magia.

Lo último que percibo, a duras penas, es que en la frente de aquel hombre moribundo se asoma un dibujo borroso que comienza a tomar más fuerza a medida que él perece, como si le absorbiese la vida poco a poco.

No tengo fuerzas para distinguir los trazos de aquel símbolo... o para quejarme cuando mi cuerpo es arrastrado bruscamente fuera de la camioneta.

Capítulo 14
Y LA TORMENTA REGRESA



—¿Cuántas horas lleva desaparecido?

—No lo sé, oficial —contestas con nerviosismo—, no lo hemos visto desde que cerramos el centro ayer. Se supone que debía estar aquí cuando llegáramos a las ocho.

Intentas tomar un trago de té, pero te tiembla tanto la mano que me tengo que abrazar a tu muñeca para que al fin puedas llevarte la taza a los labios. El hombre frente a ti escribe la nota de tu declaración, simulando un interés mediocre que no logra engañarte. Lo sabes: no ha pasado el tiempo suficiente como para considerar desaparecido a Elisse, pero eso no te impide tener el alma colgando de una frágil telaraña.

Después de soportar una larga jornada sin tener noticias de tu muchacho, llamaste a la policía a eso de las siete de la noche. En cuestión de minutos, una patrulla había sido enviada al centro budista, conmocionando a los vecinos al estacionarse frente al edificio emitiendo brillantes luces rojas y azules. Geshe sabía que esto solo iba a traer más rumores extraños sobre el centro, por lo que se marchó a casa seguro de que todo era una exageración provocada por tus maternos nervios. En cambio, yo preferí quedarme a consolarte en una silenciosa contemplación, ya que Carlton, dando vueltas como un hurón enjaulado y vociferando la irresponsabilidad de Elisse, no estaba ayudándote en nada.

El oficial revisa unos cuantos papeles, anotando el nombre del chico de vez en cuando y repasando aquellos que, en su vasta inteligencia humana, cree importantes. Después, los apila junto a las hojas en las que está escrito todo lo que has declarado. Carlton juega un poco con su propia taza de té mientras el policía comienza a hablar por la radio pegada a su hombro, dando información sobre la apariencia de Elisse.

La puerta de la sala se abre de golpe, haciéndote brincar en tu asiento y dando paso a un hombre que parece haber dejado sus modales debajo de alguna piedra.

—Señor Lone, señora Fiquette —saluda con sequedad, a la vez que en su semblante ceñudo lees que no está muy contento de tener que tomar el caso. Todavía tiene mucho trabajo con otros casos a su cargo, pero hay tan poco personal dispuesto por las cuestiones de año nuevo que prácticamente lo han obligado a venir aquí.

Ante tu incómoda mirada, toma asiento en el único sillón libre para después sacar de su bolsillo un trozo de metal dorado y reluciente. Lo arroja sobre el lomo de la mesa, como si aquella placa de policía le diese la autoridad para moverse a sus anchas. Ruedas los ojos buscando harta paciencia; no hay alguien en la ciudad que no conozca las malas maneras del oficial Salvador Hoffman, pero, así mismo, tampoco hay quien pueda negar que si hay alguien que sabe hacer las

cosas es él. Para tu fastidio y el de toda la gente de buenas costumbres.

—Quiero creer que este caballero ya ha tomado los datos indispensables —dice sin mirar al otro oficial, quien se pone nervioso ante una declaración que más bien suena a amenaza—, así que yo me limitaré a hacer mi parte. ¿Tienen alguna imagen del chico?

—Sí, sí, incluso he sacado una copia para usted. —Le extiendes el pasaporte de Elisse y una réplica en blanco y negro.

El detective toma el segundo papel y lo mete en su bolsillo, para después echarle un vistazo a la valiosa identificación. Su ceja se levanta como jalada por un dedo al ver la fotografía a todo color.

—¿No es el chico que se encontraron inconsciente en *Audubon Park*?

Salvador nunca lo había visto, pero, por las descripciones tan peculiares que le dio Ronald Clarks sobre él, sabe de inmediato que se trata de la misma persona.

—¿Ahora entiende mi preocupación? —exclamas—. Temo que se haya hecho daño, además, encontramos la escoba rota en la acera. ¡Puede que hasta lo hayan secuestrado!

—Aunque nos inclinamos más a que fue un ataque de terrores nocturnos —sugiere Carlton.

—¿De nuevo? ¿No está medicado o algo por el estilo?

—No, señor —respondes—, su médico de la India dijo que ya no necesitaba más medicinas. Lo llamamos el día del accidente y nos aseguró que lo que pasó en el parque fue por el estrés de haberse mudado de país, pero no descartamos que haya pasado de nuevo.

Salvador resopla y espanta moscas invisibles con la mano. Toma los apuntes del otro oficial sin pedírselos para después hojearlos sin intención de disimular su cara de aburrimiento. Después de unas cuantas hojas, se detiene en una que parece llamar su atención en especial. Sus ojos se mueven sobre ti con frialdad, poniéndote la piel igual a la de una gallina desnuda.

—¿Reportaron un robo el día de ayer?

Palideces. Carlton en cambio, asiente vigorosamente.

—Sí, sí, oficial —dice el viejo—, nos dimos cuenta de que alguien estaba sacando dinero del centro, así que llamamos para dar una declaración.

—¿Y no les parece muy curioso que el chico haya desaparecido al siguiente día?

Endureces la mirada como pocas veces he tenido el infortunio de ver. Tus labios se aprietan tanto que casi forman una línea recta en tu cara a la par que yo mismo me encojo sobre mi cuerpo, apuntando mi cabeza hacia el agente y haciendo alusión a viejas manías amenazantes de mi sangre.

—No tiene que ver una cosa con la otra. Elisse es un niño muy bueno y tanto Geshe como yo estamos dispuestos a responder por él —defiendes, para después ver a Carlton como si quisieras arrancarle la lengua.

Hoffman cierra los papeles y los deja caer en la mesa. Se pone de pie y mete de nuevo su placa en la gabardina.

—En fin, haya sido él o no tendrá que entender una cosa, señora Fiquette: el muchacho no puede reportarse como desaparecido hasta que hayan pasado las horas reglamentarias desde la última vez que lo vieron, pero dado a que nunca ha estado en la ciudad y que aún es menor de edad, pasaré su perfil a mis compañeros, solo para que estén alerta por si lo ven.

—Gracias, oficial... —dices en un susurro, a lo que Hoffman se limita a asentir. Vuelves a mirar a Carlton con ojos de témpano, logrando que el viejo baje la mirada.

—Por cualquier otra cosa, comuníquense con el oficial Clarks, el que tomó la declaración de Elisse en el hospital. Estoy seguro de que ya tienen su tarjeta —indica sin esperar respuesta, a lo que yo me apresuro a enredarme en uno de sus tobillos, procurando guardarme las ganas de retorcérselo. Te miro por última vez, estremecido ante tu rostro velado por la preocupación.

Aferrado a los huesos del agente, él y yo salimos de la habitación, escuchando apenas a nuestras espaldas cómo el otro oficial se disculpa contigo y con Carlton por el comportamiento de su superior.

Cruzamos el edificio y vemos al viejo coche esperando en la acera con las pezuñas cubiertas por una niebla espesa.

Al verte suspirar de cansancio, me pregunto si no serás capaz de encontrar alguna sobra de gentileza en tu alma, Hoffman, porque tienes años haciéndote enemigo de todo el que se te pone en frente.

Metes tu mano en el bolsillo para sacar tu llave, pero la copia del pasaporte de Elisse es lo primero con lo que se topan tus dedos. Lo sacas y lo desarrugas para después mirarlo con atención. Yo trepo por tu espalda y me asomo sobre tu hombro para contemplar también el papel.

Mi pobre crío tiene una expresión extraña: las ojeras alrededor de sus ojos hacen parecer que tiene días sin dormir, pero el brillo de su mirada indica que está más alerta de lo que una cara sin descanso reflejaría.

—Con que eres un chico problemático, ¿eh? —murmuras a la par que unas finas gotas de agua comienzan a caer sobre la tinta, deslizándose sobre las mejillas del joven hasta transformarse en riachuelos negros. Cuando caes en la cuenta de que te has quedado mirando demasiado el papel, haces una pelota con el documento y lo arrojas en el asfalto, justo en el río embravecido que comienza a formarse en la orilla.

Tu coche parte rechinando las llantas, mientras el agua arrastra el retrato de Elisse con su creciente corriente.

Capítulo 15
ALGO FAMILIAR

No siento gran cosa cuando la aguja perfora mi piel ni cuando se entrecruza con otro pedazo de carne para cerrarse en una firme puntada. Pero algo que sí siento es una caliente gota de sangre que baja por mi sien, la cual limpio de un manotazo.

—Tienes mucha suerte, pequeño —me dice una vocecita a mi lado—. El vidrio no se te incrustó demasiado.

Trato de contestar, pero las palabras no salen de mi boca. Estoy tan conmocionado y exhausto por todo lo que ha pasado que el solo hecho de tener que hablar requiere demasiado esfuerzo.

Otra puntada y esta vez me doy el lujo de respingar.

—Oh, lo siento, mi niño. Juro que esa ha sido la última —se disculpa—. Lo bueno es que la herida que te has hecho no se verá demasiado bajo todo ese nido que tienes por cabello. Se nota a lenguas que te lo cortas tú solo, aunque admito que te ves adorable con ese flequillo mal hecho.

Es un poco surrealista que se ponga a hablar de mi cabello en estos momentos, así que tampoco respondo esta vez.

Pasé las últimas doce horas convaleciéndome entre la consciencia y el delirio, apenas siendo capaz de captar lo que pasaba a mi alrededor. Mi cuerpo se sentía tan caliente que por momentos creí que se me evaporaría la sangre; era como si tuviese una fiebre muy intensa, ya que veía todo borroso y un montón de voces me hablaban de todas partes pero sin que yo pudiese entender lo que decían. Y, para colmo, las siluetas negruzcas de varias personas se movían de un lado para otro por la cama como buitres volando en círculos sobre mi cadáver, logrando que me preguntara de vez en cuando si no había muerto ya.

No fue hasta hace unos minutos que un penetrante olor a hierbas me puso los pies en la tierra, trayéndome de vuelta a la realidad y dispersando las borrosas siluetas como si fuesen de humo.

Cuando logré enfocar la vista reconocí a una anciana nativo americana sentada a mi lado, sonriéndome y sosteniendo un cuenco humeante entre las manos. Distinguí las arrugas de su piel, el oscuro tono tostado de su rostro y, para mi desconcierto, unos ojos de un color tan claro como la niebla. Lo más extraño es que ni siquiera me espanté cuando arrancó uno de sus largos cabellos blancos para usarlo como hilo.

Creo que, a estas alturas, pocas cosas serán capaces de asombrarme, al menos eso espero, porque ya no sé en qué parte del universo se ha escondido el concepto de *normal*.

—¿Qué hora es? —pregunto con cansancio, a lo que la mujer ríe un poco.

—Más tarde de lo que te gustaría, eso es seguro. —Su voz es suave y melodiosa. Casi como escuchar a un ave cantar.

—¿Y Tared? ¿Qué pasó con él? —pregunto, asfixiando la cobija bajo mis nerviosos dedos.

—Él está bien, muchacho, y mucho menos herido que tú, si me lo preguntas —me dice, sonriendo y estrechando mi muñeca entre sus dedos, tan pequeños y flacos que parecen ramitas enrolladas. El nerviosismo parece esfumarse de mí con su dulce toque, aunque aún me siento desorientado.

Aprieto los ojos al sentir otra punzada de dolor en mi cabeza, por lo que ella me pasa el cuenco herbal por debajo de la nariz permitiéndome aspirar el aroma mentolado de sus aguas. El dolor desaparece casi al instante, pero Tared aún ronda en mi cabeza.

—Él... dijo que si venía aquí tendría respuestas —digo, ahora sin importarme que mi acento hindi se luzca—. Pero creo que ya no entiendo nada de este mundo, no después de todo lo que he visto hoy.

—Al menos nadie puede negar que sigues vivo, hijo.

La anciana me acaricia el dorso de la mano con sus yemas, tan tibias y tiernas que parecen el toque de una pluma. La miro por unos momentos, sintiendo que el aura que esta mujer transmite es muy similar al de Louisa: es algo puramente materno.

Ella toma un trapo y lo humedece en las hierbas para después pasarlo sobre las heridas de mi cara y brazos, mientras me doy a la tarea de mirar la habitación con algo más de claridad.

Lo primero que distingo es una mecedora frente a la cama, en cuyo respaldo el suéter que me ha tejido Louisa yace hecho girones, con sangre seca salpicada por todos lados y transpirando pena por cada una de sus hebras de estambre.

Contengo un gemido en la garganta y mis ojos echan a correr a otro sitio para no ponerse a lagrimear; por alguna razón, el ver esa prenda allí me hace sentir como si le hubiese dado una patada a Louisa.

Sacudo un poco la cabeza y sigo con mi recorrido. Las paredes exhalan un aire a nostalgia por lo desgastado de la madera, lo cual me hace notar que estoy en una cabaña. Un amplio espejo con un tocador está en la pared justo frente a mí, por lo que mis ojos se abren un poco más al ver mi reflejo y el de la anciana.

Veo plumas asomándose bajo sus ropas y alrededor de su cara, cuyos enormes ojos son negros y brillantes como un par de piedras ónix. En vez de brazos tiene unas alas blancas, con dedos marfilados en las puntas que me curan las heridas con una precisión increíble. No hay pico y su nariz sigue en su lugar, pero aun así la apariencia es suficiente como para que reconozca al animal que está en el reflejo.

—Una lechuza... —susurro, a lo que ella mira nuestro reflejo y sonríe.

—Así que puedes ver a mi *ancestro*.

—¿Ancestro?

—Eso que ves allí es mi alma, Elisse.

Su enigmática respuesta me provoca algo que nunca en mi vida he sentido al ver eventos sobrenaturales: fascinación.

Incapaz de sostenerle más la mirada a aquella criatura asombrosa, desvío los ojos a las esquinas del espejo, en donde cuelgan collares hechos con colmillos y plumas. Sobre el tocador yacen unas cuantas velas derretidas encima de varios libros viejos que ya tienen una buena crianza de polvo.

Cornamentas de animales y atrapasueños de diversos colores se dispersan por las paredes, y un montón de marcos conteniendo mariposas disecadas adornan los espacios que quedan sueltos. No hay ventanas, por ende, parece más una auténtica bodega de suvenires extravagantes que la habitación de una persona.

—Bueno, he terminado contigo. —La anciana se levanta de la cama con el cuenco humeante, a

la vez que me palmea el brazo—. Te dejo, mi niño. Alguien más quiere ver cómo sigues.

Va hacia la puerta y la abre, sonriendo al encontrarse con Tared en el marco. El hombre le devuelve el gesto y yo siento una especie de alivio al ver que de verdad está completo.

Cuando la anciana se marcha, él cierra la puerta y toma la silla donde momentos antes estuvo ella sentada. Me sonrío, recarga su brazo en el respaldo y saca un cigarrillo de la bolsa de su chamarra de cuero.

—Al fin despabilas, muchacho —dice con serenidad—. Te diste una buena tunda allí dentro; nos sorprende mucho que no hayas perdido el conocimiento en todas estas horas.

—Tampoco es que tuviese las cosas muy claras —respondo en voz baja.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera arrollado un caimán gigante. —El hombre se ríe con ganas, haciendo bailar el cigarro entre sus dedos—. ¿Qué hay de ti?

—Bah, no me ha hecho ni un rasguño —me asegura, pero dirijo mi vista hacia su frente para buscar aquella herida que, estoy seguro, se hizo al momento de caer de la camioneta. Mi corazón se acelera al ver que solo está el delgadísimo rastro blanco de una cicatriz, justo como la que me quedó a mí en el costado después de la persecución del monstruo de hueso. Bajo la vista hacia sus ojos, indagando en ellos por unos largos minutos hasta que por fin encuentro lo que busco.

Desvío el rostro hacia mis manos y jugueteo con las hebras de la colcha, sintiendo la mirada curiosa de Tared sobre mí. Se rasca un poco la espesa barba y carraspea, como tratando de cortar la tensión que de pronto ha nacido entre nosotros.

—¿Pasa algo? —pregunta por fin, a lo que mi cara se contorsiona en un malabar de ojos, cejas y labios.

—Eres el lobo... de aquella vez en el parque, ¿verdad? —le suelto. Él pone una breve cara de sorpresa, para después guardar de nuevo el cigarro—. No se parecen. Es decir, el color de tu cabello y su pelaje, pero... tienen la misma mirada.

Y es verdad. Los ojos de Tared son azules, clarísimos como un estanque de agua. O como el relampaguear de un trueno.

—Lamento que hayas tenido que ver eso —me dice, perdiendo su vista en algún punto de la habitación—. Pero lo que estaba haciendo era necesario. Te bastará con saber eso —me asegura, aunque su respuesta no me satisface en absoluto.

—¿Estoy aquí por haber visto eso?

—No, pero sí fue el momento en el que supe que eras distinto al resto de las personas.

—Y yo que creí que solo estaba loco.

—Tal vez no estés muy lejos de estarlo —me dice sin mirarme. No sé si habla en serio, aunque no lo dudaría.

Es su turno de suspirar. Se inclina hacia delante y luego me da un apretón en el hombro, para después levantarse de la silla y estirarse un poco.

—Tared...

—¿Dime?

—Me prometiste respuestas.

—Y te las daré, te lo aseguro, pero por ahora descansa. Mamá Tallulah te traerá algo de comer y después podrás reunirte con todos en la fogata. O lo que dejaste de ella.

—Tallulah es la anciana que me cosió las heridas, ¿cierto? —pregunto con suavidad, ya que hasta su nombre me suena a poesía.

—Sí, pero ni de broma se te ocurra decirle anciana o Tallulah a secas. La ofenderás.

—Uh... entiendo, supongo.

—Elisse...

—¿Sí?

—Bienvenido.

Sale de la habitación cerrando la puerta detrás de sí. Miro esa salida por unos segundos para después dejarme caer de nuevo en la almohada, tratando de no lastimarme demasiado; también siento un leve dolor en mi pierna derecha y en ambos brazos, de seguro secuelas de mi paseo dentro de la cabina, pero aun así estoy consciente de que no me siento tan maltrecho como debería estarlo después de un accidente de esa magnitud.

Miro el techo de madera y me imagino infinidad de figuras apareciendo en sus manchas y grietas, abalanzándose sobre mí y aplastándome junto con el peso de mi propio pecho.

Ese «bienvenido» me ha causado verdadera conmoción. ¿Bienvenido? ¿Quiénes son estos humanos que toman forma de criaturas? ¿O serán criaturas que toman forma humana? Pero más importante aún, ¿por qué diablos estoy tan tranquilo?

Empiezo a tener la sensación más extraña con la que me he topado. Es como si estuviese en un mundo demasiado ajeno a mí, con cosas que nunca he visto antes, pero que al mismo tiempo me resultan terriblemente familiares. No los objetos como tales, sino lo que estos me hacen sentir o percibir.

El olor a hierbas y sangre, el dolor adormecido, la presencia de un ambiente tan antiguo y salvaje que me transmite una gran nostalgia, como si hubiese vuelto a la raíz de mi naturaleza. Siento... como si al fin estuviese en el lugar en el que encajo, en el que caben mis miedos, mis visiones y todo lo que yo siempre he sido.

Ahora solo me falta descubrir quién soy en realidad.

Capítulo 16
UN MAL PRESENTIMIENTO



La medianoche asoma el rostro sobre la reserva, mientras un fuego arde con delicia en la improvisada fogata; es tan exquisito que no puedo evitar arrastrarme hasta uno de los leños ardientes para abrazarme a él e imaginar que me caliento al compás de las llamas.

Se las han arreglado para cavar un agujero y colocar a su alrededor los fragmentos de roca que fueron arrasados por la camioneta de Tared. Quedó poco de ellos, pero aun así alcanzaron a formar un semicírculo lo bastante amplio como para ser funcional. Los asientos han desaparecido, haciendo que todos deban sentarse en el suelo arenoso.

A mi ver, está mucho mejor así. Más cerca de la tierra y más lejos del oscuro cielo arropado de nubes.

Levanto la cabeza para contemplar a las personas a mi alrededor. Un hombre de la tierra vieja, nativo americano, es el único que se mantiene de pie, apoyándose en su bastón de madera e irguiéndose cuan alto es.

Una vieja piel de lobo, cuyo pelaje grisáceo pareciera irradiar tonalidades azules, yace sobre sus hombros, con la enorme mandíbula superior abrazando la cabeza del anciano y desfilando una orgullosa colección de enormes colmillos negros, otorgándole un porte tan feroz que no hace más que reforzarse gracias al claroscuro de las llamas.

Con ese aspecto, no cuesta creer que sigues siendo tan imponente como lo eras en tu juventud. Te conozco desde que eras un niño y te he visto crecer con tanto ímpetu y fuerza que tu propia gente te ha terminado llamado *padre Trueno*. Inclusive ahora, a tus sesenta y ocho años, sigo viendo en tus músculos una firmeza propia de la primavera de la vida y una espalda rectísima que se niega a encovarse.

Mi preciosa Tallulah, una mujer dulce y delicada como un canario, yace sentada a tu lado, haciendo un gran contraste con tu porte de águila.

Johanna, noble criatura incapaz de entender el alcance de su propia fuerza, se arroja en su manto de tejido azul y asfixia un grueso libro forrado de cuero entre sus brazos, a la par que Julien y Nashua aprietan los labios; uno tratando de no decir alguna jugarreta y el otro conteniendo un bufido de desesperación.

Todos se mantienen en silencio ante tu presencia, tan solo mirando las cenizas que se elevan a través del fuego. El ambiente es tenso, como si estuviesen sosteniendo sobre sus cabezas la mismísima bóveda celeste.

—Entonces, ¿ya se deshicieron de todo? —Se anima a preguntar Johanna, quien, como siempre, intenta romper un poco la incertidumbre, para tu pesar.

—Sí, tiramos el cadáver al río y echamos la camioneta a la chatarrería —contesta Julien, al parecer aliviado de tener la oportunidad de volver a abrir la boca.

—¿Y Tared no dijo nada de su camioneta? —Insiste la chica—. ¿No está enojado?

—No. Y eso es lo que más me tiene encabronado, ¿sabes? —responde Nashua de un escupitajo—. ¿Recuerdas el puñetazo que le di a esa chatarra? Tuve que pagarle hasta el último centavo de la maldita reparación. ¡Pero ese estúpido mocoso la hace papilla y el muy cretino de Tared no le dice nada!

—¡Nashua, no te expreses así de tus hermanos! —Manda a callar mamá Tallulah, a lo que el moreno baja la mirada.

—Yo solo digo que Tared debió cambiar frente al muchacho. Habría podido hacerle frente sin tener que hacer mierda el refugio.

—Yo creo que él usa la cabeza antes de actuar, no como otros —replica Julien, a lo que Nashua lo mira con fastidio—. Piénsalo, ¿qué tal si el niño hubiese perdido la cabeza al verlo de esa forma? De seguro habría creído que todo era una trampa y lo habría tratado de arrollar junto con aquel lagartijo.

El nativo no dice nada más, demostrando con su silencio que Julien, en su basta sabiduría escondida debajo de capas de irracional buen humor, tiene toda la razón.

—Bueno, a todo esto, ¿cómo es él? —pregunta Johanna.

Hasta ahora, ella solo ha visto a Elisse de lejos, así que no tiene la más mínima idea de cómo es el muchacho fuera de su curiosa apariencia.

—Definitivamente, es como el abuelo Muata. Pero sin lo feo.

—No es gracioso, Julien —lo reprende la chica, a lo que él solo se encoge de hombros mientras tú te limitas a mirar al cielo por un segundo—. Me refiero a cómo es a nivel personal, además, no deberías expresarte así del abuelo. Eres un maleducado.

—Y tú una lambiscona —dice entre risas, haciendo bufar a la joven.

—¡Niños! —reprende mamá Tallulah, adelantándose a lo que tú mismo anhelas hacer—. Elisse es un digno ejemplar de su *estirpe*, pero no por eso debemos considerar su apariencia como algo importante, ya que estoy segura de que serán sus habilidades las que harán que se gane el respeto de todos nosotros.

La voz de la anciana suena como un eco entre los árboles, a lo que todos guardan silencio para percibir con claridad el susurro de la propia naturaleza.

—Ya veremos si se queda —dices por fin—. Todavía no hay nada decidido.

Mamá Tallulah te mira con desconcierto ante tan fría respuesta. Un nuevo miembro para la tribu siempre es una bendición gracias a la escasez de crías, pero en este caso parece ser que hay algo dentro de ti que te pide a gritos que no bajes la guardia. Que la llegada de ese muchacho es algo demasiado bueno para ser verdad.

—¿Traerán también al abuelo Muata? —te pregunta Nashua, quien ahora tiene pinta de que le aprieta un zapato.

Pobre criatura, ha pasado tanto tiempo a tu lado que cada día empieza a parecerse más a ti. Tanto en las cosas buenas como en las malas.

—Le di la orden a Tared de que no faltase nadie —respondes sin ganas, a lo que el silencio se instaura como un código entre tu tribu. El rebaño de nubes en el cielo se despeja poco a poco, dejando que la luna llena parpadee sobre la reserva. Tú y yo levantamos la cabeza casi al mismo tiempo, pidiéndole su bendición.

Minutos después, la puerta de una de las cabañas más próximas se abre, dejando salir una luz del color del sol. Tared empuja con cuidado la silla de ruedas del abuelo Muata, a lo que todos

los jóvenes en la fogata se ponen de pie para recibirlo mientras le hacen un amplio espacio a tu lado.

—¿Y el chico? —pregunta Julien a Tared.

—Ahora voy por él. Primero quise que el abuelo Muata estuviese cómodo —responde con gentileza mientras acomoda el costal de plumas que yace detrás de la encorvada espalda del viejo.

Muata palpa la muñeca de Tared en gesto de agradecimiento mientras este le echa hacia delante su cascada de cabello blanco.

Pesco un amago de sonrisa en tus labios al ver a tu muchacho, a la vez que el orgullo que brilla en tu mirada casi opaca las llamas de la fogata.

Con un «*no tardo*», Tared se dirige hacia la cabaña donde reposa Elisse, diluyendo su silueta en la oscuridad de la noche.

—¿Crees que Muata lo apruebe? —le susurra Johanna a Julien con el tono de un ratón, aprovechando que el crepitar de las llamas se aviva.

—Habla fuerte, niña. Aún no estoy sordo —le reprocha el nombrado, dejando salir de su garganta una voz tan aguda como firme, a lo que Johanna carraspea un poco.

—Es decir, quería saber si usted cree que el chico es un buen candidato...

—No lo sé, muchacha. Lo importante es saber si él mismo se considera digno —responde el anciano, de seguro conteniendo en su garganta las palabras que en verdad quiere decir.

Desvías tu mirada de acero hacia el diminuto cráneo de cuervo que cuelga del cuello del bisabuelo, para después subirla a su rostro.

Endureces aún más tu ceño, puesto que solo tú eres capaz de leer algo inusual en la neutral expresión de Muata.

Capítulo 17
COMUS BAYOU

Tared y yo salimos de la cabaña mientras arremango un poncho tejido que me ha prestado para cubrir mi pecho desnudo. Debo conformarme con esto de momento, ya que mi playera ha quedado tan inservible como el suéter de Louisa.

Avanzo con un leve cojeo, pero trato de mantener el largo paso del hombre a mi lado, quien camina recto como un poste. Estoy consciente de que formamos una escena curiosa: él, tan alto y fornido al lado de un chico que no alcanza a pesar siquiera cincuenta kilos, así que vernos juntos debe ser casi un chiste para aquellos que están alrededor del fuego.

El calor de la fogata es notable incluso hasta acá, tanto que mi piel cosquillea por la tibieza que me atraviesa sobre la tela del poncho.

Otra sensación familiar.

Al acercarnos más, miro el montón de rostros novedosos. En el que podría decirse que es el lugar central, hay un hombre bastante intimidante, quien se carga uno de los semblantes más duros que he visto junto con una impresionante piel de lobo que parece relucir gracias a la lumbre.

Por un momento, el corazón me palpita al ver aquella piel, pero al observarla con cuidado, descubro que es un lobo distinto a... Tared.

A la derecha del viejo se encuentra la gentil Tallulah; a su izquierda, otra anciana de largos cabellos que, por el tono pálido y cristalino de sus pupilas, parece estar ciega. Yace impasible en una silla de ruedas, tal vez perdida en sus pensamientos.

Un tipo con una barba mucho más abundante que la de Tared y con el cabello pelirrojo me saluda con una mano a la que le falta un dedo, mientras que, a su lado, una chica de cabello oscuro y ojos claros aprieta un libro grueso contra su pecho. Termino deteniéndome en un hombre joven con rasgos nativos americanos, a quien miro por un largo segundo. Mi ceja se arquea.

—Tú... eres el de la oficina postal. —El tipo se limita a mirarme como si acabase de insultar a sus ancestros.

—Ven, muchacho, acércate al fuego —me pide la anciana Tallulah con la voz tan suave como la de un pollito, dándome espacio para sentarme entre ella y la chica—. ¡Estoy tan contenta! Hace años que no tengo a un niño tan joven.

—Tallulah... —la reprende el hombre cubierto con la piel de lobo. Ella lo mira por unos segundos y luego se cruza de brazos, levantando un poco el labio.

Al notar mis ojos sobre él, el viejo me clava los suyos por un instante, tan solo lo suficiente para entrecerrar los párpados y arrugar la nariz, como si algo en mí le desagradara bastante.

La verdad, creo que a este tipo no le puedes pedir ni la hora sin que te lance un puñal con la mirada, pero, al mismo tiempo, tengo la sensación de que es la clase de persona que puede llegar

a inspirarte mucho respeto. Eso o el disfraz de perro me ha causado más impresión de la que debería.

De pronto, la mano de Tared me aprieta el hombro, volviendo a ponerme los pies en la tierra con una facilidad inexplicable. Me suelta para tomar asiento en medio de la anciana ciega y el hombre que me siguió a la oficina postal, a lo que yo contengo un suspiro, sintiéndome extrañamente vulnerable al estar fuera de su alcance.

Noto cómo la chica a mi lado abre el libro que tiene en las piernas y, usando una simple pluma convencional, comienza a escribir. Pero a los pocos segundos, un escalofrío azota mi columna al ver cómo sus ojos se ponen en blanco. Y, para mi asombro, la tinta se desvanece entre las páginas traspasando el papel.

Aunque algo dentro de mí me dice que no es tan simple como eso.

—El libro de las generaciones está abierto —anuncia ella con voz fuerte, a lo que el anciano con la piel de lobo arrastra su mirada por todos nosotros.

—Yo, padre Trueno y cabeza de la tribu *Comus Bayou*, invoco las historias junto al fuego de esta noche —comienza, haciendo gala de una voz gruesa y autoritaria—. Clamo las voces de mi gente para que narren lo que sus ojos han visto, lo que sus oídos han escuchado y lo que su corazón les ha dicho. Todo lo que sea contado aquí será escrito y narrado a nuestros hijos a través del cielo de las generaciones para perpetuar la voz de la tierra. Abran sus fauces y aliméntenos de leyendas, háganos inmortales con la palabra y honren la tierra heredada de nuestros dioses. Sean, pues, escuchados.

El hombre se sienta ante nuestra expectante mirada, mientras Tallulah es la primera en romper el viento con su voz.

—Esta noche has venido por respuestas, Elisse —me dice, sonriéndome con esa dulzura que parece ya estar impregnada en cada uno de los gestos de su rostro—. Y aunque estamos todos aquí para responderlas, también sabemos que tienes mucho que contar. Háblanos de ti, muchacho.

De acuerdo, eso me ha tomado desprevenido. Estrujo un poco la cobija entre mis dedos sin saber por dónde empezar, aunque tengo la certeza de que la pregunta no va a encaminada a cosas que cualquier chico de mi edad puede responder.

Recurro a lo primero que se me viene a la cabeza: mis pesadillas.

—Desde muy pequeño —la voz me tiembla más de lo que me gustaría— he visto cosas que al parecer nadie más puede. Criaturas, demonios, gente monstruosa... Aunque todo empezó cuando tenía unos cuatro años, siento que han estado allí toda mi vida, observándome —expongo mientras miro con fugacidad a mis escuchas.

Noto que la chica ha comenzado a escribir a una velocidad sobrehumana, anotando todo lo que digo sin necesidad de tener que mirar el libro en su regazo; tan solo me contempla a través de sus blancos ojos, como si de alguna manera pudiese anticiparse a leer en mis labios lo que mi voz no ha pronunciado todavía. Nervioso y con mi acento hindi luciéndose de lo lindo, prosigo.

—Se aparecen uno a la vez y rara vez vuelvo a ver a la misma criatura, pero siempre huelen muy mal, tanto que se asemejan a una pila de cadáveres descomponiéndose. Pero lo que más me asusta, es que todo se pone silencioso, como si me hubiese metido en un sitio donde solamente existimos aquellos monstruos y yo. Los objetos alrededor de mí dejan de ser lo que son, no puedo expresarlo bien, es como si se volvieran parte de un escenario de concreto o una dimensión muy vacía. Nunca me habían tocado hasta que...

—Hasta el día que te encontré en el parque, ¿verdad? —termina Tared, a lo que mis ojos se desvían hacia él. Trago saliva, recordando al monstruo de hueso y temblando como si lo tuviese ahora mismo en la espalda.

—Sí. Nunca me había pasado, yo... —Ahogo un gemido, porque cada vez me es más duro contar todo esto. La única vez que lo hice, aquella persona a la que le dije lo que había visto no solo no me creyó, sino que me abofeteó, como queriendo hacerme reaccionar de una locura que, ahora estoy seguro, no padecía. Me dijo que solo eran alucinaciones y que si iba contando esas cosas por allí creerían que estaba endemoniado.

En una sociedad tan supersticiosa como en la que vivía no era difícil pensar ese tipo de cosas, por ende, guardé silencio por años a pesar de que me parecía injusto y estúpido. No me creerían eso de que veía demonios, pero sí que yo podía estar poseído por uno. Desde entonces, supe que el mundo era el que estaba loco y que mentir sería la única manera en la que podría encajar en aquella realidad absurda.

—¿Los ves con mucha frecuencia? —pregunta Tallulah.

—Es impredecible para mí, a veces paso de ver dos o tres por semana a tener meses sin ver uno solo.

—¿Dónde naciste? —pregunta con brusquedad el tal padre Trueno.

—... No lo sé —respondo en voz baja—. Pasé mis primeros tres años de vida en Tíbet, pero por la represión del gobierno chino, tuve que escapar a la India junto con mi tutor de aquel entonces. Perdí el poco contacto que tenía con mi padre y no sé nada de mi pasado o de mis orígenes.

En ese momento, escucho un rechinado metálico. La anciana en la silla de ruedas se inclina hacia delante un par de veces, como si estuviese incómoda, a lo que todos centran su atención en ella por escasos segundos. Permanece en silencio, por lo que padre Trueno sigue con su interrogatorio.

—¿Por qué tu padre te dejó allí?

—No lo sé —contesto muy apenas.

—¿Y por qué has venido hasta acá?

—Porque la última carta que recibí de él tenía un timbre de este país.

—¿Entonces vienes a buscarlo?

—También quería una vida nueva.

—¿Por qué? ¿Hiciste o te hicieron algo allá para que quisieras escapar?

—Eso no es asunto suyo —contesto con casi la misma severidad con la que he sido cuestionado.

Me cruzo de brazos, como si aquel gesto me protegiera de una nueva oleada de preguntas, a la par que la sangre se aglomera en las venas de mi cabeza. Más de uno se revuelve en su asiento, de seguro en desaprobación por la forma en la que le he respondido a este hombre, pero estoy en mi derecho de hacerlo. Vine hasta aquí y me arriesgué a perder la vida en busca de respuestas que me ofrecieron, así que no me parece justo que, de pronto, todo se haya tornado en una indagación sobre mi persona, y menos si eso desemboca en tener que contar sobre el tipo de cosas que hacía allá para poder sobrevivir.

—Padre Trueno —la voz de Tared se alza sobre las llamas—, Elisse no sabe nada acerca de nuestra jerarquía y creo que por eso se ha tomado la libertad de hablarle así. Le ruego, en su nombre, que lo perdone. —Mi ceja se dispara, pero mis dientes atrapan a la imprudente de mi lengua—. Creo que el chico está ansioso por preguntar algunas cosas y, por todo lo que ha pasado hoy, está en su derecho. Ya nos hablará de su pasado después.

A primera vista, el anciano no parece muy contento. De pronto, me parece ver una especie de duelo de miradas, como si cada uno esperase la provocación adecuada del otro para estallar en ira. ¿Qué no acaba de decir Tared algo sobre la jerarquía?

—Así sea, pues.

Para mi sorpresa, padre Trueno cede primero. Miro a Tared, quien tan solo asiente, como animándome a continuar. Con un poco más de cautela, carraspeo.

—¿Quiénes... o qué son *ustedes*?

El pelirrojo comienza a reír mientras la chica del libro suspira sin dejar de escribir. Vaya, al parecer no está en una especie de trance.

Padre Trueno no parece dispuesto a responderme, por lo que Tallulah toma tanto la palabra como mi mano para darme un suave apretón.

—La última vez que escuchamos esa pregunta fue hace tres años, cuando Johanna llegó a nuestra tribu —dice con ternura y mirando a la chica, quien esboza una ligera sonrisa—. Nosotros, y con esto te incluyo a ti, mi niño, somos *errantes*.

Y de pronto, se rompe un hechizo y la nostalgia comienza a invadirme de forma misteriosa. Aquella palabra me golpea con extrañeza, tanto que parece como si las llamas de esta fogata la hubiesen pronunciado sobre mis oídos.

—¿Errantes? —murmuro, a lo que un sabor tibio se me queda impregnado en la lengua.

—Así es, querido. Ni humanos ni animales, sino algo que se ha quedado en medio de ambos, algo que mora entre las dos especies de criaturas. Nuestro lado humano nos predomina para pasar desapercibidos entre los hombres, pero nuestro lado animal nos otorga la capacidad de transformarnos en bestias; en auténticos hijos de la naturaleza.

—¿Qué? ¿Cómo es posible algo así? —pregunto, perplejo ante lo que estoy escuchando.

El anciano con la piel de lobo toma aire, como si estuviese a punto de narrarme la historia más larga de la tierra.

—¿Alguna vez has escuchado hablar a un loro? Es decir, ¿has presenciado cómo puede imitar a la perfección la voz de un ser humano? —Asiento, inquieto ante el significado de estas preguntas—. Pues hace miles de años, había cierto tipo de animales que podían hacer *mucho* más que eso.

—Según las leyendas de nuestra nación —continúa Tared—, cuando esas criaturas vieron que la humanidad avanzaba, que comenzaba a arrancarse de las raíces de la tierra para formar civilizaciones, decidieron que debían acercarse a los hombres para establecer un vínculo inquebrantable entre ellos. Para que nunca olvidaran de dónde habían venido.

—¿Se transformaron en humanos! —exclama el pelirrojo desde el otro lado de la fogata—. ¡Tomaron su apariencia, empezaron a caminar y a moverse como ellos!

—Al verlos, nuestros antepasados nombraron a estos seres, en su primitivo entendimiento, *imitahombres* —aclara el anciano.

—Pero, a pesar de verse como ellos —continúa Tallulah—, los imitahombres solo se parecían a los humanos y nada más. Rugían, bramaban y mugían, pero no podían hablar como los hombres. *No había forma de entenderse con ellos.*

—Por medio de las artes místicas —prosigue padre Trueno—, los primeros chamanes, hombres y mujeres conectados con la naturaleza y sus misterios, se pusieron encima la piel y los huesos de distintos animales para poder transformarse en ellos, y así, con ayuda de su magia, establecer una lengua, un lazo con estos seres que tomaban forma humana. De este modo nacieron los primeros *trotapieles*^[9].

»Los siglos caminaron y, con el tiempo, los imitahombres y los trotapieles se aparearon, formaron familias y pueblos que hasta la fecha, siguen existiendo. Nos crearon a nosotros. A los errantes.

Mi cara debe ser el poema más emotivo en la historia de la humanidad. Es decir, ¿qué tipo de explicación racional es esta? ¡Jamás en mi vida, ni siquiera en las leyendas hindúes, había

escuchado algo semejante! Pero, sobre todo, ¿qué rayos se supone que tiene que ver conmigo?

—Hay más que debes saber, cariño —asegura Tallulah antes de que yo pueda explotar de consternación—. Con el auge de la civilización, los imitahombres desaparecieron al igual que los trotapieses, dejándonos el legado de ambos en nuestra sangre. Por eso, los errantes no podemos transformarnos sin la ayuda de aquellos seres a quienes llamamos *ancestros*.

—¿Ancestros?

—Así es. Un ancestro es un ser místico, un espíritu producto de la magia de los chamanes y las almas de los imitahombres que presta su protección sobre los errantes, dándonos la oportunidad de tomar su forma para beneficiarnos con ella.

—Entonces, ¿todos ustedes pueden transformarse en lobos como Tared? ¿Son... hombres lobo? —pregunto, verdaderamente espantado, a lo que Tallulah ríe sin aparente burla.

—No, muchacho. En el caso de Tared, su ancestro es un valiente y poderoso espíritu al que él ha nombrado *Lobo Piel de Trueno*, pero no todos somos lobos, puesto que cada quien tiene un ancestro distinto, como una personalidad única. Tú mismo viste al mío, ¿no es así?

—Sí..., supongo que sí —respondo en voz baja, recordando a aquella lechuza que me miró a través del espejo.

—Elisse, la mitología existe gracias a los errantes —dice ella, sonriéndome una vez más—. Hombres lobo, dioses egipcios, bestiarios griegos... siempre hemos sido nosotros.

De momento, el argumento no me parece tan retorcido. Pienso en las deidades hindúes de mi país y, vamos, de algún lado debió surgir la idea de un hombre con cabeza de elefante.

Todo esto comienza a mutar de aterrador a fascinante.

—¿Qué hay del caimán que nos perseguía? ¿También era un errante? —La mirada de la anciana se ensombrece, mientras el resto pone un semblante de hostilidad. Incluso, puedo ver que los ojos de los hombres se inyectan en sangre.

—Así como hay criaturas que optamos por preservar nuestra especie en secreto por nuestro bien, hay otras cosas ocultas entre la oscuridad que poco o nada tienen que ver con nosotros —continúa ella—. Monstruos que solo escuchas nombrar por los mitos más oscuros y antiguos de la humanidad, criaturas antinaturales y, como en el caso del caimán, otros errantes que han perdido sus cabales.

Me inclino hacia delante para no perder detalle de lo que está diciendo. Esta mujer podría estar hablando de mis pesadillas.

—Elisse —me llama Tared—, nosotros, los errantes, mantenemos a raya a los seres que se atreven a hacer estragos en el mundo humano y, a la vez, nos protegemos a nosotros mismos al no permitir que el hombre descubra lo que yace entre las sombras. Esa es nuestra mística naturaleza.

Intento digerir toda la información que me es tirada de golpe, a lo que agradezco la pausa que hace Tared para permitirme comprender el extraño mundo en el que acabo de sumergirme. ¿Errantes? ¿Ancestros? ¿Monstruos de leyenda? Bueno, me alegra saber que no estoy tan loco después de todo.

—Por generaciones —dice padre Trueno— nos hemos esforzado por mantener a nuestra especie en anonimato. ¿Te imaginas si los humanos supiesen de nuestra existencia? Solo mira lo que le hacen a la naturaleza, a los animales, ¡mira lo que se hacen entre ellos mismos! Nuestra raza ha alimentado el folklor de las culturas por milenios gracias a imprudencias cometidas por los nuestros, por aquellos que se han dejado ver por los hombres o que han dejado que vean a otras criaturas, pero hemos hecho todo lo posible para que nos sigamos manteniendo solo como leyendas. Y, hasta el día de hoy, nos ha funcionado.

Dentro de toda esta retorcida lógica, aquello tiene mucho sentido, como si todo estuviese

encajando en un perfecto rompecabezas.

—¿Hay muchos como nosotros? —me animo a preguntar.

—No. Los errantes somos criaturas que transmitimos nuestro legado mediante la sangre, por ende, reproducirnos es la forma en la que sobrevivimos como especie. Pero espero que no sea necesario aclararte que no es tan sencillo como eso.

—Bueno... ¿Y el ciervo del parque? ¿Es una de esas criaturas que, se supone, los errantes exterminan?

—No. Ese también era un errante, pero totalmente transformado —responde padre Trueno.

No sé, creo que al tipo le ha salido otra cabeza, ya que estoy seguro de que mi semblante es como si yo hubiese visto algo así. Padre Trueno frunce el ceño, irritado. ¿Pero qué diablos quiere que haga? ¿Que pretenda que entiendo todo de una vez?

—Cuando un errante toma la forma de su ancestro puede hacerlo por partes, de forma paulatina, como se te dé la gana entenderlo. Podemos transformar desde solo una parte de nuestro cuerpo, luego pasando por un perfecto híbrido entre hombre y bestia, hasta volvernos iguales a un animal de gran tamaño, justo como lo hizo ese ciervo o este muchacho cuando se encontraron en el parque. —Apunta a Tared con el bastón—. De allí nacen las leyendas sobre sirenas, faunos, ángeles y cualquier otra criatura que se te ocurra —finaliza padre Trueno.

¿De verdad esta gente no me está timando? Pero no, no pueden ser mentiras, ¡todo tiene demasiada lógica! Pero de igual manera, hay algo que no termino de entender. Y eso es el *cómo demonios encajo yo en todo esto*.

Estoy segurísimo de que nunca en mi vida me he puesto a ladrar o a maullar ni tampoco me he sentido un animal en ningún aspecto. Y algo me dice que tampoco llevo dentro algo así como un «ancestro», ¿o sí?. Esto solo puede tener un camino lógico:

—Entonces, si tienen sangre de... *trotapiel*, de chamán, ¿significa que también pueden ver las mismas cosas que yo? —pregunto, tratando de que mi voz no suene demasiado esperanzada.

—No, Elisse —me dice Tallulah—. Cada errante tiene una función muy especial, como una tarea que los hace encajar dentro de la tribu y que los vuelve útiles a su manera.

»Tenemos tres *estirpes* en nuestra nación. Están los *devorapieves*, como estos muchachos que ves aquí: Padre Trueno, Tared, Nashua y Julien nacieron con la estrella de la batalla; ellos están para pelear, para defender con garras y colmillos a nuestra tribu y triturar a nuestros enemigos. Por eso, desde su condición humana, son hombres y mujeres de impresionante fuerza y tamaño.

Casi es lógico. Aquel pelirrojo parece ser el más bajo de los tres hombres jóvenes, pero dudo mucho que mida menos de un metro noventa. La anciana levanta su mano y señala a la chica a mi lado.

—Estamos también los *perpetuasangre*, como mi niña Johanna y yo, quienes nos dedicamos a transmitir el legado de los errantes mediante el libro de las generaciones y la crianza de las tradiciones, además de que nacemos con un don especial para curar cualquier tipo de herida.

—Conviene que le agradezcas a Johanna por arreglarte ese costado —comenta Tared, apuntando a mis costillas—. Siempre hace un trabajo espléndido.

Miro a la chica, perplejo, a lo que ella tan solo se esconde bajo su flequillo recto, creo que avergonzada de su logro.

Eso explica cómo es que me encontraron casi intacto en el parque, y si Tallulah me ha cosido la cabeza con uno de sus cabellos, no quiero ni saber lo que tuvo que hacer Johanna para cerrar lo de mi costado.

—Nuestros ojos llenos de nubes son nuestro rasgo más particular —dice la anciana mientras apunta a sus iris grisáceos—. Y aquí, entre nosotros, los *perpetuasangre* somos quienes ponemos

algo de cerebro encima de tantas pilas de músculo —bromea, a lo que los hombres ríen a todo pulmón mientras Johanna se hunde en su asiento, como si cualquier tipo de atención hacia ella le provocase una honda vergüenza.

La anciana vuelve a colocar su mano en mi muñeca mientras sus ojos de neblina parecen brillar para mí.

—Y bueno, muchacho, al fin llegamos a lo que más te concierne —susurra Tallulah, a lo que mi corazón se despierta—. Está la tercera y última estirpe de los errantes; la criatura más rara e insólita de nuestra extraordinaria especie. Pero deja que el hombre en la silla de ruedas te lo cuente —dice, apuntando a quien yo creía, era una anciana. Tallulah nota el salto que dan mis ojos—. ¡Ah! Creías que era una mujer, ¿verdad? A que te suena familiar.

Pensé que con todo lo que me había pasado hoy, mi capacidad de asombro había quedado destruida. Pero me he equivocado rotundamente, ya que justo ahora mi mandíbula está a punto de tocar el piso.

—¿Cómo...? —musito, con los ojos a punto de salirse de mis cuencas.

—¿Quiere explicarlo usted mismo, abuelo Muata? —pide padre Trueno, a lo que el viejo por fin levanta la cabeza, tan solo fijando su rostro hacia el frente.

—Mi tarea es darle voz a aquello que no se puede escuchar en nuestro mundo —contesta con un grueso susurro, semejante al eco que rebota en las paredes de un profundo pozo—. Traduzco el lenguaje de aquellos que ya no están aquí en carne o incluso los que nunca la han tenido. Puedo leer la oscuridad de los cielos y ofrecer presagios a mi gente, leer el alma del fuego y susurrar las palabras del viento. Soy el oráculo de los espíritus; un vínculo que se mueve entre la luz y la sombra, entre lo real y la leyenda, entre lo vivo y lo muerto. Yo... soy un *contemplasombras*.

Y de pronto, arrollándome como una avalancha de rocas, la verdad se despliega. Siento que ahora no peso nada, que cada célula de mi cuerpo se ha precipitado hacia el infinito en compañía de mi propia alma. Es como si una pesada carga sobre mis hombros se hubiese desvanecido, como si mi estrecho mundo por fin empezara a ensancharse.

—¿Soy un contemplasombras? —murmuro, como si todo el aire de mis pulmones se hubiese esfumado.

—¡Así es, muchacho! ¡Por fin, por fin has despertado! —exclama la anciana Tallulah, mientras una lluvia de sonrisas por parte de casi todos me cae encima.

—Entonces, el silencio y la soledad...

—Aquel vacío que percibes cuando eres atrapado por un espíritu es lo que nuestros ancestros chamanes llamaban *el plano medio* —prosigue Muata—. El plano medio es el limbo de los espíritus, un sitio en el que deambulan las almas tanto de hombres como animales que aún no han pasado al mundo de los muertos; un sitio distinto al mundo de los vivos, pero que comparte el mismo espacio. Y, sobre todo, es el vientre de donde brotan aquellas criaturas que los errantes debemos controlar.

—¿Pero cómo es que he podido entrar a ese sitio? —pregunto con cautela—. ¿Por qué algunos son tan deformes? ¿Y ese olor tan horrible? ¿Y cómo es que...?

—Esos misterios serán revelados a ti hasta que comience tu entrenamiento como oráculo —contesta el anciano con brusquedad.

—¿Qué?! ¡Pero...!

—¿Acaso tienes un ancestro? ¿Un espíritu que respalde tu estirpe de contemplasombras? —La pregunta me toma desprevenido. Abro y cierro la boca como un estúpido, ya que soy incapaz de responder.

—Hijo —dice Tallulah, quien, aún a mi lado, hace sonar su voz como un lejano suspiro—, ten

confianza en el abuelo Muata. Él solo hace lo que cree más conveniente para todos.

Aprieto los labios, decepcionado al ser derrotado por un argumento tan, a mi parecer, injustificado. Resoplo y me cruzo de brazos, como tratando de mostrar mi profundo descontento. La anciana sonrío, paciente ante mi obvia desesperación.

—¿Quieres saber cómo es que Tared se dio cuenta de que eras uno de los nuestros? —pregunta ella, al parecer divertida ante mi confusa expresión. Me giro hacia el nombrado, quien me rehúye la mirada—. Los contemplasombras también tienen una característica física que los distingue de las otras estirpes: los seres que habitan el plano medio, así como los ancestros, carecen de leyes que rigen nuestro mundo tal cual. Ya no tienen edad ni sexo, por ende, para poder convertirse en sus oráculos, los contemplasombras deben ser tan ambiguos como ellos. Ni hombres ni mujeres, sino un poco de ambos, al menos en apariencia.

—¡Tienes suerte! —interrumpe el pelirrojo—. Según las leyendas, los de tu estirpe tienden a ser criaturas muy bellas. —El tipo se echa a reír ante mi mirada atónita, como si nada en el maldito mundo le importara.

—¡Por Dios, Julien! —La cara de Tared se torna de un rojo intenso a la par que se entierra entre sus manos. Los quejidos de reproche de todos no se hacen esperar, pero no parecen hacer mella en el chistoso, quien solo se limita a partirse de la risa.

—Johanna, no escribas eso —ordena padre Trueno, fastidiado, a lo que ella asiente.

—Pero lo más importante de todo, Elisse —me dice Tallulah en voz baja, apretando mi mano—, es que los nuestros siempre debemos estar juntos sin importar nuestra estirpe. Somos una familia y entre los errantes no hay nada más importante que eso.

Y de repente, la anciana arroja una flecha a mi talón. La palabra «familia» siempre causa una conmoción importante en mí, por lo que siento las letras caminar por los brazos hasta ponerme la piel de gallina.

La nostalgia por el recuerdo de mi padre me escuece el corazón. ¿Acaso él sabía que yo era un errante? ¿Fue por eso que me... abandonó?

Mis crueles pensamientos son arrebatados por gemidos de asombro que se elevan a mi alrededor. Veo, conmocionado, cómo el viejo Muata se levanta de su silla de ruedas muy despacio.

—¡Abuelo Muata, por favor, no se esfuerce! —pide Johanna, pero él no parece escucharla. Mis ojos se abren de par en par al ver cómo el anciano rodea la fogata y camina hacia mí como si fuese perfectamente capaz de verme.

Se planta frente a mí y, aunque su mirada ciega no se posa en la mía, sé que de alguna manera esas blancas cuencas me contemplan a través de la nada.

—He sido el contemplasombras de la tribu *Comus Bayou* por más años de los que puedo recordar —dice—, así que ahora la naturaleza me llama para que vuelva a su seno. Nuestros ojos, sometidos a contemplar el paraje de dos mundos, terminan ciegos con el paso de los años, así que yo ya no puedo ver nada del mundo humano ni del espiritual. Cuando eso le ocurre a un contemplasombras, su ancestro lo abandona de inmediato —dice al tiempo que acaricia el pequeño cráneo de ave que yace en su pecho—, así que ante los horrores de los que hemos sido testigos en estos meses, necesitamos más que nunca que alguien tome mi lugar. Tú, muchacho —exclama, levantando su largo dedo para apuntarme—, eres la primera criatura con sangre de oráculo que pisa Luisiana en más de noventa años. Si demuestras ser digno, tu tarea será sustituirme.

Parpadeo hasta hacerme doler la carne. ¿Sustituirlo? Caray, pero si con ver una sombra me espanto. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Comenzar a tomar el té con los monstruos de mil

brazos?

Mi cara debe estar más pálida que la ropa del anciano, porque comienzo a sentirme mareado. Cualquiera que tuviese dos dedos de frente entendería que, más que encontrar las respuestas de mi pasado, me he topado con un futuro de pesadilla.

Siento el frío cosquillear del miedo creciendo dentro de mi estómago.

—Elisse —Tallulah me llama, otra vez sonando lejana—, ahora debes decidir entre tomar tu juramento al lado de tus hermanos u optar por olvidar tus raíces y que la sangre de tu estirpe se pierda a través de la historia de los hombres. Una vez que aceptes nuestro camino, tú pertenecerás a esta tierra, a esta tribu y a estos seres que ahora te acompañan al calor de las llamas. Deberás dejar de huir de aquellos espíritus que siempre te atormentaron y comenzar a comunicarte con ellos para beneficio nuestro. Tu vida jamás volverá a ser la misma y te convertirás en un verdadero contemplasombras.

Miro a todos aquellos que están alrededor de la fogata. En sus rostros cuelga un claroscuro que se tambalea entre lo cálido y lo espectral; de pronto, es como si hubiese mirado esas sombras durante muchos años, como si detrás de aquellas caras se escondiesen recuerdos que me han acompañado desde antes de mi propia memoria. Es nostalgia, es melancolía, es un terror profundo...

—¿Y si no aceptara? —bisbiseo.

—Ya decía yo que era un cobarde. —El más joven de los nativos por fin abre la boca, para después escupir en la tierra—. Desde que lo fui a vigilar a la tienda postal me di cuenta de queapestaba a miedo.

—¿Cobarde?! —exclamo, con la sangre hirviéndome de rabia—. ¡Ya quisiera verte aguantar el acoso de un montón de demonios asquerosos!

—¿Quién te crees para hablarme así?! —Él se pone de pie de un salto, sus ojos se inyectan en sangre y las venas de su cuello se engruesan.

—¡SIÉNTATE, NASHUA!

El grito de Tared retumba en mis oídos como un tambor; su rostro está enrojecido, su dedo índice apunta con firmeza hacia Nashua y su mirada es tan severa que no puedo evitar sentirme aplastado, y más cuando el nativo obedece a regañadientes sin siquiera atreverse a levantarle la mirada. ¿Es esta la jerarquía de la que hablaban?

Padre Trueno suspira y se cruza de brazos. Espera unos segundos y se pone de pie de nuevo, mirándome con dureza.

—Si no aceptas, serás devuelto a los humanos y nunca volverás a saber de nosotros. Tus dones como contemplasombras te desolarán por el resto de tu vida y nunca accederás al conocimiento necesario para hacer de los espíritus tus aliados. Tu único consuelo será que jamás tendrás que poner en peligro tu vida por nada ni nadie. ¡Así que piensa con cuidado!

Mis ojos se estrellan contra el fuego y mi pecho aún sube y baja, agitado. Toda mi vida he buscado la respuesta a mis miedos y ahora que la tengo, siento que he vuelto al mismo punto de partida. Inclusive, aunque no sepa cómo evitarlos, podría acostumbrarme al acoso de los espíritus ahora que sé lo que soy, tal vez hasta aprenda a ignorarlos, pero ¿y luego qué? ¿Quién dice que no hay un propósito para mí más allá de ser una persona solitaria que puede ver a los muertos?

Siento que si accedo a volverme parte de esta tribu, no me encontraré con otra cosa más que un mundo que podría cobrarme lo que me queda de salud mental, pero ¿no es eso por lo que he viajado hasta el otro lado del planeta? ¿No es este el motivo por el cual abandoné todo lo que yo conocía y tenía? ¿No deseaba, desde lo más profundo de mi ser, una familia?

Suspiro hasta vaciarme los pulmones y miro a mamá Tallulah, a quien por fin me atrevo a llamar

así en mis pensamientos. Siento mis ojos aguarse, pero me trago todo el sentimentalismo y lo empujo muy al fondo de mi garganta.

—... Está bien —susurro. Mamá Tallulah sonrío hasta enseñar los dientes al escuchar mi respuesta, para después lanzarse a mi cuello y abrazarme con fuerza.

El hombre de cabello rojo aplaude con estruendo, festejando junto con una silenciosa y sonriente Johanna, mientras la expresión de Nashua deja en claro que no está nada contento.

—No hay más que hablar. El clan ha escogido y su nuevo miembro también —dice padre Trueno, poniéndose de pie—. Tared, el muchacho se quedará en la cabaña de reserva hasta que le demos una cama permanente, así que asegúrate de traer sus pertenencias mañana mismo.

—¡Un momento! —exclamo—. ¡Nunca dije que me iba a mudar aquí! ¡Y no puedo desaparecer así de la nada! Los que me recibieron en la ciudad deben estarse preguntando qué me ha pasado.

—Y supongo que la princesa querrá que la llevemos hasta su casa a estas horas, ¿verdad? —La voz de Nashua se levanta, rasposa y violenta.

—¿Quieres dejar de joder conmigo?! —exclamo, mandando al demonio mi sentido común y levantándome para ir disparado hacia él.

Estoy a punto de estrellarme contra el idiota, quien se ha vuelto a poner de pie, cuando siento que una poderosa mano me jala y me hecha hacia atrás. Tared se interpone entre Nashua y yo; su mano se planta en mi pecho con la palma bien abierta, mientras la otra se cierra en el cuello de la chamarra del nativo americano, estrujando la tela dentro de su puño.

—Tú —me dice con la rabia entre los dientes—. Aprende a controlar tus impulsos ahora o aprenderás por las malas más adelante. Y tú —ruge varios tonos más alto, dirigiéndose a Nashua—. ¡O te dejas de meter con él, o sabrás lo que es tener un problema conmigo!

Nashua es un par de centímetros más alto que Tared, pero la ferocidad de las facciones de este último hacen parecer que quien tiene la desventaja es el nativo. Después de una breve pelea de miradas entre él y nosotros dos —sus ojos me habrían cortado en cachitos de haber sido cuchillos—, el moreno vuelve a sentarse.

Trato de calmarme un poco al igual que todos en la fogata. Haberme puesto a pelear con ese grandote no habría sido lo más inteligente del mundo, pero estoy seguro de que no me habría arrepentido de, por lo menos, haber intentado defender mi honor.

Padre Trueno se aprieta el puente de la nariz con el dedo medio e índice haciendo un gesto escalofriantemente parecido a los míos. Suspira como por quinta vez en la noche.

—Tenemos un teléfono, Elisse. Úsalo para llamar a quien necesites y avisa que pasarás aquí la noche. Si lo consideras prudente, Tared te devolverá a la ciudad mañana mismo.

—¿Y si habla respecto a nosotros? —pregunta Nashua de nuevo, para el colmo de mis males.

—Si lo hace, te aseguro que seremos los primeros en saberlo —amenaza el viejo, mirándome con dureza—. No te acomodes mucho allá, muchacho. Pronto vendrán tus responsabilidades hacia esta tribu y, por ende, deberás prepararte para lo que viene. ¿Has entendido? —Ni siquiera tengo tiempo de asentir cuando él golpea el suelo con su bastón—. Con esto doy por concluidas las historias junto al fuego.

En ese momento, todos se ponen de pie, como si estuviesen siguiendo un estricto protocolo. ¿O ritual?

Padre Trueno da media vuelta y se marcha, arrastrando la preciosa piel de lobo detrás de sí como una cola. Segundos después, mamá Tallulah lo sigue a buen paso, pero no sin antes regalarme una última sonrisa.

—Ten una bonita noche, hijo —me dice con dulzura.

Nashua es el siguiente. Toma las manillas de la silla del viejo Muata y se lo lleva consigo,

aunque no sin antes lanzarme una mirada furtiva.

Julien pasa a mi lado y me palmea la espalda, con Johanna detrás de él y apretando con fuerza el libro de cuero entre sus brazos, mirándome por última vez con esos ojos de nube que, por fin, han vuelto a la normalidad.

En un parpadear, Tared y yo nos hemos quedado solos. Su mirada viaja hacia mí, pero no soy capaz de sostenérsela demasiado tiempo. Alzo la vista y contemplo el enorme cielo sobre nosotros, empapándome con el claroscuro de la luna mientras él me da unos momentos para despejarme.

De todo esto, únicamente algo me queda claro: cada cosa que me ha atormentado durante mi vida es real, por ende, nunca he estado loco... aunque no sé si, después de todo lo que he visto y escuchado hoy, hubiese preferido estarlo.

Segunda Parte

UN MONSTRUO

COMO NOSOTROS

Capítulo 18
CADÁVERES DE LEJÍA



«Aquella lejana década, traspasé la ventana de cristal para refugiarme en la tapa de la lavadora, aprovechando que por fin había dejado de tambalearse como una bailarina. A pesar de que yo era incapaz de sentir el calor que abochornaba a cada una de las criaturas inanimadas de aquel cuarto de lavado, el tan solo verte a ti, jadeante y empapada de ti misma, me hizo retorcer de pena.

Corría un inclemente junio. Afuera, el camino de grava desprendía una tenue capa borrosa, como una carne negruzca asándose bajo el sol gracias a los casi cuarenta grados que hervían el estado de Luisiana, convirtiendo cada hogar en pequeñas calderas que freían a todos sus pobres habitantes.

La máquina que se encontraba a mi lado trabajaba a toda prisa, formando calientes ovejas de agua que no hacían más que subir la temperatura del cuartillo y, de paso, convertir tu ajustado uniforme blanquísimo en un sauna de algodón.

Finalmente, te desplomaste de rodillas en el piso, azotada por una potente náusea que te tenía al borde del vómito. En los siete años que llevabas trabajando como criada de la gente blanca, el aroma a lejía nunca te había provocado desagrado, por lo que estabas segura de que lo que habías percibido al momento de abrir el recipiente que la contenía no era en absoluto dicha sustancia espantosa para limpiar la ropa.

Invadida por una impiadosa punzada, te apretaste el abultado vientre y reprimiste un grito prensando los dientes hasta hacerte sangrar las encías, de seguro más temerosa de ser escuchada por tu patrona que por el dolor que te provocaba lo que fuese que te estuviese estrujando las entrañas.

De por sí, ya era bastante malo que hace unos días te hubiesen descubierto escuchando mensajes en contra de la segregación racial por la radio, así que era natural que no quisieras arriesgarte a que la agresiva mujer blanca que tenías como patrona te despidiera por tener incidentes dentro de su casa, a la vista de todas sus vecinas.

Pero a pesar de tus valientes esfuerzos, se te rompieron los labios y gemiste como un animal herido ante esa espantosa sensación que, tristemente, ya comenzaba a serte familiar. Tus ojos llorosos se dirigieron hacia la comisura de tus faldas tan solo para contemplar con angustia cómo una mancha oscura comenzaba a devorarse la blanca tela.

Eras consciente de que estabas teniendo otro aborto, justo en el piso del cuarto de lavado y el tercero desde que te habías casado. El médico te dijo primero que era por falta de nutrientes, luego estrés, que por cargar objetos demasiado pesados, que por trabajar demasiado. A esas alturas, ya no sabías qué era lo que te impedía concebir, y las golpizas que el monstruo que tenías

como marido te daba, culpándote por tu incapacidad para tener hijos, tampoco te ayudaban.

Pero lo que menos podías comprender era por qué, en aquel recipiente de lejía, se estaba expidiendo un profundo y abominable olor a cadáver.

Capítulo 19
LA FAMILIA NO SE MEZCLA

La madera hinchada del viejo muelle rechina cuando me siento en el borde. Despacio, meto mis pies descalzos en el agua turbia, sintiendo de inmediato cómo finas agujas heladas se me clavan en la piel. Dejo que los calambres empeoren, ya que el dolor, casi medicinal, me regresa a la tierra y me recuerda lo vivo que estoy.

Empujo un nenúfar que flota cerca de mí para poder ver un poco más debajo de la superficie del agua. La espina dorsal de un pequeño caimán se asoma entre la oscuridad del fondo, a lo que elevo mis pies con resignación al recordar al monstruo de ayer, más asqueado que aterrado.

Me pongo otra vez los calcetines y me envuelvo bien con el poncho que llevo como una coraza desde anoche, mientras contemplo la suave neblina cubrir la superficie del precioso lago. Son apenas las seis y algo de la mañana, y he dormido menos de lo que hubiese querido, pero aun así me sorprende haber podido cerrar los ojos después de todo lo que viví ayer.

El muelle vuelve a rechinar, pero ahora a mis espaldas y acompañado de unos ligeros pasos. Miro sobre mi hombro y veo a Johanna acercándose hacia mí, con la cabeza cubierta por la capucha de su sudadera y el flequillo haciendo una marcada línea recta en su frente. Quiero sonreírle a modo de saludo, pero solo consigo hacer una mueca rara. Ella se sienta a mi lado y esconde las manos en la bolsa de su sudadera, dejando salir un suspiro.

—Un animal te arrancará los pies si vuelves a meterlos allí.

—Las cosas se han puesto tan raras que no me sorprendería si me vuelven a crecer —respondo con ligereza. Ella se ríe, muy a pesar de que no lo he dicho como un chiste.

—¿Cómo te sientes?

Miro a mi alrededor, deteniéndome un poco en Johanna para reconocerla mejor a plena luz del día. Creo que es varios años mayor que yo, pero puede que me equivoque. Los... errantes nunca son —¿somos?— lo que aparentan. Yo creí que Tared era un treintón, pero Julien me dijo hace rato que apenas tiene veintiocho. Tal vez aquí todos han envejecido pronto debido a las cosas por las que han pasado.

—Me siento un poco más viejo —digo en un susurro, como resultado de mi divagación. Extrañamente, ella asiente, como si me comprendiese.

—Cuando Nashua me trajo aquí, yo también me sentí muy desorientada.

—Supongo que es normal —respondo, encogiéndome de hombros—. No es que despiertes un día haciéndote a la idea de que puedes transformarte en un animal.

—Sé a qué te refieres, aunque desde que era niña supe que algo no andaba del todo bien conmigo. Siempre fui más salvaje de lo que mis padres hubiesen querido.

—¿Eres de aquí?

—No. Soy de Texas —responde, a lo que arquea una ceja.

—Eres muy pálida como para venir del desierto.

—Mira quién lo dice, niño de la India.

Ahora soy yo el que se ríe. De pronto, Johanna parece un poco más joven. Froto mi nariz contra la frazada y vuelvo a clavar la mirada en el agua.

—¿Ellos saben sobre lo que eres? —le pregunto.

Johanna no responde de inmediato, así que levanto la barbilla para regresar mis ojos a ella. Parece pensativa, con una sonrisa a medio nacer en los labios.

—La verdad es que no me llevaba muy bien con ellos. Tendían a decirme que era una niña problemática —confiesa, bajando la voz—. Así que cuando me mudé acá por una plaza de trabajo, dejé de hablarles. A los pocos meses tuve mi primer despertar, por lo tanto, aún no saben nada de esto, aunque igual no estoy segura de querer que algún día lo sepan.

—Ya veo... —Una mezcla de emociones me invade. No puedo evitar sentirme mal por ella, pero a la vez la tentación de juzgarla me picotea. Es como cuando alguien tira comida a la basura siendo que tú te mueres de hambre—. ¿Y cuál es tu ancestro? ¿Qué nombre le pusiste? —le pregunto, tratando de cambiar el tema de la conversación para no ofusarnos a ambos. Ella se encoge un poco y mira hacia los nenúfares.

—No se supone que te lo diga.

—¿Por qué?

—Papá Trueno dice que primero hay que conocer a la familia desde nuestro lado humano, porque indagar en nuestra parte animal puede crear juicios apresurados...

—¿Crees que voy a juzgarte por tu apariencia? Créeme, yo también he sido juzgado demasiadas veces por la misma razón como para ponerme a hacerte lo mismo.

Johanna sonrío, porque no es necesario explicarle a qué me refiero.

—No sé...

—Anda, prometo no decirle a nadie que me contaste —insisto, dándole un ligero codazo. Para mi sorpresa, se le pone la cara roja. Mira con brevedad al lago, después a mis ojos y, finalmente, suspira.

—Coyote Garras Rojas.

Ahora sí que me quiero reír. ¿Una chica tejana con un coyote como ancestro? Ella ve la sonrisa que lucha por nacer en mi boca, a lo que se cubre más con la capucha.

—No me veas así...

—¿Por qué te avergüenzas?

—Debo parecerte un estereotipo.

—Oh, vamos, no es tan malo. Pudiste ser un cactus.

—¡Serás tonto! —Me empuja el hombro haciéndome perder un poco el equilibrio, pero su sonrisa me hace ver que no lo dice enojada.

—¡Está bien, está bien! Yo solo espero que el mío no sea un bailarín de *Bollywood*^[10]. ¿Te imaginas? A que Nashua me cae a patadas.

Creo que le ha empezado a doler el estómago, ya que se arquea hacia adelante y se echa a reír. Regreso mi vista hacia el lago, aguantándome las ganas de reírme también.

Johanna, a pesar de que solo tengo horas de conocerla, empieza a inspirarme un sentimiento de familiaridad muy agradable, aunque las mujeres suelen tener ese efecto en mí.

Siempre he tenido un enorme respeto por ellas, sobre todo al ver la manera en la que son tratadas en la India: como animales o sacos de boxeo para liberar la tensión.

Cuando mi maestro murió, una mujer fue la primera persona en consolarme y en decirme que

todo iba a estar bien. Cuando llegué a Nueva Orleans, Louisa me recibió como a una madre y me ofreció una ternura que solo se destina a los hijos legítimos. Aquí, mamá Tallulah me curó, me sostuvo la mano para que no cayese en la desesperación y me llamó «hijo mío», aun sin saber nada sobre mí.

Toda mi vida he tenido la apariencia de una chica; eso ha provocado prejuicios, repugnancia y rechazo en una gran cantidad de personas, cosa que ha alimentado en gran medida mi soledad. Pero jamás me avergonzaré de que me comparen con una mujer, puesto que no hay nada de denigrante en ser una.

De pronto, escucho las llantas de un auto a mis espaldas. Ambos miramos atrás, viendo cómo Tared se dirige hacia nosotros conduciendo un *jeep* de color arena y cargándose una cara tan rígida como un muro. Se detiene antes de llegar al muelle, saca el brazo por la ventanilla y le hace una señal a Johanna. La chica se pone de pie como un rayo y corre hacia él, a lo que yo aprovecho para ponerme mis botas.

De reojo, capto a Tared haciéndole mímicas con los dedos, mientras ella asiente un poco, cruzándose de brazos y encogiéndose de hombros de vez en cuando. Creo que la está regañando, así que me entretengo más de lo necesario en los cordones de mis botas para simular que no estoy prestando atención al numerito.

—¡Elisse! Es hora de irnos. —La voz autoritaria de Tared vibra en mis oídos, a lo que yo me pongo de pie y camino hacia ellos. Johanna hace un amago de sonrisa, despidiéndose con la mano y marchándose antes de que yo llegue hasta el *jeep*.

—¿Está todo bien? —le pregunto.

—Sube. Tenemos que hablar —me dice, encendiendo un cigarrillo y llevándoselo a los labios.

Siento que el aire me falta. No recuerdo haber hecho algo malo, pero él no se ve en absoluto contento, así que acato sus órdenes sin preguntar. El vehículo arranca y alcanzo a ver cómo Julien sale de una de las cabañas, comiéndose un trozo de salchicha y despidiéndose de mí alzando su mano mutilada.

Tared y yo salimos de las cabañas ahogados en un silencio que a cada segundo se vuelve más incómodo. Mis ojos se desvían al retrovisor, donde cuelga el atrapasueños que estaba en la *pickup* roja, aunque ahora le faltan plumas y está un poco chamuscado. Y hablando de cosas quemadas, no puedo evitar mirar a la chimenea humana de reojo, quien no parece tener intención alguna de decir algo.

Después de pasar la caseta de la reserva, aún no hay avistamientos de su plática, así que suelto un bufido. ¿No que quería hablar conmigo? Me falta agregar que, además de las preguntas personales y la palabra «cobarde», detesto la incertidumbre. Carraspeo.

—Este... ¿Querías decirme algo? —pregunto con cuidado, a lo que él suelta una bocanada de humo y aplasta la colilla en el cenicero.

—¿Te ha caído bien Johanna?

Mi ceja se catapulta. Una aguja de incomodidad se me clava en la palma de la mano, así que la froto contra mi pantalón para aliviar la picazón.

—¿No debería?

Él chasquea la lengua y saca otro cigarro de su cajetilla.

—¿A que es bonita? —dice, por lo que mis ojos ruedan por mis cuencas tratando de mirar el interior de mi cráneo. Suspiro, vagamente irritado.

—Solo estábamos hablando —aclaro, pero él no me contesta—. Oye, mira, si es tu novia o algo...

Tared rompe a reír, a lo que mi cara se desenchaja por la confusión. Saca al *jeep* del camino para

aparcarlo a un lado de la carretera, aplasta el cigarrillo contra el cenicero aun cuando ni siquiera lo ha encendido y se acomoda en el asiento para mirarme de frente.

—Johanna no es mi novia. Es mi hermana. No de sangre pero sí de familia, al igual que tú — espeta, casi como si lo hubiese ofendido.

—¿Podemos hablar en el mismo idioma, por favor? —Él se rasca la nuca y, por un momento, creo ver sus mejillas enrojecer un poco su piel tostada.

—Elisse, desde el momento en el que un errante acepta volverse parte de la tribu, también se vuelve parte de nuestra familia. Y como bien debes saber, la familia no se mezcla entre sí —me advierte, a lo que mi cara recita una canción confusa. El rostro se le enrojece un poco más a la par que mi ceja alcanza las estrellas.

—¿Ajá...?

—Padre Trueno lo dijo anoche, no es tan simple. Hay algunas reglas respecto a la perpetuación de nuestra especie que siempre debemos considerar. Es decir, ¿alguna vez has visto a un lince aparearse con un zorro? ¿O un conejo con un gato?

—¿Cómo? —Ahora soy yo el que está rojo como la luz de un semáforo. Tared suspira y se acerca un poco hacia mí, lo suficiente como para que la distancia entre nosotros pase a ser tan solo unos centímetros de confidencialidad.

—Mira, nuestra especie se mantiene al reproducirnos, no hay nada mágico en ello. Pero nuestros ancestros son una parte esencial de cada uno de nosotros, son únicos tal cual lo son las personas. Los llevamos en la sangre, tenemos sus raíces, la carga de sus antepasados. Y todo eso se hereda, Elisse, se mezcla y se transforma tal cual hacen los genes; así que, a menos que lo que desees sean hijos deformes o a tu mujer reventada porque no puede parir un alce, nunca debes acostarte con otro errante. ¿Lo entiendes?

No recuerdo cómo se supone que uno debe asentir, así que solo boqueo, casi tan sorprendido como avergonzado. Parpadeo, quitando la cara de idiota que de seguro he puesto.

—Entonces, ¿solo podemos... unirnos a los humanos? —La pregunta me parece de lo más extravagante, considerando que apenas ayer yo me consideraba, precisamente, un humano.

—Sí. Tus hijos o nietos tendrán una posibilidad casi nula de nacer como errantes, aunque tal vez tus bisnietos sí lo logren, como en el caso del abuelo Muata y Nashua, quienes son parientes de sangre.

—¿Por eso somos tan pocos?

—Así es. Nuestra especie se reduce a cada siglo que pasa, pero eso es mucho mejor que arriesgarte a perder a tu familia completa, ¿no crees?

—¿Y que hay sobre errantes de la misma... especie? —me aventuro a preguntar—. Es decir, que ambos tengan un tipo de lobo como ancestro, por ejemplo.

—El peligro es el mismo. El abuelo Muata y Nashua son familiares directos, pero tuvieron ancestros distintos, por consiguiente, no sabes si la sangre de tus antepasados se va a mezclar con la de tu cría aun cuando tu pareja tenga tu misma especie de ancestro.

Asiento casi de forma mecánica. Es hasta lógico todo lo que me está diciendo y tal vez por eso no me cuesta entenderlo.

Tared se acomoda el cabello echándolo hacia atrás, un gesto que interpreto como incomodidad, a lo que yo sonrío casi seguro de entender por qué él me dice todas estas cosas.

—Eso no impide que uno se enamore de otro errante, ¿verdad?

La pregunta parece quemar a Tared, quien se aleja de mí y vuelve a encender el *jeep*. No parece molesto, más bien contrariado. No me responde, tan solo vuelca su atención en volver a la carretera.

—No deberías preocuparte. Al menos no de mi parte —digo con absoluta sinceridad.

No voy a negar que soy de carne y hueso, pero el sexo o el romance nunca han sido mi prioridad. El tipo de cariño que siempre he necesitado solo se encuentra en el profundo seno de una familia, además de que con mis pesadillas andantes, una novia era la última cosa que me preocupaba por encontrar en la India. Y no creo que aquí las cosas sean diferentes, al menos no por ahora.

Al no recibir respuesta de Tared, me le acerco para romper la distancia que él mismo impuso entre nosotros, obstinándome en ponerlo incómodo. Y creo que me lo debe después de todo lo que tuve que pasar ayer.

Me vuelve a mirar con un gesto de derrota, a lo que busca en su bolsillo su caja de cigarrillos. La arruga y la arroja al piso del *jeep*, frustrado al encontrarla vacía.

—¿Y bien? —incito. Tared bufá.

—Cuando apenas llegó a la tribu, Johanna confundió la hermandad que le ofrecí con otra cosa, y la verdad es que la pasó bastante mal; no quiero que algo así vuelva a pasar.

—No creo que ella se vaya a fijar en mí si apenas...

—No lo digo por ella. Lo digo por ti. No quiero que tengamos problemas, ¿me entiendes? — Mis ojos ruedan al techo.

—Insisto, Tared. —Su nombre se arroja de mi lengua como una flecha—. No te preocupes por mí.

—Ya veremos, Elisse. —Ahora el mío nace de su boca como un escudo. Vuelvo a alejarme y me recuesto contra la puerta del coche ante su curiosa mirada.

Una sensación de incomodidad me nace en la nuca. No por él, sino por el hecho de que ya empezamos a entrar a la ciudad, lo cual me recuerda que pronto estaré de vuelta en el centro. La piel se me pone de gallina con solo pensar la tremenda regañada que me espera.

Tared aparca el *jeep* frente al centro budista. Noto que Louisa está junto a la ventana del aparador, dándonos la espalda y, al parecer, sin percatarse de nuestra presencia. No me atrevo a mirarla por mucho tiempo por miedo a que se gire hacia acá, así que desplazo los ojos hacia el hombre a mi lado.

—Muchas gracias... —le susurro, quitándome el cinturón.

—No me agradezcas aún, todavía no me voy. —Se baja del *jeep*, para confusión mía—. Te voy a acompañar a la puerta, porque después de la regañada que te dieron anoche, no creo que enfrentarte a ellos tú solo sea lo más prudente.

Lo miro con indecisión por unos segundos, pero al considerar lo conveniente de su oferta, termino por asentir. No sé qué tan valiente sea de mi parte el sentirme agradecido por su gesto, pero la verdad es que Tared acaba de volverse mi salvavidas. Una vez más.

Resignado, bajo también y voy detrás de él, notando que Louisa ha desaparecido de la ventana.

De seguro sigue enojada y la verdad es que no puedo culparla. Cuando llamé al centro ayer por la noche, ella me contestó con gritos tan altos que casi me rompen los tímpanos. Alegué que Tared me había atropellado por accidente con su camioneta el día anterior porque no me pudo ver en medio de la calle debido a la niebla, cosa que también ayudo a explicar el por qué dejé la escoba partida en el suelo, pero nada parecía calmarla.

También dije que me negué a ir un hospital, ya que no quería que el centro terminase pagando los gastos, por lo que Tared se había ofrecido a llevarme a su casa para atenderme por su cuenta. Porque, vamos, resulta que además de ser un arrollador profesional también sabe de primeros auxilios.

La mentira era floja, pero fue lo mejor que se nos pudo ocurrir, además, creo que Louisa estaba más interesada en decirme lo irresponsable y poco considerado que fui al no avisarles lo que había pasado que por dar por cierta mi historia. Ojalá tuviese lastimada alguna pierna para hacer más creíble mi mentira, pero las curaciones de mamá Tallulah y Johanna han sido tan efectivas que ya no me quedan rastros de la persecución de ayer.

Al pensar en los ojos grises de aquellas mujeres, un grito de impaciencia se aglomera en mis venas. Hay tanto que no comprendo de nosotros, de mí mismo, que estoy a punto de volverme loco, pero no me queda tiempo para vomitar preguntas, puesto que Tared toca el timbre de la puerta antes de que yo siquiera pueda tomar aire.

Por un momento, la sangre se me congela ante los nervios, pero el hombre a mi lado me da una mirada tan firme que mis pies vuelvan a plantarse en la tierra.

La puerta se abre de golpe, a lo que un par de anacondas brotan de su interior estrechándome hasta el punto de sacarme el aire.

—¡Elisse, gracias a los cielos! —exclama Louisa, triturándome con su abrazo—. ¡Me alegra tanto que estés bien!

Estoy desconcertado hasta el infinito. Nada de regaños ni de gritos. Tan solo un abrazo.

Estiro el cuello como un ganso para poder mirar a Tared, quien tan solo se encoge de hombros. Louisa me suelta y me mira de arriba abajo, como asegurándose de que no me falta ninguna parte del cuerpo.

—Muchas gracias por cuidarlo, muchacho, tú debes ser Tared —dice ella, dirigiéndose al gigante.

—No me agradezca, señora. Para empezar, fui yo quien lo atropelló.

—De seguro fue culpa de Elisse, es tan descuidado como un niño. —Sus regaños vuelven a la carga, pero ahora de una forma mucho menos hostil; de todas maneras no puedo evitar sonrojarme, sobre todo por él, quien parece divertirse de lo lindo ante mi vergüenza.

—Lo siento... —musito, con la cara tan caliente que podría ponerme a asar papas a dos metros de distancia. Tared me revuelve los cabellos, como si quisiera hacerme sentir todavía más niño.

Me parece de lo más surrealista que este sujeto sea una criatura de mitología desenvolviéndose como una persona totalmente normal, pero aun así, no me cuesta demasiado imaginarlo convertido en lobo mientras habla con Louisa.

—Bueno, ahora que lo he entregado en una sola pieza, me retiro —dice con galantería a la vez que baja el escalón de la entrada. ¡Caray, Tared! ¡Hubieses sido así de amable cuando nos conocimos!

—¿Tan pronto? ¿No te quedas a desayunar? —pregunta Louisa.

—Me encantaría, pero ya voy algo retrasado —responde Tared.

—¿Ni siquiera un café?

Genial, ahora en vez de ojos tengo pelotas de tenis que van y vienen.

—Tal vez otro día con gusto se lo acepto, señora.

—Ya veo, será otro día entonces. Y de nuevo, muchas gracias, muchacho.

Tared se despide con un asentimiento de cabeza, marchándose hacia el *jeep*. Veo su espalda y, una vez más, quedo asombrado por su imponente estatura.

Devorapieves... Apenas y pone un pie dentro del vehículo, salgo disparado hacia él.

—¡Tared! —grito, estampándome en su ventanilla. Él, lejos de parecer sorprendido, me sonrío, como si hubiese adivinado que me estaba olvidando de algo—. Y ahora, ¿qué sigue?

—El abuelo Muata comenzará a entrenarte cuando lo considere prudente, pero mientras tendrás que lidiar con nosotros, así que ve preparando una buena excusa para ausentarte —me dice en

tono cómplice, mirando de reojo a Louisa. Geshe Osel también se asoma desde el umbral, sonriéndonos y saludando con un gesto de su mano.

—Muchas gracias... por todo —le digo con la voz hecha un hilo.

Me sonrío y extiende su mano para estrechar la mía. Siento que esta se encoge al ser envuelta por su gran palma, como si de pronto me volviese el ser más pequeño del mundo. No es intimidante, más bien me transmite una enorme protección y, al mismo tiempo, me incita a anhelar esa fuerza, a igualarla.

—Yo que tú no me sentiría tan agradecido —dice, borrándome la sonrisa de la cara—. Todavía me debes una camioneta.

Me pongo blanco como el papel, a lo que él se ríe con ganas. Enciende la marcha y se despide alzando la mano al aire, para después perderse dentro de la tenue niebla de la mañana.

Suspiro y meneo la cabeza de un lado a otro. ¿Quién diría que iba a terminar debiéndole a un «*hombre lobo*»?

Capítulo 20
HISTORIAS JUNTO AL FUEGO

Existen pocas palabras que pueden ayudarme a describir con coherencia todo lo que he vivido desde que llegué a Nueva Orleans. Mi situación ha cambiado tanto, al igual que yo, que siento que he entrado a una realidad distinta. Eso o que habito en el cuerpo de una persona totalmente diferente.

Han pasado casi dos meses desde que descubrí que soy un errante, así como lo que es formar parte de un grupo de criaturas tan extraordinarias como diversas, las cuales comencé a conocer en vísperas de fin de año, cuando todavía no era capaz de recobrarme del choque emocional de saber que soy algo así como un licuado de animal, humano y brujo.

Yo tenía entendido que el Losar, es decir, el año nuevo tibetano, no coincidía con el año nuevo occidental, pero aun así me pareció curioso que en el centro budista optaran por mejor esperar a celebrar el primero y dejar de lado el segundo. Por ende, fue sencillo que Geshe y Louisa accedieran a la petición de Tared de dejarme pasar la noche en la reserva.

De hecho, Louisa se veía muy entusiasmada de que estuviese haciendo «nuevos amigos», muy a pesar de los comentarios incómodos del bocotas de Carlton, quien no cesó de repetir lo extraño que se veía que, de pronto, me estuviese juntando con un hombre diez años mayor que yo.

Pero, alentado por la evidente simpatía de Louisa por Tared y la habitual despreocupación de Geshe Osel, subí al *jeep* a eso de las malditas cinco de la mañana.

Durante el camino a la reserva y en medio de bocanadas de humo, Tared me dio una de mis primeras lecciones respecto a los errantes: la prioridad de nuestra especie es mantenerla en un total y absoluto secreto, por ende, la lealtad que formamos con otros errantes y los humanos que entran a nuestro mundo es vital para nuestra supervivencia.

Estrechar lazos, convivir y fortalecer el instinto de protección hacia los nuestros es algo que llevamos en la sangre, algo instintivo, así que la prioridad era introducirme a la tribu no como un nuevo miembro, sino como un hermano perdido que por fin había vuelto a casa.

No voy a negar que un sentimiento muy agradable me invadió con solo pensarlo, porque, vamos, cuando a uno le dicen que ahora es parte de una familia, hay miles de conceptos que te llegan a la cabeza, cosas cálidas y gentiles, algo que te hace suspirar como si te sentases junto al calor del fuego.

Todo, excepto cazar con las manos desnudas.

Esa madrugada, y después de ser recibido por un apretado abrazo de mamá Tallulah y un desayuno brevísimo, Tared, Nashua, Johanna y yo fuimos a la zona permitida en la reserva a conseguir un ciervo para la cena de año nuevo, lo cual me produjo sensaciones desiguales. En cierta parte me parecía emocionante, sobre todo si iba a poder ver a esta gente transformarse, pero

aun así la idea era extraña y también algo primitiva.

—Somos errantes —explicó Nashua con asombrosa tranquilidad—. El instinto está vivo dentro de nosotros y lo alimentamos con nuestras tradiciones. Esto no es una cacería, niño, es un ritual.

Con esas palabras yo ya me estaba esperando de todo, desde tambores y taparrabos hasta festines de sangre. Pero la realidad fue muy distinta, puesto que salimos a cazar enfundados en simples botas de montaña y unos cuantos impermeables. Había muy poca niebla, así que nos adentramos con relativa facilidad a un tramo de tierra rodeada de musgos y cipreses que dotaban de una cabellera gris y opaca a todo el follaje del bosque.

Estábamos rastreando —ellos, más bien— a la presa de una forma desesperantemente humana y yo me moría por saber todo sobre cómo cazaban los errantes, pero en ese momento no parecíamos ser otra cosa que niños sobrecrecidos tentando los arbustos y palpando huellas en el suelo.

Después de un par de horas de caminata, encontramos a la enorme cena al lado de una fogosa laguna, bebiendo agua ante los ojos saltones de un par de pequeños caimanes. Cuando creí que por fin pasaría algo interesante, Johanna me advirtió en voz baja que no cambiarían de forma para cazarla, cosa que de primera mano me decepcionó demasiado.

Aunque mi asombro no hizo sino crecer a niveles absurdos cuando me demostraron que no hacía falta.

Después de emboscarlo entre los tres, Tared le rompió el cuello a un ciervo de doscientos kilos con las manos desnudas, como si fuese una rama, demostrándome que aun en su apariencia más humana, los errantes pueden llegar a ser desorbitantemente fuertes. Inclusive Johanna, una chica de poco más de sesenta kilos, pudo arrastrar al ciervo un buen cacho de camino sin sudar demasiado.

Volvimos a las cabañas, donde Julien ya nos esperaba en la cocina, la cual me sorprendió bastante con sus dimensiones. Para empezar, ocupaba una barraca completa gracias los tres enormes congeladores exclusivos para carne que tenía pegados a una pared. También había un refrigerador grande repleto de verduras, leche y huevos, así como un par de estufas y un montón de clósets y repisas atiborradas de pastas, latas, galletas, condimentos y cajas variadas.

Cualquiera pensaría que, a pesar de que allí comían siete personas, seguía siendo un almacén exagerado de comida, sobre todo por la enorme cantidad de carne congelada, pero Tared me aseguró que nada en esa cocina estaba de sobra.

Entre él, Julien y yo preparamos al animal sobre una enorme mesa de madera. Era la primera criatura que yo desollaba, pero la situación no me asqueaba mucho. Es decir, por años vi seres que se veían y olían mucho peor que las tripas de un ciervo, así que estuvimos tres horas cortando, removiendo y limpiando hasta que, en algún momento, Nashua entró a la cocina para tomar algunas cosas de la alacena, me miró el tiempo suficiente como para hacerme sentir incómodo y se largó sin decir una sola palabra.

—¿Qué le pasa? —pregunté a Julien a la vez que escuché la risa de Tared por lo bajo.

—No te lo tomes personal —respondió el pelirrojo, alzando los hombros—, solo se está acostumbrando a verte. El abuelo Muata tenía como mil años cuando nació Nashua, así que nunca lo conoció en su estado más espléndido.

—¿Cómo? —dije, con la cara contraída en un asterisco.

—Si hay algo que escasea en nuestra raza, son los contemplasombras, pero los machos son todavía más raros —explicó—. Dicen que los de tu estirpe dieron origen al mito de los elfos, así que no es fácil mirarte sin inquietarse un poco.

Sus palabras tuvieron un efecto negativo en mí. En la India siempre tuve que cuidarme bastante y, en más de una ocasión, huir por mi integridad. No solo de gente que encontraba mi aspecto repulsivo (porque, vamos, para algunos no hay nada más denigrante que un hombre con

características de mujer), sino de aquellos a los que, peor aún, les parecía fascinante.

—Preferiría ser más fuerte y menos llamativo —dije sin rodeos, a lo que la mirada de Tared se clavó en la mía. Sus ojos azules se entrecerraron y, de pronto, bajé los míos, temiendo que pudiese leerme los pensamientos.

—Por tu edad, es probable que tu parte imitahombres ya esté despertando —me dijo el hombre lobo, lo que explicó por qué de pronto parecía que me había vuelto más resistente—. No igualarás a un devorapieles, pero aun así te volverás más fuerte, más rápido y comenzarás a comer el triple para que tu cuerpo soporte tanto gasto de energía por todo el proceso que implica transformarse.

—Y que conste que este año estamos haciendo dieta con este animalito —agregó Julien entre risas y apuntando al cadáver con un cuchillo, a lo que miré incrédulo las enormes masas que estábamos sacando del ciervo.

Y todo me fue confirmado cuando en la cena vi a Johanna comerse tres kilos de carne sin jadear. Ni qué decir de los devorapieles, quienes engulleron al menos cinco cada uno.

Demasiado cohibido por este asombroso mundo como para siquiera tomar un trago, me limité a solo ver lo que ocurría a mi alrededor. Seguía sin poder creer que esta gente, estas personas que escuchaban música estridente y bebían como marineros fuesen mitad animal, porque no había nada en ellos que lo demostrara. Yo los escuchaba hablar sobre la renta de locales, de cosas que comprar para la despensa, unos impuestos que le faltaban declarar a Julien...

Anonadado, me mantuve casi invisible hasta el toque de año nuevo, momento en el que Tared me arrancó de la silla donde yo mismo me había sembrado para arrastrarme hasta la fogata. Todos, hasta padre Trueno y Nashua, me estrujaron uno tras otro en poderosos abrazos que se quedaron marcados tanto en mis huesos como en mi memoria.

Desde ese día, mis visitas a la reserva se volvieron bastante regulares. El dinero en el centro budista seguía desapareciendo, por ende, negocié con Geshe el quedarme tan solo en las mañanas y volver por la noche, todo con tal de evitar las miradas severas tanto de Carlton como del resto de los miembros.

Con el tiempo, me di cuenta de que la aversión del viejo Lone hacia mí iba mucho más allá de la desconfianza; asumo que nunca ha podido sentirse cómodo en mi presencia, cosa de la que no sé si puedo culparlo si yo tampoco lo soporto demasiado.

Tared pasaba por mí a eso de las dos de la tarde, para luego ir a hacer algo productivo en la reserva, como reparar cañerías, quitar maleza, limpiar las cabañas y, curiosamente, empezar a salpicar los alrededores de la aldea con collares hechos de cuentas de colores.

En cuestión de una o dos semanas, me volví un componente más de ese lugar y, al mismo tiempo, pasé a enterarme de los problemas que asechaban a nuestra tribu.

Tared me dijo que las criaturas místicas ya no eran muy comunes en el mundo moderno por falta de gente con verdadera magia que los invocara y contemplasombras que abrieran portales para el plano medio —interrumpí para preguntarle cómo podía yo hacer algo así, pero me contestó que a él no le correspondía transmitirme esos conocimientos—, aunque hacía unos meses, justo antes de que llegase el huracán, había ocurrido un ataque a la reserva.

Un errante con forma de alce irrumpió en una de las cabañas en la madrugada, tomando a todos por sorpresa. Trataron de razonar con la criatura, pero estaba fuera de sus cabales; no escuchaba a nadie ni tampoco decía palabra alguna, como si su parte humana hubiese sido despojada de su ser. Aquella cosa alcanzó a arrancarle un dedo a Julien con una mordida para después echarse a correr hacia el pantano perseguido por Johanna y Nashua, quienes, por suerte, le dieron muerte antes de que amaneciera.

Todo habría quedado como un simple incidente, de no ser que una madrugada, Tared se había

topado con el errante ciervo merodeando en su propio patio, aquel que encontré en *Audubon Park* y cuya persecución —o más bien, cacería— les hizo llegar hasta el parque, bajo el milagro de que por la hora, nadie les había avistado. Y eso, anudado a nuevo ataque por parte del errante caimán, había confirmado las sospechas de que algo extraño estaba sucediendo.

Y no solo eso. Antes de quedarse ciego, Muata había tenido un largo periodo de semanas en las que le costaba recordar sus sueños —cosa que me ayudó a comprender que eso de no poder soñar era más cosa mía que de los contemplasombras—, además, un mal presentimiento lo embargaba continuamente, así que todo esto en conjunto estaba convirtiéndose en una señal de que el peligro estaba a la vuelta de la esquina. Teníamos que estar listos para entrar en batalla.

Aquello encendió una alerta en mi interior, una que me hacía preguntarme si, llegado el momento, yo sería capaz de aportar alguna ayuda para mi familia. Porque también me explicaron que, a pesar de que tengamos distintas funciones en nuestro clan o que hayamos nacido con características muy concretas, cuando una tribu es tan pequeña como la nuestra, TODOS, sin excepción, tenemos la obligación de luchar, seamos el tipo de errantes que seamos. El no hacerlo es un signo de cobardía y una alta traición a nuestra raza, porque todo el que entre bajo la protección de una tribu de errantes debe estar dispuesto a morir por los suyos si es necesario. Esa protección, esa lealtad y ese vínculo entre nuestra gente es lo que llamamos el Atrapasueños.

En una ocasión, estaba con Julien y Tared arreglando unas goteras en la cabaña del fondo, así que aproveché para despejar una duda que me atormentaba demasiado.

—¿De verdad tengo a un ancestro dentro de mí? —pregunté al aire mientras me disponía a poner un par de clavos. Ambos guardaron silencio por unos instantes, a lo que tuve que mirarlos para demostrar que realmente quería una respuesta.

—No —respondió Tared, cosa que me hizo respirar con dificultad—. En tu caso, ese asunto es algo complicado.

—¿En mi caso?

—Los devorapieles y los perpetuasangre nacemos con un ancestro, lo llevamos ya en la sangre, por eso, esos espíritus suelen ser animales que existen en nuestra región de origen o la de nuestros antepasados, como Coyote Garras Rojas, en el caso de Johanna —dijo el hombre lobo mientras le pasaba una cubeta a Julien.

—Tared, no deberías decirle... —murmuró el pelirrojo.

—No te preocupes, Julien, que Elisse ya ha demostrado ser bastante persuasivo para sacar información, ¿no?

Palidecí. ¿Acaso Johanna le había contado sobre lo que hablamos en el muelle? Al parecer, la chica estaba más apegada a Tared de lo que a ella misma le gustaba admitir.

—Como te decía —continuó Tared, sin levantar la mirada—, los devorapieles y los perpetuasangre nacemos con ellos, son tan parte innata de nosotros que hasta les damos un nombre propio. En cambio, los ancestros de los contemplasombras son espíritus ya existentes que bien pudieron pertenecer a otro errante. Por ende, ellos deben adquirirlos.

—¿Por qué?

—Bueno, nosotros somos descendientes más directos de las bestias, mientras que los contemplasombras tienen más sangre de chamanes. Es por ello que adquirimos los ancestros de formas distintas.

—¿Y cómo es que ustedes despiertan a su ancestro, por así decirlo?

—En nuestro caso, un ancestro puede manifestarse en cualquier momento de nuestras vidas, pero suele ocurrir en la adultez y durante situaciones peligrosas. Aunque hay casos en los que uno muere sin saber que es un errante.

—¿Es en serio?!

—Por supuesto. Uno no siempre se encontrará en peligro de muerte o con otros errantes que le revelen su naturaleza, ¿sabes?

—... ¿Hay algún tipo de mafia entre nosotros? —pregunté, sin saber si había usado las palabras adecuadas. Cuando Tared y Julien se echaron a reír, me di cuenta de que había metido la pata.

—¿Te refieres a que si lo errantes tenemos organizaciones o cosas así?

—... Sí, eso quise decir.

—Se puede decir. Las familias de errantes generalmente establecen su estructura sobre las relaciones de sangre, es decir, padres, hijos, nietos, tíos y los respectivos humanos con los que hayan fraternizado. Pero cuando una tribu es tan pequeña como Comus Bayou, es normal atraer a otros errantes que no hayan despertado o que no pertenezcan a ninguna familia para incrementar nuestro número. Es simple y pura supervivencia; se puede decir que esa es nuestra propia definición de «manada».

—La clave es no vernos como animales, ni comparar nuestra forma de funcionar o actuar como la de ellos —dijo Julien—, porque, a fin de cuentas, nosotros somos nuestra propia especie.

—Si me lo preguntas —dijo Tared—, encuentro un poco irritante que intenten definirme, a mi personalidad o a mis costumbres, por la forma en la que se comporta un lobo real. Yo no soy un animal.

—Ni animales ni hombres... —susurré.

—Exacto. No somos hombres lobo ni hombres coyote ni nada de eso. Somos errantes. Punto. Una nación, de eso no te debe caber duda, pero de criaturas tan distintas, únicas y complejas que no todos optamos por relacionarnos con otras tribus.

—Entonces, ¿hay más como nosotros en Nueva Orleans?

—No. Nosotros podemos detectar a otro errante por medio del olfato, ya que, al llevar a un ancestro dentro, tenemos un aroma mucho más distintivo que el de los humanos, quienes suelen tener un olor muy poco relevante para nuestra nariz. Pero hace años que no hemos percibido a ningún errante perdido ni a otra familia que venga de paso, y eso que nos dedicamos a peinar la ciudad con regularidad.

—¿Y por qué no pudieron detectar a los errantes que nos atacaron?

—Esa es una buena pregunta, Elisse —contestó el lobo—. Y, precisamente, su falta de olor es algo que tú, como contemplasombras, debes ayudarnos a descubrir.

Semejante responsabilidad me cayó como un costal de ladrillos, porque no tenía ni idea de cómo iba a ser capaz de resolver tal misterio. Opté por tragar saliva y seguir bombardeándolos con más preguntas.

—¿Qué hay de los contemplasombras que no tenemos ancestro? —pregunté con cautela—. No hay forma de que puedan olerlos...

—Pero tampoco es complicado encontrarlos. La gente andrógina no es muy común, mucho menos aquellos que ven espíritus. Si lo piensas bien, es un patrón sencillo de rastrear.

—Hay mucha más historia detrás de todo esto —continuó Julien—, leyendas y mitos de nuestra raza, pero quien se supone debe instruirte en esto es el abuelo Muata, así como padre Trueno lo hizo con nosotros y mamá Tallulah con Johanna. Ellos son muy partidarios de seguir la tradición nativo americana de Comus Bayou, y lo digo en serio, esta familia tiene cientos de años haciéndolo así.

Ante estas palabras, comprendí que en nuestra tribu todo debía aprenderse de dos maneras: por medio de la experiencia o a través de las enseñanzas de alguien de tu misma estirpe. Y esto último me tenía muy preocupado.

El anciano Muata jamás me dirigía la palabra a menos que fuese para decirme que no tenía tiempo o energías para responder a mis preguntas, por lo que todo tipo de contacto entre nosotros se limitaba a un tajante rechazo de su parte.

Tared siempre me pide que no me lo tome personal, que Muata está pasando por momentos difíciles por tener que acostumbrarse a su ceguera y a la ausencia de su ancestro, pero a pesar de sus comprensivas palabras, yo no he podido quitarme la inquietud.

Había algo en mí, algo instintivo y bestial que deseaba pasar por mi primer cambio, que quería adquirir un ancestro, como si por fin me hubiese dado cuenta de que algo me hacía falta.

Una cosa me llevó a la otra y una noche me vi preguntándole a mamá Tallulah cómo es que podíamos cazar espíritus, y si el monstruo de hueso que me había perseguido por el plano medio no representaba un problema que debíamos exterminar.

—¡Ay, mi niño! —exclamó ella—. El plano medio no es un páramo de descanso, no es la muerte definitiva, así que cuando un alma permanece demasiado tiempo allí comienza a olvidar lo que es, lo que fue... Hasta llegar a un punto en el que se empieza a pudrir y deformar de maneras horribles.

—Supongo que eso explica el por qué mis pesadillas siempre se ven y huelen tan mal —puntué.

—Y no solo eso. Suelen atormentar a los contemplasombras y a los hombres con magia persiguiéndolos, causándoles pesadillas, atrayéndolos al plano medio, todo para que los ayuden a cruzar al plano humano. Pero mientras no se manifiesten en nuestro mundo en carne propia, no hay forma de que podamos cazarlos. Es por eso que necesitábamos tan desesperadamente tu ayuda. Si bien, las criaturas de las sombras ya no son tan comunes, sin un contemplasombras no hay forma de que una familia de errantes pueda controlarlas, a ellas o a cualquier humano que sepa algo de magia, así que tu llegada fue una bendición para todos nosotros.

—¿Y Muata no podría hacer algo así para que lo acabemos?

—¡Oh, muchacho, si al menos fuese tan fácil como decirlo! La diferencia entre un contemplasombras que no tiene ancestro y uno que sí lo tiene, es que este último posee la capacidad de hacer magia, en cambio, el otro tan solo es un oráculo que puede ir y venir entre el plano medio y el humano. Así que, sin magia y ciego como un topo, Muata no es capaz de hacer algo útil allí.

—¿Y no podría enseñarme algo? Es decir, tampoco tengo ancestro, pero no estaría mal aprender un par de cosas antes... —aventuré a preguntar.

—Cuando lo crea prudente, el sabio Muata te enseñará todo lo que sabe, pero de momento, hay que dejarlo tanto a él como al plano medio en paz.

De allí en más, mamá Tallulah no dijo otra sola palabra al respecto.

A pesar de que el monstruo de hueso fue sepultado poco a poco debajo de mi lista de prioridades, aun así me vi rogándoles a los demás para que, por lo menos, me contasen algo sobre la transformación, pero no recibí otra cosa más que silencio, todo enfundado en la excusa de que el primer cambio es algo que debe experimentarse y no transmitirse.

Aún con mi frustración, les perdoné su hermetismo porque comencé a sentir con más intensidad un extraño cosquilleo en el estómago siempre que volvía a la reserva para verlos; se estaban ganando mi cariño casi sin esfuerzo.

Julien tiene treinta y dos años, y un carácter tan bizarro que en un segundo estás partiéndote de la risa y al siguiente lo quieres partir a él. A pesar de nuestra diferencia de edad, nos llevamos de maravilla, tanto así que se puede decir que tenemos la relación más inmadura de toda la tribu, aun cuando he aprendido muchísimo de él.

Cuando me toca ayudarlo en la cocina, nos pasamos el rato mofándonos uno del otro o

adivinando los motivos por los cuales Nashua tiene un carácter de porquería. Tenemos muchas teorías, pero nuestra opción favorita es un objeto incómodamente grande perdido en su trasero.

Aunque, para nuestra mala suerte, un día nos escuchó, y no recuerdo haber recibido en mi vida un puñetazo tan horrible como el que me dio Nashua en aquella ocasión, aunque me alegro de que solo me haya bastado una curación de Johanna y no haber perdido un diente como Julien. Juntando eso con lo de su dedo amputado, no me extrañaría si el pobre se empieza a caer a pedazos un día de estos.

Aunque más allá de esto, no puedo decir gran cosa sobre Nashua. Tiene veintinueve años y ha estado toda su vida en la reserva, por lo que conoce su sangre de errante desde que era un niño. Él suele evitarme la mayor parte del tiempo, pero Julien asegura que es hostil con casi todo el mundo y que, más que nada, es por haber crecido con personas tan estrictas como padre Trueno y el abuelo Muata. A la única persona a quien Nashua parece tratar con un poco más de delicadeza — porque de imbéciles no nos baja—, es a Johanna.

Ella tiene veinticinco años y es, sin contar a Tared, la persona más centrada de los errantes jóvenes, aunque más de uno me ha asegurado que ella no siempre ha sido así, que esa actitud es solo una barrera para que la gente no descubra su verdadera naturaleza violenta, cosa que me provoca una profunda curiosidad. Sobre todo cuando la veo tan empeñada en aprender todo lo que puede de mamá Tallulah.

Y hablando de la anciana lechuza, ella es quien se ha ganado el lugar más especial de todos. La primera vez que me quedé a dormir en la reserva, estaba sentado junto a la fogata contemplando la fotografía de mi padre cuando mamá Tallulah llegó, vio la imagen y me pidió que le contase sobre él. Cuando terminé mi historia, me preguntó si alguna vez había pensado en mi madre.

La verdad es que me avergonzó mucho el decirle que no, ya que como la única prueba que tenía de algún familiar mío era la imagen de mi papá, nunca asimilé otra figura fraterna. Ella me abrazó y me dijo que no había criatura más solitaria que aquella que no conocía el amor de una madre, así que estaba feliz de que yo ya no estuviese solo.

Por primera vez, estreché de vuelta su abrazo.

No caben en mi boca palabras para describir la gentileza de esta mujer ni el sentimiento de cariño que despierta en mí su mirada de nube ni la felicidad que me embriaga cada vez que llego a la aldea y ella me recibe con un apretón. De pronto, me la imagino a ella y a Louisa como el día y la noche, tan distintas entre sí pero llenas de una luz que colma, a su modo, toda soledad en mí.

Crecí sin una madre, pero de pronto, aquí en la hechicera Nueva Orleans, me había ganado a dos sin saber si realmente las merecía.

A pesar de las intensas relaciones que he estado construyendo con los habitantes de esta aldea, creo que es con Tared con quien tengo la más cercana. No sé si es por el hecho de que con él comenzó todo esto o porque dimos cara a la muerte juntos, pero tiene algo que me hace sentir una confianza desbordante, algo en su esencia, en su manera de hablar y de moverse a mi alrededor que pareciera entenderme a la perfección.

Es el tipo de persona que, más que imponer respeto, te lo inspira de forma natural, y a pesar de que su estatura, su mirada, su porte y todo en él es intimidante, siento que no podría estar en ningún otro lado además de allí, a su lado.

Y supongo que esas son el tipo de sensaciones que te transmite un buen líder.

Eso me lleva a recordar que otra cosa que he aprendido es la cuestión de la jerarquía. Los únicos que tienen algo de autoridad aquí son padre Trueno y Tared. Este último le rinde cuentas solo al anciano y, por lo que me ha dicho Julien, es como un segundo al mando. Desconozco la forma en la que llegó hasta ese grado de autoridad, pero no tengo ningún problema con ello. El

hombre lobo ha demostrado más de una vez lo capaz que es de manejar a una jauría de locos como nosotros sin reventarse una vena en el acto, por lo que es la única persona a quien le pondría mi vida a su cuidado.

Todos me han advertido que solo hay una cosa que puede hacerlo enojar: hablar de su pasado. Así que hasta ahora he tenido la prudencia de preguntar lo menos posible al respecto, muy a pesar de que me muero de curiosidad por saber un poco más sobre el enigmático hombre lobo... Aunque, en el fondo, no puedo culparlo, ya que a mí tampoco me gustaría empezar a contarle a todo el mundo sobre mi vida en la India.

De padre Trueno puedo decir casi tanto como de Nashua. A pesar de que no me ignora tanto como Muata, tampoco parece especialmente interesado en mi presencia. Es como si tan solo le haya bastado dejarme al cuidado de Tared, cosa que tampoco me molesta mucho; hay algo en ese anciano que me hace sentir casi desnudo, como si pudiese arrancarme la piel a través del escrutinio de su mirada.

A todos los he conocido más como personas que como errantes, lo cual ha ayudado a fomentar mi afecto hacia ellos y hacia este lugar, porque a pesar del poco tiempo que llevo viniendo aquí, la aldea es el sitio donde más he echado raíces en toda mi vida.

Por generaciones, este terreno ha pertenecido a la familia de los ancianos —por lo que entendí, los tres son primos lejanos—, así que el gobierno les permite vivir allí sin problemas. Los únicos humanos que habitaron aquí en las últimas décadas fueron los familiares del anciano contemplasombras; una sucesión de madres solteras que no pudieron sobrellevar la vejez o el cáncer uterino.

Todo Comus Bayou, a excepción de Tared y yo, viven aquí. El hombre lobo tiene un pequeño negocio en un vecindario cercano a *Audubon Park*; un taller de herrería donde se dedica a hacer balcones, estructuras de metal y cosas por el estilo bajo pedido, por lo que imagino, es el motivo por el cual no se muda hacia acá. Johanna y Julien también tienen sus propios trabajos, mientras que Nashua funge de guardabosque en la reserva un par de días a la semana. Estos empleos, junto con las rentas de otros terrenillos que tiene padre Trueno, son los que contribuyen a traer comida a la mesa, cosa que también comencé a hacer, muy a pesar de que no puedo darles mucho con mi flamante sueldo del centro budista.

El verme envuelto de pronto en este mundo tan humano y a la vez tan extraordinario, me ha hecho pausar la búsqueda de mi padre. No me he olvidado de él, de hecho, cada noche viene a mi mente su imagen y el innegable deseo de poder encontrarlo, pero creo que lo mejor será adaptarme primero a todos estos cambios asombrosos y, después, continuar con mi propósito; tal vez mis habilidades como contemplasombras me ayuden con ello.

Aunque una de las cosas que más me han gustado es que desde que descubrí que soy un errante, mis pesadillas (como sigo llamando a los espíritus) no han vuelto a molestarme, y eso incluye al monstruo de hueso. A veces quiero creer que es Muata quien mantiene a todos esos seres apartados de mí, pero sin su capacidad de hacer magia y su actitud tan distante, la idea se esfuma de mi cabeza de inmediato.

Fuera de eso, admito que mientras más tiempo paso en este lugar, más me siento en casa. Ahora el centro budista me parece un sitio tan alejado de un hogar que, a veces, solo espero que termine el día para volver con la tribu, y los días en los que me quedo a dormir en la reserva, acomodado en una de las literas donde comparto cuarto con Nashua, Julien y Johanna, se vuelven una página más en un álbum de hermosas memorias que he estado construyendo en mi mente, unas en las que solo entran Louisa y los errantes.

Al calor de la fogata al atardecer y de las historias asombrosas que escucho en ella, creo que

empiezo a entender de verdad el significado de *familia*.

Capítulo 21
UN GRITO A MEDIAS



Posarme en la ventana me ha costado más trabajo gracias a la molesta línea de sal que has puesto en la cornisa, obligándome a colgar de un par de clavos para poder espiarte a través de uno de los agujeros de tu ventana. Un soplido de tus fríos labios y la vela de tu altar se apaga, fundiendo tu perfil en un leve resplandor difuso.

Te quedas unos segundos viendo cómo el humo se eleva hasta el techo, formando siluetas extrañas que se diluyen en la oscuridad. Pasas la mirada por los objetos que hay frente a ti, como asegurándote de que nada haya desaparecido de repente. Cráneos, flores, cuernos, trozos de velas, hierbas e incluso un poco de sangre vertida en un cuenco.

Te vi dedicarte a la práctica del vudú desde que eras una niña, época en la que inclusive yo contemplaba con asombro el avance de tus méritos, pero hace años que la fascinación por todos esos objetos mutó en un profundo horror cada vez que tienes que volver a meterte en los rituales que, por años, te esforzaste tanto por dominar.

Pobre Laurele. Tus ojos se arrojan al reflejo de la pequeñísima arruga que se asoma en la cuenca de tus labios; la primera que veo en tu cara desde hace años. Después, acaricias una vieja fotografía enmarcada que resalta en medio de la mesa del altar, la cual te muestra a un joven que apenas roza los veinte años de edad y cuya cara exhibe una amplia sonrisa. Una mujer que parece haberse robado el corazón del mundo en la mirada lo abraza, apretándolo con una estridente alegría palpable aun a través de un retrato tan viejo.

El contemplar aquella imagen parece haberte impregnado de adrenalina, ya que los apretados pechos te suben y bajan frenéticamente hasta hacerte levantar de tu silla.

Te veo dar vueltas por la habitación para calmar un poco el furor. Miras con recelo hacia mí y luego hacia el resplandor diurno que se cuele a través de los orificios del plástico negro que has colocado sobre tu ventana.

Furiosa, tomas una cinta de aislar de tu gabinete y, uno a uno, comienzas a tapar los agujeros con varias capas gruesas, tratando de bloquearme la vista hacia tu pequeño mundo infernal. De pronto, te detienes con el trozo de cinta pegajosa temblándote entre los dedos.

Tu dilatada mirada sigue el suave hilito de luz que se filtra desde el último agujero hasta chocar con una de las paredes de la habitación ovalada. Temblorosa, te asomas a través de él para ver el exterior. Por unos segundos, jadeas, de seguro ahogándote ante la necesidad de gritar.

Quieres escapar, ¿verdad? Quieres dejar de ver huesos, quieres quemar todas esas cabezas reducidas, botar tus velas y calaveras a la basura y comenzar desde cero, como una mujer nueva. Lo sé, te he observado durante años, he visto tu cabeza chocar infinidad de veces contra los muros

de esta casa tratando de acallar las voces de la culpa. Pero cada vez que contemplas al muchacho de aquella fotografía, un deseo todavía más sombrío y grotesco se asoma por lo poco que te queda de corazón, un motivo por el cual estoy aquí, contemplándote morir con lentitud entre las sombras de tu propio remordimiento.

Como si me hubieses escuchado, tomas otro cacho de cinta. En un ataque de locura terapéutica, tapizas toda la ventana con cada centímetro de aquel material. Estás a punto de tapar el agujero por el cual te espío, cuando ambos escuchamos un llamado mudo advirtiéndote que ya no estás sola.

Capítulo 22
WITCH DOCTOR

Dan las dos de la mañana y ya comienzo a sentir mis párpados ganar un poco de peso, pero no el suficiente como para hacerme dormir. He contemplado tanto el libro entre mis manos que ya parece que más bien él es el que me mira a mí, por lo que lo cierro y lo arrojo a un lado de la cama. Leer siempre me ha ayudado a conciliar el sueño, pero creo que no podré pegar los ojos por lo que resta de la noche. Siempre que estoy en el centro budista me cuesta trabajo dormir, quizá sea porque no me siento tan seguro como en la reserva o porque, simplemente, estoy desacostumbrándome a estar solo.

Carraspeo y siento mi garganta seca, así que me levanto y salgo de la habitación en busca de agua. Atravieso la sala en penumbras, dirigiéndome a la cocina sin siquiera mirar el apagador.

No es que de repente haya dejado de tener miedo de la oscuridad, porque vaya que sí lo tengo, pero ahora que sé que podría tener un cierto poder sobre lo que habita en las sombras, estas han perdido un poco de su misticismo, como si poco a poco se convirtiesen en parte de lo que soy.

Enciendo la luz de la cocina y abro el refrigerador para ver qué hay dentro casi por inercia, a pesar de que ni siquiera tengo hambre. Sacudo mi cabeza y lo cierro. Tomo un vaso de la estantería y me dirijo hacia el grifo de agua para llenarlo.

Estoy a punto de llevarme el vaso a los labios cuando distingo, desde la ventana sobre el lavadero, algo que se mueve en la oscuridad de afuera. Enfoco la mirada en el porche de la casa vecina, para después sentir que el corazón se me acelera al ver que una cara, blanca y flotante, me mira de vuelta desde allí.

Me tallo los ojos para asegurarme de que no alucino debido al cansancio, pero al fijarme mejor, distingo un cuerpo bajo esa cara. Un hombre delgado, usando sombrero de copa, vestido con un traje y con la piel tan oscura como la noche que lo rodea, está recargado en uno de los postes del pórtico, tan solo viendo hacia acá. También noto que está descalzo y que la parte blanca de su cara no es más que pintura.

—Cálmate... —me susurro a mí mismo. Lo primero que me viene a la cabeza es que se trata de algún turista que ha venido al *Mardi Gras*. Estamos en febrero, los desfiles comenzaron hace semanas y, a pesar de que nunca he ido a verlos, Louisa me ha dicho que la gente en general suele disfrazarse, usar máscaras extrañas y comportarse de forma extravagante.

Vaya loco. Miro el teléfono de pared a mis espaldas, considerando el llamar a la policía, ya que ese tipo no tiene nada que hacer en el porche de mis vecinos. Vuelvo mi mirada hacia el cristal.

—¡PUTA MADRE! —exclamo y brinco hacia atrás, con el corazón latiéndome como loco al darme un susto de muerte.

El hombre está ahora a tan solo unos metros de la ventana, mirándome a través de unos ojos

negrísimos que parecen vacíos. Levanta su brazo despacio para llevarse un habano a la boca y me mira por unos segundos más, para después dirigirse hacia el patio trasero. Una alarma se enciende en mi interior.

Síguelo.

Arrojo el vaso al fregadero y atravieso la cocina a toda prisa, dirigiéndome a la salida de emergencia para ver si se ha metido al jardín. Enciendo las luces, quito los cerrojos y salgo de la casa, mirando hacia un lado y a otro con la noche siendo apenas iluminada por el resplandor de los focos de la sala.

Nada. El hombre se ha esfumado.

Estoy a punto de ponerme a hiperventilar, cuando un ligero olor a quemado brota a mis espaldas. Doy media vuelta y veo que una espesa cortina de humo sale de la puerta de emergencia, a lo que mi pulso enloquece.

Corro despavorido hacia el interior del centro, buscando la causa del incendio. Inflo los pulmones para ponerme a gritar por ayuda, pero me detengo en seco al ver que toda la enorme fumarola proviene de un pequeño habano que yace en la mesa de la sala. Se quema sobre un plato de madera, el cual ya desprende un color negruzco debido a las cenizas calientes. Me acerco corriendo y aplasto el cigarrillo con la manga de mi sudadera, dejando un agujero negro en la tela.

—¿Qué diablos está pasando?! —exclamo, lanzándome al apagador de la pared para encender los ventiladores del techo.

Sobre el ruido de las aspas, escucho un tintinear. Perplejo, miro de nuevo hacia la mesa, encontrando sobre ella un par de relucientes monedas de oro que, juro, no estaban allí hace un instante.

Pero lo que más me pone los pelos de punta, es que al lado de ellas hay un pequeño muñeco de paja y trapo... con montones de agujas negras insertadas por todo su cuerpo.

Mis botas de cuero chasquean en el asfalto mientras me dirijo hacia el Barrio Francés, serpenteando por la gente que se ha multiplicado con la llegada del carnaval. Me tomó toda la noche decidirme en venir hasta acá, pero al final caí en la cuenta de que lo mejor que podía hacer era ir con la primera persona que, creo, me puede decir qué carajos hacía un muñeco vudú en la mesa del centro.

Solo espero que Louisa nunca se entere de que vine a ver a su hermana, no soportaría decepcionarla, muy a pesar de que pareciera que estoy haciendo todo lo posible para lograrlo.

Saco de mi bolsillo una de las monedas de oro que encontré junto con la figura. La observo mientras camino, viendo el relieve de la palabra «*Gourde*»^[1] en ella. También está el dibujo de lo que parecen ser unas palmeras, pero están tan desgastadas que no estoy seguro. La moneda debe ser viejísima —al menos creo que lo es—, ya que se puede apreciar un diluido 1815.

Vuelvo mi atención al camino y veo que estoy a solo una media cuadra del local de Laurele. Para mi sorpresa, hay un montón de gente arremolinándose en ella, apretujándose tanto que salen y entran a tropezones, como si estuviesen regalando las baratijas de allí.

Suspiro y me echo el cabello hacia atrás. No será fácil entrar y mucho menos captar su atención con tantos clientes, pero estoy decidido a no marcharme sin respuestas.

—*Elisse...*

Escucho aquel llamado como un susurro a mis espaldas, a lo que mis puños se enroscan como serpientes y mis pies se plantan sobre el asfalto. La voz desconocida brota una vez más en un suave siseo, haciéndome mirar sobre mi hombro.

—¡Elisse, Eliiiiiisse! ¡Soy el espíritu de tus comidas pasadas!

Mi ceja se dispara cuando veo a un enorme perro caliente detrás de mí, danzando e imitando a

un fantasma mientras agita sus brazos de mostaza.

—¿Pero qué carajos...? —musito. El perro caliente deja de bailar y se cruza de brazos.

—¿Qué no me reconoces? —Mis cejas casi se vuelven una de tanto que las junto—. ¡Soy yo, Julien!

—Ah... —Mi frente se relaja. Doy media vuelta y me alejo a paso rápido de él.

—¡Oye, oye! ¿A dónde vas?

La enorme salchicha se me adelanta dando brinquitos torpes, bloqueándome el paso como un muro. Abre la rejilla que cubre su cara y veo el rostro enrojecido y sonriente de Julien.

—¿Ves? ¡Soy yo! —dice el muy idiota, mostrándome la maldita mazorca de sus dientes que, justo ahora, me siento tentado a tumbar de un puñetazo.

—¡Serás imbécil! —exclamo, pegándole en el brazo—. ¡Me has dado un maldito susto!

—¡Ay, no seas llorón! —exclama, haciendo un puchero que deforma su cara hasta el punto de hacerme reír cuando la relaciono con una toalla vieja—. ¿Qué estás haciendo por aquí, flaco?

—Vine a ver a alguien, pero no voy a tardar mucho, ¿y tú...?

—Oh, estoy trabajando horas extras —dice mientras agita el letrero de «*dos salchichas al precio de una*» de su barriga.

—¿De botarga? ¿Qué no tenías unos carritos de comida?

—Bueno, sí, pero como a ninguno de mis empleados le gustó mi idea del disfraz para hacernos promoción, tuve que hacer el trabajo sucio yo mismo.

—No pareces muy triste por eso.

—Oh, para nada. Hago ejercicio y veo mujeres lindas reírse de mis bromas, ¿qué más puedo pedir?

Sacudo la cabeza de un lado a otro, conteniendo un poco mi propia risa por la gran confianza de mi hermano. A criterio de Johanna, este pedazo de tonto compensa su falta de cerebro con atractivo. Y vamos, creo que la tejana ha sido bastante honesta si es que ha declarado que Julien es *casi tan guapo* como Tared.

Me escuece el labio, por lo que aprieto una de mis comisuras para calmarlo. Pensar en la situación de Johanna respecto a Tared siempre me causa... inquietud, con todo eso de qué pasaría si dos errantes se aparean, así que opto por focalizar mi atención en la tienda de Laurele, cosa que basta para borrar de mi cara todo rastro de expresión. Me quedo en silencio más tiempo del conveniente, por lo que Julien me mira inquisitivamente a través de sus ojos marrones.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Sí, claro —respondo, tan poco convencido que hasta yo mismo sospecho de mi actitud. La cara de mi hermano se transforma, dando paso a una evidente preocupación.

—Elisse, ten cuidado, por favor —me dice, apretándome el hombro con la mano a la que le falta un dedo—. Recuerda que todavía no tienes un ancestro, por ende, estás desprotegido ante algún ataque, así que no se te ocurra hacer alguna locura por tu cuenta.

Vaya, Julien a veces me sorprende. La mayor parte del tiempo parece un sujeto demasiado infantil y despreocupado —por no decir estúpido—, pero tiene la cabeza lo bastante fría como para comprender las cosas con más claridad que yo. Suspiro, rendido ante su razonamiento.

—Mira, solo vine a hacerle algunas preguntas a una persona de por aquí, nada grave —miento—. En cuanto termine, prometo que me iré directo a la reserva. En serio.

—¿Va a pasar Tared por ti?

—No, hoy no. He quedado en ir a comer con Luisa, así que me iré por mi cuenta más tarde.

—Uy, con razón andaba decaído cuando fui a verlo en la mañana.

—¿Tared? ¿Decaído?

—¿Es en serio? —dice, rodando los ojos, a lo que yo aprieto las cejas sin entender lo que me quiere decir—. ¡En fin! Nos veremos más tarde entonces. Y por amor de Dios, al menos cómprate un cuchillo —me recomienda, para después cerrar la rejilla de su traje. Se despide de mí y se adentra en la multitud, gritando a todo pulmón su oferta.

Con mi facilidad para meterme en problemas creo que me convendría más comprarme un celular, pero son tan caros que desecho la idea de inmediato.

Tomando agallas, me dirijo de nuevo al local de Laurele y entro en él a trompicones, abriéndome paso entre los turistas que parecen saquear la tienda a diestra y siniestra. Veo a la mujer detrás de su mostrador, inflando la panza metálica de su caja registradora con billetes y manteniendo una tranquilidad extraordinaria, a pesar de que un montón de gente le habla al mismo tiempo. Mi mirada se cruza con la de ella y, de pronto, parece brillar.

—¡Señores! —grita a todo pulmón.

Un silencio helado se instaura en el lugar, mientras todas las cabezas giran hacia ella. La bruja cierra la caja fuerte de un golpe.

—¡Lárguense!

Estupefacto, veo cómo todos empiezan a salir ordenadamente de la tienda, uno por uno hasta dejarla vacía. Un silencio frío queda entre mi cara de espanto y la sonrisa de mujer medio loca de Laurele; no estaría tan petrificado si solamente se hubiese dado a la tarea de escucharme unos minutos, pero el hecho de que haya sacado a toda la gente de la tienda de esa forma tan sobrenatural es demasiado inquietante. Ella se acerca, por lo que, instintivamente, doy un paso atrás.

—Qué gusto me da verte, muchacho —sisea, complacida ante su efectiva intimidación—, ya te habías tardado en venir a verme.

—¿Cómo ha hecho eso? —Me obligo a sonar lo más tranquilo que mi acento tembloroso me permite.

—Qué lindo gesto—responde, ignorando mi pregunta—, a que morías por ponerme los ojos encima de nuevo.

La intimidación es reemplazada por un matiz de desprecio. Meto mi mano hasta el fondo de mi viejo morral y siento algo pincharme las yemas.

—Diablos... —susurro.

Saco el muñeco vudú y me miro los dedos, ahora con pecas de sangre gracias a las agujas. Chasqueo la lengua y aviento la figura a la recepción de madera, a lo que Laurele alza una ceja.

—¿Y esto?

—Es lo que quiero saber. Ayer ha aparecido en mi casa, y después de lo que acabo de ver, estoy seguro de que usted puede decirme por qué.

Trato de no entrar en demasiados detalles. Ella, en cambio, mira al muñeco y saca un cigarro del bolsillo de la falda para llevárselo a la boca. No me siento tan asombrado como pensé que lo estaría al ver que se ha encendido solo.

—Qué afortunado, pequeño. Parece que has recibido la visita de un *Loa*.

—¿De quién? —Pongo mi mejor cara de estúpido, a lo que ella rueda los ojos.

—En el vudú tenemos distintos niveles de deidades. Los Loas son intermediarios entre nosotros y el dios supremo, oráculos del mundo espiritual que sirven para comunicarnos con él. Cuando un Loa quiere algo de ti, te deja regalos para hacértelo saber. A que te ha dado unas monedas de oro también.

Lucho con todas mis fuerzas para no verme demasiado sorprendido, pero en verdad lo estoy. De inmediato pienso en dichas monedas, las cuales yacen ahora en el fondo de mi bolsa.

—¿Pero qué va a querer de mí un Loa?

—Bueno, muchacho, depende de qué tipo de Loa sea. Puede ser un favor, algún sacrificio o incluso que le entregues tu propio cuerpo para fines lujuriosos. Son seres muy caprichosos.

Arrugo la nariz, asqueado.

—¿Quién en su sano juicio haría algo así para ellos?

—Oh, mi niño, a los Loas les encantan los tratos. Te aseguro que si les das tus servicios, ellos te recompensarán con algo muy valioso y que realmente quieras, por más imposible que sea. De hecho, deberías sentirte con suerte. La gente es la que suele buscar los favores de un Loa, pero, al parecer, es él quien quiere uno tuyo.

Me gustaría acudir a mi lógica y decirme que nada de esto puede ser cierto. Pero vamos, he descubierto que soy un ser sobrenatural, que existen planos espirituales y criaturas monstruosas viviendo alrededor de nosotros sin que nos demos cuenta. Entonces, ¿qué tantas probabilidades hay de que esto sea falso?

Miro a Laurele y percibo en ella un extraño brillo, no de luz, sino una esencia pútrida desprendiéndose, casi como un aura negruzca. Esta mujer no es normal, y estoy seguro de que tampoco es una errante, pero tiene más influencia mística de la que me conviene aceptar. Siento la tentación de decirle lo que he visto anoche, pero las palabras no salen de mi boca.

—Por cierto, ¿de casualidad has visto mi libro? —Su pregunta me toma por sorpresa, a lo que yo doy un respingo.

—No. La verdad no —miento por instinto—. De todas maneras, muchas gracias por la información.

Salgo de su tienda, empujando las dos puertillas de madera sin siquiera mirar atrás. Por suerte ella no me retiene esta vez, así que voy dejando atrás su macabro negocio a medida que una incógnita camina en mis espaldas. ¿Esto tendrá alguna conexión con los errantes locos que han aparecido en la reserva?

Vudú, Loas, favores. Todo parece tan atrayente que me es casi imposible contener el temblor de mis manos que cosquillean por tener ese libro rojo entre ellas de nuevo. Mi encuentro con los errantes fue tan repentino y he estado tan ocupado en la reserva que me olvidé completamente de él, pero ahora mis ansias de conocer más sobre estos misterios hacen desaparecer el tiempo bajo mis pies, por ende, llego al centro budista casi en un parpadear.

Lo primero que hago es dejar caer mi mano sobre el teléfono de mi habitación. Lo descuelgo y escucho el pitido de la línea, pero mis dedos no teclean el número de la reserva.

El mutismo de Muata me hace considerar la posibilidad de que ni siquiera le interese lo que yo tenga que decirle, así que, a pesar de que estoy consciente de que mi pensamiento está más dominado por las vísceras que por la lógica, cuelgo el auricular.

Dándome todo el tiempo del mundo, saco el libro rojo del fondo de mi cómoda y me siento en el camastro a devorar las páginas que puedo entender. Símbolos, recetas y ritos bailan frente a mis ojos, mientras caigo en la cuenta de que no solo contengo dentro de mí un instinto bestial, un lado que es llamado por la naturaleza y por mi sangre de animal, sino que hay un eco más oscuro y profundo que jala cada centímetro de cordura en mí.

Mi sangre de contemplasombras me llama con una fuerza tan devastadora que estoy casi seguro de que poco o nada quedará en mí de aquel frágil humano que no podía hacerle frente a la oscuridad de un pasillo.

Capítulo 23
ESTRELLAS ESCARLATAS

Como le prometí a Julien, ya estoy de camino a la reserva en el coche de Louisa. Es fácil dar con ella gracias a las señales del camino, además de que manejar es una de las pocas cosas que se me dan bien, por ende, me siento confiado en que no voy a terminar estampándome en un poste o cruzando al estado vecino por error.

Miro al lado del asiento y contemplo el cuchillo que, tal como me recomendó mi hermano, he adquirido hace rato en una tienda de cacería cuyos dueños no parecían muy interesados en saber si era o no mayor de edad. Es pequeño, pero bastante filoso y su mango de cuero lo hace muy manejable. Un objeto más comprado con mi sueldo —además de lo que he gastado en gasolina—, lo cual reduce mis tristes ahorros a cero.

¿Qué más da? Estoy más preocupado por la llamada de hace rato que por mi dinero. Hablé a la reserva para avisar que me pondría en camino pronto, pero no alcancé ni a saludar cuando mamá Tallulah ya me estaba pidiendo que fuese allá de inmediato.

Y heme aquí, tomando el camino que tantas veces he recorrido ya con Tared. Mamá dijo que estarían esperándome en la caseta de entrada, así que mi única preocupación es llegar en una pieza hasta allí.

Me doy el lujo de encender la radio, mientras contemplo de reojo el paisaje que empieza a surgir a través de la ventanilla. Hay un pequeño espacio de lodo y pasto de unos diez metros desde el asfalto hasta un profundo muro de árboles altísimos y maleza que bordean la periferia de la reserva, dándole un aspecto húmedo y grisáceo.

De vez en cuando, puedo ver la silueta de algunos animales asomándose entre el follaje, tentando entre el suelo lodoso rastros de alimento. No hay civilización a la vista, ni una sola casa, tan solo kilómetros y kilómetros de esta naturaleza pantanosa. Y para mi suerte, nada de la neblina que sigue inundando la ciudad de vez en cuando. Solo un cielo despejado y un sol bien brillante que...

—Rayos. ¿Y ahora qué?

El coche da un tropezón, para después comenzar a toser por el escape. Aplasto los pedales y maniobro la palanca de cambios, pero apenas unos metros más adelante, el cabrón se detiene por completo.

—¿Es en serio?

Sí, y mucho, porque ahora la cajuela empieza a echar humo. Salgo corriendo y abro la ardiente tapa, a lo que un vapor negro me golpea la cara. Retrocedo de un salto, atacado por una tos rasposa.

—¡¿De verdad, de verdad?! —grito—. ¡¿No se te ocurrió otra cosa mejor que descomponerte

en medio de la nada?! —reclamo al carro púrpura, mientras me aguanto las ganas de soltarle una patada en la defensa—. ¡Carajo! —exclamo a todo pulmón y alzando los brazos. Podré ser el mejor conductor del mundo, pero no tengo ni puta idea de cómo arreglar un coche tan viejo como este.

Me alejo unos metros y hago una improvisada visera con mi mano para cubrirme los ojos. El sol es muy intenso y el último carro que vi cruzar por aquí pasó hace casi veinte minutos, así que esto no pinta nada bien. Veo hacia un lado y hacia otro, pero no hay siquiera una choza a la vista.

Vuelvo al auto y saco mi mapa, al que le doy un par de vueltas hasta que termino por ubicarme.

Bien, hay cuatro kilómetros desde aquí hasta la gasolinera más cercana, así que con suerte podré encontrar un mecánico en ella. O hasta una grúa, pero sea como sea, no tiene sentido quedarme aquí varado esperando a que pase otro coche. Pongo en neutral al vehículo y, con algo de esfuerzo, lo empujo hasta la hierba para quitarlo del camino. Cierro bien las puertas con seguro y me llevo el morral, procurando no dejar nada valioso dentro.

Suspiro y emprendo la marcha. Camino alrededor de treinta minutos bajo el sol que, poco a poco, comienza a freírme como a un pollo. Es un día frío como de costumbre, pero con el ejercicio y los rayos golpeando sobre mi cabeza, el andar empieza a ponerse insoportable.

Veo un solitario y apartado árbol al lado del camino, por lo que me detengo debajo de él a descansar un poco, arrepentido de no tener un bote de agua conmigo y, por los dioses, ¡un jodido celular!

Una suave brisa me conforta, provocando un murmullo entre la hierba y rompiendo un poco el silencio de la carretera. Me dispongo a sacarme el poncho tejido que he traído conmigo para ver si puedo quitarme el calor, pero algo me hace mirar al horizonte del asfalto, justo por donde vine.

Escucho un ruido que se hace cada vez más fuerte, más constante, pero no logro distinguir lo que es. Una cabeza se asoma a lo lejos, sobre la carretera, para después unírsele una más.

Son dos personas que vienen corriendo, estampando sus pies pesadamente en la grava y creando un ruido carnosos. Enfoco la mirada y distingo a un hombre y a una mujer, ambos de cabellos oscuros y a unos cien metros lejos de mí.

El terror me parte la columna. Tienen los ojos en blanco y les supura espuma de la boca. Sus ropas se rasgan, sus caras se alargan, sus músculos se dilatan, la piel de sus cuerpos se cae a girones. Crecen, se ensanchan, se transforman.

Son errantes.

—¡MIERDA! —En medio segundo, me echo despavorido hacia los árboles, corriendo por mi vida mientras aquellos dos comienzan a bramar de una forma tan humana como bestial. Entro en el bosque, embarrándome de lodo al deslizarme entre la espesa maleza y el suelo fangoso para tratar de abrirme paso, pero no logro avanzar demasiado cuando las ramas ya comienzan a crujir con violencia a mis espaldas. Ni siquiera me atrevo a mirar hacia atrás.

De pronto, el suelo desaparece bajo mis pies. Ruedo cuesta abajo, enredándome con hierbas y lodo hasta estrellarme contra el fondo. Agua helada me empapa de pies a cabeza, por lo que chapoteo hasta ponerme de rodillas buscando desesperadamente alcanzar mi morral, el cual ha quedado flotando a unos pasos de mí.

No tardo en comprender que he caído a la ladera de uno de los ríos de la reserva, un estrecho de poca profundidad. Me levanto y troto con dificultad para tratar de cruzar al otro lado, ya que correr es todo un reto; los ríos de un pantano no tienen bordes muy firmes de tierra o roca, sino que están rodeados de hierbas altas que crecen en el agua y tajos lodosos que se hunden como arena movediza.

No logro avanzar más de veinte metros cuando escucho de nuevo los espantosos gemidos de

aquellos errantes. Me zambullo entre la hierba y el agua, jalando el poncho hasta cubrirme lo suficiente para tan solo dejarme los ojos al descubierto, con la esperanza de que la tela marrón se haya ensuciado lo suficiente como para camuflarme.

Un olor asqueroso empieza a pulular en el aire, por lo que intento jadear lo menos posible para no aspirarla y, al mismo tiempo, no ser escuchado por las criaturas que empiezan a asomarse entre los árboles.

El primer monstruo que alcanzo a distinguir es gigantesco, incluso más de lo que era el errante caimán. Sus manos y pies ya han sido reemplazados por dos pares de pezuñas, pero sus extremidades y torso siguen siendo humanos, aunque forrados de un pelaje marrón; su cabeza, en cambio, parece haberse quedado a la mitad de transformarse, puesto que un gran hocico de carnero se ha quedado plantado debajo de dos ojos tan repulsivos como humanos. Un par de cuernos gruesos se le enrollan a los costados de la cabeza, haciéndose más grandes a medida que parpadeo.

A pesar de todo esto, es el otro errante el que me provoca más pavor. Un pico grueso se ha plantado en medio de su deforme cara, pero las manos palmeadas, así como las escamas verdosas de su piel y la espalda abultada con alguna especie de recubrimiento duro, me indican que no es un ave. Tal vez una especie de tortuga, de esas que pueden partir troncos pequeños con su potente mordida.

Los veo bajar despacio, siguiendo el rastro que he dejado sobre la ladera y agarrándose de las raíces con sus torpes extremidades. Retengo una arcada de asco cuando el repugnante olor a podrido se intensifica.

El sudor me baja copiosamente por la frente y la nuca mientras intento retroceder lo más despacio que puedo, pero al escuchar el agua revolverse a mis espaldas, aprieto los labios y ruego, a quien sea que pueda escucharme, por no tener a un maldito caimán detrás de mí.

Los errantes apuntan sus hocicos hacia todos lados, pero no alcanzo ni a temblar cuando un fuerte pellizco se clava en mi pantorrilla, haciéndome ahogar un grito de dolor. Algo se ha incrustado en mi piel, por lo que estiro la mano para tratar de arrancármelo sin despegar mis temblorosos ojos de los errantes, quienes ya se han introducido en la orilla fangosa.

Percibo escamas y un cuerpo pequeño que se retuerce entre mis dedos, aferrándose a mi carne con pequeños dientes filosos. Al ver una cría de caimán aferrándose a mi pierna, siento que la ayuda divina me ha llegado de la peor forma posible. Retuerzo al bicho hasta hacerlo soltarme, aunque no sin antes dejarme un cacho de carne desgarrada.

Apretando los dientes y el pecho para no gritar, hago acopio de todas mis fuerzas y arrojó al animal lo más lejos que puedo, apuntando al muro de árboles sobre la ladera. Como un milagro, el caimán llega hasta allí arriba y encima, se retuerce entre la hierba, provocando el suficiente ruido como para que aquellas cosas salgan trepando como posesos en dirección a él.

En cuanto los veo desaparecer detrás del follaje, me levanto y me echo a correr, soportando lo mejor que puedo el dolor en mi pierna y lanzándome hacia el río. Es muy bajo y estrecho, por lo que en pocos segundos estoy ya del otro lado.

Pero mi racha buena se cae a pedazos cuando me giro para ver que aquellos demonios se han dado cuenta del engaño, por lo que ahora bajan a toda velocidad por la ladera hacia mi dirección.

Me adentro más hacia las entrañas de la reserva mientras busco con desesperación un árbol con las ramas lo bastante bajas como para poder trepar por él, pero todas son demasiado flacuchas o altas para que puedan salvarme.

—¡Joder, joder! —exclamo al verme obligado a parar en seco.

El bosque pantanoso termina abruptamente, convirtiéndose en un llano. Lo único que hay a la

vista, a unos sesenta metros, es un pequeño conjunto de rocas a las cuales tal vez podría trepar. No son altas, pero me darían el tiempo suficiente como para rezar un par de oraciones antes de que me cacen.

El olor putrefacto vuelve a alcanzarme junto con sus gritos; la adrenalina me retuerce las venas y jadeo con tanta fuerza que siento que mis pulmones están a punto de reventarse. Retroceder ahora sería un suicidio, por lo que me lanzo a los brazos del amplio prado.

Los rayos del sol me bañan, resplandeciendo a través de la hierba dorada como si atravesara las llamas de una incandescente hoguera de luz. Todo ocurre en cámara lenta a pesar de que jamás había corrido tan rápido.

Fuerza, mucha fuerza inyectándosele a mis piernas y asombrándome al proporcionarme una increíble resistencia al dolor. Llego a las rocas y, de un solo salto, alcanzo a subir a la más alta, que está a no menos de metro y medio del piso. Jadeo ante el insólito suceso, para luego sacar mi cuchillo del morral y empuñarlo como mi única esperanza ante las monstruosas criaturas que corren hacia mí. La tierra tiembla a su paso, sus fauces hambrientas babea, sus gargantas exclaman relámpagos.

«Voy a morir»

Ese el último pensamiento que tengo antes de ver cómo un bulto rojizo, enorme, veloz e imparable pasa justo a mi lado. Un gigantesco hombre con la cabeza de un bisonte se lanza hacia las bestias a una velocidad asombrosa; su pelaje rizado vibra entre la hierba dorada y sus enormes cuernos despuntan como dos gruesas espadas negras, adornando el enorme cráneo que, instantes después, choca contra la frente del carnero. El golpe retumba con tanta fuerza que parece como si dos rocas se hubiesen estrellado entre sí.

Atascado entre los cuernos del bisonte, el errante carnero es levantado en el aire e incrustado contra el suelo. El monstruo se retuerce y se levanta como un rayo para devolver la embestida, sacudiendo todo el cuerpo del otro, quien resiste el ataque y suelta un puñetazo de dedos bastante humanos al hocico de su rival.

La mujer tortuga ni siquiera se detiene a auxiliar a su compañero, ya que continúa corriendo hacia acá. Tengo al tembloroso e inútil cuchillo levantado al frente, porque usar esto contra esa criatura será como detener una avalancha con una rama.

Ella se acerca a zancadas, está a treinta metros, veinte metros, diez metros, la quijada me tiembla tanto que parece a punto de desprenderse... hasta que un nuevo bramido brota de entre los árboles, haciéndome exclamar un grito de espanto. Volteo hacia uno de los costados del llano para ver surgir a otro híbrido de entre las sombras.

Piernas, brazos y tórax humanos, con garras enormes y un grueso cuerpo de abultados músculos tapizados de un pelaje negro que me es escalofriantemente familiar.

Un hombre oso se lanza hacia la errante, estampando su gigantesca palma contra su hocico y arrancándole un borbotón de sangre negruzca.

La criatura, a pesar del impacto, estira el cuello a una velocidad pasmosa para cerrar sus potentes mandíbulas en el antebrazo del oso, quien ruge con furia y clava sus negras garras en el hombro de su contrincante, para después jalar el músculo y arrancar a su paso un buen cacho de carne como si fuese un trozo de caucho.

Detrás de ellos, el carnero estrella su cornamenta contra la del bisonte de una forma tan potente que casi puedo ver como la fuerza hace vibrar el aire. Ambos se debaten en una pelea muy pareja de músculos y huesos en la que sus frentes comienzan a sangrar por la fuerza de sus impactos.

Los otros dos errantes también pelean con ferocidad; el oso lanza zarpadas que siguen arrancando tajos de carne a su enemiga, mientras esta se defiende cerrando su pico monstruoso

contra él.

Bramidos, choques, golpes, embestidas; presencio con un escalofrío en la espalda cómo la leyenda y la realidad colisionan como dos poderosos titanes, puesto que la pradera se ha convertido en un coliseo, ofreciendo una batalla mitológica que, si no la estuviese viendo con mis propios ojos, jamás podría siquiera imaginar.

Ninguno de los cuatro parece ceder ante su contrincante; exclamo un «*joder*» y me dispongo a bajar de la roca para ver si, debajo de todo el miedo que me sacude, puedo encontrar algo, cualquier cosa que ayude a desnivelar la balanza, muy a pesar de que sé que, en medio de aquellos gigantes, de seguro yo no haré más que darle cara a una muerte inminente.

Pero el instinto me acaricia la nuca, haciéndome mirar a mis espaldas.

Un rayo de luz me ciega por unos instantes, pero no es el sol lo que resplandece: es la piel de la criatura más asombrosa que he tenido la suerte de contemplar.

Dando pasos firmes que parecen detener el mundo, veo un cuerpo enorme dirigirse hacia mí, elegante y tapizado de reluciente pelaje plateado que brilla como si estuviese hecho con puntas de navajas. En sus hombros se desliza una densa mata de pelo oscuro; una nube salpicada de relámpagos que lo hacen ver como si llevara una tormenta a cuestas.

El feroz rostro de un lobo me mira con ojos de trueno azul; Tared camina hacia mí investido como un monstruo sacado de las leyendas más viejas de la humanidad. Un hombre lobo. Es la única forma en la que lo puedo describir, puesto que su anatomía es similar a la de un ser humano, pero esa cabeza, esas garras, esas piernas gruesas son tan bellamente animales que solo estoy esperando escuchar un aullido de sus negros labios.

Puedo ver que en una de sus manos, o híbrido de manos y garras, sostiene una enorme lanza en la que destella el brillo de una punta de hierro, tan grande que podría ser del tamaño de mi propia cabeza.

—¿Tared? —murmuro, tan solo para saber si aún tengo la lengua dentro de la garganta.

Él pasa a mi lado y se detiene a un par de metros de las rocas, con la vista enfocada en el campo de batalla.

—¡Nashua! —grita con una voz profunda y potente, haciéndome estremecer al demostrar que es perfectamente capaz de hablar en su forma bestial.

El hombre oso nos mira y, como si obedeciera una orden bien clara, acierta otro zarpazo a la cara de la errante tortuga y se aleja de ella dando un salto hacia atrás. Tared levanta su lanza por encima de su hombro, entrecerrando su lobuna mirada. Se concentra, espera apenas un respiro y, con una fuerza brutal, la arroja.

Un zumbido estremece mis oídos a medida que la lanza viaja por el aire como si fuese una flecha; segundos después, el arma de hierro atraviesa el cuello de la mujer tortuga con tanta potencia que le arranca la cabeza de tajo. Una sangre negruzca se derrama a borbotones por el cuello cercenado, deslizándose en ríos furiosos hasta los pies del animal.

Y, en medio la carnicería, alcanzo a ver cómo un símbolo borroso ha comenzado a brillar en el muslo de la errante. Desaparece a los pocos segundos, durando apenas unos instantes después de la muerte de aquella criatura y sin darme la oportunidad de distinguir con claridad lo que era.

—Esto... esto ya había pasado —murmuro. Ese brillo, esos símbolos, ¿no es la primera vez que los veo!

Azotándome la memoria como un látigo, me llega el vago recuerdo del hombre caimán. A la par de mi descubrimiento, veo cómo Nashua se abalanza contra el carnero para ayudar a quien supongo, es Julien, mientras Tared sale disparado hacia ellos.

Mi mente trabaja con más velocidad que nunca, intentando discernir qué es lo que acabo de ver.

¿Qué eran esas figuras?! ¡El símbolo en el muslo de esa mujer no duró ni un segundo! ¡No pude distinguirlo!

Pero el errante caimán sí retuvo aquellos símbolos por más tiempo mientras moría. ¿Por qué? ¿Por qué seguía brillando si estaba...?

—Agonizando... —susurro—. ¡Estaba agonizando! ¡Alto, Tared, alto! —grito a todo pulmón. Mi mano se cierra herméticamente sobre el mango de mi cuchillo a la par que bajo de un salto de la roca. Mis piernas se sacuden de dolor ante el golpe.

—¡Alto, alto! —exclamo de nuevo hasta quedarme sin aire, mientras me levanto lo más rápido que puedo y corro hacia ellos con los tobillos escociéndome y mi pantorrilla herida palpitando con furia.

Nashua se distrae con mi llamado, a lo que el maldito carnero aprovecha para darle un potente cabezazo en la mandíbula. Veo que la sangre brota de su hocico, salpicando el viento y al errante enloquecido. El bisonte embiste a la criatura por las costillas y la derriba, mientras Tared llega hasta la lanza y la arranca de la tierra. ¡Carajo, van a matarlo si no hago algo!

Nashua y el bisonte levantan al errante y lo sostienen ante Tared, quien alza su arma y la apunta hacia el corazón de la criatura. El monstruo grita y arroja espuma por el hocico, abriendo de par en par sus ojos en blanco.

Mi cuchillo vuela hacia las negras garras de mi líder, apenas rozándolo. Los tres se vuelcan hacia mí.

—¡No lo mates! —exclamo, llegando hasta ellos y a punto de vomitar por el esfuerzo—. ¡Por tu puta vida! ¡NO-LO-MATES!

—¿Qué demonios te ocurre?! —grita el lobo, echándome hacia atrás y espantándome ante la potencia de su rugido.

De pronto, el errante carnero enloquece. Se retuerce, brama y lucha por zafarse del agarre para poder alcanzarme, pero Nashua y Julien lo someten con todas sus fuerzas. Miro con los ojos desorbitados al monstruo y saco los últimos vestigios de oxígeno en mis pulmones.

—¡No lo maten por nada del mundo, por favor! —exclamo, a lo que los tres me miran como si los hubiese insultado.

—¿Te has vuelto loco?! —vocifera el oso, provocándome un sobresalto al descubrir matices de la voz de Nashua entretejidos con aquel bestial rugido.

La criatura se retuerce una vez más, por lo que el lobo atrapa su garganta entre sus negras garras. Espantado, me lanzo a su brazo libre para jalarlo hacia atrás con todas mis fuerzas.

—¡NO, NO, TARED! ¡Solo tienen que retenerlo unos momentos! ¡Por favor, confía en mí, te lo ruego! —suplico con desesperación. Ante mis palabras, Tared asoma sus furiosos colmillos, haciéndome desear dar un paso atrás.

Estoy consciente de que si él quisiera, podría arrancarme la cabeza en estos instantes, pero decido no retroceder a pesar del potente miedo que despierta en mí aquel lobo iracundo.

Agita su brazo con violencia y se suelta de mi agarre, pero, para mi sorpresa, se coloca a la espalda del carnero y le jala el cuello hacia atrás. No me doy tiempo a agradecerle, porque de inmediato levanto mi cuchillo del piso y lo empuño con fuerza.

—¡Por lo que más quieran, no vayan a soltarlo! —ordeno, a la par que miro al monstruo hambriento por mi pellejo retorcerse entre el mar de brazos. Demasiado enérgico, demasiado resistente... Demasiado vivo aún como para que el símbolo aparezca. Arrugo la nariz ante el asqueroso olor que despiden y después, clavo mi cuchillo en su duro estómago, enterrándolo tan profundo que el mango se topa contra su piel.

Nada. Ni un solo resplandor.

Lo apuñalo de nuevo y en el mismo sitio, una y otra vez bajo sus bramidos. La sangre salpica mi rostro a medida que el agujero se agranda a cada penetración de la navaja, pero el hijo de puta sigue resistiendo. Siento que cae sobre mis hombros la mirada exorbitada de mis hermanos, pero no desisto de mi horripilante labor, y menos cuando la criatura, poco a poco, deja de moverse.

Y entonces, el símbolo comienza a brillar entre sus clavículas. El monstruo agoniza.

—¡Arrójenlo al suelo! —exclamo, a lo que los tres lo hacen sin titubear, aún sosteniéndolo con fuerza. Me tiro sobre su pecho, comenzando a remarcar con mi cuchillo los símbolos que aparecen en él, levantando una capa de piel y pelo a mi paso.

Pero al ver que, de pronto, mi cuchillo se desliza sobre un pecho totalmente humano, me echo hacia atrás de un salto. Contemplo con horror a un hombre negro en el suelo, apretujado bajo el agarre de mis hermanos y escupiendo sangre y dientes de su quijada partida.

—¡Elisse! ¡¿Qué ocurre?! —exclama Julien.

Parpadeo y aquel hombre vuelve a ser el monstruoso errante. Aprieto los labios, sintiendo que algo dentro de mí se retuerce de horror al darme cuenta de lo que estaba haciendo... de que acabo de asesinar a una persona.

Miro mis manos, ensangrentadas y temblorosas, y dejo caer el cuchillo al suelo.

Pero es demasiado tarde para arrepentirme. Ante mis ojos y en el pecho de ese errante, de esa persona, yace el símbolo marcado a través de una línea escarlata.



Capítulo 24
POLVO Y SOMBRAS

—Por Dios... —susurra Johanna cuando Julien arroja el enorme cadáver del carnero a sus pies, levantando una ligera cortina de polvo. Después, sus ojos van sobre todos nosotros, mirando con especial horror mis ropas empapadas en sangre.

Tared y Julien se ajustan las pieles que tienen amarradas a la cintura, mientras padre Trueno arruga la nariz y contempla el cuerpo con las cejas tan pegadas que parecen una oruga enorme.

—¿Pero qué diablos ha pasado? —pregunta por fin.

—Dos errantes, más fuertes que los anteriores —responde Julien entre jadeos—. Tared estaba en lo cierto. Elisse corría peligro.

Mis ojos viajan hacia el hombre a mi lado, quien se limita a cruzarse de brazos y centrar su atención en el anciano. La sonrisa que amenazaba con salir de mis labios muere en el instante en el que veo al viejo Muata acercarse a nosotros, siendo traído en su silla de ruedas por mamá Tallulah. Ambos se detienen frente al cuerpo para que el contemplasombras pueda inclinarse sobre el cadáver. Hundo los dedos en la carne putrefacta y, como si fuese perfectamente capaz de verlas, sigue con ellos las líneas que tracé en la carne del monstruo.

El ruido de una camioneta llega a nuestras espaldas; Nashua conduce una vieja *suburban* negra, arrastrando detrás de sí un remolque donde reposa el cuerpo de la mujer tortuga. Nos pasa de largo y se introduce en la parte trasera de las cabañas, de seguro para resguardarlo de momento debajo de alguna lona.

—¿Quieres decirnos qué ha pasado, hijo? —me pregunta mamá Tallulah, a lo que mis ojos viajan de un lado a otro.

—Mi coche se descompuso en medio de la carretera. Me alejé para buscar una gasolinera, pero estos dos aparecieron de la nada y...

—No, niño —me interrumpe Muata—. Se refiere a qué es lo que has hecho en el pecho de este hombre.

Trago duro, mirando los siniestros símbolos aun recubiertos de sangre seca.

Nashua trota de vuelta hacia nosotros, haciéndose un lugar a mi lado. Me percató de que todos nos hemos puesto alrededor de la criatura como si contemplásemos una fogata. Carraspeo.

—Cuando la errante tortuga murió, apareció un símbolo en su muslo, uno que solo yo pude ver. De repente, recordé que le había pasado algo parecido al errante caimán; un símbolo en su frente que se hacía más claro a medida que agonizaba...

Me estremezco al recordar con nitidez la carnicería de hace rato. El estómago se me revuelve al pensar en la imagen del hombre carnero, moribundo frente a mis ojos y con mi cuchillo clavado en su carne.

—¿Y por qué mierda estás diciendo esto hasta ahora? —reclama Nashua.

—¡No lo recordaba! —exclamo—. ¡Estaba tan aturrido después del accidente con el caimán que yo...!

—¡Ahora resulta! —escupe de vuelta, a lo que los nudillos se me ponen blancos—. ¿Y qué hay del errante ciervo que encontraron en el parque? ¿También estabas muy aturrido?

Ahora mi cara es la que palidece. Boqueo un par de veces, mientras la mirada de todos recae sobre mí. Aprieto los ojos y bajo la barbilla, incapaz de pronunciar lo que, con mi silencio, he hecho evidente.

—Oye, oye... —Tared da un paso hacia mí—. Tranquilo, Elisse, no te preocupes, ¿vale? No...

—¿Que no se preocupe?! —grita el hombre oso a todo pulmón—. ¡Esas cosas pudieron matarnos allá afuera! ¡NO SON ERRANTES NORMALES! ¡No tienen olor, no hay forma de saber cuántos más hay! ¡Podrían estar a punto de caer encima y a ti solo te importa solapar a este maldito mocosito!

—¡Ya cálmate, Nashua!

—¡Tú no te metas, Johanna!

—¡Oye, no le hables así! —exclama Julien.

—¡CÁLENSE YA! —ruge Tared con tal fuerza que los pájaros graznan y salen volando de los árboles. Como si les hubiese cortado la lengua, todos guardan silencio—. Ponernos a discutir solo va a dividirnos, y les aseguro que quien sea que esté detrás de todo esto, no dudará en tomar ventaja de eso.

—Elisse —me llama padre Trueno—, todos los que hemos vivido en Luisiana el tiempo suficiente como para ser parte de sus tierras sabemos lo que es esto —dice, señalando el pecho de la criatura con su bastón—. Pero tú, futuro contemplasombras de Comus Bayou, demuéstreme que eres digno de tu estirpe y dime lo que es.

—... Parece una parte de un *vevé*; un símbolo vudú.

Siento una gota de sudor frío bajarme por la nuca. Reconozco este tipo de dibujos arcaicos, ya que el libro de Laurele estaba plagado de ellos.

—Ahora solo falta descubrir qué tipo de *vevé* es. Y quién está detrás de todo esto —dice mamá Tallulah en un suspiro.

—¿Un contemplasombras? —me aventuro a preguntar.

—Tal vez sí, tal vez no —responde Muata—. Los contemplasombras no somos los únicos que podemos manipular la magia. Podría tratarse de un hechicero que simplemente quiere borrarlos del mapa.

—O un Loa —musito.

Mamá Tallulah descompone la armonía de su cara. Y no es la única. Los otros también parecen tener gesto de espanto.

—P-pudo ser un Loa, ¿no? —balbuceo.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —espeta Muata—. ¿Tienes idea siquiera de cómo funciona el mundo espiritual? Los Loas no se meten en nuestro plano.

—Pero...

—¿No me crees? —interrumpe—. De acuerdo. Haz las cosas por tu cuenta, ya que eres tan sabio, muchacho.

Intento acribillar a Muata con la mirada, aun cuando soy consciente de que no es capaz de verme de vuelta. Me trago el coraje, así como las ganas de gritarle sobre la visita que tuve anoche, del supuesto favor que quiere un Loa de mí... pero al recordar las acusaciones de Nashua, caigo en la cuenta de que eso podría traerme problemas, así que tal vez sea mejor averiguar más

al respecto antes de abrir la boca.

Mierda. Si Muata quiere que haga las cosas por mi cuenta, pues así será.

—¿Y cómo es que estas cosas me encontraron? —pregunto con los dientes apretados—. ¿Qué no se supone que como no tengo ancestro, tampoco olor a errante?

—No tenemos ni la más mínima idea —responde Tared—. De alguna forma, ellos ya sabían dónde estabas, y fue una suerte que te encontráramos a tiempo a pesar de que no podíamos rastrearlos.

—Pero estoy seguro de que tú sí pudiste olerlos, ¿verdad, muchacho? —me dice Muata, a lo que mi silencio es respuesta suficiente para él—. Me lo temía. Solo un contemplasombras en sus cinco sentidos puede percibir el olor de un espíritu del plano medio.

¡Caray, anciano! ¿Qué le cuesta soltarme estos detalles? Si lo hiciera más seguido, yo ya no estaría tan sumido en la ignorancia. Y hablando de aromas, no tenía idea de que los errantes, además de parecer animales salvajes, también olían como tales. Casi vacié el estómago cuando veníamos para acá, ya que la piel, el pelaje, todo en mis hermanos olía de una forma tan penetrante que casi estaban compitiendo contra los dos cadáveres. Supongo que es normal... Es decir, los perros no huelen a flores, y dicen que el hedor de un oso salvaje es similar al de un bote de basura que ha estado pudriéndose bajo el sol.

—Descubrimos algo más, abuelo —dice Nashua, lanzándome una mirada asesina—. Estas criaturas, incluyendo al caimán, parecían desesperados por conseguir únicamente una cosa: a Elisse.

Todas las cabezas viran hacia mí de nuevo, a lo que yo no me decido entre ponerme a temblar o echar a rodar los ojos. Muata me hace una seña para que me acerque a él.

—Empuja mi silla, niño. Llévame hacia mi cabaña.

Parpadeo un par de veces, confundido. Al ver su rostro rígido, salgo del trance y voy hacia él, ante la mirada aún más desconcertada de mis compañeros.

—Elisse. —Aquello suena tan extraño. Es la primera vez que Muata me llama por mi nombre—. Te he pedido que vengas apenas el día de hoy por un motivo muy importante. —La piel se me eriza, como si un viento frío me hubiese entrado por las venas—. Hoy, un ancestro ha venido a reclamarte.

La cabaña de Muata es bastante grande, pero tiene tantas cosas que el espacio en el que te puedes mover es algo reducido. Es como entrar a la tienda de Laurele, pero con un enfoque nativo americano. Plumas, collares, atrapasueños, hierbas, cuchillos, telas... todo está ordenado en largos estantes y mesas de madera, algunas hechas con troncos sin pulir.

Lo más llamativo de este lugar es la enorme pila de pieles y cornamentas en una esquina, desparramándose en montoncitos que, según me ha dicho Tared cuando veníamos hacia acá, son empacados y vendidos a la gente de la ciudad y los alrededores.

Al ver esos mantos de pelo y cuero, mi propia piel se enchina. Allí hay de lobo, de oso, de coyote y de bisonte, así como varios cuernos de este último. La razón es simple, pero escalofriante: cuando un errante quiere volver a su forma humana, tiene que arrancarse la piel y los cuernos, método espantoso que fue heredado gracias a los trotapieles.

Cuando Tared, Nashua y Julien lo hicieron frente a mis ojos, casi vomito. Al momento de quitarla, sus cuerpos se encogieron al igual que el cuero que había quedado, transformándose en un trozo de piel que usaron para cubrir su desnudez.

«No pongas esa cara, Elisse, que llegando a la reserva vamos a curtir estas pieles. ¡A que nos dan un buen dinero por ellas!»

Julien no bromeaba, y con ese par de enormes cuernos negros sobre su cabeza, tampoco era difícil tomarlo en serio. Les pregunté cómo demonios era posible que una persona pudiese aguantar semejante proceso, a lo que me dijeron que con un par de cojones. Y además, si un errante no se quita su piel por un largo periodo de tiempo, llega el momento en el que su mente no distingue si es un animal o una persona; enloquece por el miedo, su cuerpo se deforma de maneras inenarrables y comienza a actuar de forma violenta, tal cual lo hacen las almas que permanecen demasiado tiempo en el plano medio.

—Está todo listo, muchacho.

Veo a Muata surgir del umbral de una puerta al fondo de la cabaña. El hombre palpa las paredes para moverse a un lado, dejándome ver la negrura de aquella boca. De nuevo tengo un tirón en el estómago, una soga invisible que se ata desde mi ombligo hasta la oscuridad de la habitación.

Carcomido por una mezcla de miedo e incertidumbre, me levanto de la cama y cruzo la habitación. Llego hasta el marco de la puerta, contemplando el abismo frente a mí y siendo incapaz de ver un atisbo de luz dentro de las entrañas de aquel cuarto.

Solo cuando doy un paso dentro, todo se ilumina por un resplandor difuso, dejándome ver algo que descompone mi rostro en asombro.

La habitación estaría completamente vacía de no ser porque un impresionante animal está en medio del cuarto, rodeado de paredes de madera que no son capaces de opacar su imponente silueta.

Es un ciervo, grande y magnífico. Su pelaje y su cornamenta son grises como la ceniza, mientras esta última es casi tan grande como su propio cuerpo, llena de tantas puntas y terminaciones que parece un árbol grueso y seco. Sus ojos están cubiertos de un azul celeste en los cuales, inclusive a esta distancia, puedo reflejarme como en el agua de un estanque.

Es tan sublime y a la vez tan oscuro que me atrevo a compararlo con la sombra de la misma naturaleza.

Otro milagro ocurre. Muata pasa a mi lado y se dirige hacia el ciervo mientras, paso a paso, comienza a rejuvenecer ante mis asombrados ojos. Su cabello ennegrece, su piel se estira, su espalda se pone recta y sus facciones se llenan de una belleza tan extraordinaria como extraña, creando un puente al pasado donde puedo ver a este hombre en todo su esplendor. Yace frente a mí un completo andrógino, de piel morena y ojos tan negros que parecen contener un abismo en ellos.

—Este es *Ciervo Piel de Sombras* —dice con una voz muy joven, al tiempo que acaricia la mejilla del ancestro—. Los antiguos errantes lo bautizaron con ese nombre porque dicen que su pelaje fue heredado de los suelos del plano medio.

El ancestro restriega su oscuro hocico contra la mano de Muata, desprendiendo una ligera capa de humo, como si el contemplasombras estuviese acariciando el polvo sobre la tierra.

—Es uno de los ancestros más viejos del pantano —dice Muata—, y me ha pedido que interceda para entregarte a él, así que considérate afortunado.

Atraído por un magnetismo inevitable, avanzo hacia el ancestro. Vuelto diminuto ante su magnífica presencia, me pongo de puntillas para poder tocar su cabeza. Lo acaricio y siento que la frialdad de su cuerpo se trasmite por mis venas. Nos miramos y lo escucho hablarme. No con una voz humana, sino con los latidos de su ser.

Su hocico se pasea por mis cabellos y un abismo comienza a expandirse en mí con una sensación indescifrable: es una especie de dolor, algo abriéndose paso dentro de mi ser, como si mi cuerpo se ensanchara solo por dentro.

Cierro los ojos para soportar el dolor pero, casi de inmediato, soy envuelto por un repentino aroma a tierra de bosque que comienza a aliviar el sufrimiento; me fusiono con el tambor del

corazón de este espíritu. Su piel me cubre, sus cuernos me coronan, sus huesos se incrustan en los míos...

Abro los ojos y el ciervo ha desaparecido. De pronto, me encuentro en una habitación tan atiborrada de objetos como la otra, mientras el viejo Muata me contempla desde la puerta, tan viejo y ciego como siempre.

—Los contemplasombras tenemos la labor de entregar ancestros a los errantes que no han podido conseguir uno por su cuenta —dice—. Es una lástima que no todos en esta tribu aprecien la transmisión nativo americana de las enseñanzas solo a través de las estirpes, puesto que esa antigua tradición está inspirada en nosotros.

—¿Dónde está? —le pregunto, anonadado, a lo que él se da media vuelta y comienza a marcharse, palpando las paredes.

—Ahora está dentro de ti.

Ambos salimos de la cabaña para encontrarnos con los demás. Para mí, transcurrieron apenas unos minutos, pero al ver el sol ocultándose a lo lejos me doy cuenta de que ha pasado más tiempo del que pude percibir.

Si me lo preguntasen, diría que hoy es la tercera vez que nazco, porque justo ahora, siento que algo ha vuelto a cambiar poderosamente en mí.

El cielo pintado de matices naranjas y rosas, la silueta oscura de los árboles contra el firmamento, la luna delgada sobre las copas... aprecio todo con mucha más nitidez, como si este paisaje fuese el recuerdo de un hogar que he abandonado muchas vidas atrás y al que, por fin, he regresado.

El olor de asado y especias llega hasta mi nariz. Veo a los demás alrededor de la fogata, con las llamas rodeadas por un montón de estacas que atraviesan enormes trozos de carne y verduras que se asan con su calor. Empujo la silla de Muata hacia la comunidad y lo dejo junto a padre Trueno. Mi mirada viaja hacia los azules ojos de Tared, quien me sonríe y me invita a sentarme a su lado.

—Te ves más limpio que como te dejé hace rato —le digo al notar su ropa distinta y los cabellos un poco humedecidos.

Su playera de manga corta deja expuestos los extensos tatuajes que lleva en los hombros, los cuales noto un poco más descoloridos de lo que recuerdo... ¿Será gracias a eso de arrancarse la piel?

—Me gustaría decir lo mismo de ti —dice, a lo que me encojo un poco en mi asiento, algo incómodo debido a que yo sigo tan sucio como un cerdo.

—Lo sé, pero creo que la sangre seca me da un toque moderno —replico, tratando de ocultar mi vergüenza. Él menea la cabeza de un lado a otro y aprieta una sonrisa en la comisura de sus labios.

—Hiciste un gran trabajo allá en la planicie. Lamento haberte asustado.

—Bah, das más miedo cuando regañas a Julien —respondo, a lo que él se empieza a reír, dándome un pequeño golpe en el brazo.

Intento reírme de mi propio chiste, pero la verdad es que Tared es tan fascinante como aterrador en su forma de hombre lobo.

—¿Qué tal te sientes? Es decir, con todo esto de tu ancestro.

—Es raro tener a un ciervo en el estómago sin habérmelo comido, si eso es lo que quieres saber.

Vuelve a reír, pero ahora aplastando su entrecejo, como si estuviese viendo a un animal hacer una gracia extravagante.

—¿Qué cosas se te ocurren! Nunca había conocido a alguien como tú, y lo digo en todo sentido.

Sus ojos azules se clavan en mí con algo que percibo como curiosidad. Lamentablemente, no se me ocurre otra cosa estúpida que decir, pero pareciera que no hace falta decir nada más.

De seguro solo soy yo el que lo percibe de esta manera, pero de pronto, la distancia que nos separa se me antoja como un espacio vacío que clama por ser ocupado, aunque me siento tan sucio por la sangre y el lodo seco que no me atrevo a llenarlo por mí mismo.

—Tared —comienzo, palideciendo un poco ante lo que estoy a punto de decirle—, aquellos errantes que... *asesinamos* allá afuera, eran también personas, ¿no? Tal como nosotros, ¿crees que tenían familia? ¿Alguien que tal vez está buscándolos ahora?

Tared parece sorprendido, a lo que yo me muerdo los labios y bajo la mirada.

—¿Anda, tómate un trago! —escucho exclamar a Julien, quien me cae encima como un saco de papas a la vez que me ofrece una helada lata—. No me veas así, Tared, si puede destripar a un errante, también puede tomarse una cerveza.

Tared mueve la cabeza de un lado a otro, no sé si ante la poca sutileza de Julien o porque no pudo decirme nada respecto a lo que le pregunté.

Resignado, acepto la bebida, fijándome en que la herida que se hizo Julien en la frente ya está blanca y cicatrizada. Le doy un trago a la bebida y siento el amargo pero delicioso sabor bajar por mi garganta. No es la primera vez que bebo, pero ahora se siente más confortante que nunca.

Nashua pasa frente a nosotros con una enorme botella de licor, a lo que Julien de inmediato se le lanza encima.

—¿Dameee de lo que traes allí, por favooooor! —exclama, aferrándose a los hombros del nativo americano.

—¡Quítateme de encima, vaca estúpida! —grita Nashua, moviéndose en círculos para zafarse del agarre del pelirrojo en tanto Tared y yo nos empezamos a partir de la risa.

—¡Soy un bisonte, BI-SON-TE, analfabeta!

—¡Aléjate de mi bourbon, niño! —grita mamá Tallulah desde el otro lado de la fogata, mientras suelta una sonora carcajada.

Johanna se le une y, en segundos, Nashua lo hace también, dándole un ligero golpe a Julien en la cabeza. Todos estamos tan relajados que de pronto pareciera que no acabamos de matar a dos errantes de una manera tan sangrienta, cosa que me hace reflexionar en que si esta naturaleza, este salvajismo, no es sino otra parte de la vida diaria de una familia de errantes.

Una familia.

Familia.

Algo dentro de mí crece y palpita con tanta fuerza que parece estar a punto de romper mi caja torácica.

Padre Trueno se pone de pie y alza su brazo en mi dirección.

—¡Comus Bayou! —grita—. ¡Tenemos un nuevo guerrero!

Todos los jóvenes aúllan, gritan y vitorean. La sangre vuela hacia mis mejillas, pero tomo el coraje que hace falta para levantar mi lata de cerveza, agradeciendo su ovación.

—Festejemos, hijos míos, porque Ciervo Piel de Sombras ha reclamado a este muchacho como su oráculo. ¡Aullemos, gritemos, comamos y bebamos, porque una bendición ha caído sobre nuestras tierras!

Una nueva ola de gritos estalla en la fogata, mientras todos se abalanzan hacia las brochetas. Inclusive Johanna ha perdido la timidez, ya que devora su trozo de carne en pocos mordiscos; yo en cambio, miro con vacilación la comida.

—¿No tienes hambre? —me pregunta Tared.

—Ah, no es eso, es que... es decir, mi ancestro es un ciervo. ¿No se ofenderá si me como a otro herbívoro?

—Tal vez si te lo comes a él —me dice Julien con la boca llena. Tared en cambio se ríe muy bajo mientras se inclina hacia la hoguera y toma una brocheta para pasármela.

—No te preocupes, Elisse. La única manera en la que puedes ofenderlo es incumpliendo con tus deberes hacia tu tribu, pero de allí en más, eres libre de alimentarte de los frutos de la naturaleza como cualquier otra criatura.

Con timidez, acepto la comida. Le doy un mordisco y el jugoso sabor embriaga mi lengua de especias y condimentos, arrancándome un gemido de puro placer. No había comido nada desde hacía bastantes horas.

Trago y mis ojos viajan por el círculo de la fogata, sintiendo que mis células comienzan a evaporarse. Las llamas son fuertes, pero es otro tipo de calor lo que me abraza.

Es la cercanía de Tared; la manera en la que mi instinto me guía siempre hacia él, la forma en la que su presencia me quema con apenas respirar. Es la voz de mamá Tallulah, asemejándose a un susurro sobre los árboles. Son los ojos de Johanna, que parecieran mirar hacia sitios tan lejanos que con solo verla, me empapo de nostalgia. Es la gentileza de Julien, la cual me hace sentir que él no es ni más ni menos que un hermano arrancado de mi propia cuna. Inclusive la pasión de Nashua, la fortaleza de padre Trueno y el silencio de Muata.

Es lo que todos y cada uno de los miembros de esta tribu están creando a mi lado. Lazos, lealtad, hermandad, recuerdos, nostalgia... es justo aquí, bajo este atardecer repleto de estrellas y la silueta de los árboles detrás de la fogata, cuando me doy cuenta de que daría lo que fuera por esta gente, por permanecer a su lado. Por el amor que con tanta rapidez he desarrollado por ellos.

Comus Bayou, el bosque, la naturaleza. Todo me está matando de melancolía y felicidad.

Después de haber comido, padre Trueno, con todo y su piel de lobo encima, suelta de nuevo su discurso sobre las historias junto al fuego, por lo que Johanna saca el libro de las generaciones y empieza a escribir en él bajo mi inquieta mirada.

Una vez le pregunté a la chica si podía echarle un vistazo, pero me advirtió que únicamente me encontraría páginas en blanco, puesto que solo los perpetuasangre podían ver las palabras que estaban escritas en la niebla del tiempo. Dijo que sus ojos no eran grises, sino que estaban cubiertos de memorias empolvadas.

Julien y Nashua se ponen de pie, comenzando a contar la historia de la batalla en el prado. Ambos se quitan las camisas y muestran sus heridas con orgullo, marcas de guerra que dicen, honran a sus ancestros. Las heridas ya están cerrándose casi por completo, a lo que yo suspiro y me asomo a la que tengo en la pierna, la que fue hecha por la cría de caimán. De no ser por Johanna, tardaría semanas en cicatrizar por sí sola, así que tomo nota mental de pedirle que me ayude con ella.

Los ancianos se muestran impresionados por las demostraciones de mis hermanos, sobre todo padre Trueno, quien parece tener un especial afecto hacia los devorapieles.

Bajo la mirada y me hundo en un charquito de envidia. Es como cuando te das cuenta de que no importa lo que hagas o lo que seas, nunca podrás hacer sentir orgulloso a tu padre. La simple idea me duele y me hace recordar a mi padre biológico; pensamientos crueles asaltan mi mente, aquellos que siempre trato de evitar cuando pienso en él. ¿Acaso él sabía que yo era un errante? ¿Fue mi naturaleza inusual la que lo obligó a abandonarme?

Nashua y Julien homenajean a Tared y cuentan su asombrosa hazaña con la lanza, pero él se limita a sonreír y callar. No creo que no quiera contar cómo ha sido su papel, más bien sabe que la historia se escribe por sí misma a través de la lengua de sus guerreros.

Después, llega el momento en el que el hombre lobo, ahora sí hinchando el pecho, narra sobre lo que yo mismo hice. Mamá Tallulah y Johanna aplauden mis actos, mientras padre Trueno reconoce que los dones de los contemplasombras comienzan a servir con dignidad a la tribu.

En cambio, yo no estoy muy seguro todavía de cómo sentirme respecto a lo que le hice al errante carnero. Pareciera ser sencillo el solo decir que has acabado con algo mitad animal, pero no es verdad. No puedo pensar así de criaturas que son como mis hermanos, que son como yo, que sienten y razonan, y cuyas vidas son igual de importantes que las de un ser humano.

Enloquecido o no, aquellos errantes que matamos en la pradera eran *personas*. Y, por los dioses, ¡el errante caimán!

Miro mis manos, dándome cuenta de que tal vez tienen más sangre de la que esperaba, y si sigo pensando en esto, no voy a ser capaz ni de mirarme al espejo de nuevo.

Noto un peso sobre mi cabeza. Levanto la barbilla y capto la «mirada» de Muata. Sus ojos en blanco están fijos en mí, como si me analizara a través de las sombras y no por medio de la vista, cosa que me hace enroscar los puños.

No tengo la certeza de qué es lo que este hombre piensa sobre mí ni qué lo motiva a no querer enseñarme nada sobre mis poderes como contemplasombras, pero ahora que tengo a mi ancestro, tal vez deba empezar a aprenderlo por mi cuenta en vez de esperar algo de él.

Termino otra brocheta y miro hacia arriba. Me gustaría que este momento durase para siempre, aún tengo demasiadas cosas en qué pensar y de las cuales arrepentirme, pero al ver que el cielo ya lleva buen rato en plena oscuridad, sé que es hora de irme. Toco el brazo de Tared, quien se gira hacia mí y parece entenderme de inmediato.

—Padre Trueno, debo llevar a Elisse de regreso a la ciudad.

El anciano asiente, como restándole importancia al asunto. Es egoísta decirlo, pero siento una ligera felicidad al ver que mis hermanos muestran una cara de inconformidad, en prueba de que estaban disfrutando de mi compañía.

Estoy a punto de irme a una de las cabañas para darme una necesaria ducha —y después, ver si Johanna puede darle un vistazo a mi pierna—, cuando la voz de Muata me detiene.

—¡Elisse! —exclama—. Ahora que Ciervo Piel de Sombras está a tu lado, es tiempo de encomendarte tu primera misión, muchacho. —Las rodillas se me acalambrian, pero asiento de inmediato para demostrar un poco de firmeza—. Si eres lo bastante listo, sabrás que nada en esta ciudad es una coincidencia. El olor a cadáver, la falta de voluntad, los vevés en sus cuerpos... hay que ser idiota para no darse cuenta de que esos errantes son los restos robados de las tumbas de Saint Louis.

—¿Qué? —musito, por si acaso he escuchado mal.

—¿Han resucitado? —pregunta Johanna con la mandíbula apretada.

—No, mi niña. Nadie es capaz de traer a la vida lo que ya no la tiene. Aquellos errantes eran solo carcasas, seres sin mente y cuyas vidas se extinguieron hace cientos de años; tal vez aun con algún rastro mínimo de su alma humana que les permitió hablar, manifestarse como fantasmas después de que volvieron a matarlos, pero nada más.

Una tonelada de culpa es retirada de mis hombros al escuchar aquello. No estaban vivos, entonces, eso significa que no he asesinado a nadie.

Suspiro de puro alivio, para después notar la mirada de Tared puesta sobre mí, esa que pareciera saber a la perfección lo que estoy pensando.

—Pero no por eso la situación es menos riesgosa —continúa Muata—. Hay alguien jugando a los muñecos, alguien que ha escogido errantes fallecidos hace casi dos siglos para que ni siquiera yo fuese capaz de reconocerlos.

—¿Acaso hay alguien con un poder semejante?! —exclama padre Trueno, transformando esa cara estoica que nunca creí llegar a ver tan desencajada.

—Esos muertos vivientes son la muestra, Lansa —responde el anciano, llamando a padre Trueno por su verdadero nombre—. Son cadáveres, ya no tienen ancestros, pero al ser poseídos por espíritus que habitan el plano medio conservan el aroma que solo los contemplasombras percibimos. Me imagino que habrán jalado recuerdos para poder transformarse y traer de vuelta un poco de lo que eran antes de morir.

—Espere, ¿dice que jalaron recuerdos? —pregunto al anciano.

—... A veces, los seres con magia podemos materializar los recuerdos de los muertos, pero es una práctica casi tan poco común como difícil —me contesta con algo de reticencia—. De esa manera es como los cadáveres han podido tomar la forma de sus ancestros sin tenerlos.

—Eso también explicaría por qué, luego de matarlos, se pudrían tan rápido. Y además se les caía la piel, se encogían... volvían a parecer humanos —añade Johanna.

—Nos estamos enfrentando a un verdadero nigromante —murmulla padre Trueno, aún con el semblante perturbado.

—¡Niño! —Me llama Muata—. Ha llegado la hora de encomendarte tu primera misión, la cual te dará la oportunidad de demostrar que eres digno de ser el nuevo contemplasombras de Comus Bayou.

La mirada de todos recae sobre mí y la angustia me revuelve el estómago. Los ojos ciegos de Muata me atraviesan junto con un escalofrío, y más al escucharlo pronunciar su fatídica encomienda:

—Encuentra a quien sea que esté detrás de todo esto, Elisse. Y cuando lo hagas, ya sea un humano o un errante, ¡tu deber será asesinarlo!

Capítulo 25
CENIZAS Y HUESO



—¿Ya se han marchado? —preguntas a padre Trueno mientras tu dedo revuelve los restos de la fogata, que ya no son más que un puñado de cenizas calientes en donde trazas patrones que, para mi sorpresa, parecen pequeñas serpientes.

—Sí, y mis muchachos también se han ido ya a dormir —contesta, sentándose a tu lado—. Y después de lo de hoy, no los culpo si no se levantan en tres días.

—Tared debe estar igual de cansado —señalas—, pero aun así fue a llevar al niño a la ciudad cuando tal vez habría sido mejor que se quedase a dormir aquí. Y a decir verdad, me sorprende que no lo estés presionando para mudarse a la reserva; es un gasto de energía y dinero el estar haciendo esos viajes casi a diario.

Tus palabras hacen estremecer los dedos de padre Trueno, pero algo en tu semblante me hace saber que eso es justo lo que estás buscando. El líder de Comus Bayou carraspea.

—Él insiste en que no le molesta porque no viven tan lejos el uno del otro. Y esta vez en particular, parecía feliz de complacerlo —alega, para después entrecerrar la mirada—. Hoy, Elisse nos demostró que es... demasiado capaz, incluso más de lo que él mismo parece comprender.

—Y al parecer, tus chiquillos cada día se apegan más a él. Sobre todo Tared.

—¡Bah! Que haga lo que quiera si quiere achacarse la responsabilidad sobre ese niño.

—Te conozco desde que también eras uno, Lansa —dices con una voz tan tranquila que parece un susurro—. Y estoy seguro de que tus motivos para no traerlo a vivir a la aldea son más preocupantes de lo que te atreves a aceptar.

Padre Trueno te mira por el rabillo del ojo. Después, levanta la frente hacia el cielo y, consciente de que nunca será capaz de engañarte, suspira.

—... Ellos no se han dado cuenta, ni siquiera Tared, pero no puedo culparlos, ya que yo tampoco había percibido algo así antes. —Hace una pausa y toma aire—. Nunca en mi vida había conocido a un errante que oliese a hueso.

Ante sus palabras, tú no mueves un solo músculo; nada de sobresaltos ni sorpresas, por ende, es evidente que ya te lo esperabas. A pesar de ya no ser ni la mitad del errante que eras hace unos meses, sigues siendo una criatura extraordinaria, Muata.

Te veo echar la silla hacia atrás, para después alejarte despacio de la fogata aun con tu ceguera a espaldas.

—Lo sé —dices—. Y es por eso hay algo importante que debes saber.

Capítulo 26
UN LADRÓN LEAL

A nadie le gustan los ladrones. Sin importar lo pequeños que hayan sido tus robos o los motivos que te llevaron a hacerlo, si le confiesas a alguien que te dedicabas a robar, como mínimo dejará de confiar en ti y, con el tiempo, comenzará a arrugar la nariz al verte y a guardar todo lo que tenga al alcance para que no pases siquiera la mirada sobre sus cosas. Después, empezar a odiarte se volverá muy fácil.

Y robar, en aquel tiempo, también era muy fácil.

Cuando era niño, formé parte de un grupo de chicos hambrientos del campamento de refugiados. No éramos amigos, tan solo una veintena de huérfanos que se reunían de vez en cuando para ir hasta la ciudad a mendigar, a rebuscar en la basura y, sobre todo, a asaltar.

Al ser yo un occidental, solía hacerme pasar por un chiquillo perdido que necesitaba ayuda para encontrar a mis padres. Una vez que convencía a mi víctima —casi siempre era una sola persona—, la llevaba a un rincón alejado, un callejón o algo parecido; allí, entre todos, le robábamos hasta los zapatos, pero no sin antes propinarle un linchamiento digno de diez minutos pares de pies descalzos. Era una forma de supervivencia que nos estaba funcionando de maravilla... hasta el día en que nos topamos con un muro.

El hombre al que queríamos asaltar estaba armado.

Disparó al azar, acertando a uno de los niños de nuestro grupo, mientras los demás huíamos despavoridos hacia los callejones, temblando por nuestras vidas. No tengo idea de si sobreviví, pero a veces, cuando pienso en esa escena de mi pasado, casi termino convenciéndome de que no, porque el chico jamás regresó al campo de refugiados.

Esa vez tuve un tirón en el estómago tan fuerte que creí que este me abriría las entrañas y saldría corriendo a toda prisa. Y cuando escuché la misión que me encomendó Muata, la sensación fue muy parecida.

¿Cómo puede pedirme que asesine con tanta ligereza? Errante o no, yo no aprendí a valorar tan poco la vida de una persona. ¡Matar está mal, lo veas desde el ángulo que lo veas! No se trata de que si puedo hacerlo, *no quiero* hacerlo, yo...

—Elisse, ¿es ese el coche?

Apenas y reacciono cuando Tared me llama. Su dedo apunta hacia un costado del camino, a lo que reconozco el auto de Louisa aún aparcado donde lo dejé.

El hombre lobo estaciona la *suburban* negra delante del coche y ambos bajamos a enfrentarnos con el frío aliento de la carretera. Me hago un capullo con una capa de lana de mamá Tallulah y la camisa de franela que me ha prestado Tared, puesto que casi toda mi ropa yace dentro de una bolsa de plástico en el asiento trasero. Mis pantalones fueron de lo poco que no perdí en la

persecución, ya que varias cosas que traía dentro del morral y los bolsillos, entre ellas el muñeco vudú y el poco dinero que traía encima, desaparecieron en alguna parte de la reserva.

Tared saca los ganchos y la cadena de la camioneta, ya que la idea es remolcar el coche de Louisa. Mientras tanto, yo le doy una nueva revisada al cofre para ver en qué estado ha quedado después del incidente.

Lo abro y me recibe un tufo de humo. Mascullo un «*carajo*» y doy un paso atrás, tosiendo por la bocanada que me he tragado.

—Elisse, ¿estás bien?

No le contesto. Mi cara repleta de dientes apretados yace clavada en el interior del coche.

—Tared... —lo llamo, a lo que él acude de inmediato a mi lado.

—¿Qué pasa?

—Mira eso... —le digo, apuntando al bonche de paja chamuscada que yace sobre el motor, a lo que él arquea ambas cejas y parpadea.

—Ah... sí, ese motor se ve bien.

Aprieto el entrecejo.

—¿No puedes ver la paja?

—¿Paja? —Eso responde a mi pregunta. Al ver mi cara de consternación, se inclina hacia mí y me contempla un momento con una expresión de... ¿fascinación?

—Ya. Estás viendo cosas del plano medio.

—¿Qué?

—Tus ojos...

Tared apunta hacia uno de los retrovisores del coche, así que me acerco para ver mi reflejo. Siento un escalofrío al notar que mis pupilas se han dilatado tanto que mis ojos parecen negros.

—Por lo poco que tengo entendido, los contempladores de sombras a veces pueden ver lo que sucede en el en plano medio sin tener que entrar a él —me dice—. ¿Recuerdas lo que dijo el abuelo Muata? Es como un lugar distinto al mundo humano, pero comparte el mismo espacio.

Lo miro como si me estuviese explicando la cuadratura del círculo.

—Hay tantas cosas que no entiendo...

—¡Y lo que te falta! Te sorprendería saber todo lo que podía hacer el abuelo.

Me invade una repentina y silenciosa rabia. Sí, claro, entenderé muchas cosas cuando al maldito viejo le dé la gana enseñarme algo, porque todo lo que he aprendido hasta ahora ha sido gracias a experiencias de infarto.

Veo de nuevo la paja en el coche y el sudor frío amenaza con empaparme la nuca. Los escritos del libro rojo vuelan hacia mi memoria, al igual que Laurele.

—Ahora sé qué le ocurrió al coche —susurro, más para mí mismo que para Tared—. La paja es la cosa más común para hacer hechizos vudú. Se quema rápido y facilita la influencia de los espíritus a través del fuego, pero... sin importar los recursos que uses, necesitas algo que pertenezca a la persona que deseas hechizar para que funcione: ropa, residuos, sangre... —digo, casi temblando ante mis propias conclusiones. El hombre lobo me mira desconcertado y a mí me cuesta hilar las palabras en mi lengua.

—Quien desea acabarnos ha estropeado el carro a propósito para que los errantes me alcanzaran. Y no solo eso. Es alguien que tiene acceso a mí, a mis cosas...

Él endurece la mirada. Mira a su alrededor y vuelve a su labor de enganchar los autos, mientras yo empiezo a respirar con dificultad.

Ya todos lo sabemos, alguien que maneja vudú está tramando algo contra nuestra tribu y, a pesar de que Laurele es la primera persona que me viene a la mente, no tengo ninguna prueba más allá

del profundo desagrado que ella me provoca, además de que no es la única hechicera vudú de la ciudad... Eso y que no hay manera de que la mujer haya conseguido algún objeto mío. ¿O alguien en el centro budista le estará...? ¿Carlton? ¡No, no es posible! ¿Por qué haría algo así? Además, la tribu Comus Bayou es bastante vieja. ¿Cómo saber si no tienen más enemigos?

Con la idea dándome vueltas en la cabeza, voy hacia la puerta del conductor para ayudar a dirigir el coche de Louisa mientras lo remolcamos, pero la mano de Tared se cierra en mi antebrazo antes de que pueda llegar a él.

—No. Solo ponlo en neutral, me las arreglaré para llevar ambos coches. Ven en la camioneta conmigo.

—Pero...

—¿De verdad vas a contradecirme?

Levanto la barbilla para poder verlo a los ojos, encontrándome con una mirada oscurecida por la severidad. He aquí el Tared autoritario contra el Elisse desobediente, pero como llevo las de perder, me resigno a subir a la *suburban* de mala gana. Con estas dos chatarras enganchadas y sin nadie que dirija el *Cadillac*, tardaremos el doble en llegar al centro.

Me cruzo de brazos y me fijo en el reloj del tablero. Pasan de las ocho de la noche, así que de seguro me espera otra reprimenda por parte de Louisa, a quien prometí llamar en cuanto llegase a la reserva, pero vamos, después de todo lo que pasó hoy eso era lo último que me pasaba por la cabeza.

Y ahora, estoy segurísimo de que va a matarme.

Arrancamos a paso tortuga, mientras Tared enciende un cigarrillo para disimular que no estamos sumidos en el más incómodo de los silencios. Le doy miradas de reojo de vez en cuando, a pesar de que trato de mantener mi cara lo más pegada posible a la ventanilla. Unos veinte minutos después, lo escucho suspirar.

—Solo diles que se averió el coche —me sugiere.

—Y que, casualmente, ibas pasando por allí... —replico con una nota de sarcasmo.

Él me responde con un resoplido, sin decir una palabra más, a lo que yo lo miro de reojo. Las luces del tablero de la *suburban* iluminan algunos rasgos de su rostro, dándole un sombrío perfil de claroscuros que me hace recordar a su severa forma de hombre lobo.

No hay que ser un genio para adivinar que no le ha caído bien mi comentario. Diablos, ¡estoy portándome como un niño! Él solo quiere protegerme, y no es su culpa que yo me haya olvidado de llamar a Louisa.

Me revuelvo en el asiento, algo incómodo conmigo mismo. No estoy acostumbrado a discutir con él, es muy raro cuando tenemos diferencias y el lobo siempre es muy paciente conmigo, hasta el punto que Nashua dice que me malcría. Además de todo, es mi líder y me ha salvado el pellejo varias veces, así que lo mínimo que le debo es un poco de respeto.

—Lo siento. No debí hablarte así —susurro, dando mi brazo a torcer.

La comisura de sus labios se curva en el amago de una sonrisa que al final no deja salir. No ha dicho nada, pero no hace falta; sé que está mucho más relajado, ya que su presencia me pesa menos. Después de un rato, sus dedos revuelven un poco mi cabello, haciéndome sonreír.

Miro la pata de venado que se balancea en el retrovisor. Ese artilugio de la suerte me envía un repentino escalofrío.

—¿Lidian mucho con esto del vudú? —pregunto, pasándome las manos por los brazos para tratar de calmar mi piel de gallina.

—No, no realmente —responde, dejando el cigarrillo en el cenicero—. Tratamos de no meternos con eso. La gente con magia suele ser demasiado perspicaz, así que el abuelo Muata

siempre se encargaba de hacer lo posible por mantener a raya a los brujos curiosos. Además, es el único que sabe algo sobre chamanería, vudú, lo que sea, porque el resto de nosotros no entendemos ni tenemos ningún tipo de magia.

—¿Qué me dices de Johanna y mamá Tallulah?... Es decir, ellas también hacen cosas bastante peculiares.

—Sí, han heredado algunas cualidades de los trotapieles, como el acceso al libro de las generaciones, pero aun así no se acercan ni de broma a lo que puede hacer un contemplasombras. Los perpetuasangre son muy, muy especiales a su manera. No pueden curar por arte de magia, pero entienden muy bien de herbolaria y pócimas, de cómo funcionan en relación no solo con el cuerpo, también el espíritu. Tienen una habilidad innata para aprender cosas útiles, inclusive sus propios cuerpos poseen propiedades curativas extraordinarias.

—Suena un poco injusto —murmuro, bastante sorprendido—. Lo más conveniente sería que todos pudiéramos tener un poco de las habilidades de cada estirpe, ¿no crees? —Tared sonríe.

—¿Te sientes vulnerable?

—Bastante. Al menos, físicamente.

—La naturaleza funciona de acuerdo a un equilibrio que pocas veces el humano es capaz de comprender, menos aún imitar. ¿Te imaginas lo que pasaría si todas las especies fueran depredadores? Cuando un errante entiende el delicado papel que desarrolla dentro de una tribu, por más o menos hábil que sea, se vuelve igual de importante que los demás. *Aquí no existen alfas, ni elegidos, ni realeza. Nadie merece ser más o menos protegido por el resto de nosotros.* El liderazgo que padre Trueno y yo llevamos es una mera formalidad para tomar decisiones, pero no somos más importantes o valiosos que ustedes bajo ningún sentido. Todos somos parte del Atrapasueños, Elisse, por ende, todos ayudamos a mantenerlo cerrado, firme y funcional.

No hago más que asentir. Sus palabras son tan maravillosas como razonables, así que no tardo en reconocerme como la persona más estúpida dentro de este coche. Me hundo un poco en el asiento e intento cambiar el tema para no terminar calcinado por el calor de mis mejillas.

—De todas maneras, sigo sin tener a alguien a quien culpar de lo que está pasando.

—Solo adivino que quien sea que esté intentando acabar con nosotros, tal vez te creía una presa fácil al ser el más nuevo de la tribu. Y encima, no tienes un ancestro...

Bueno, ahora que menciona a los ancestros, me viene una enorme duda a la cabeza.

—¿Qué se siente cambiar? —pregunto con algo de temor. Hasta ahora siempre creí que era indoloro, tal como se ve en muchas películas y libros de fantasía, pero después de todo lo que vi hoy ya no estoy tan seguro.

—¿Cambiar?

—Sí. Es decir, transformarte en tu ancestro. ¿Es como arrancarse la piel? Y vamos, con todo lo que pasó esta tarde ya no hay motivo para que no me respondas...

Él toma su cigarrillo y le da otra bocanada, para después apagarlo en el cenicero. Aprieto los labios. Siempre que hace eso es señal de que va a decirme algo que no me va a gustar en absoluto.

—¿Te soy honesto? Es mucho peor. —Gira su cara hacia mí, apenas lo suficiente como para verme palidecer—. Cuando te arrancas la piel, solo es eso, la piel. En cambio, al tomar la forma de tu ancestro, todas y cada una de las partes de tu ser, por más pequeñas que sean, duelen como los mil demonios. Sientes cómo la carne se te hace girones, tus músculos se estiran hasta reventar, tus huesos crecen tan rápido que te destrozan los tendones. Y ni siquiera hablo de la primera vez que te transformas, siempre sientes lo mismo, una y otra vez, porque cuando el cuerpo cambia de una forma tan abrupta, es ridículo que no sientas nada, ¿no crees?

Ni siquiera le contesto, enmudecido gracias a una mezcla de horror y curiosidad, sensaciones

que no tengo claro en qué momento han empezado a ser compatibles.

—Sí, incluso recuerdo que cuando era niño, me dolían mucho los huesos cuando estaba aprendiendo a caminar... —le digo a Tared.

—Me imagino que a los cuatro años, ¿no? —Giro la cabeza hacia él tan rápido que escucho mi cuello tronar—. Oh, sí. Todos los errantes lo hacemos más o menos a esa edad. Nos cuesta tanto alejarnos de nuestra naturaleza bestial que nuestros cuerpos luchan por años para seguir siendo cuadrúpedos. —Intento hablar, pero no puedo ni despegar los labios. Él sonríe—. ¿Sorprendido?

—Como no tienes una idea... —susurro, al tiempo que miro hacia la ventanilla. Veo sombras al lado de la carretera, siluetas que se me antojan como seres que transitan entre los vivos como en un mundo paralelo. Todo empieza a parecer menos aterrador y más familiar.

Pierdo mi mirada en el cielo, cuyas estrellas brillantes han dejado de parecer puntos blancos para convertirse en nubes de polvo resplandeciente, tan envueltas en esa oscuridad que se pinta conforme la vía láctea se mueve sobre nuestras cabezas. Un espectáculo tan hermoso, tan absoluto, con aquella inmensidad y misterio que solo los abismos de los cielos son capaces de ofrecer. Una belleza que nunca en mi vida había podido apreciar hasta el día de hoy, cuando estoy en medio de una carretera fría en unas tierras totalmente desconocidas, pero con un ser extraordinario a mi lado que me está haciendo sentir y pensar cosas que jamás había experimentado.

Los árboles, el viento, el cielo, la tierra húmeda, ¡la luna! Esta naturaleza me despierta una profunda fascinación, una que, estoy seguro, está naciendo de mi sangre de bestia.

Sigo cambiando, y de maneras que cada vez me asombran más. O tal vez no es que esté cambiando, tal vez solo estoy volviendo a mi naturaleza verdadera.

Louisa da un salto al vernos llegar con el coche remolcado.

—¿Y ahora qué ha pasado?! —exclama, corriendo hacia nosotros desde la entrada del centro.

—Lo siento, Louisa, iba a medio camino cuando el carro se ha descompuesto.

—¡Santo cielo! —grita mientras se lleva una mano al pecho—. ¡¿Estás bien, te ha pasado algo?! —

—No, para nada. Tared me salvó de nuevo el pellejo —le digo para tranquilizarla, mientras el hombre lobo le sonríe, encogiéndose de hombros.

—¡Por los budas, Elisse! ¿Hasta cuándo se te va a quitar esa horrible costumbre de no llamarme cuando estas cosas pasan?

—¡Lo siento! ¡Es que...!

—Señora Fiquette, si me permite —interrumpe Tared—, ¿puedo llevar su coche a mi taller? Sé algo de mecánica, podría echarle un vistazo. Tampoco le voy a cobrar ni nada parecido.

—¡Oh, querido Tared, nada de eso! Ya has hecho demasiado por este niño como para que no te recompensemos.

Louisa me pellizca el brazo, a lo que doy un respingo acompañado de un «auch». Otra vez, Tared aprieta los labios para no reírse de mí.

—Llamaré a Geshe para avisarle que ya has llegado —me dice, alejándose y entrando al centro sin darme oportunidad de defenderme.

Cuando la veo perderse en el pasillo, le suelto un buen puñetazo en el brazo a Tared a la par que él se suelta a reír. Me contagio de lo mismo, aliviado de que no me haya ido tan mal.

—¿Te regresarás a la reserva? —le pregunto al fin, a lo que él juguetea un poco con sus llaves.

—No. La verdad estoy algo cansado, así que mejor me iré a casa.

—Sí, creo que yo mejor me voy a la cama de una vez.

—Pero todavía es temprano, ¿no piensas salir al carnaval? El *Mardi Gras* se acerca y ya empiezan los mejores desfiles.

—Pues... no. La verdad no tengo pensado ir —respondo, con un poco de calor en las mejillas.

Es algo triste que estando en una ciudad tan hermosa como Nueva Orleans, no salga a conocerla demasiado, pero mis deseos de andar de turista desaparecieron la noche que me encontré con el monstruo de hueso en el Barrio Francés.

—¡Caramba! ¿Seguro que tienes dieciocho años? Te estás perdiendo el mejor carnaval de los Estados Unidos.

—Tal vez es que está dirigido para ancianos como tú —bromeo, a lo que él se ríe de nuevo y me da un ligero empujón en el hombro.

—Pero ya en serio, Elisse, por más errante que seas también deberías divertirte un poco. Si quieres, los muchachos y yo te llevamos mañana para que conozcas un poco de la auténtica Nueva Orleans.

Mis mejillas enrojecerían de no ser porque la idea de volver al Barrio Francés nada más no me acaba de gustar. Me rasco un poco la nuca, pero al ver la mirada de genuino interés de Tared, no me queda de otra más que asentir.

Y para mala suerte de mi torturada cabeza, otra pregunta me asalta.

—Tared, dime una cosa...

—¿Sí?

—Si ustedes no pueden percibir el olor de los errantes muertos ni el mío, ¿cómo supiste que yo...? —No necesito decir más. Él se cruza de brazos y acaricia un poco su barba. Mira hacia el piso y suspira.

—Instinto, Elisse. Yo puedo cuidar lo que es valioso para mí gracias a los lazos que tengo con mi gente, y si algo asecha a mi familia, entonces mi instinto me lo hará saber de inmediato.

La cara se me descompone, aunque no estoy seguro de cuál de todos los sentimientos que tengo ahora es el más dominante. Tared se marcha y yo entro al edificio, aún meditando sus palabras. Tal vez por esto padre Trueno le ha cedido liderazgo al hombre lobo, porque por más errante que uno sea, creo que no todos pueden tener un sentido de protección tan agudo como el de Tared.

De pronto, me encuentro con Louisa en el pasillo, quien me mira con una ceja tan alta que casi roza el inicio de su cabello.

Lo admito. No llevo ni cinco minutos aquí, en el lugar que tantas veces aseguré que no quería volver a pisar, pero ya estoy enamorado. El Barrio Francés ha pasado de ser un sitio de pesadilla a un sueño del que no estoy seguro de querer despertar. Es de noche y la luna está alta sobre *Bourbon Street*, por lo que subo a una banca y me doy unos minutos para contemplar el sitio desde arriba.

Justicia, fe y poder. Veo destellos de color morado, verde y amarillo por todos lados, resplandeciendo como fantasmas entre las cabezas de la gente y también en collares de cuentas, esparcidos y colgantes sobre cada poste, esquina y centímetro de esta legendaria calle.

Un susurro dulce, sensual y vibrante llega hasta mis oídos, acaramelándolos con voces de saxofones y contrabajos. El jazz brota de cada esquina con una belleza acústica que me pone la piel de gallina, trasportándome a un sitio antiguo y repleto de matices dorados.

La neblina seductora de Nueva Orleans me entra por cada poro de la piel, embriagándome con su misticismo. Me estremezco de asombro y emoción.

Crecí en la India, uno de los sitios culturalmente más ricos del planeta, pero esto me parece todavía más extraordinario. No sé si es la belleza de sus calles o lo sombrío de su cultura y su gente, pero el Barrio Francés que me aterraba de sobre manera, ahora mismo, bajo la luna de *Bourbon Street*, me hace sentir verdadera magia.

Desde mi posición puedo ver el enorme letrero neón del bar *Louis Armstrong* a tan solo una cuadra de donde estoy. Es justo el sitio en donde quedé de verme con Tared y los demás, por lo que le obsequio un último suspiro a la luna y me marchó.

Aún en mi ensoñación, no puedo evitar pensar en la tienda de Laurele... pero no es el momento para entrar en conflicto con esa mujer, a pesar de que me arde la lengua por hacerle unas cuantas preguntas.

Camino hacia el bar y, a pesar de que no veo a nadie allí, sé que están en alguna parte, entre la multitud; ahora puedo sentirlos. Es como si toda la gente tuviese la misma presencia gris y plana, sin olor ni nada que los diferencie, mientras que los errantes emiten algo que puedo percibir a través del ambiente cuando están cerca. El aroma del cabello de Johanna, las corrientes de aire que mueve Julien al pasar, la quietud de Nashua, la mirada de Tared...

Esto último me hace dar media vuelta.

Escucho a una mujer cantar desde el bar, elevando su voz sobre un contrabajo suave y una batería que retumba en mi pecho. Las luces del fondo se desenfocan, creando un mar de tenues motas amarillas, verdes y violetas.

Lo veo justo allí, de brazos cruzados y recargado en el mismo poste de luz en el que yo estuve la primera vez que vine a *Bourbon Street*. Nuestras miradas se cruzan; me sonrío y el mundo se hace diminuto.

Cuando estoy a punto de acercarme, cambio de opinión al ver que un par de tipos llegan primero a saludarlo. Siento una mano en el hombro y me giro para encontrarme con la mirada gris de Johanna.

—¡Hola! —Ella sonrío y me abraza.

Antes de que pueda contestarle, un grueso brazo se me engancha en el cuello, aprisionándolo. Los nudillos de Julien se frota contra mi cabello una y otra vez.

—¡Diez puntos por encender fuego en la cabeza de Elisse!

—¡Suéltame, maldito hombre salchicha! —contesto con la risa cosquilleándome la garganta. Johanna, en cambio, sí se echa a reír.

—¡Oh, demonios, has descubierto mi verdadero ancestro! —El pelirrojo me suelta y se muerde las uñas, a lo que yo no puedo evitar unirle a la carcajada de mi hermana.

—Deja de ponerte en ridículo, Julien. Pareces un idiota —le reprende Nashua, brotando de entre la gente y dándonos una esplendorosa muestra de su cara más amarga.

—¡Por Dios, alguien consígale un trago a este hombre! —replica Julien, dándole un sonoro manotazo en el brazo al nativo americano, quien rueda los ojos hacia el infinito. Muevo mi cabeza de un lado a otro, pero sin borrar la sonrisa de mi cara.

Ahora que lo pienso, nunca me había reunido con mis hermanos fuera de la reserva, así que es la primera vez que los veo desenvolverse entre gente común y corriente. Ignorando el hecho de que me siento abrumado estando en medio de tipos del tamaño de un poste y una chica que rebasa mi triste metro sesenta y tres de estatura, creo que en general se ven bastante normales.

—¿Entonces qué? ¿Empezamos la novatada? —dice nuestro líder, acercándose a nosotros mientras pasa su brazo sobre mis hombros y me aprieta contra su costado.

—¡Oh, no empiecen con sus niñerías! —Saca a defender Johanna.

—Aguafiestas —susurra Nashua, a lo que yo no puedo evitar sentir un agradable vuelco en el estómago.

—Bueno —comienza Julien—, empezaríamos con una ronda de bourbon, pero como Elisse todavía es un bebé no podemos entrar a ningún bar sin que nos arresten.

—Perdona por no tener el carnet, abuelito —respondo, a lo que el hombre bisonte se pone una

mano en el pecho y hace un gesto de indignación.

—Bueno, ya basta. Tomemos unos tragos aquí en la calle y luego vamos al desfile en Saint Charles —sugiere Tared, a lo que todos accedemos de buena gana.

Él y Nashua se apretujan entre la multitud para ir hacia un bar cercano, regresando largos minutos después con unos enormes vasos desechables repletos de espumeante cerveza. Bebo el mío y me encuentro con una tristísima bebida sin alcohol, a lo que miro a Tared con decepción.

—Lo siento. En la reserva toda la que quieras, pero en público, hasta que seas mayor de edad.

—Qué asco. Yo ya sería mayor de edad en la India —reclamo.

—Reglas son reglas, Elisse —me dice con seriedad y dando por zanjado el asunto.

Suspiro, mientras todos vamos calle arriba. Caminamos varias cuadras hasta la famosa calle de Saint Charles en donde, a empujones, nos abrimos paso hacia la banqueta.

Sobre el asfalto, veo a un hombre colosal con cola de pez asomarse sobre la gente, alzando un enorme tridente dorado. Una caravana de espectaculares criaturas lo siguen; un rey de cabello blanco y alas de mariposa, la gigantesca cabeza de una mujer repleta de pétalos de rosas, hadas que se contonean cargando canastas llenas de flores artificiales, seres con cabellos multicolores que arrojan collares a la multitud que los ovaciona desde las banquetas. Son carros alegóricos hechos con un arte tan magnífico que de pronto siento que he entrado a un mundo de fantasía.

Nunca había visto un desfile, ni siquiera en mi país, así que el baño de luces, colores y música me atropella, tanto así que no puedo evitar abrirme paso para ver todo más de cerca sin importarme mucho que mi bebida se derrame a cada tropezón que doy con la gente.

—Johanna, mira... —le digo a la chica, pero al ver a mis espaldas, no hay rastro de ella. Muevo la cabeza de un lado a otro, pero no veo ni siento a mis hermanos por ningún lado. ¡Seré idiota!

Regreso al mar de gente y trato de encontrarlos, pero hay tantas personas que me es imposible distinguir a alguien en particular, así que solo consigo ruido, multitud y desorden... hasta que siento una mirada a mis espaldas.

Y lo que veo al voltear, me hace expulsar el aire de mi estómago como si lo hubiesen golpeado con un mazo.

El monstruo de hueso, aquella criatura que casi me arranca las costillas, se levanta por sobre las cabezas de la multitud y me mira a través de sus cuencas vacías a tan solo unos metros de mí, con su capa ondeando entre las piernas de las personas como un ente invisible.

Un dolor punzante se me clava en las paredes del estómago, tan fuerte que me hace arquear hacia delante. Me sujeto el vientre y contengo un grito en la garganta, porque algo ha comenzado a brincar dentro de mí, como si una especie de energía tomase fuerza y se estrellase contra el interior de mi ser para tratar de escapar.

Un par de golpes más y me queda claro: es Ciervo Piel de Sombras, quien «clava» su cornamenta en las paredes de mi cuerpo, arremetiendo contra ellas una y otra vez.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le siseo a mi ancestro con los dientes apretados. Cierro los ojos y trato de contener el dolor al percatarme de que estoy llamando demasiado la atención, puesto que la mirada curiosa de varias personas empieza a posarse sobre mí.

Abro los ojos de nuevo y retrocedo de una zancada, encontrándome con el monstruo de hueso a tan solo unos pasos de mí. Choco contra algo sólido y escucho un grito a mis espaldas al tiempo que dejo caer por fin mi vaso, derramando toda la bebida sobre mi ropa. Volteo y veo a una chica de bruces en el piso, a la que he empujado al brincar hacia atrás.

—¡Ah, lo siento! —digo con la voz en un hilo gracias al dolor que aún siento en el vientre; miro a un lado y a otro, pero el monstruo ha desaparecido.

Cuando intento inclinarme para ayudarla a levantarse, una fuerte mano se cierra sobre mi muñeca como la garra de un águila, alejándome de la chica de un jalón.

—Oye, mocos, ¿estás causando problemas? —Mi captor es hombre de cabello oscuro y tez oliva que me mira con ojos de rejilla.

—No, yo... Ah, no quería... —contesto con torpeza, incapaz de hilar bien las palabras debido al dolor que todavía me sacude las entrañas.

—¡Estoy bien, oficial, fue un accidente! —exclama la chica a la que he tumbado.

Maldición.

Mis ojos viajan hacia el pecho del tipo, encontrando una placa policiaca sobresaliendo del bolsillo de su chaqueta. Él ignora a la mujer y me jala con brusquedad, acercando mi rostro hacia el suyo y dejando una separación entre nosotros de apenas unos centímetros. Me olfatea.

—¿Acaso has estado bebiendo? —pregunta, de seguro gracias al olor que ha dejado la bebida en mi ropa. Siento tanto pánico que el dolor en mi vientre pasa a segundo plano.

—¿Qué? ¡No! Yo... —Volteo hacia la chica, quien retrocede ante la mirada furibunda del agente.

—Señor, de verdad... —tartamudea ella.

—¡Lárguese de aquí! —ruge el hombre, a lo que la joven tiembla de pies a cabeza. Me dirige una mirada vidriosa, como disculpándose, para después huir despavorida.

—Perdone, e-esto es un error... —le digo en un tartamudeo poco elocuente que no me ayuda en nada.

—¿Qué edad tienes, chiquillo? ¿Quince?

—¡No, espere, yo...!

—Detective Hoffman.

El hombre rueda los ojos y sonrío, girándose para ver a sus espaldas a quien, al parecer, lo ha llamado. El oxígeno vuelve a mi pecho al ver a Tared, rígido como un poste y a tan solo unos pasos de nosotros.

—Pero mira al héroe que tenemos aquí —responde el agente—. El mismísimo Tared Miller, ¿ahora te juntas con niños?

—¿Hay algún problema? —responde el lobo, acercándose a nosotros y mirándome de una manera que me cuesta descifrar.

—Solo si lo has estado dejando beber algo más que la leche de su biberón.

—¿Disculpe?! —Azotado por la ira, me zafó del agarro del hombre de un jalón—. ¡Yo no he hecho nada por lo cual deba tratarme de esta manera!

—Muchacho, compórtate y no le hables así al agente —me ordena Tared.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —replico a todo pulmón.

—¡Elisse! ¡Ven aquí ahora mismo!

Su grito retumba entre la gente, quienes viran las cabezas ante el espectáculo. La sorpresa abre paso a la indignación dentro de mí; se me calientan las venas.

—Conque Elisse, ¿eh? —dice el detective al tiempo que saca un cigarrillo de la bolsa de su chaqueta—. Ya decía yo que me resultabas familiar. Fuiste el tema de la comisaría durante un par de horas, si me lo preguntas.

«¿De qué rayos me está hablando este tipo?», me pregunto, apretando los dientes ante el veneno de sus palabras. Sus ojos oscuros se clavan de nuevo en mí a la par que una sonrisa desagradable le camina por la boca.

—Dime, ¿has gastado bien el dinero que te has robado del centro budista? Debería darte vergüenza, después de que te dan techo y comida...

Pierdo el control.

Me lanzo hacia él con intención de hacer un molde de mis nudillos con su cara, importándome muy poco si me manda a dormir a prisión, pero mi ambición se cae a pedazos cuando Tared me sujeta la muñeca, jalándome hacia atrás antes de que siquiera pueda tocar al agente.

—¡Suéltame! —exijo, pero él me arrastra unos metros lejos del tipo. Me asfixia los hombros atrapándolos con sus manos y haciéndome mirarlo. Su rostro está enrojecido y las venas del cuello le resaltan como raíces de un árbol.

—¡Mis órdenes se respetan lo quieras o no, Elisse! —susurra con los dientes apretados, pero de una manera tan severa que siento como si me hubiese gritado con un altavoz—. Y si te vas a comportar como un imbécil cada vez que te dé una, ve despidiéndote de la tribu y de la maldita reserva. ¡¿Me oíste?!

El hombre lobo bufá y me suelta para después girarse hacia el agente, mientras yo me quedo petrificado y con los ojos abiertos como un par de platos. ¿Acaba de decir que puede echarme? ¿Así, sin más?

En un parpadear, me lanzo hacia la multitud y me escabullo entre la gente. Escucho a Tared gritarme, pero ni siquiera miro hacia atrás, tan solo me abalanzo a través de brazos y costados para alejarme lo más rápido posible. Avanzo a buen paso por la calle hasta recorrer unas dos o tres cuadras, no lo sé, tan solo sigo una línea zigzagueante imaginaria mientras rezo a todo lo divino que nadie me capture en mi trayecto.

Después de varios minutos de huida, llego hasta el borde de la banqueta, justo cuando otras carrozas están pasando. Trato de enfocar la mirada en ellas para calmarme con el vaivén de sus resplandores, así como presiono el puente de la nariz con mi índice y mi pulgar para ver si puedo drenar el estrés. Pero es inútil. Las luces de pronto me parecen demasiado brillantes, el bullicio demasiado molesto, y eso, sumado a mi corazón desbocado, me impide pensar con claridad.

Echarme. Arrancarme así sin más de Comus Bayou. Yo creí que esto era permanente, que una vez que entrabas a la familia ya no había vuelta atrás, creí que...

Levanto la mirada y la ira se me esfuma como por arte de magia, puesto que veo una sombra que me obliga a tallarme los ojos para asegurarme de que no estoy alucinando.

Desfilando en la calle y arrojando collares, hay un hombre vestido de negro, llevando en su cabeza un sombrero de copa y bailando de una forma extraña. Voltea hacia mí y doy un paso hacia atrás al ver su rostro pintado como una calavera. ¡Es el mismo tipo que vi en el centro budista!

Uno tras otro, montones de hombres iguales a él comienzan a desfilar, todos bailando de un lado a otro y arrojando collares a la gente, gritando y moviéndose frenéticamente por el asfalto, mientras yo los miro estupefacto, tanto que apenas y siento cuando alguien alcanza mi brazo.

—¿Elisse? ¿Estás bien?

Enfoco la vista y me encuentro con la mirada consternada de Johanna. Despabilando, apunto hacia los hombres de traje.

—¿Puedes verlos? —Ella frunce el ceño.

—Pues, sí. Sí, claro.

Ahora sí que tengo la cabeza hecha un lío. Vuelvo a mirar para encontrarme ahora con otra carroza, la cual tiene en el frente la escultura gigante de un hombre. Sombrero de copa, traje sastre y una máscara de pintura semejante a una calavera.

—¿Qué es *eso*? —pregunto, casi temblando y apuntando al coche alegórico. Ella parpadea varias veces y me mira como si me hubiese vuelto loco.

—Pues... Es la carroza de Barón Samedi, una deidad vudú.

Un escalofrío me recorre la columna. Conozco ese nombre, conozco quién es ese Loa, puesto

que en el libro rojo de Laurele había un pequeño apartado sobre él, y si no lo reconocí hasta ahora era porque no decía nada de su apariencia física, solo sus cualidades y dones. Cuencas sin ojos, rostro blanco, piel de petróleo... Las piezas encajan.

Quien quiere contactarme es Barón Samedi, el Loa de la Muerte. El Señor del Sabbath.

Capítulo 27
SENTIMIENTOS COMPLEJOS

—¿Se puede saber por qué hasta ahora me estás hablando de esta supuesta visita? ¡¿Y cómo se te ocurre ir a investigar sin decirme nada de lo que has estado viendo?!

—¡Si usted se dedicara a enseñarme algo, yo no estaría tomando decisiones por mi cuenta!

—¡Y encima me hablas así, muchacho estúpido!

—¡¿Y eso qué más da?! ¡El monstruo de hueso, los cadáveres, los errantes resucitados, las partes del vevé! ¡O el señor de la Muerte está tratando de decirme algo o su seguidor está intentando matarnos!

Mi brazo se agita de arriba abajo tratando de darle fuerza a mi argumento, muy a pesar de que sé que Muata solo me puede escuchar a través del teléfono.

—¡¿Y por qué diablos no estás buscando a esa persona, en vez de estar haciendo tonterías en el carnaval?! ¿Cómo quieres que te introduzca al mundo de los contemplasombras si no puedes tener un poco de criterio? ¡Deja de perder el tiempo con ridiculeces y haz bien tu trabajo!

La línea muerta me silba desde el auricular, a lo que yo azoto el inocente aparato contra la cabina. Me recargo contra la pared de vidrio y veo la cara asustada de Johanna, quien me espera afuera. Ella me pregunta con gestos lo que ocurre, a lo que yo tan solo meneo la cabeza de un lado a otro. Suspira.

Me quedo unos momentos en el diminuto espacio para recuperarme de la frustración, puesto que una noche que había nacido para ser increíble, terminó siendo un desastre.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta ella una vez que salgo de allí.

—Que soy un idiota.

Johanna rueda los ojos.

—No te ofendas. No es un hombre muy sutil.

—Tampoco tú. Le acabas de dar la razón.

—No quise decir eso.

Me encojo de hombros, restándole importancia al asunto. Ella juega un poco con sus dedos y, por un momento, me recuerda a Carlton y aquella vez que quiso arreglar el malentendido de cuando me confundió con una chica.

—Los demás están en un bar a una cuadra de aquí —me dice, yendo de nuevo a la carga—. ¿Quieres que vayamos con ellos?

—¿Tared también? —Ella asiente y yo resoplo—. Yo creo que mejor me voy a casa. Se hace tarde. —Johanna alza una ceja y yo tengo ganas de patearme a mí mismo por ser tan obvio.

—Elisse, deja que al menos yo te lleve, si te vas caminando llegarás demasiado tarde a casa.

—¿Traes tu coche?

La chica asiente de nuevo. Estoy enojado, pero no tanto como para no saber que sería muy idiota irme a pie desde aquí hasta el centro budista, por lo que ambos nos dirigimos hacia el estacionamiento donde ha dejado su vehículo. Antes, pasamos frente al bar donde me ha dicho que están los otros, así que la espero afuera, sin ganas de entrar en conflicto de nuevo con Tared.

Johanna sale casi de inmediato. Llegamos hasta su pequeño coche plateado —ese que casi nunca ve la luz por estar metido bajo un toldo en la reserva— y después de veinte minutos de pelear con el tráfico, salimos del Barrio Francés.

Sus insistentes miradas de reojo le sacan agujas a mi asiento, lo cual me hace revolverme en él.

—¿Qué pasa? —pregunto, impulsado más por la incomodidad que por el gusto de hacer plática.

—¿Ocurrió algo malo entre Tared y tú?

Bien, hoy estoy hecho un estúpido, porque acabo de recordar que detesto los interrogatorios. Le cuento lo sucedido con el agente manteniendo mi mirada en la ventanilla, ya que con solo pensar en él acusándome del robo de dinero, los ojos se me humedecen por la rabia.

—Ay, Elisse, cuánto lo siento —dice finalmente—. ¡Qué mal que te hayas topado con Hoffman!

—¿Lo conoces?

—Todo el que viva en Nueva Orleans lo conoce, a él y a su pésima actitud. Si no lo han echado de la policía es porque, para bien o para mal, es muy buen agente.

—Sí, ya me enteré —respondo con sarcasmo.

—Bueno, sí..., creo que Hoffman no tenía derecho a acusarte de esa manera —dice titubeante, como si no quisiera darme la razón. Y algo me dice que es por Tared, así que prefiero no contestarle.

Johanna suspira mientras que, para mi suerte, por fin nos detenemos en la entrada del centro budista. Al ver que estoy a punto de salir, pone seguro al coche, impidiéndomelo.

—Elisse, por favor, no te enojas con Tared. —Mis ojos ruedan hasta casi desprenderse de sus músculos—. Mira, no creo que haya querido ser tan duro contigo. Es solo que... Hoffman es un tema difícil para él.

—¿Y yo qué culpa tengo? ¡Que se las arregle con él y no conmigo! —exclamo, al borde de mi paciencia.

—¡Elisse, por favor, escúchame! —Sus dedos se cierran alrededor de mi brazo, obligándome a mirarla—. Mamá Tallulah me dijo que los lobos son de los ancestros más sabios de la tierra, y que nunca escogerían nacer dentro de alguien que no fuese adecuado para guiar a una tribu, ¡por eso padre Trueno lo puso a cargo de nosotros! Puede que a veces sus métodos no sean los más gentiles, pero Tared sabe lo que hace.

Su labio inferior tiembla y yo siento una punzada incómoda ante su reacción. Ella también es demasiado obvia.

—¿Haces esto por él? —le pregunto, sintiéndome un poco mal por no evitar escucharme molesto.

—¡Hago esto por todos nosotros! Somos una familia, Elisse, y lo último que quiero es verla peleando entre sí cuando tenemos tantos enemigos allá afuera. —Se me acerca, aún sosteniéndose de mi brazo—. Tared nunca te apartaría de él ni de nosotros, estoy segura de que si se puso del lado de Hoffman fue porque creyó que era lo mejor para ti. ¡Debes creerme!

Siento un poco de pena por ella. La desesperación ha humedecido sus ojos de nube, por lo que mi maldita debilidad hace que dé mi brazo a torcer.

—Está bien, está bien. ¿Qué quieres que haga?

—Solo ten paciencia, confía en él. Eso es todo lo que te pido.

Mi ceja se estrella contra mi frente. Tanto drama para que, en resumidas cuentas, solo me diga

que me aguante los regaños de Tared.

Bajo del coche y ella se despide de mí con un gesto de su mano; arranca y la veo marcharse, con los faros de su carro perdiéndose entre la espesa negrura de la noche. Resignado, entro a la casa sin ganas de volver a encerrarme en mi cuarto.

Desde la entrada, escucho la voz de Louisa proveniente de la sala. Cruzo el pasillo y abro la puerta, encontrándola sentada en el sillón, sonriéndome.

—¡Oh, por fin llegas, Elisse! Este muchacho tiene esperándote casi veinte minutos. ¡Debería darte vergüenza!

La sangre se me va a los pies cuando veo a Tared sentado frente a ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunto a secas.

La pesada mano de Louisa se estrella contra mi nuca, a lo que yo hago una silenciosa mueca de dolor.

—¡No seas maleducado! —exclama y mi cara enrojece como un pimiento. ¡Caray! ¡Sí que tiene la palma dura!

Me sobo un poco el golpe mientras ella toma su bolsa y se marcha como si nada. Escucho que azota la puerta, a lo que fulmino con la mirada a Tared al ver que su boca se tuerce al intentar no reírse. Él carraspea para luego ponerse en pie y acercarse a mí. Yo en cambio, doy un paso atrás.

—No debiste irte así —me reprende en un tono bastante suave, pero ni siquiera lo miro.

Temo que la ira me vuelva a dominar y, la verdad, sigo sin estar muy seguro de si aquello de echarme de la tribu iba en serio, por ende, mejor me hago un nudo en la lengua. El lobo suspira y se rasca la nuca.

—Mira... con Hoffman hay que andarse con cuidado. Es mejor darle por su lado.

—¿También tengo que darte por tu lado a ti, verdad?

«¡*Elisse, carajo!*», me regaño. No puedo creer que haya tenido el descaro de decir eso aun cuando le prometí a Johanna que daría mi brazo a torcer.

—Vine hasta aquí para darte una explicación, pero ni siquiera sé por qué me molesto. Eres un terco.

Tared se cruza de brazos y sus ojos se convierten en estacas de hielo.

—¿Qué?! ¡Yo ya he soportado demasiada mierda durante toda mi vida como para dejar que te alíes con un policía abusivo para acusarme de ladrón!

—¿Quién te está acusando?!

—¡Te pusiste de su lado!

—¡Porque te estabas portando como un mocoso estúpido!

—¡Y él me estaba acusando de algo que no hice! ¿No me crees? —exclamo, cada vez más desesperado—. ¿No confías en mí?!

—¿Y para qué quieres que confíe en ti?! ¡Tú haz tu maldito trabajo y ya está! —grita, con una voz vuelta un rugido.

Las piernas me tiemblan al tiempo que las palabras de Muata explotan en mi cabeza como pólvora.

—¿Mi trabajo? ¿Eso es lo que soy para ti, para Muata? ¿Alguien que debe hacer un trabajo? ¡Debieron decir eso antes de hacerme creer que ya era parte de esta familia! —grito a todo pulmón, para después dar un paso atrás y enterrarme en el sillón de un sentón. Tared no me responde; tan solo me ve con absoluta perplejidad.

Incapaz de sostenerle la mirada, escondo mi rostro entre mis manos, con la cabeza y el corazón hechos nudos; no es que odie que me llamen ladrón o que me acusen de algo que no he hecho. Es que tengo tanto miedo de volver a estar solo que la simple idea me hace caer en pedazos.

—Oye, Oye... Lo siento, ¿está bien? —me susurra, poniendo las manos sobre mis hombros—. No quise decirte algo así, no iba en serio. Nunca te apartaría de la tribu, solo no sabía qué decir para que te calmaras, estaba tan tenso que fue lo primero que se me ocurrió y estuvo mal, lo admito, pero si me das la oportunidad de explicártelo...

El toque de sus dedos empieza a quemarme sobre la ropa, demasiado caliente para que lo soporte más. Asiento con la cabeza y él me suelta, sentándose en el sillón de dos piezas frente a mí. Señala el espacio a su lado, pero yo, aún dolido, opto por no moverme de mi lugar. Tared tan solo asiente, como entendiendo la barrera que nos he impuesto.

—Creo que si te hablo de mí, entenderás un poco mejor por qué hago las cosas.

Él me mira con los ojos un tanto tintineantes, a lo que algo se vuelca en mi estómago; nunca había visto la mirada de Tared temblar, y tampoco es el tipo de hombre de quien te esperarías el más pequeño atisbo de debilidad.

La decencia me indica que no debería dejar que me hable de su pasado, pero termino por entender que mi curiosidad suele llevar las de ganar contra el resto de mis emociones, así que lo dejo empezar. Se peina el cabello, echando los mechones hacia atrás y tomando aire.

—Soy originario de Minnesota. Hace ocho años dejé a mi madre y a mi hermano para venir a Nueva Orleans a trabajar en el taller de herrería de mi único abuelo vivo. Para el viejo ya estaba siendo difícil hacer varios trabajos, la muñeca ya no le funcionaba muy bien, así que no le vino nada mal mi mudanza —dice en un susurro. De pronto, el espacio entre los dos sillones se encoge. O soy yo, que me he deslizado unos centímetros para escucharlo con más claridad.

—La cosa no empezó fácil para mí. Siempre tuve un carácter algo difícil, y mi abuelo falleció a los pocos meses de que yo llegase...

—Lo siento... —interrumpo en un susurro, casi por inercia. Al ver su mirada sorprendida, carraspeo y Tared se encoje de hombros.

—En resumidas cuentas, tenía yo varias deudas que contraje en Minnesota y el taller no dejaba tanto como hubiese querido, sobre todo porque yo no sabía lo suficiente y los pedidos se iban acumulando. Llegó un punto en el que los acreedores no cesaban de llamarme, así que solo me quedaba buscarme otro trabajo para ver si podía salir de apuros. Hasta que un amigo que hice aquí me recomendó que entrara al cuerpo de policía.

No me sorprende demasiado. Con su fuerza y su estatura, Tared sin duda entra en el perfil, pero... por otro lado, me empiezo a preguntar de qué trataban sus deudas, si se sigue hablando con su familia o por qué había abandonado Minnesota, pero es obvio que mi curiosa bocota solo me ha traído problemas, así que opto por callarme y dejar que continúe.

—Entrar a la academia fue pan comido. Avancé tan rápido en mi entrenamiento policiaco que en tan solo meses ya me habían dado mi puesto en las calles, una patrulla y un compañero con más experiencia para ayudarme a empezar mis rondas. El sueldo era bueno, estaba pagando mis deudas y todo iba marchando sobre ruedas.

Hace una pequeña pausa, mirándome para asegurarse de que sigo el hilo de la historia. Es evidente que mi ira ha cedido al interés, así que se pone de pie, da un par de vueltas breves y, finalmente, camina hacia la ventana que da al patio. Él abre y cierra la boca repetidas veces, como si le costase hablar. Suspira y mira al techo, abatido y un poco... ¿temblosos?

De pronto, empiezo a sentirme bastante culpable.

—En una guardia de noche —dice, después de una larga pausa—, nos reportaron a dos sujetos que vagueaban por uno de los barrios más pobres de la ciudad, molestando y causando problemas. Confiados en que podríamos lidiar con ellos, mi compañero y yo fuimos allá a eso de las dos de la mañana. Pero cuando llegamos, descubrimos que no eran solo dos. Fue demasiado para

nosotros.

Siento un escalofrío subirme por la columna con aquel «demasiado». Me levanto para acercarme a Tared, quien contempla la noche a través del cristal. Su cara está rígida, pero sus ojos parecen oscurecerse; quizá sea el movimiento de las nubes cubriendo la luna lo que le da ese aspecto tan doloroso, como si estuviese a punto de quebrarse.

—En medio de la brutal paliza que nos estaban dando, tuve mi primer despertar —dice casi en un suspiro, como si acabase de sacar todo el aire de sus pulmones—. Perdí el control y...

—Basta —interrumpo, mientras Tared y yo vemos con igual sorpresa cómo mis dedos se han alzado por sí solos para jalarlo de la chaqueta—. No tienes que...

—No dejé nada en una sola pieza, Elisse. Ni de ellos... ni de mi compañero —dice con frialdad.

Mis dedos se desprenden de su chamarra para cubrir mis labios. Tared encaja sus ojos en mí y, para mi horror, se da cuenta de las estremecedoras emociones que me sacuden.

—Tared, por favor, no tienes que... —insisto.

—En ese momento, los demás llegaron más rápido de lo que pude procesar —continúa él, haciendo caso omiso—. Entre padre Trueno, Nashua y Julien me sometieron, me arrancaron la piel e hicieron lo posible por encubrir la escena, como si hubiesen estado acostumbrados a hacer ese tipo de trabajo.

—¿Pero cómo...?

—Al parecer, ellos tenían mucho tiempo vigilándome.

Me estremezco de pies a cabeza, recordando la eficacia con la que mis hermanos borraron todo rastro de violencia cuando tuve el incidente en el parque y, también, la forma en la que me asecharon después de eso.

—Lo más difícil fue lo que vino después, cuando llegó el resto de la policía a la escena. No tenía ninguna explicación racional a lo que había pasado, los había hecho pedazos a todos, así que tuve que mentir. Les dije a mis compañeros que me había desmayado por los golpes y, por ende, no pude saber quién o qué había hecho tal carnicería. Por años sostuve en público esa versión y no hubo pruebas de lo contrario; se tragarón la historia hasta tal punto que dejaron de preguntarse qué había pasado. El caso quedó cerrado y ellos me creyeron... todos, excepto una persona.

—Hoffman —susurro, con la sangre helada.

Caigo en la cuenta de que he sido un imbécil. No es que Tared no me creyera. Fui yo quien no confiaba en él.

—Lo siento —le digo por segunda vez, con la voz en un hilo gracias a la vergüenza—. He sido un...

Me mira tan solo un instante, para después darme la espalda mientras yo me transformo en la criatura más diminuta del mundo bajo aquel gélido viento azul. ¿Serviría de algo si le dijese que lo siento de nuevo? ¿Que me siento una escoria por haberlo obligado a revivir algo así? Y no porque me asuste lo que hizo, sino por lo que sus ojos me han mostrado al dejar desnuda su alma. No me atrevo a tomar un paso que anhelo dar hacia él, a su cercanía, al desesperado deseo que tengo por envolverlo entre mis frágiles extremidades para ver si yo mismo soy capaz de dejar de temblar.

Tared se marcha a casa sin decir una sola palabra, tan solo dejando en este cuarto una ausencia que empieza a dolerme demasiado. Que me hace percibirme más solo que nunca.

Me quedo sentado en el sillón mirando a la abrumadora nada, porque, por los dioses... ¿Cómo es posible que él sea capaz de hacerme sentir todo esto?

Capítulo 28
SENTIMIENTOS (Y HABITACIONES)
ATROCES

Apenas pasan de las seis de la mañana, cuando alguien toca estrepitosamente la puerta del centro budista. Casi tiro el café sobre la alfombra debido al brinco que he dado, pero me recupero lo suficiente como para alcanzar a cerrarme el suéter. Camino a la entrada, maldiciendo en voz baja y con el estómago rugiendo por el hambre, ya que ni siquiera he podido desayunar.

Veo por la mirilla de la puerta a Louisa, quien gira la cabeza de un lado hacia otro como un aspersor. La dejo pasar y de inmediato sé que algo muy malo le ocurre, ya que está bastante pálida.

—¿Louisa? ¿Qué te pasa? —Pongo mis manos sobre sus hombros y siento su cuerpo temblar bajo mis dedos.

—Elisse, ¡tengo que hablar contigo!

Ahora el nervioso soy yo. Louisa me lleva hacia la cocina en completo silencio y me sienta en la mesa, mientras la veo dar vueltas como una leona enjaulada.

—¿Está todo bien?

—Mira. —Se gira bruscamente hacia mí y se quita los lentes—. Ya estás bastante grande como para saber lo que haces, pero no por eso voy a dejar de preocuparme por ti, ¿me entiendes?

—¿A qué viene esto? ¿Hice algo malo? —Ella suspira.

—Laurele me dijo que fuiste a verla. —Mis ojos se abren de par en par y, de pronto, me siento como un chiquillo que le ha dado una patada a su madre.

—Louisa, yo... —balbuceo, tratando de ocultar mi vergüenza—. Lo siento, me dijiste que no me le acercara, pero... —Ella levanta su rígida palma frente a mí.

—Tendrás tus razones. No soy tu madre para decirte qué hacer.

Las palabras le han salido como un suspiro. Y me han dolido al igual que a ella, puesto que su mirada se ha puesto vidriosa.

—Pero he venido por otra cosa, Elisse. Por algo mucho más importante.

Ella rebusca algo en su bolso bajo mi mirada culpable. De pronto, me echo hacia atrás al ver lo que saca de allí: El muñeco vudú, ese que apareció la noche de la visita del Loa, yace apretado entre sus dedos.

—¿De dónde sacaste eso? —pregunto, boquiabierto.

—Mi hermana lo ha dejado en mi casa anoche y, encima, tuvo el descaro de pedir que te lo entregara.

Mi corazón da furiosas embestidas contra mi caja torácica, mareándome con rapidez. No. No puede ser. ¡¿Cómo fui tan idiota?! ¡No perdí el muñeco en la persecución del pantano, lo dejé en

la tienda de Laurele!

—¿Y las agujas? —pregunto en voz baja, incapaz de siquiera respirar bien.

—¿Cuáles agujas?

—El muñeco tenía un montón ensartadas por todos lados, hasta me pinché la mano con ellas y...
Sangré.

El aliento se me corta. Intento mantener la compostura para no alterar a Louisa, pero no puedo evitar que el alma se me vaya a los pies. Al mirarla a ella, noto que ha palidecido todavía más, como si me hubiese leído la mente.

—Elisse, por lo que más quieras, no te acerques a mi hermana —me pide—. ¡Esa mujer es mucho más peligrosa de lo que crees! ¡Lo que sea que quiera de ti, no es nada bueno!

—Louisa, por lo más divino, ¿quién es Laurele? ¿Y qué es lo que te ha hecho?

Ella parece a punto de llorar. Se lleva las manos al pecho e inhala, tratando de tragarse un hipeo.

—Desde que éramos niñas, Laurele siempre estuvo fascinada con nuestras raíces haitianas, leía todo lo que podía sobre vudú, lo memorizaba y se codeaba con los curanderos y brujas de nuestro barrio. Soñaba con convertirse en la siguiente Marie Laveau y yo siempre traté de mantenerme fuera de sus cosas, porque había algo en el semblante de mi hermana, algo que me ponía los pelos de punta y que me hacía sentir que, poco a poco, se metía en un mundo del que tal vez no íbamos a poder sacarla.

Louisa huye hacia la ventana del fregadero, abre el cristal y respira profundo, como si necesitase una bocanada de oxígeno para no desmayarse. Le miro la espalda temblorosa, ahogándome las ganas de ir a abrazarla hasta acabar con las inclementes sacudidas de su cuerpo. Pero, tal cual lo hace un animal espantado, me quedo quieto y observante en mi silla.

—Con el tiempo, se volvió muy famosa y a los diecisiete ya era toda una experta —continúa—. La gente comenzó a tocar a nuestra puerta pidiendo ver a mi hermana, y cada vez hacía cosas más raras que requerían más ingredientes, uno más macabro que el anterior. Su habitación se volvió un cementerio de huesos y su cara no expresaba otra cosa que desprecio cada vez que nos miraba a mi madre y a mí. Se volvió tan extraña que ambas empezábamos a temerle, hasta que un día se marchó...

—¿Dejaron de hablarse?

—Sí, y más porque al poco tiempo me casé. Un hombre terrible, violento... la peor elección de mi vida, pero yo no tenía otra opción.

¿Violento? Intento no imaginarme lo peor, pero cuando la veo pasar la mano por la mejilla, como si rememorase el fantasma de un moretón en la cara, el pecho se me encoje por la rabia. ¿Cómo alguien podría tener la podredumbre suficiente para ponerle un dedo encima a una mujer como Louisa?

—Hijo de puta... —bisbiseo, apretando los puños hasta el punto de blanquecer mis nudillos.

—Ay, Elisse, en aquel tiempo, ser negro era lo mismo que ser un animal, sin derechos, sin igualdad, sin sueldos decentes, así que ser negra, mujer y, encima, soltera, era la forma más efectiva para matarte de hambre. Estaba sola, y más porque mi madre falleció al poco tiempo de que Laurele se fuera de casa —explica, como si quisiera justificarse aun cuando yo jamás tendría el descaro de juzgarla.

—¿Qué pasó con tu marido? —intervengo una vez más, sembrando desprecio en cada una de las letras.

—Mira, él... —Hace una breve pausa. Se cubre los ojos con las manos y deja escapar un ruido suave, ahogado. Louisa solloza y me arrepiento de inmediato por haberle preguntado, y más

cuando me arroja los ojos empapados en lágrimas—. Elisse, ¿sabes lo que es un aborto?

Ambas cejas se disparan hacia mi frente y las puntas de mis orejas se enrojecen hasta dolerme.

Claro que sé lo que es. Crecí en un país donde las violaciones estaban a la orden del día, así que no era raro que algunas mujeres del campo de refugiados se viesan obligadas a practicar uno.

Asiento despacio, a lo que Louisa exhala aliviada, me imagino que por no tener que explicármelo ella misma.

—Durante los años que duró mi matrimonio, nunca pude tener un niño. Estuve embarazada varias veces, pero ninguno de mis pequeños lo logró. Ninguno.

Louisa rompe a llorar y yo me levanto como impulsado por un resorte para acercarme a ella. Mis manos acunan con suavidad sus mejillas y mis pulgares limpian sus lágrimas, sintiendo que el corazón se me hace pedazos al verla así; al ver cómo el brillo maternal que ella siempre ha desprendido comienza a ser devorado por una tristeza abrumadora.

—Nadie podía explicarme lo que pasaba —dice entre sollozos, atrapando una de mis manos entre las suyas y apretándola con fuerza—, pero... lo único que sé es que cuando comenzaba a percibir un olor extraño, significaba que también estaba a punto de perder a mi niño.

—¿Un olor extraño?

—Sí, como si de pronto hubiese un cadáver metido en objetos que yo destapaba, como botellas o tambos.

Inhalo despacio, tratando de no mostrar el horror que me invade al escuchar aquella descripción tan espantosamente familiar.

—La única vez que fui a casa de mi hermana no me molesté en avisarle antes. Mi esposo acababa de dejarme por otra mujer y yo quería hablar con alguien, pero cuando llegué a su puerta, el mismo olor repugnante llegó hasta mis narices. Fue allí cuando supe que, de alguna manera, Laurele...

Ella aguanta un gemido. No es necesario que explique el resto, ya que lo doy por sentado. Mis ojos se cierran ante aquel espeluznante acto al tiempo que mi cabeza se llena de preguntas: ¿Por qué querría Laurele hacer abortar a su propia hermana? ¿Qué tipo de beneficio podría tener ella de algo tan monstruoso?

Escucho a Louisa sollozar de nuevo, así que la estrecho entre mis brazos, soportando el peso de sus lágrimas acunándose entre mis clavículas.

—Tranquila, tranquila... —le susurro una y otra vez, peinándole el cabello con los dedos y temiendo romperla más de lo que ya está.

—Yo habría podido perdonarla, Elisse... Si tan solo eso hubiese sido lo peor de todo lo que me hizo.

¿Es en serio? ¿Acaso podría haber algo peor que eso? Ella se limpia las lágrimas y endurece su mirada, como si un fuego de desprecio estuviese devorándosela por dentro.

—Antes de marcharse, mi marido me dejó un milagro: mi primer y único hijo nació meses después de que me dejó. Y con ello, me dio los veinte años más felices de mi vida antes de morir de un ataque al corazón.

—¿Un infarto? ¿Tan joven? —exclamo, perturbado.

La mirada de Louisa se desvía hacia la ventana, como si buscara en el exterior algún rastro de aquel hijo perdido.

—Imposible, ¿verdad? Pero pasó. Desde entonces, no importa cuánta gente esté a mi alrededor o qué tanto me esté divirtiendo. Siempre me siento sola.

Suspiro y la abrazo de nuevo. No es difícil imaginar que parte del apego que tiene Louisa hacia mí es gracias a la ausencia de su hijo, pero no me atrevo a juzgarla, y la idea tampoco me lastima;

al contrario, la entiendo a la perfección, puesto que yo también he buscado compensar la falta de mi padre durante bastante tiempo.

Ella sonríe un poco y se enjuaga las lágrimas, como si ya no le quedase otra cosa que esconderme.

—Nunca me imaginé que mi propia hermana mayor sería tan abominable como para hacerme eso.

Dejo de respirar. Me inclino hacia adelante, mirando a Louisa sin mover una sola pestaña.

—¿Dijiste hermana mayor?

—Su magia es real, Elisse. Mi hermana tiene cincuenta y nueve años, pero desde la muerte de mi hijo, nunca volvió a envejecer.

Creo que debería empezar a considerar comprar un coche, ya que a este paso terminaré haciendo pedazos el de Louisa. Es una suerte que Tared haya reparado el carro tan pronto, de otra manera habría tardado años en llegar al Barrio Francés en taxi o autobús. Y la verdad es que tiempo es lo último que tengo.

Llamé a la reserva hace tan solo treinta minutos, pero al no recibir respuesta era obvio que tenía que hacer las cosas por mi cuenta, además de que con la frente caliente y las venas bullendo de rabia no me lo pensé demasiado.

La cabeza me da vueltas como el ciclo de una lavadora mientras me repito a mí mismo lo estúpido que fui al dejar el jodido muñeco en la tienda de Laurele. Había sangrado al pincharme con las agujas, por ende, le di todas las armas a esa maldita mujer para que pudiese embrujarme, así que ahora estoy más que seguro de que fue ella la que hizo que el coche se descompusiese en medio de la carretera... Y también tengo la certeza de que es quien está reviviendo a los errantes.

Pero ¿por qué? ¿Qué rayos ganaría con matarnos? ¡¿Y cómo demonios fue capaz de hacerle algo tan atroz a su propia hermana?!

Me estaciono lo más cerca que puedo del barrio y bajo como si me persiguiera un demonio. Espero encontrar a Laurele en su tienda, y si no, ¡mínimo le prenderé fuego a su maldito nido de...!

Me detengo de golpe e inhalo hasta inflarme el pecho por completo. Estoy muy consciente de que ardo en cólera, no solo por lo que trata de hacernos Laurele, sino por lo que ya le hizo a Louisa, así que debo controlarme si no quiero hacer una locura de la que luego me arrepienta. Agito la cabeza y vuelvo a trotar.

Estando a unos metros del local, veo las puertillas de madera firmemente cerradas. Me acerco, miro por el escaparate y mi corazón bombea al ver barrotes de hierro incrustados de arriba abajo delante de las cortinas, unos que, estoy seguro, no estaban antes allí. Corro hacia las puertas y me asomo entre el pequeño espacio que las separa, encontrándome con todo apagado y...

Vacío. ¡El local está vacío! ¡La hija de puta se ha largado!

—¡Carajo! —exclamo al tiempo que suelto una patada a las puertas de madera.

Para mi sorpresa, la entrada se abre con un rechinido. Miro a ambos lados de la calle para asegurarme de que nadie me ha visto, pero está tan vacía que me animo a empujar poco a poco las puertillas, lo suficiente como para introducirme en la tienda. La madera del piso chilla bajo mis botas, mientras que la sensación de vacío me sacude la nuca.

Ahora que está solo, el espacio se ve mucho más grande, ya que lo único que la bruja ha dejado es la recepción de madera. A un costado de la tienda hay una escalera que da al segundo piso y detrás de la recepción, el umbral de la trastienda, por lo que avanzo despacio y miro hacia aquella apertura, sintiendo un arpón lanzarse desde mi ombligo hasta el fondo de la negrura. Avanzo

despacio, todavía impulsado por una rabia que burbujea bajo mi primera capa de piel.

Saco el encendedor que he traído conmigo e ilumino un poco la entrada. Subo el nivel de la llama lo más alto posible, encontrándome con un pequeño pasillo. Las paredes amarillentas están sucias y vacías, con las huellas mugrientas de lo que debieron ser retratos colgados.

Es escalofriante, porque de momentos pareciera que aún hay unos cuantos rostros impregnados en esas siluetas de polvo.

Hay un par de puertas a los lados del corredor, pero ninguna puede llamar tan poderosamente mi atención como la que está incrustada al fondo, que es negra como el petróleo. Llego despacio hasta ella y distingo, con un escalofrío en la nuca, que está llena de... ¿arañazos?

Miro sobre mi hombro, viendo el tenue resplandor que entra desde las puertas de la entrada, ahora pareciéndome demasiado lejanas. De pronto, la ira sale huyendo al darle cara a un miedo que pugna por tomar fuerza bajo mis huesos. Me lo trago junto con unos gramos de oxígeno, así que pongo la mano sobre la perilla y abro, mirando con cautela hacia el interior.

No sé qué me da más pavor, el silencio tan penetrante que me ha acompañado desde que entré a la tienda o el vacío que me encuentro en esta habitación. La luz de mi encendedor es escasa, pero suficiente como para dejarme distinguir una ventana al fondo del cuarto, así como la pintura demacrada de las paredes que está cayéndose a pedazos.

Es extraño. No es una habitación cuadrada, sino más bien oval, algo peculiar para una casa vieja del Barrio Francés.

Intento buscar un apagador, pero el ambiente se torna mucho más pesado cuando me doy cuenta de que ni siquiera hay un foco en el techo. Tomando agallas, me acerco hacia la ventana para tratar de abrirla, pero está sellada con clavos y cubierta por una gruesa capa de plástico y cinta de aislar que impide el paso del sol. En el marco de la ventana distingo cinco hendiduras. Son largas y gruesas, tan separadas entre sí que abarcan casi todo el tablón. Las miro a fondo y palidezco.

Son las marcas de una mano gigantesca.

Un paso resuena detrás de mí. Doy media vuelta y, para mi horror, veo cómo la puerta se cierra hasta hacer un único *click*. Con los ojos abiertos de par en par, troto hacia ella e intento abrir la perilla, pero está cerrada como una tumba. Escucho que algo se arrastra y lo primero que hago es elevar el encendedor hacia el techo.

Nada.

A punto de suspirar de alivio, unos susurros me congelan la sangre de nuevo. Viro la cabeza de un lado a otro, pero no distingo nada más allá de la tenue luz de mi llama. Respiro profundamente y trato de prestar atención a aquellas voces que cada vez aumentan en número y... no, no se están volviendo más numerosas, son ecos de las mismas voces, retumbando una y otra vez en las propias paredes.

Armándome de valor, acerco el encendedor hacia uno de los descarapelados muros. Mis ojos se abren en asombro al ver que distintas figuras comienzan a hundirse en la pared, como si fuesen rasgadas con pluma a medida que paso las llamas sobre el concreto. Estrellas, cruces, criptas, todo se despliega ante mi estupefacta mirada.

—Vevés —murmuro—. Cientos de ellos.

Camino contra la pared develando el mural de símbolos que me hielan la sangre. Llego de nuevo hasta la ventana y otro paso suena detrás de mí. Doy media vuelta.

¡FUM! La flama del encendedor en mi mano estalla como una antorcha, iluminando toda la habitación por unos instantes y permitiéndome ver lo que mora en ella.

Grito. Tan fuerte que casi me destrozo la garganta. El fuego me quema los dedos y dejo caer el mechero, quedándome sumido en una completa oscuridad.

—¡Mierda, mierda...! —bisbiseo, temblando como una hoja a punto de caer de un árbol.

Estoy seguro de lo que vi. La habitación estaba repleta de cadáveres de hombres, mujeres y animales colgando del techo, ahorcados, desnudos, mutilados y con muecas abominables en sus caras. Y lo más espantoso de todo, es que había unos tan pequeños que estoy seguro de que eran niños.

—Ayúdame, ayúdame, por favor... —suplico a Ciervo Sombra, porque estoy que me cago del miedo. Al no tener ni señal de él, ni siquiera un desgarró en mi interior, me pongo en cuclillas y avanzo en medio de la oscuridad, aferrándome a la pared como si la vida se me fuese en ello y temiendo que los pies de alguno de los cadáveres roce mi coronilla o que el goteo de su sangre llegue hasta mis sienes. La habitación no es muy grande, por lo que si me guío por los muros, sé que podré encontrar la puerta para largarme de aquí.

Avanzo, avanzo, avanzo.

La desesperación me carcome, porque camino largamente en la oscuridad sin encontrar rastros de la maldita puerta; es como si la habitación se hubiese vuelto infinita. Mi cuerpo se empapa de un sudor frío y mi corazón late tan rápido que me mareo por la falta de aire. Doy vueltas una y otra vez por esta pared ovalada como si de pronto hubiese caído en un pozo, encontrándome con nada más que silencio y oscuridad.

—¿Qué diablos es esto? —comienzo a gemir—. ¡¿Dónde carajos está la puerta?!

Escucho pasos firmes a mis espaldas. El terror me infecta. Comienzo a correr con las manos pegadas a las paredes y arrastrando el hombro contra ellas, gimiendo lo más bajo que puedo y aferrándome a la esperanza de que lo que sea que esté en este lugar, conmigo, no pueda escucharme. O alcanzarme.

Uno, dos, cinco, diez... Los minutos trascurren y yo sigo sin encontrar la puta salida.

Jalo mis cabellos con una sola mano, me agito, gimo, sudo, aprieto los dientes y luego sigo corriendo sumido en la más profunda oscuridad.

Cuando la línea entre la desesperación y la esquizofrenia se empieza a diluir, mis pies patean algo que rebota y sale volando lejos de mí. Abro bien los ojos y sigo atentamente el ruido, o al menos eso creo que hago, porque estoy tan aterrado y confundido que ya no estoy seguro de si mis sentidos me están engañando.

Me pongo a gatas en el piso y me alejo de la pared para buscar el objeto, muy a pesar de que eso signifique abandonar la seguridad del muro por unos momentos.

Y entonces, mis manos palpan algo más que suelo. Una sonrisa estúpida nace en mis labios cuando reconozco mi encendedor bailando entre mis temblorosos dedos. Prendo la flama y miro de un lado hacia otro, encontrándome con una infinita negrura.

Me echo a correr al frente, entre metros y metros de oscuridad absoluta. El corazón se me detiene al darme cuenta de que las paredes han desaparecido.

—¡No, no, no! —comienzo a gemir con más fuerza.

«*Elissee...*»

Me cubro los labios para no gritar al escuchar mi nombre pronunciado en un siseo. Paro en seco y preno el encendedor entre mis dedos, sintiendo sendas gotas de sudor frío empapando mi ropa. Muevo la flama de un lado a otro y, entre la penumbra, veo una cola blanca deslizándose a lo lejos, para luego esfumarse entre las sombras.

Escucho de nuevo el llamado y me llega la enferma idea de que es esa cosa la que me ha llamado. ¡Por todo lo sagrado! ¿Será una trampa de Laurele?

Veó que la silueta de aquello comienza a perderse en la oscuridad, así que, por puro instinto, me echo a correr detrás de ella. La cola se mueve a un par de metros delante de mí como un hilo de

luz, hasta que al fin alcanzo a distinguir a la criatura.

Es una serpiente.

La sigo hasta que la sangre me regresa al rostro cuando veo que el rabo blanco desaparece por debajo de la puerta.

—Gracias, gracias, gracias... —susurro una y otra vez, a punto de estallar en una risa nerviosa.

Cuando mis dedos se encadenan a la perilla, la puerta se abre desde el otro lado, jalándome en el acto y haciéndome caer de bruces al piso.

—¿Qué demonios haces aquí? —exclama una voz muy humana, mientras una brillante luz me penetra directamente en los ojos. Jadeo.

Apuntándome con una linterna de bolsillo, distingo al agente Hoffman, quien me mira de vuelta con el ceño fruncido. ¡Por su bendita madre! ¡Nunca creí que estaría tan endemoniadamente feliz de ver a este cretino! Me pongo de pie, temblando como un cachorro y tragándome las ganas de lanzarme a abrazarlo.

—Ah, yo... —balbuceo como idiota, aún incapaz de recuperarme del maldito susto, mirando una y otra vez a mis espaldas.

¡MIERDA! Los contemplasombras debemos de tener la tasa más alta de mortalidad entre los errantes, ¡porque a este paso terminaré muriendo de un puto paro cardíaco!

—Te pregunté qué rayos haces aquí, mocoso.

Me seco el sudor de la frente y trago duro.

—Vine a buscar a la señorita que tenía una tienda aquí. Yo...

—La mujer cerró anoche y se largó. Creo que es lo bastante evidente como para que sepas que meterte aquí es un delito.

—Ah, es que, usted sabe, ella me debe algo y yo pensé que...

La mirada de Hoffman es tan pesada que la siento como una roca aplastándome la coronilla. De inmediato, me doy cuenta de que le importa un carajo lo que estoy diciendo, así que tomo aire.

—Mire, si lo que quiere es...

—Dime, niño, ¿de dónde conoces a Tared? —Su pregunta me descoloca, por lo que abro y cierro la boca un par de veces—. ¡Contesta!

—Ah, bueno, yo... Una vez vino al centro budista. Me cayó bien —miento, casi con obviedad.

Él se inclina hacia mí, dejando su rostro a escasos centímetros del mío.

—Te enteraste de que alguien ha estado jugueteando con los muertos del cementerio de Saint Louis, ¿verdad? —Una vez más, sudo frío.

—Bueno, sí... todo el mundo se enteró, ¿pero a qué viene eso? —respondo, alterándome más y temiendo que mi cordura colapse de un momento a otro o, peor aún, que algo me jale de vuelta al cuarto oval.

—Ándate con cuidado. Nunca sabes lo que puedes encontrarte debajo de una cama. —Mis manos tiemblan ante el grosor de su voz, cosa que estoy seguro de que lo divierte todavía más—. Y ahora, vete de aquí antes de que te refunda en una maldita celda para menores.

No tiene que decirlo dos veces. Me levanto como un rayo y salgo disparado hacia la cabina telefónica más cercana.

Un par de horas más tarde, me encuentro dentro de la cabaña de Muata; estoy sentado en la cama del anciano, rodeado de toda la tribu mientras mamá Tallulah está a mi lado, acariciando mi espalda y tratando de calmar mis temblores con algunas hierbas relajantes que de vez en cuando pasea bajo mi nariz.

Acabo de contarles tanto la historia de Louisa como lo que pasó en la tienda de Laurele, por lo

que todos me miran como si me hubiesen encontrado aplastado debajo de un camión. Muata, en cambio, no ha despegado los labios en todo este rato.

—La bruja Fiquette... Ya decía yo que nos daría problemas tarde o temprano —dice mamá Tallulah, mirando a padre Trueno con preocupación.

—¿Ya la conocían?

—Hace años fue la hechicera más famosa de por aquí —me responde padre Trueno—. Todos decían que era una de las encarnaciones de Marie Laveau, pero de un día para otro se retiró. Dejó de hacer encargos y abrió una tienda de porquerías vudú en el Barrio Francés.

—Yo digo que vayamos ahora mismo a romperle el cuello.

Por primera, vez estoy de acuerdo con Nashua.

—Abuelo, ¿qué pasó en ese cuarto? —pregunto, a lo que el anciano suspira para luego menear su cabeza de un lado a otro.

—Aquella gente, aquellos cadáveres de seguro fueron víctimas de la hechicera Fiquette. Los muertos también pueden quedar atrapados en el plano humano, creando aquello a lo que llamamos «fantasmas». A veces se quedan aquí debido a que el final de sus días fue repentino o confuso; es difícil saber a dónde ir si nunca te has dado cuenta de que estás muerto.

Una gota helada me cae en la nuca al siquiera pensar en la posibilidad de que alguno de los niños que vi sea uno de los bebés de Louisa.

—Maldita zorra, ¡pudo haberte matado! —escucho susurrar a Tared, quien se carga un semblante tan iracundo que por instantes se asemeja al de su estado de hombre lobo.

—¿Y qué hay de la habitación? —le pregunto al anciano.

—Esa bruja ha puesto un hechizo para entorpecer tu mente, una trampa para enloquecer a todo aquel que ose entrar a ese cuarto. Te aseguro, muchacho, que todo el tiempo estuviste dando vueltas allí mismo, en la habitación, porque tu cabeza te hacía creer que era un lugar infinito. Tal vez, la serpiente que viste era un ancestro guiándote a través de la oscuridad para encontrar la salida. Los contemplasombras somos los únicos errantes que podemos interactuar con otros ancestros aparte del nuestro.

Siento una mezcla de asombro e impotencia ante sus palabras. Estoy seguro de que sin la guía de Muata no podría entender ni una cuarta parte sobre el mundo de los espíritus.

—¿Qué hacemos ahora, padre Trueno? —pregunta Julien, quien, por primera vez desde que lo conozco, se está tomando las cosas en serio.

—¿Nosotros? ¿Qué no es tarea de Elisse matar a esa mujer? —reclama Nashua, a lo que endurezco mi mirada.

—Eso no significa que deba hacerlo solo, Nashua —le replica Johanna—. ¡Doce tumbas! ¿Recuerdas? ¿Quién sabe qué tantos errantes estén custodiándola!

—No. Nashua tiene razón. No deberían ir por ella si es mi deber —replico, más por enfado que por gusto.

—¡Ni hablar! —exclama Tared, acercándose a zancadas y plantándoseme enfrente—. No vas a poder con ella si tiene errantes a su lado, así que olvídate de eso.

—¡Pero...!

—¡A la mierda, Tared! ¡Hasta Ciervo Piel de Sombras se negó a ayudarlo, así que no hay razón para que lo hagamos nosotros! —grita Nashua.

—¡¿Te atreves a darle la espalda a tu familia?! —exclama el lobo de vuelta, con el rostro enrojecido y las venas del cuello hinchadas.

—¡Ese mocoso no es de mi familia!

Tared lanza un rugido bestial, mientras todos nos echamos para atrás al verlo cruzar la

habitación a grandes zancadas. Nashua reacciona de la misma manera y ambos se abalanzan en contra del otro.

Johanna grita de espanto y, ante la mirada desorbitada de mamá Tallulah, Julien y yo nos lanzamos en medio de ellos antes de que comiencen a golpearse; el bison te sujeta a Nashua del cuello con su antebrazo y lo jala hacia atrás, mientras yo me interpongo en el camino de Tared y encierro su cintura en mis brazos, empujándolo con todas mis fuerzas hasta la cama.

—¡BASTA YA!

Frascos caen en picada al suelo, los objetos se sacuden al igual que nosotros y cada madera de la cabaña vibra por un instante. Padre Trueno, haciendo honor a su nombre, ha gritado con tanta fuerza que la barraca se ha sacudido por completo.

Callamos como conejos espantados; el silencio es perturbado solo por los jadeos de Nashua y Tared, quienes aún se miran como si quisieran arrancarse la cabeza uno al otro. Nuestro líder, siendo el hombre más sensato de los dos, es el primero en ceder. Pone su mano sobre mi hombro y, a pesar de que sigue respirando con agitación, sé que ya está bajo control.

—Nashua —lo llama padre Trueno, con un tono tan gélido que me dan escalofríos—, vuelve a faltarle el respeto a tu líder y yo mismo me aseguraré de propinarte el más severo de los castigos. No toleraré ninguna rebelión en mi tribu, ¿me escuchaste?

—Sí, padre... —responde el nativo entre dientes, mientras Julien lo suelta por fin.

—Tared, ¿cuál es tu plan de acción? ¡Rápido! —exige de nuevo el anciano, a lo que el lobo gira su cabeza hacia mí por unos segundos. Lo suelto al ver sus ojos inyectados en sangre, porque parece buscar la solución en mi mirada. Alza el rostro de nuevo y ve a todos los que están a su alrededor.

—Elisse, has dicho que la señora Louisa es hermana de esa mujer. ¿Tendrá idea de en dónde vive?

—No lo creo. Louisa hace lo posible por no saber nada de ella.

Él gruñe en descontento.

—Nashua, Johanna —los llama, a lo que ambos se le acercan de una zancada, muy a pesar de que el nativo americano aún tiene el resentimiento impregnado en la mirada—. Vayan inmediatamente a la ciudad y averigüen en dónde vive, llévense las armas que necesiten y no se atrevan a volver sin esa información.

Los dos asienten, mientras se marchan sin preguntar nada más.

—¿Armas? —pregunto, descolocado.

—Recuerda que nuestra prioridad siempre será mantener nuestra especie en secreto, y no es buena idea cambiar de forma en medio de la ciudad, así que cargamos armas y silenciadores por si hay que tomar medidas desesperadas —me responde Julien, a lo que yo recuerdo la escopeta que llevaba Tared en su camioneta el día que se nos apareció el errante caimán.

—¿De verdad vamos a matarla? —pregunto, aún atormentado por la idea.

—Nosotros no, Elisse —contesta padre Trueno—. Tus hermanos te protegerán lo suficiente para que llegues a ella, pero tal como lo ordenó el abuelo Muata, quien debe matar a Laurele Fiquette, eres tú.

—*¿Sí, diga?* —La voz de Louisa del otro lado del teléfono me desconcierta. Su respiración se escucha agitada, como si hubiese corrido para tomar la llamada.

—Louisa, soy Elisse.

—*¡Por los budas!* —susurra—. *¿Dónde estás?*

—En la reserva. *¿Qué ocurre?*

—*¡Algo terrible ha pasado! Ha vuelto a faltar dinero, ¡otros dos mil dólares de la caja fuerte! Carlton se puso histérico, entró a tu cuarto hace rato y puso todo de cabeza. Encontró un montón billetes detrás de la estantería y llamó a la policía. ¡Están buscándote!*

—¿Qué? ¡No, no! ¡Louisa, yo no he robado nada, alguien está tratando de inculparme! — exclamo, agitando el brazo de un lado a otro.

—*Lo sé, lo sé, mi niño, yo te creo. ¡Inclusive Geshe se puso a defenderte! Pero no ha podido hacer nada porque todos en el centro están vueltos locos. Por ahora, lo mejor es que no regreses acá hasta que las cosas se calmen.*

—Por los dioses...

—*Debo irme, mi cielo, ahora estoy sola en el centro, pero quién sabe cuándo lleguen los demás. Cuidate, por favor, y no te muevas de donde estás. Yo te llamaré por cualquier cosa.*

Sin darme tiempo a contestarle, corta la llamada. Aprieto el puente de mi nariz y trato de no echarme a temblar.

—¿Ya has avisado que te quedarás aquí hoy?

Doy un brinco y miro a mis espaldas. Mamá Tallulah entra despacio a la cocina, sonriéndome.

—¿No han llegado todavía? —le pregunto en un intento fallido para distraerla de mi semblante, puesto que ella entrecierra los ojos y ladea un poco la cabeza.

—No, pero apenas empezará a caer la tarde, así que aún hay tiempo.

—Ya veo. —Me rasco un poco la nuca mientras la veo dar pasitos de pluma hacia mí.

—Mejor sal de aquí, muchacho, que Julien no tardará en venir a hacer la comida y no querrás que te use de asistente.

No me lo pienso dos veces. Cruzo el cuarto y paso al lado de mamá Tallulah, pero ella me detiene poniendo su mano sobre mi pecho. Miro sus ojos de niebla y los veo brillar de una forma que me cuesta mucho descifrar.

—Elisse... Para mí eres como un hijo, al igual que todos los niños de esta tribu. Y nada le duele más a una madre que ver a su hijo desolado. No tienes que decirme lo que te pasa, pero si me necesitas, estoy aquí para ti. Siempre.

Y sin esperar a que le responda, mamá Tallulah me abraza. Ella es casi de mi estatura, por lo que alcanza a estrujarme todo con su cuerpo y su presencia. La siento tibia y suave, desprendiendo ese olor a bosque que me hace sentir tan melancólico.

Me estremezco y correspondo su abrazo, apretándola contra mi pecho con la suficiente fuerza como para sentir que no podría escapar de mis brazos. Siento deseos de llorar, pero los empujo al fondo de mi vientre, justo donde siempre entierro todo sentimiento que amenaza con romperme.

La noche cae y mis botas rechinan sobre la madera del húmedo muelle, mientras veo al sol morir detrás de los árboles que rodean el lago. El cielo rosado se salpica poco a poco de preciosas estrellas tintineantes, haciéndome una tentadora invitación a adorar esta naturaleza desde el fondo de mi ser. Las emociones me ahogan, todas a la vez, pero la decepción las sobrelleva al darme cuenta de que no puedo apreciar esta vasta belleza de la forma que me gustaría. Estoy demasiado...

—¿Nervioso?

Me estremezco al escuchar a Tared a mis espaldas. Lo veo acercarse, mirándome de esa forma que me hace sentir que puede leer todos y cada uno de mis pensamientos.

Trae botas militares, se ha echado el cabello hacia atrás y lleva una reluciente pistola colgando del cinturón de su pantalón de mezclilla. Parece un soldado listo para la batalla, aunque ahora que lo pienso, ambos nos preparamos precisamente para eso.

—Demasiado —contesto, estrujando un poco la chaqueta de piel que llevo encima—. Ni siquiera sé si voy a poder ser útil.

—¿Por qué dices eso?

—Nashua mismo lo dijo —respondo un poco irritado—. Sentí a Ciervo Sombra querer escapar de mi cuerpo cuando vi al monstruo de hueso en el desfile, pero cuando le pedí ayuda en el cuarto oval... No pude transformarme.

Trituro a mis propios dedos dentro de mis puños.

—Elisse —el hombre lobo se acerca, dejando apenas unos pasos de distancia entre nosotros—, tu error fue pedirle a Ciervo Sombra que hiciese algo por ti. Los ancestros no son seres independientes de nosotros, ellos SON nosotros, aun cuando tú no hayas nacido con él. Por ende, en vez de solicitar que te hagan un favor, sé inteligente, exígete a ti mismo hacer algo que te sea útil, piensa en soluciones para aquello a lo que estás enfrentándote. ¿Necesitas fuerza? Exígetela. ¿Necesitas un milagro? Exígetelo. Ellos te otorgarán sus dones con sabiduría.

Me esfuerzo por sonreír. Sus palabras tienen sentido y hasta algo de magia, pero aun así no puedo evitar sentir escalofríos ante lo que nos espera.

Avanzo hasta la orilla del muelle y contemplo los nenúfares balancearse en las ondas del lago. Me siento tan frágil como la superficie del agua, como si la más pequeña cosa fuese capaz de hacerme polvo ahora mismo.

—¿Tienes miedo? —me pregunta él.

—Más que nunca —respondo con sinceridad.

—Aprecias demasiado tu vida.

—Claro que me importa. No quiero morir. Pero eso no es lo que me tiene asustado.

—¿Entonces?

—Para mí, la familia no es importante, Tared. Lo es todo, por ende, no quiero que... —No me atrevo a terminar la frase, pero sé que no hace falta que diga lo demás. Miro a los ojos azules del hombre frente a mí, los cuales parecen haberse ensanchado.

Sé que los errantes no somos animales ni humanos. De hecho, creo que no está bien que piense en Tared como un «hombre lobo», pero eso no significa que no seamos tan perceptivos como nuestros ancestros, así que estoy seguro de que mi asqueroso olor a miedo debe estarle entrando a marmotos por la nariz.

—A veces es inevitable —dice él—. Ahora solo nos ha atacado a nosotros, pero imagínate si decide usar a los errantes para otros fines. Podrían lastimar a Louisa o revelar nuestra existencia. Laurele no puede seguir así.

—¿Qué pasará si uno de nosotros muere? —interrumpo, contemplando la espantosa posibilidad. Ambos echamos la mirada en el agua, la cual refleja la tenue luz que queda del atardecer.

—Nuestra vida jamás va a estar asegurada —dice—, pero recuerda que hemos pactado morir por los nuestros, al lado de los nuestros. Porque si no vemos que más allá de ser un deber, es un honor, entonces ninguna de nuestras luchas estaría justificada.

El corazón se me inflama hasta dolerme dentro del pecho. El Atrapasueños siempre toca fibras importantes en mí.

—Tared —susurro, dando un paso hacia él bajo su atenta mirada—, no quiero matar a Laurele.

—Lo sé.

Mi barbilla se catapulta.

—¿Lo sabes?

—No tengo mucho de conocerte, Elisse, pero extrañamente, nunca me ha costado entenderte. Sé que no quieres matar a nadie, sé que sientes que está mal y que si lo haces, vas a cambiar de una

forma que nunca te permitirá volver a ser el mismo.

—... Debes pensar que soy un cobarde.

—Al contrario —dice, mirando hacia el lago—. Te respeto muchísimo.

—¿Por qué? —pregunto algo agitado, ya que eso me ha tomado por sorpresa.

—Los muchachos, padre Trueno, yo... Todos nos hemos resignado al papel que la naturaleza nos ha otorgado como errantes, como devorapieves. Inclusive Johanna no dudaría en acabar con quien fuera con tal de honrar nuestro propósito, pero tú eres diferente a todo lo que he conocido hasta ahora, Elisse. Hay algo en ti que me trae mucha nostalgia, que me hace recordar que siempre va a haber algo muy humano dentro todos nosotros que nos debe impedir tomar decisiones tan a la ligera sobre la vida de otras criaturas... Y yo admiro eso como no tienes idea.

Se gira hacia mí y me clava sus gélidos ojos azules, los cuales de pronto parecen haberse tragado la luna. Levanto la mirada para buscarla en el cielo, asegurándome de que siga allí.

—Tú no te preocupes por Laurele —me dice—. Yo me haré cargo de ella.

Me siento tentado de dar un paso atrás. No estaba seguro de querer acabar con la vida de una persona, pero tampoco estoy seguro de querer que Tared haga esa tarea por mí. Sé que no es la primera vez que mis hermanos acaban con otro errante (falso o no) o con alguna criatura del plano medio, son devorapieves, están hechos para ello, pero... estamos hablando de un ser humano. ¿Acaso no hay otra manera?

—Tú solo preocúpate de que no salgas herido, ¿está bien? —dice con tranquilidad, como tratando de romper la tensión—. Te necesitamos casi tanto como te queremos.

La lengua se me pega al paladar. Quisiera decirle que no se preocupe por mí, pero las palabras no salen de mi boca. Miro de nuevo el lago y pienso que tal vez sea la última vez que pueda admirar su belleza, así que decido captar un poco más de la absoluta hermosura de este lugar.

Después, mi rostro viaja hacia el hombre lobo; nuestras miradas se cruzan por milésima vez, pero nuestros labios no son capaces de decir nada. Me da un escalofrío al ver que las lunas tiemblan... ¿Eso que veo en los ojos de mi líder es miedo?

—¡Tared, Elisse! —nos giramos para ver a Julien trotar hacia nosotros—. ¡La han encontrado!

Capítulo 29
ATRAPAHUESOS

Son las cuatro de la mañana, pero yo no tengo una pizca de sueño gracias al nerviosismo. Johanna y Tared parecen bastante relajados, así que intento disimular un poco mi cobardía para no desentonar con mis hermanos.

Doy un vistazo por el retrovisor, encontrando la *suburban* negra apenas a unos metros detrás de nosotros. Julien y Nashua viajan en ella, y ambos se cargan un semblante tan tranquilo que parecieran estar dando un simple paseo.

Miro la mano del hombre lobo que yace sobre la palanca del *jeep* y, casi como si me hubiese leído la mente, la dirige hacia mi hombro para apretarlo.

—Todo va a estar bien —me susurra—. Vienes con nosotros, ¿recuerdas?

Asiento muy apenas, al tiempo que el frío objeto que está entre mis manos empieza a tomar un peso considerable. «*Solo por si acaso*», me dijo Johanna al darme esta pequeña pistola equipada con un silenciador.

Está claro que, por más resistentes que seamos en nuestra forma de bestias, seguimos estando hechos de carne, así que nunca está de más ir cargados con armas aun cuando sea complicado disparar estando transformados; unos dedos gruesos y cubiertos de pelo no suelen entrar bien en los armazones.

—¿Por acá? —pregunta nuestro líder a Johanna, quien afirma desde el asiento trasero y apunta hacia una desviación en el camino.

—Da vuelta allí. Entra a la primera terracería que veas y te sigues todo derecho. Es la única casa que hay en los alrededores —indica, a lo que Tared aplasta su cigarrillo en el cenicero y comienza a acelerar.

Atravesamos un largo trecho de árboles iluminados tétricamente con la luz de los faros de los vehículos. La grava del camino truena bajo las llantas, lo cual, anudado a la oscuridad, me hacen pensar que nos adentramos hacia nuestra propia película de terror, ya que todo rastro de civilización quedó perdido muchos kilómetros atrás.

Nashua y Johanna descubrieron que Laurele posee una cabaña a las afueras de Nueva Orleans. Preguntaron en bares y locales cercanos a la tienda vudú si sabían dónde vivía la mujer, pero era tan reservada que los lugareños no solían cruzar palabra con ella.

Fue entonces cuando mis hermanos preguntaron por la mudanza. Indagaron si alguno de los vecinos sabía cómo es que se había llevado sus baratijas, a lo que les dieron el nombre de una empresa. Recordaban bien la compañía, ya que el camión había provocado un alboroto en el tráfico al entrar a la estrecha calle.

Llamar a la empresa y preguntar por la dirección en donde habían entregado todas las cosas de

Laurele había sido la cosa más sencilla del mundo. Ir a investigar la propiedad sin ser descubiertos no tanto, pero Nashua y Johanna habían vuelto con toda la información del terreno y los alrededores. Inclusive, habían visto a la propia bruja acomodando cajas dentro de la cabaña.

Todo estaba listo para hacerle una emboscada, y ya no había tiempo que perder. Inclusive, hemos partido a esta hora para tratar de tomar desprevenida a Laurele, aunque no será tan fácil como solo ir a sorprenderla.

No tenemos idea de qué tan poderosa es en realidad, y tampoco tenemos certeza de cuántos errantes falsos ha podido crear hasta ahora. Podrían rebasarnos en número y en fuerza, pero, al parecer, apostarse el todo por el todo en una situación de riesgo es algo a lo que debemos habituarnos los de nuestra especie.

Y yo no estoy dispuesto a dar un paso atrás, a pesar de que estoy muriéndome del miedo.

—¿Cuánto nos falta? —le pregunta Tared a Johanna una vez que el camino de grava se vuelve un sendero fangoso.

—Unos trescientos metros.

—Bien, entonces pararemos aquí.

El *jeep* sale del camino, introduciéndose en el bosque. La *suburban* nos sigue y después, nos detenemos en medio de un pequeño claro.

Todos bajamos, dejando las llaves dentro de los vehículos por si hay que hacer un escape furtivo, así como procuramos no dejar una sola luz encendida. Nos reunimos en un círculo y solo distingo las siluetas de los otros gracias a la luna sobre nuestras cabezas.

—La cabaña está detrás de aquel molino —señala Nashua, levantando el brazo y apuntando hacia una vieja estructura que se alza a lo lejos.

—A partir de ahora, cada quien tomará un camino distinto —nos indica nuestro líder—. La idea es atacar la cabaña desde varios ángulos por si Laurele decide escapar y, sobre todo, ser discretos. Si se encuentran con un enemigo en el camino, mátenlo con el menor ruido posible. Usen sus armas como primer recurso, a fin de cuentas para eso son los silenciadores. Si la cosa se pone muy difícil griten, aúllen, rujan. El punto es no perder a nadie esta noche.

De pronto, al ver los rostros de mis hermanos sumidos en la más profunda seriedad, caigo en la cuenta de que esto de verdad va a ocurrir. Estamos a punto de arriesgar nuestras vidas. De librar una batalla.

Tared extiende los brazos y, como si se hubiese vuelto un imán atrayendo nuestro espíritu de hierro, todos nos acercamos a él. Los cinco nos unimos en un abrazo impenetrable y nuestras extremidades forman un atrapasueños en el que terminamos de tejer los hilos de nuestra hermandad. Inclusive el brazo de Nashua, quien está a mi lado, me aprieta con fuerza.

Cuando nos separamos, dejamos un frío vacío en el aire y, casi de forma instintiva, vamos por diversos caminos entre los árboles, diluyendo nuestras siluetas en la oscuridad.

Para mi suerte, no me cuesta tanto ver en ella como creí. Las ramas crujen a mi paso mientras el bosque se cierne sobre mi cabeza como una jaula repleta de hojas. La niebla cubre el suelo con un manto espeso que, si bien no se eleva demasiado, está lo suficientemente alta como para tragarse mis tobillos.

No pierdo de vista el molino, cuyas aspas giran despacio a medida que el viento sopla con un poco más de fuerza. Aprieto la pistola metida en mi cinturón mientras repaso en mi cabeza una y otra vez la rápida práctica que tuve con ella antes de venir aquí.

Estuvo mal. Apenas y pude acertar cinco tiros de quince, pero aun así creo que necesitaré más que puntería para acabar con un enemigo si se me presenta. Por ello, cargo mi cuchillo del otro lado del cinto.

Aunque no puedo verlos, sí puedo sentir a mis hermanos a varios metros de distancia, deslizándose sigilosamente como fantasmas.

Por fin distingo el pie del molino entre los huecos de la maleza y, un poco más allá, la cabaña de Laurele. Hay una lámpara exterior colgando del molino, iluminando el terreno y la casucha con una espectral luz blanquecina que rebota entre barriles, troncos apilados y una barca vieja y rota.

Las ramas crujen detrás de mí, a lo que me giro de un salto. Un tufo asqueroso me pega de golpe mientras veo una silueta a lo lejos, cuyas formas apenas se distinguen entre la oscuridad. Escucho un jadeo insistente, como el gorgoteo de algo arrastrándose por el lodo. Saco mi arma y apunto, dubitativo al ver que una figura se acerca hacia mí muy despacio.

Empiezo a sudar frío al escuchar gemidos rasposos provenientes de aquella silueta que cada vez se vuelve más humana.

Mi arma apunta hacia su cabeza, echo el gatillo hacia atrás... Pero aquello se cae de bruces al suelo. Estupefacto, veo que se revuelve en el piso, para luego levantarse e ir nuevamente hacia mí.

—¿Qué diablos...?

Me quedo mudo cuando la luz de la luna cae sobre el rostro de la figura. Es un hombre deformado por una extraña putrefacción en la cara; tiene una mejilla ennegrecida, mientras que la otra rebosa de pus verde. Los labios yacen reventados, un trozo de cráneo se asoma por donde antes hubo una nariz y sus ojos están en blanco, pero se dirige hacia mí como si pudiese verme. Está todo hinchado con tumores negruzcos que se asoman por sus desgarradas ropas y sus brazos repletos de llagas agusanadas se alzan en mi dirección.

Levanto el arma, apunto a su frente y, sin pensarlo dos veces, disparo.

La bala atraviesa su cráneo y el cuerpo cae de espaldas, inerte. Me acerco, estremeciéndome al ver otra parte del vevé de Barón Samedi aparecer en su brazo.



La figura se desvanece en un parpadear. Miro a aquel monstruo y siento una mezcla de horror y consternación; este ser apesta como una de mis pesadillas, y no hay que ser un genio para saber lo que es.

—Un zombie —susurro, viendo cómo el cadáver se descompone en segundos como si fuese un caldo hirviente hasta no dejar más que una espuma asquerosa.

Si me estuviesen contando esto, me echaría a reír, pero es tan absurdo como lógico. El mito de los zombies se originó gracias a las leyendas vudú haitianas y, si no mal recuerdo, son una de las criaturas que los brujos se desviven por invocar cuando se amparan de los poderes de Barón Samedi.

Debo advertir a los otros.

Sintiendo el terror escocerme entre los dedos que sostienen la pistola, voy rápidamente hacia la cabaña hasta llegar al borde del bosque. Miro hacia mi lado derecho y distingo a Nashua a varios metros lejos de mí, ocultándose detrás de un par de barriles. Detrás de la cabaña, sobre los arbustos, veo y escucho más movimiento, cosa que me hace pensar que el resto de mis hermanos ya están rodeando la zona.

—Dioses... —mascullo, porque ni de loco puedo gritar para advertirles de los zombies y echarme a trotar hacia Nashua sería igual de fatal. No haría otra cosa que delatarnos.

De pronto, la lámpara del molino estalla; alguien le ha disparado, apagando la luz y dándonos la ventaja de una completa penumbra. Espero unos segundos, tan solo quieto en mi lugar y en completo silencio.

Veo a Tared salir de entre las sombras, yendo de frente hacia la puerta principal de la cabaña y

arriesgándose a sufrir el primer ataque. La impotencia me calienta los nudillos al no poder hacer nada para prevenirlo, por lo que levanto mi arma y apunto a la pequeña residencia, esperando lo peor.

Los pasos de Tared crujen sobre la tierra. El viento deja de soplar entre los árboles, los grillos enmudecen y a mi corazón se le atraganta un latido. Escucho un seguro ser echado hacia atrás y luego... Un crujido. Otro, y otro.

Silencio.

¡PRAAF! De las puertas, de las ventanas y por debajo del porche, un montón de criaturas salen disparadas de todos los rincones de la cabaña. En unos segundos cuento a casi una docena de seres abalanzándose contra Tared como una ola de demonios. El resto ocurre en un instante.

Brotando del follaje, mis hermanos se transforman en un parpadear; sus cuerpos crecen y se rasgan como si fuesen vestiduras, salpicando torrentes de sangre y carne ante mis atónitos ojos mientras sus manos se convierten en garras que comienzan a prensar los gatillos de sus pistolas. La de Tared se dispara y él también cambia a su forma bestial.

Los cuerpos de tres de nuestros atacantes se despedazan para dar paso a masas gigantescas de músculos y pelo negro; una jauría de perros antropomorfos exactamente iguales. Las balas los golpean, pero pareciera que el dolor no tiene efecto en ellos, por lo que las armas no tardan en caer en picada al suelo.

El resto de los monstruos parecen ser simples zombies que apenas pueden trotar, ansiando clavar sus encías en nuestra carne, mientras yo, a pesar de que me lo exijo desde lo más profundo de mi voluntad, sigo sin poder transformarme. Frustrado y con el corazón bombeándome como loco, salgo de la maleza y disparo una y otra vez contra los muertos vivientes.

Nuestro líder choca contra el primer errante, clavándole sus garras de acero en el rostro y destrozándole un cacho de mejilla que sale volando. La otra bestia brama, escupe un tajo de dientes y sangre para luego abalanzar sus fauces sobre el brazo de Tared. El hombre lobo embiste con una fuerza brutal, arrancando al monstruo de su brazo y arrojándolo contra el suelo.

Allí, se enfrasca en una pelea de rugidos, zarpazos y mordeduras cuya violencia me hiela la sangre, hasta que un gemido estalla contra mi costado; viro a la izquierda y el hocico putrefacto de un zombie se lanza contra mí.

—¡Mierda!

Doy un salto atrás y ensarto mi cuchillo tembloroso en medio de su rostro deformado, destapando un torrente de sangre negruzca cuando arranco el metal de su cráneo. El zombie cae al suelo como un saco y tarda apenas un segundo en ponerse a burbujear.

Frente a mí, veo a Julien despejar de una embestida a un puñado de muertos, elevándolos por los aires para después ser atacado por uno de los perros monstruosos, de quien se defiende dándole potentes frentazos con su cornamenta. Ni siquiera tiene que tomar demasiado impulso; su cabeza se estrella contra el can como si se tratase de un pesado martillo.

Avanzo a zancadas con el revólver entre las manos y empiezo a dispararle a todas las cabezas que veo a mi paso, perdiendo una cantidad espantosa de balas gracias a mi mala puntería.

Nashua parte la cabeza de uno de los muertos vivientes de un zarpazo, mientras un par más comienzan a querer treparle por el cuerpo, mordiéndolo como si fuesen pirañas. De los bosques salen más zombies, por lo que pronto estamos rodeados de casi una veintena de ellos.

—¿Qué diablos son estas cosas?! —exclama Tared, deshaciéndose del errante canino al arrojarlo contra una pila de barriles.

—¡Zombies! —grito, mientras mi primera pistola escupe solo humo. ¡Está vacía!

—¿De dónde han salido tantos?! —escucho gritar a Johanna a mis espaldas, pero eso mismo

quisiera saber. ¡Estos no han sido sacados del cementerio!

—¡Carajo, carajo! —grito con rabia, divisando otra arma en el suelo a unos metros de mí, por lo que me abalanzo sobre ella.

Pero una invisible puñalada de dolor se inserta directo en mi estómago, tumbándome de rodillas a tan solo un metro de la pistola. Me aprieto el vientre, sintiendo mis entrañas retorcerse de agonía; Ciervo Sombra pateo y malluga mi ser, como si tratara de salir de él a costa de desgarrarme por dentro.

—Por los dioses... no ahora —murmullo con los dientes apretados.

Veo siluetas difusas que parecen querer aglomerarse a mi alrededor y escucho la voz de Tared gritándome; los zombies me rodean como buitres. Estrujo las encías y me arrastro para alcanzar la pistola delante de mí, para después lanzarme a trompicones fuera del alcance de aquel círculo de monstruos.

Sin poder transformarme y con solo un tambor de balas, soy menos que peso muerto, así que pienso lo más rápido que puedo para ver si puedo encontrar una forma de ayudar. Al ver la puerta de la cabaña entreabierta, caigo en la cuenta de que lo único que puedo hacer es tratar de encontrar a Laurele para detenerla.

Un torrente de adrenalina me hace poner en pie y salir disparado hacia la cabaña, sosteniéndome el estómago aún jodido por el dolor. Levanto el arma, acierto un tiro en el cuello a un zombie que me bloquea el camino y, sin más obstáculos, subo de un salto al porche.

Escucho un rugido a mis espaldas; doy la vuelta y veo a un errante canino abalanzándose contra el porche a toda velocidad y supurando espuma verdosa del hocico. Me echo de espaldas contra la puerta al tiempo que Johanna, ahora transformada en un enorme coyote humano, derriba a la criatura de una sola embestida.

Me quedo sin aliento al verla. El pelaje color arena, su anatomía femenina y atiborrada de potentes músculos, la larga cola negruzca bajo su espalda... Su hocico repleto de colmillos se clava en el hombro del errante can, para luego aferrarse a la criatura con sus garras carmesíes que le rasgan la piel como si fuesen ganchos de carne.

No me quedo a ver el resto de la pelea.

—¡Laurele! —grito a todo pulmón mientras entro a la casucha y cierro la puerta a mis espaldas, aun a sabiendas de que esa barrera no resistirá si un errante la embiste.

No escucho nada dentro de la cabaña, pero aun así sé que me he arriesgado demasiado el pellejo. Podría haber un zombie aquí mismo o, peor aún, un errante.

A tientas, busco el apagador en la pared y lo enciendo. Una luz sepia ilumina la habitación, pero, abrumado, la encuentro vacía, en toda la extensión de la palabra. Paredes y piso, todo está totalmente desnudo, ni siquiera hay más cuartos, tan solo es un espacio cuadrado y hueco donde solo hay pisadas sobre el polvo del suelo. Atravieso la cabaña y abro la puerta trasera de un porrazo.

A través de la luz de la luna, veo los restos de una fogata. Me acerco corriendo hacia ellos, topándome con bultos bajo las cenizas. Las escupo de una patada; pedazos de muñecos, frascos, huesos, trozos de cajas y demás objetos chamuscados salen volando junto con el aire de mi estómago: son las cosas que vendía Laurele en su tienda.

Ella no está aquí.

Escucho los rugidos de mis hermanos detrás de la cabaña, mientras más gemidos de muertos andantes se arrastran detrás de la espesura del bosque, aglomerándose a nuestro alrededor.

—¡Carajo, carajo! —exclamo—. ¡De haber sabido que habría zombies aquí, habríamos traído a...!

La sangre se me hiela. Abro los ojos como platos y miro a mis espaldas, hacia la cabaña, imaginándome a través de ella a los tres errantes contra los que pelean Tared y los otros.

Tres... errantes. Doce tumbas.

—¡EL REFUGIO! —grito a todo pulmón—. ¡El refugio está desprotegido! ¡Es una trampa!

Sin siquiera asegurarme de que los demás me hayan escuchado, salgo disparado. Cruzo la cabaña, salto del porche y me lanzo hacia la maleza, atravesando el campo de batalla arrastrando el grito de Tared a mis espaldas y seguro de que mi sangre de errante es la que me está impulsando a tal velocidad.

Comienzo a sudar copiosamente al verme envuelto en la oscuridad del bosque, guiándome solo por mi instinto para poder llegar hasta los vehículos. Todo en mí tiembla de adrenalina mientras vislumbro siluetas de zombies a mi paso, demasiado lentos y estúpidos para alcanzarme, pero capaces de llenar el ambiente de estremecedores gemidos.

En cuanto diviso al *jeep*, me abalanzo sobre él como si se fuese a escapar de mí. Entro y aplasto el acelerador, metiéndome al camino y atravesando la carretera a toda velocidad.

La aguja del kilometraje sube a cada segundo, mientras diviso la reserva apenas unos minutos después. Atravieso la caseta de vigilancia, entrando al pantano como si fuese la boca del infierno.

La luz del amanecer empieza a pintar el horizonte, lo que me da la horripilante sensación de que el tiempo se me acaba. Reconozco el muro de árboles contra el que alguna vez aplasté al caimán, así que debo estar a menos de un kilómetro de la aldea.

Unos metros más y el cofre del *jeep* da un brusco rebote, escupiendo una ráfaga de humo. Paro en seco, viendo cómo una cortina de vapor negro se eleva bajo el hocico del vehículo.

—¿Pero qué diablos?! —Bajo, doy zancadas y abro la tapa metálica—. ¡Con una mierda, no tengo tiempo para esto!

Salgo corriendo hacia el refugio después de ver un montón de paja sobre el motor. El cielo se torna grisáceo mientras la espesa niebla cubre la hierba, difuminando todo a su paso. Me introduzco entre los árboles para acortar el camino hacia las cabañas, trozando tanto ramas como pedazos de mi cordura en el camino.

Pero mi instinto me hace detenerme en seco, tanto que casi caigo de bruces al suelo.

Sobre mis jadeos, escucho la hierba estremecerse a lo lejos acompañada de un sonido pastoso, como el regurgitar de una boca repleta de carne. Busco entre la niebla a quien hace tan horripilante ruido, topándome con un enorme bulto negro revolviéndose en el suelo apenas a unos veinte metros de mí.

Es otro errante, exactamente igual a los que nos atacaron en la cabaña de Laurele y que, por suerte, no se ha percatado de mi presencia. Me digo a mí mismo que lo ignore, que siga corriendo hacia la aldea antes de que sea tarde... Pero no lo hago, porque los ruidos que hace ese monstruo me hacen saber que está devorando algo.

Mi quijada tiembla a la par que mis ojos viajan al suelo. Un rastro de plumas blancas se extiende desde la criatura hasta unos cuantos metros de mis pies.

Mis ojos estallan en lágrimas. El cadáver de mamá Tallulah yace inerte y despedazado bajo las fauces del errante.

—¡NO, NO, NO! —grito como loco, a lo que el monstruo levanta su enorme cabeza y mira hacia mi dirección.

Ruge con ferocidad y abre sus fauces de par en par, rojas como el interior de un sarcófago. En un segundo está ya corriendo hacia mí, pisoteando todo a su paso como un toro embravecido.

Con el corazón desbocado, corro hacia las cabañas mientras mis lágrimas se arrojan en picada hacia la niebla, sabiendo que soy incapaz de hacerle frente al errante. La criatura viene detrás de

mí, pisándome los talones y, poco a poco, abriéndose paso hasta llegar a mi lado.

Está a punto de atacarme, pero, ante mi sorpresa, sus ojos blancos se abren de par en par y su deforme cara hace una mueca de algo que percibo como horror. Se aleja de mí dando un brusco salto hacia atrás, huyendo despavorido hacia la espesura del bosque.

A la par que continúo corriendo, una presencia me revienta a un costado del cuerpo. Giro la cabeza y escucho a Ciervo Piel de Sombras gritar dentro de mi cuerpo.

Y entonces, lo veo. Flanqueando los árboles entre la niebla y haciéndose cada vez más nítido a medida que se me acerca. Su cuerpo enorme, sus colmillos inundados de sangre y su capa negra batiéndose contra el viento.

El monstruo de hueso corre hacia mí en cuatro patas como una bestia espantosa que acaba de surgir del sitio más recóndito de mis pesadillas. El estómago me estalla de puro terror.

La capa negra se desprende de su cuerpo para por fin mostrarme lo que hay debajo de ella: es un esqueleto conformado de cientos de huesos más, multitudes de costillas forman su propia caja torácica, montones de huesos púbicos se apilan para hacer sus caderas, columnas vertebrales se alinean para crear la suya, fémures y tibias para sus piernas... Un verdadero monstruo, tan horrible que jamás habría sido capaz de imaginarlo si no lo estuviese viendo ahora mismo.

Corro con todas mis fuerzas, pero aun así sus largos dedos me alcanzan el hombro en un parpadear. Tira de él con una fuerza tan brutal que escucho mis propios huesos tronar y zafarse, al tiempo que un grito escapa de mi garganta mientras caigo rodando al suelo.

Finalmente, yazco boca arriba sobre la hierba, arrastrando mi mano temblorosa hasta ponerla sobre mi hombro lacerante. Suelto otro grito ante el espantoso dolor, a la par que siento un bulto duro sobresaliendo de mi piel. Estoy seguro de que es mi hueso.

Me lo ha dislocado.

Aquella cosa se posa sobre mí. Sus garras, la única cosa en su cuerpo que parece estar conformada de solo una parte, se cierran contra mi garganta mientras *siento* el grito de Ciervo Piel de Sombras como un eco dentro de mí. El monstruo me acerca su cráneo y abre sus fauces sobre mi rostro, por lo que la sangre de sus colmillos, tan fría como el hielo, se derrama sobre mi piel.

—*Elisse...* —me llama en un siseo, para después levantarme por el cuello y arrancarme un gemido al sentir el peso de mi brazo tirar de mi hombro dislocado hacia abajo.

Se pone a dos patas y comienza a caminar, llevándome alzado de la garganta como una gallina de matadero. Me retuerzo, pateo al aire sin poder alcanzarlo y siento que me ahogo ante su estrecho agarre.

Me lleva hasta las cabañas, donde empiezo a sentirme demasiado mareado por la falta de oxígeno. Estoy a punto de perder la consciencia cuando me arroja de golpe sobre la fogata de piedra.

Las cenizas aún calientes se restriegan en mi espalda, toso una y otra vez, y miro a mi alrededor, encontrándome la aldea desolada. La criatura se inclina de nuevo sobre mí y me respira en la cara, arrojándome un aliento que hiede a sangre fresca.

—*Mío, Elisse...* —susurra como un silbido espantoso.

Sus monstruosas garras se clavan en mi pecho, penetrándome la piel y comenzando a jalonearla como si quisiera arrancarla de un solo golpe. El dolor me hace gritar hasta el punto de que comienzo a percibir el sabor de la sangre en mi garganta, y más al ver cómo mi piel empieza a estirarse bajo sus garras como una película plástica.

Va a despellejarme.

Estoy a punto de quedarme sordo por mis propios gritos, cuando algo me hace enmudecer de súbito a pesar del atroz dolor. El cacho de cuero que el monstruo está arrancando de mi cuerpo

empieza a poblarse de pelos oscuros y a tomar forma, como si fuese un lomo de algo que se retuerce a voluntad.

Boqueo, incapaz de creer lo que veo. Aquello... Aquello que la criatura está arrancando de mi cuerpo no es mi piel. Es Ciervo Piel de Sombras.

Desafiando toda lógica, lo termina de sacar de mi pecho, tan grande como es, y arrojándolo varios metros a lo lejos. Cuando mi ancestro azota contra el suelo, se revuelve como un animal cualquiera e intenta ponerse de pie, pero la criatura de huesos brinca sobre él. Indefenso, Ciervo grita, gime y se retuerce en la tierra a la vez que el otro ser le hinca los colmillos en el cuello.

—¡No, no, basta! —exclamo con un escupitajo de sangre, terminando de romperme la garganta. Ante mi horror, el monstruo de hueso comienza a devorarse a mi ancestro.

Ciervo Sombra es desmembrado a mordiscos con una facilidad espeluznante. La criatura arranca piel, huesos y carne a la par, triturándolos entre sus gigantescas mandíbulas y engulléndolos en un estómago invisible, puesto que todo lo que ingiere desaparece en el interior de su hocico.

Quiero gritar por auxilio, pero ya nada sale de mi boca; mi garganta está tan lastimada por mis propios gritos que cada letra que intento sacar se siente como un trozo de asfalto. El sabor metálico de la sangre en mi lengua se hace cada vez más abundante, toso y me dan arcadas; estoy a punto de vomitar.

Miro a mi alrededor y veo la cabaña de Muata, cuya puerta ha sido derribada. Sendos rastros de sangre se extienden por las paredes de la entrada como si manos se hubiesen arrastrado por la madera, y a pesar de que no veo su cuerpo por ninguna parte, es evidente lo que ha ocurrido.

Miro de nuevo y, cuando creo que ese monstruo no puede ser más espantoso, se transforma. A medida que se lo come, la cornamenta de Ciervo Piel de Sombras crece en su horripilante cabeza, pero ya no es gris, sino de un color rojo intenso, como si estuviese pintada de sangre fresca. Las oscuras cuencas de aquella bestia se clavan en mí.

El corazón me salta al estómago al tiempo que el monstruo de hueso se lanza de nuevo sobre mi cuerpo. Me toma de la cintura y me arroja contra lo poco que ha dejado de Ciervo Piel de Sombras, arrebatándome un mudo gemido de dolor cuando mi hombro dislocado choca contra el suelo. Se coloca sobre mí una vez más, con ese abominable olor a sangre expidiéndole por el hocico.

—*Mio* —me susurra con esa voz que parecen cientos. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza, esperando sentir sus garras, sus colmillos, cualquier cosa enterrándose en mi carne.

Nada.

Abro de nuevo los ojos, encontrándome solo, sobre los restos de Ciervo Piel de Sombras. Miro a mi alrededor y no veo al monstruo de hueso por ninguna parte. Ha desaparecido.

Estoy a punto de quedarme sin aire, pero en vez de jalar oxígeno, vomito un charco de sangre. Vuelvo a toser y me agarro el hombro con la mano temblorosa, arrastrándome como puedo fuera de la pila de intestinos y carne de mi ancestro. Hago acopio de todas mis fuerzas para sentarme en el suelo, gimiendo por el dolor y sin posibilidades de ponerme en pie.

—¿Qué es lo que has hecho? —escucho a mis espaldas.

Veo a padre Trueno al pie de la fogata, con el costado sangrándole abundantemente y la cara marcada de frente a barbilla por un profundo rasguño que le ha desgarrado una parte del labio.

—¡Has matado a Ciervo Piel de Sombras! —ruge.

Abro los ojos de par en par.

—¡N-no! —exclamo, con la voz acatarrada— ¡El monstruo de hueso...!

—¡HAS ASESINADO A CIERVO PIEL DE SOMBRAS!

Está temblando de pies a cabeza y tiene la mirada enloquecida, avanzando en un cojeo hacia mí mientras yo retrocedo a trompicones.

—¡Escúcheme! —Escupo sangre y me abrazo la garganta con los dedos.

—¡Padre Trueno, padre Trueno! —Los gritos de Johanna a mis espaldas me estremecen.

Me volteo y la veo correr hacia nosotros, con el resto de mis hermanos detrás de ella. Todos aún en su forma de bestias y empapados en sangre.

—¡Han matado a Muata, han matado a mamá Tallulah! ¡Están muertos, están muertos! —grita ella con desesperación, pero enmudece al verme a mí y después los restos de Ciervo Sombra.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? —pregunta Nashua, con su mirada de oso tan vidriosa como desorbitada.

El brazo de padre Trueno apunta hacia mí.

—¡Elisse lo ha matado! ¡Es uno de ellos, es un enviado de Laurele!

La mirada de todos cae sobre mí, pero yo solo busco la de Tared. Sus ojos azules se clavan en los míos con incredulidad, mientras yo agito mi cabeza de un lado a otro en medio de un aterrador silencio.

—Esto debe ser un error —susurra Johanna, horrorizada.

—No puede ser cierto, ¡Elisse no podría hacer algo así! —exclama Julien a espaldas de mi líder, quien está rígido como una roca.

—¡ASESINO! —ruge Nashua.

—¡El monstruo d-de hueso...! —grito, por fin logrando ponerme de pie.

—¡Mentiras, desde que has llegado aquí no has dicho más que mentiras! ¡Muata lo sabía, lo sabía todo! —brama el anciano.

—¡No, no, yo no sé cómo...!

—¡Muata me lo dijo, pero nunca le creí, y ahora están muertos!

—¡NO, ESPERE! —exclamo, desesperado porque nadie parece escucharme.

—¡Mátlenlo, maten a Elisse antes de que él y Laurele acaben con el resto de nosotros!

El corazón se me parte. Veo que el dolor reemplaza la indecisión en la mirada de Julien y Johanna, pero solo basta un parpadear para que Nashua sea el primero en atacarme.

Retrocedo y un zarpazo suyo me arroja un par de metros a lo lejos. Ruedo por el piso y grito una vez más, o al menos lo intento, ya que mi boca solo expulsa otro escupitajo de sangre. Nashua se planta frente a mí, me sujeta por el cuello y me levanta lo más alto que puede, comenzando a asfixiarme entre sus garras mientras mis pocas fuerzas no me dejan ni patallar.

—¡NO!

Un grito estremece mis oídos al tiempo que Nashua es sacudido por una embestida, dejándome caer al suelo como un peso muerto. Gimo ante el dolor de mi hombro para luego ver a Tared interponiéndose entre el hombre oso y yo, irguiéndose cuan enorme es.

—Vete... —me susurra.

—¡T-te matarán! —le grito, pero él no se mueve ni un centímetro.

—¡Tared! ¡¿Cómo te atreves a traicionarnos?! —exclama padre Trueno—. ¡Confíe en ti, te entregué a tus hermanos, te encomendé nuestras vidas y tú nos haces esto!

—¡HE DICHO QUE TE LARGUES! —me rugen el lobo, a lo que yo me levanto a tropezones y salgo disparado hacia el bosque, apretando tanto los dientes como mi hombro.

Miro hacia atrás antes de meterme en la maleza y veo a Nashua lanzándose sobre Tared, mientras Johanna y Julien se dirigen hacia mí.

Me muevo sorprendentemente rápido entre la espesura del bosque, deslizándome y tratando de perderme de la vista de mis hermanos. El dolor de mi hombro dislocado me está haciendo añicos,

pero no me doy el lujo de siquiera tomar aire.

Los escucho venir. Bramidos, jadeos, voces feroces cuya sed de venganza me pisa los talones.

Llego hasta el camino de terracería; me topo con el muro de árboles y caigo contra él. Jadeo, apretándome el hombro y sintiéndome incapaz de soportarlo por mucho más. Me duele como los mil demonios al igual que una de mis piernas; mis brazos están hechos polvo y mi pecho pesa una tonelada.

Empiezo a ver borroso, pero aun así distingo la maleza agitarse a lo lejos en señal de que Johanna y Julien están a punto de alcanzarme. Aprieto los dientes y pienso en Tared; siento que mi vida se desvanece frente a mis narices por milésima vez. Veo la cornamenta de Julien asomarse entre los árboles; se adelanta, pisa el camino, agacha la frente para embestirme. Está a un respiro de matarme.

¡PUM! Un coche se estampa contra él con tanta fuerza que lo arroja a varios metros de distancia. Johanna chilla mientras la puerta del conductor del vehículo se abre de par en par.

—¡SUBE! —me grita Hoffman desde el asiento.

Atónito, pero sin pensarlo dos veces, me levanto y me lanzo como puedo hacia el regazo del detective. Hoffman azota la puerta, pone la reversa, aplasta el acelerador y juntos nos largamos de la reserva a toda velocidad.

Tercera Parte

UN MONSTRUO

DENTRO DE MÍ

Capítulo 30
EL MUNDO EN PEDAZOS

—Muerde esto —me pide, tendiéndome un trapo de cocina enrollado.

Lo pongo entre mis dientes y aprieto con fuerza, mientras una de las firmes manos de Hoffman se planta en mi pecho a la vez que la otra jala mi brazo hacia él.

Escucho un crujido seguido de una potente punzada de dolor, pero por fin mi hombro vuelve a su lugar. El alivio es inmediato, así que ya puedo tanto respirar con normalidad como enfocar la vista. Cuando soy capaz de percibir algo más que siluetas borrosas, me veo sentado en una mullida cama y rodeado de paredes blancas.

—¿Mejor? —me pregunta el agente, a lo que yo asiento despacio, jadeando por el esfuerzo.

Él se levanta, llevándose el balde con agua rojiza que ha usado para lavar mis heridas.

—El baño está detrás de esa puerta. Termina el jarabe —indica, apuntando al umbral de una puerta entreabierta al fondo del cuarto, para luego irse de la habitación.

Mis ojos se desvían primero al medicamento al lado de la cama y luego a las toallas limpias sobre una silla, acompañadas de un cambio de ropa que me ha conseguido de quién sabe dónde. Me paro con dificultad para cojear hasta el mueble, tomo las prendas y avanzo hacia el cuarto de baño con pasos diminutos.

Entro y siento las frías baldosas bajo mis pies. Es blanco y espacioso, y tampoco tiene decoración. Al pasar frente al espejo, clavo mi vista en el suelo hasta que esta me lleva a la regadera de cristal transparente.

Me quito los girones que me quedaron de ropa y me meto a la ducha, incapaz de detenerme a mirar las heridas que comienzan a trazar un mapa en mi piel. Abro la primera perilla y cae agua helada, cosa que me hace pensar los dientes al sentir el frío suturarme la piel expuesta.

Mis rodillas pierden fuerza, así que hago acopio de la poca que tengo para mantenerme en pie. Quiero gritar, pero mi garganta destrozada me lo impide, así que estrello mi puño en la pared. El dolor en los nudillos me recorre hasta el codo acompañado de una fina línea rosa pálido que se desliza por los blancos mosaicos.

Me importaría una mierda destrozar me el brazo. Todo lo que era valioso para mí pereció allá afuera, por ende, el sufrimiento físico es apenas un cosquilleo comparado con lo jodido que estoy por dentro. Mi cabeza es bombardeada por tantas dudas, tanto dolor e impotencia que me dan unas ganas tremendas de azotarla contra la pared una y otra vez hasta desmayarme. Quiero llorar, quiero deshacerme a borbotones, quiero arrancarme la piel, los cabellos, los ojos... Pero me limito a morderme los labios.

Termino de ducharme y me visto sin ganas con la ropa, un par de tallas más grande, pero no estoy en posición de pedir mucho más. Salgo del baño y regreso al cuarto, contemplándolo como

un espacio vacío y asfixiante. Me siento en la cama y entierro mi cabeza entre mis manos. Gimoteo, me jalo los cabellos y me muerdo hasta la lengua. Hago de todo para no arrojarme de cabeza por la ventana.

Mamá Tallulah está muerta, Muata está muerto, ¡mi ancestro está muerto! Y Hoffman, ¡con una mierda! ¡Si no fuese por él, Julien y Johanna me habrían hecho pedazos! Me estremezco de agonía al recordar a mis hermanos persiguiéndome por el pantano, tratando de asesinarme, pero no conforme con eso, mi mente me hace pensar en algo todavía más doloroso...

—Tared... —susurro, con el horror impregnado en cada letra.

Al menos tengo la certeza de lo que ha pasado con mamá Tallulah y Muata, pero no tengo ni la más mínima idea sobre él. ¿Y si está herido? ¿Y si Nashua y padre Trueno lo han matado?

Me rechinan los dientes y ahogo un gemido. Todo es mi culpa, ¡todo es mi culpa! ¡Si no hubiese corrido solo hasta la reserva, si tan solo hubiese llevado a alguien conmigo esto no habría pasado! Pero no, tuve que ser un idiota compulsivo, tuve que echarlo todo a perder.

Estoy aterrado y dolido, más de lo que mi cuerpo puede soportar, así que me pongo a temblar como una maldita hoja. Y por lo más divino, ¿cómo rayos es que aquel monstruo pudo asesinar a Ciervo Sombra? ¡A un ancestro, a un espíritu de la naturaleza! Nunca me imaginé que Laurele podría alcanzar un poder tan inmenso como para lograr algo así, para crear a un demonio con una capacidad tan increíble como aquella. ¿Cómo diablos íbamos a siquiera tener oportunidad frente a ella? Y padre Trueno... ¿Por qué Muata predijo que yo mataría a Ciervo Sombra? ¿Es por eso que me trataba de una manera tan fría?!

La puerta del cuarto se abre de golpe y yo doy un salto involuntario. Hoffman me mira de arriba abajo, frunciendo el ceño y arrojándome un suéter de color negro al regazo.

—Toma. Es el más pequeño que encontré.

Lo miro como si le hubiese salido una segunda nariz.

—¿Por qué me has ayudado? —ataco sin reparos e ignorando el escozor de mi garganta, demasiado cansado para seguir pretendiendo que el dolor o el miedo me importan ahora.

Él me mira y sonrío de lado como si le hubiese acabado de contar un mal chiste.

—Siempre creí que Miller era algo mucho más de lo que aparentaba. Pero ni en mis más locos sueños creí que sería un monstruo *así*.

Mis puños se aprietan hasta que me escuecen las palmas.

—Tared no es ningún monstruo —siseo—, me protegió allá en el pantano.

—¡Es un hijo de puta, Elisse, un asesino! —exclama, irguiéndose cuan alto es y acercándose a mí de una zancada—. ¡¿Acaso crees que me trago tus mentiras?!

Estoy a punto de responder, pero cuando veo una pistola enganchada en su cinturón retrocedo hasta trepar un poco en la cama.

—Él y todo lo que está allá en la reserva son monstruos, Elisse —me susurra con los dientes apretados—. Son criaturas despiadadas y hambrientas... Pero tú eres el menor de esos males —escupe, reculando y dándome la espalda.

—Te equivocas —susurro, echando la barbilla al suelo—. Soy mucho peor...

Hoffman saca un cigarro y un mechero de su bolsillo, como si no me hubiese escuchado. Enciende el vicio, camina hasta la ventana del cuarto y se queda mirando el exterior por unos segundos, echando una bocanada de tabaco sobre el cristal. La fría luz de la mañana le golpea la cara mientras yo observo cada uno de los movimientos del hombre. Siento que ha transcurrido una eternidad desde que escapamos de la reserva, pero estoy seguro de que no han pasado ni dos horas.

—¿Sabes? Desde el principio supe que eras un mocoso problemático —dice—. Parecías

meterme en líos por deporte, y desde que te vi en el local vacío de Laurele Fiquette supe que no debías traerte nada bueno. Y luego tus amiguitos en el Barrio Francés, preguntando por la mudanza... Seguirte hasta esa cabaña fue bastante sencillo.

—Viste todo lo que ocurrió, ¿verdad? —pregunto lo obvio—. Contéstame, ¿por qué me ayudaste?

—¿Ayudarte?! —exclama, cruzando la habitación con tan solo un par de zancadas y rompiendo la distancia entre nosotros con brutal rapidez.

Coloca su mano en mi hombro, pero la retira casi de inmediato, como si el contacto le hubiese quemado la piel. Da vueltas en la habitación como un león enjaulado y echa su cabello hacia atrás en un gesto que me recuerda mucho a Tared cuando está nervioso.

—Yo no sé si también eres uno de ellos, Elisse, pero creo que de toda esa manada de fenómenos, tú eres el único que me puede servir.

—¿Cómo?

—¿No pensarás que de repente estoy de tu parte, verdad? No hago esto para salvarte a ti o a los monstruos a quienes llamas hermanos.

—¡Cállate! —grito tan alto como puedo—. ¡Era mi familia la que murió allá afuera!

—Entonces, ¿te parece si hacemos un trato, Elisse? —me dice, ignorándome por completo a la vez que arroja el cigarrillo al cesto de la basura.

—¿Qué quieres de mí?! —gimoteo con la voz acatarrada, a lo que él se ríe a pulmón abierto.

—Estamos de acuerdo en que el meollo del asunto aquí es Laurele Fiquette, ¿verdad? Algo tiene esa mujer que ha desatado el desquicio de ustedes.

—¡Es mucho peor que eso! —interrumpo a gritos.

—¡Entonces tú vas a explicarme qué demonios pasa aquí! —La cara se le enrojece como el fuego—. Y más te vale que lo hagas bien, porque a cambio, voy a ayudarte a atraparla.

—No me hagas reír —contesto, burlándome ahora yo de él—. ¿En serio crees que puedes hacer algo? ¿No viste contra qué nos estamos enfrentando?

—¡Eres un puto mocoso necio! ¡Te estoy haciendo una buena oferta! —brama, pero yo no hago más que bufar.

—Debería irme ya —sentencio, dirigiéndome hacia la puerta y pasando a su lado. Con un carácter como el suyo y mi poca estabilidad mental no vamos a llegar a ningún lado.

—¿Y a dónde irás? ¿Al centro para que te metan a una celda, a la reserva para que te arranquen la cabeza? No seas idiota, niño.

—¿Y qué pretendes que haga!? —La cólera me inflama la lengua, a la par que las lágrimas me traicionan arrojándose en picada—. ¡Ya sé que acabo de perder todo lo que me importaba! ¡No necesito que un cabrón como tú me lo recuerde!

—¡Deja de gritar, carajo! —exclama, jalándome hacia él justo del brazo que me acaba de recomodar—. ¡Te estoy diciendo que voy a protegerte y eso incluye que te puedas quedar aquí, imbécil! ¡¿Qué parte no entiendes?!

Me roba un quejido de dolor; detesto con todas mis fuerzas la maldita manía que tiene de romper mi espacio personal de forma tan violenta. Ambos nos miramos con los ojos entrecerrados y jadeantes de rabia, mientras hago acopio de toda mi voluntad para no estrellarle un puñetazo en la cara.

—¿Quién me asegura que no vas a lastimar a mis hermanos?

—¿Llamas hermanos a quienes querían asesinarte?

—¡Que te importe una mierda, contéstame! —Para mi sorpresa, no me responde con un grito esta vez. Su mirada se ensombrece al tiempo que parece estudiarme con una especie de curiosidad

retorcida.

—¿Tanto valen para ti?

—Lo que ha pasado no es culpa suya —defiendo de nuevo. Él me mira largamente y después se encoge de hombros.

—Al único al que me gustaría meterle una bala entre los ojos es a Miller.

Me vuelve a hervir la sangre. Hago un ademán para plantarle ese merecido puñetazo, pero él captura mi muñeca en el aire y me tuerce el brazo hacia abajo, aunque sin la suficiente fuerza para hacerme daño.

—Pero... —dice, apretando más su agarre—. Fiquette y yo tenemos cuentas aún más grandes que saldar. Y nada me alegraría más que verla con la garganta partida en dos, aun cuando eso implique ponerme de parte de ese monstruo.

Siento el aire faltarle a mis pulmones al volver a pensar en Tared. Su cuerpo frente a mí, enfrentándose a Nashua, repasa mi cabeza una y otra vez.

—Ni siquiera sé si sigue con vida —confieso en un tono de voz muy bajo, sin siquiera avergonzarme ya por mis lágrimas.

Hoffman rueda los ojos hasta el techo.

—¿Qué más da, mocoso? Nunca lo sabrás quedándote aquí a lloriquear, así que vamos, ¿aceptas mi trato o no?

Intento indagar en las intenciones que hay detrás de esos abismos oscuros que tiene por ojos. No confío en él, pero es la única esperanza que me queda si es que quiero detener a Laurele.

—Lo que sea con tal de salvarlos de esa mujer —respondo en un murmullo, a lo que él me mira con asco. Temo que la tensión nos aplaste si le vuelvo a dirigir la palabra, así que retrocedo un poco, sentándome en la cama.

Mis ojos se cierran con fuerza al tiempo que un dolor semejante a un martillazo me golpea el pecho. Estrujo mi playera a la altura de las clavículas y aprieto los dientes para no dejar salir un gemido.

Sin Ciervo Piel de Sombras en mi interior, siento como si me hubiesen removido un órgano, como si por dentro existiese un hueco que mi cuerpo no entiende cómo llenar y que, a cambio, me envía señales para que sepa que algo anda mal.

Me retuerzo de dolor mientras Hoffman tan solo me mira con los ojos entrecerrados, como presenciando un espectáculo grotesco.

—¿Por qué haces esto? —me pregunta—. ¿Por qué intentas detener a Laurele? Podrías huir de todo, largarte a otro lugar y evitarte todos estos problemas. Aquí no solo te enfrentas a ella, sino al resto de la gente de la reserva.

—Instinto —respondo de inmediato—. Mi familia no es importante. Lo es todo. Está en mi instinto protegerla sin importar lo que me cueste.

Hoffman tan solo me mira con el ceño fruncido y luego menea la cabeza de un lado a otro, como si le acabase de decir la cosa más estúpida del mundo. Pero no es más que la verdad. Si algo bueno aprendí de Tared, fue precisamente el dejarme guiar por mi instinto.

—Falta poco para las siete —indica, para luego dirigirse a la salida del cuarto—. Iré a buscar algo para el desayuno, así que tú quédate aquí y no toques nada.

Pone la mano en la perilla y abre la puerta, para después mirarme sobre su hombro.

—Repito. Nada de cosas raras, ¿me oíste? —Miro el suelo por unos instantes, dejando que por fin, una tristeza desesperante empiece a comerme.

—Hoffman —llamo de forma casi mecánica. Me mira con fastidio a la par que mi labio tiembla de indecisión—. ¿Puedo... pedirte un favor?

Una vez más, el abismo parpadea ante mí. Llevo casi diez minutos mirando la oscuridad que se cierne desde el pasillo del cuarto de lavado, dispuesto a salir despavorido ante cualquier movimiento. Apenas y respiro, con los brazos tensos y listos para proteger mi pecho, mi cuello, mi estómago, cualquier parte de mi cuerpo que aquella negrura esté ansiosa de devorarse.

La tetera comienza a silbar, así que salgo de mi trance en una convulsión nerviosa. Cojeo a apagar la estufa, llevándome el agua caliente a una parrilla de cerámica sobre la mesa. Busco un par de tazas en los gabinetes y las pongo junto a los platos, obligándome a no seguir contemplando la oscuridad que me mira desde el pasillo a un costado de la cocina, consciente de la asfixiante paranoia de la que he sido víctima desde que Hoffman se marchó hace casi cuatro horas.

Sirvo café en polvo, doy un sorbo a mi taza y siseo al sentir las heridas de mi garganta arder, todavía algo sensibles a pesar de los litros de jarabe y anestésico que he consumido en todo este rato, intentando drogarme para adormecer el dolor tanto emocional como físico.

El preparar café solo es una excusa para mantener mi cabeza alejada del cadáver de mamá Tallulah, de la sangre en las paredes de la cabaña de Muata, de Tared dándome la espalda para protegerme...

Las manecillas del reloj trotan entre los minutos generando tic tacs que son incapaces de anteponerse al inquietante silencio de la casa, cosa que me hace sentir abrumadoramente solo.

Hubiese querido quedarme más tiempo en la habitación, tan solo terminando de ahogar las almohadas y llorar hasta secarme, pero no pude soportar el estar tendido sobre el colchón, intercambiando gemidos por sobresaltos a cada momento que escuchaba un sonido por la casa.

Los ojos me ardían y los sentía demasiado hinchados, pero me daba un miedo atroz el solo pensar que, si los cerraba, iba a volver a revivir en la oscuridad todo el horror de hace unas horas.

Dejo la taza sobre la mesa al sentirla bailar en mis dedos. Las mejillas se me humedecen de nuevo y comienzo a hipear, azotándome la cara con las manos para tratar de detener el torrente de dolor que se desliza por ella, intentando por todos los medios reemplazar la tristeza por la ira, el luto por la venganza, y todo a la brevedad posible... porque también soy consciente de que tiempo es lo último que tengo. Me obligo a mí mismo a ser fuerte, a componerme.

—Louisa... —susurro.

Estoy que me muero de ganas por llamarla, por acudir a su lado, hacerme pequeño entre sus brazos y sentir la calidez de su cercanía, ya que sería lo único que podría reconfortarme en estos momentos, pero sé que es imposible. Con todo el problema del dinero robado sería meterla tanto a ella como a Hoffman en problemas, y creo que a estas alturas es lo que menos me conviene.

Y hablando de Hoffman, hay algo que no termino de comprender, tanto de él como de la forma en la que vive. En la cocina apenas hay platos y ni hablar de sartenes. No hay fotos en la sala, no hay adornos, no hay cojines en sus planos sillones color mayonesa, nada. Es como estar en una casa lista para venderse... o en la guarida de una especie de psicópata.

Las paredes desnudas, blanquísimas, de pronto parecen observarme. El vello de mi nuca se eriza, doy un respingo y brinco de la silla echándola al suelo.

Me acabo de dar cuenta de que ya no estoy solo.

Viro la cabeza de un lado a otro. Los muros, los muebles en su lugar, el olor del café perdiéndose entre el de la putrefacción.

—¿Quién está allí? —pregunto, aun a sabiendas de que, a excepción del olor a cadáver, no he escuchado ningún sonido ni he visto nada moverse.

Solo siento que hay algo aquí cuya presencia se arrastra, se agita, deja una marca a su paso y

expide un olor repugnante.

—¿Una pesadilla?

Troto hacia el único espejo de la planta inferior, el del baño. Me asomo en él y me estremezco al ver que las pupilas de mis ojos se han dilatado a la par que la presencia se mueve justo sobre mi cabeza: estoy viendo a través del plano medio.

Miro al techo y lo encuentro vacío, a lo que supongo que aquella cosa está en el piso de arriba.

Un torrente de emociones dispares me acosa, dejándome aterrado y a la vez muerto de ansiedad por saber lo que mora en esta casa.

Finalmente, me decido a trepar por la escalera a grandes saltos, ignorando lo mejor que puedo el dolor de mis heridas. Mi pulso se acelera a medida que abro puertas a diestra y siniestra; el baño, el cuarto de visitas, la recámara de Hoffman, el de juguetes...

Un momento. ¿Juguetes? Mi ceja se dispara a la vez que el rechinado de la puerta hace eco en la casa. De pronto, me encuentro frente a un mar de ojos enormes y brillantes. Un zoológico de peluches esparcidos por todas partes me miran desde el interior de la habitación, sonriendo delante de muros rosa pálido. El color ahoga cada espacio, cada mueble y cada prenda del lugar como si me introdujese a un cuento de fantasía.

Es el cuarto de una bebita.

La presencia vuelve a sacudirme, a lo que contemplo con horror la cuna que yace pegada a una de las paredes, cubierta por un montón de delicados velos traslúcidos. El olor a cadáver mezclado con talco y flores es cada vez más repugnante, por lo que me cubro la boca y la nariz con la manga de mi suéter.

El horror me carcome las tripas a la vez que doy pasos lentos hacia la cuna. Escucho que algo se mueve; un cuerpo revolviéndose entre sábanas y cobijas. Llego hasta el moisés y, con la mano temblorosa, remuevo las capas de velo. Miro dentro y una bomba estalla en el interior de mi estómago.

Un pequeño bulto se retuerce debajo de una frazada, cuyo color pastel está manchado de sangre. Sangre fresca.

Tiemblo de pies a cabeza, pero mis dedos se dirigen hacia la cobija como si tuviesen voluntad propia. Tomo la orilla y comienzo a levantarla. El olor se vuelve vomitivo y el llanto de un bebé me revienta en los oídos.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Doy un brinco al escuchar aquello a mis espaldas. Hoffman me mira desde la puerta con la mandíbula desencajada en temblores.

—Hoffman, yo... —Miro de nuevo a la cuna y parpadeo rápidamente para asegurarme de que mis ojos no me engañan.

La habitación está vacía, con paredes blancas y desnudas. Todo lo que había aquí, peluches, adornos, velos... Todo ha desaparecido.

—¿De dónde carajos has sacado eso? —pregunta con los dientes apretados, a lo que yo siento un peso en mi mano.

Boqueo como un pez al ver que la cobija de bebé yace en mi puño cerrado.

—¡CONTESTA!

—Veía a través del plano medio —respondo en un susurro y sin estar seguro de mis propias palabras—. Hoffman... ¿Murió alguien aquí? ¿Un bebé, tal vez?

El agente palidece, me da la espalda y se retira del marco de la puerta para luego lanzarse a bajar las escaleras. Veo la manta y me doy cuenta de que las manchas de sangre están ahora secas y la tela está roída, como si hubiesen pasado años sobre ella en tan solo unos segundos. ¿Acaso...

¡alé un recuerdo? ¿Cómo pude hacer algo así?

Dejo caer la frazada al suelo y comienzo a hiperventilar, por lo que me cubro la cara con las manos para aguantar el ataque de nervios.

—Joder, joder, Laurele. ¿Qué has hecho? —susurro.

Me doy unos minutos para calmarme antes de bajar a la cocina, en donde encuentro a Hoffman sentado y con la mirada perdida en el goteo del fregadero. Ha dejado una caja de cereal en la mesa junto con un cartón de leche.

—Hoffman, yo...

El hombre toma la caja de cereal y la estrella sobre el asiento de mi silla. Es obvio que no piensa hablar de esto, así que no me aventuro más a hacer el intento. Levanto el empaque y lo vuelvo a poner en la mesa, me siento en silencio y le doy un sorbo a mi taza de café, cuyo amargo sabor me baja desagradablemente por la garganta. El bebé de Hoffman, Laurele... tengo miedo de encajar las piezas.

—Tal vez deba irme de aquí... —susurro.

—¿Qué has dicho?

—Laurele va a encontrar la manera de dar conmigo. Si me quedo, estarás en peligro también.

—Me importa una mierda. Que venga. Mejor para mí.

—¿Qué no entiendes lo estúpido que es? ¡No hay forma en la que tú te puedas enfrentar a estas cosas, te harán pedazos antes de que puedas siquiera ayudarme!

—¿¿Piensas que tengo algo que perder, mocosos idiotas?! —Su mano se arroja contra mi taza, estrellándola contra la pared y partiéndola en cientos de pedazos—. ¿¿Crees que hago esto por ti?! ¡No me hagas reír! ¡Lo único que quiero es dar la cara a Laurele! Y ni tú ni un montón de monstruos me van a impedir que ponga mis manos alrededor del cuello de esa zorra. ¿¿Me oíste?!

Su grito retumba por la casa y las venas de su cuello resaltan como las raíces de un grueso árbol. La cólera, la desesperación, el resentimiento. Puedo sentirlo todo en él y de alguna manera retorcida... empiezo a entenderlo.

Miro la mancha de café y el vidrio roto en el piso, a lo que suelto un suspiro. Me levanto, tomo un trapo del fregadero y junto los restos de cristal y líquido, para después tirarlos en la basura bajo la mirada iracunda del agente.

Busco un tazón y una cuchara, tratando de ignorar las borrascosas emociones de este hombre, aunque a estas alturas, no sé si puedo culparlo por ser de esta manera, de reaccionar de formas tan violentas para anteponerse a una especie de dolor que se esconde bajo su piel.

Él parece volver a ese mundo de silencioso rencor, por lo que una vez que encuentro los trastes, me siento de nuevo a la mesa. Los ojos me pesan y arden como los mil demonios, así que dejo salir un suspiro, de esos que suelen escaparse después de haber lloriqueado un buen rato.

—¿No encontraste el libro? —le pregunto, arriesgándome a otro ataque de cólera y recordando el favor que le pedí antes de que se fuera de la casa.

—No, y ni me pidas que vaya a buscar de nuevo, que me costó demasiado registrar tu cuarto con el estúpido de Carlton Lone respirándome en la nuca —responde, con más calma de la que esperaba.

—Si fueses más amable, la gente te daría más facilidades.

—A la mierda con la gente.

—Como quieras —respondo, rendido y sin ganas de seguir discutiendo o de volver a ver otra explosión de cólera—. Pero de verdad sería bueno tener ese libro...

Me recargo en el respaldo de la silla y me cruzo de brazos. El libro rojo de Laurel era casi su diario personal, había muchas cosas que yo no podía entender ni siquiera estando en inglés, así

que podría tener oculta la identidad del monstruo de hueso y su forma de eliminarlo o, por lo menos, saber cómo es que consiguió los favores de Barón Samedi. Algo, ¡algo debe haber allí!

Derrotado, sacudo la cabeza de un lado a otro y miro la leche con desgano. Tengo el estómago revuelto, pero si rechazo la comida de este desquiciado, de seguro me pega un tiro. Me inclino para tomar la caja de cereal, abro el paquete de hojuelas y lo agito sobre mi recipiente para servirme.

Hoffman y yo nos miramos con los ojos abiertos de par en par. El libro rojo ha caído desde el interior de la caja, aterrizando directamente sobre mi plato.

Capítulo 31
MIS NIÑOS NUNCA VUELVEN



El microondas aúlla, a lo que vas hacia tu reducida cocina para tomar el plato caliente que te espera. Abres el hocico del aparato y miras con algo de frustración el humeante fideo. No tienes mucha hambre, pero comer es una de esas cosas que te suelen calmar cuando estás ansiosa; ambos sabemos que no es el mejor hábito del mundo, pero para una mujer solitaria como tú, es lo único que te queda por hacer.

Ablandado por este pensamiento, me deslizo hasta tu tobillo, acurrucándome en el empeine de tu pie para poder hacerte sentir un poco de mi invisible cercanía. Cada hora que pasas sin tener augurios de Elisse se vuelve un tortura para tus nervios, tanto así que has sido incapaz de siquiera acercarte al centro budista desde ayer. Supongo que temes llegar y ver al chico siendo apresado por la policía o enterarte de algo más espantoso.

No sé qué ha sido peor, Louisa. Verte llamar cada veinte minutos a la reserva, siendo yo consciente de que nadie ni nada te contestaría del otro lado o contemplarte suspirar cada vez que le dabas un vistazo a una habitación vacía en tu pequeña casa, seguramente desempolvando el deseo de ver a Elisse habitando ese cuarto algún día.

Te acercas al sillón de la sala como si arrastrases el peso de tu soledad detrás de tus tobillos; miras por unos segundos la televisión sobre el buró de tu sala, cuando el timbre chillón de la puerta te hace saltar. Respiras profundo y aprietas los párpados.

—¿Quién es? —gritas, pero nadie responde, a lo que dejas tu alimento sobre el sillón y caminas tan solo un metro hacia la entrada, demostrando una vez más el reducido espacio que constituye tu casa—. ¿Quién es? —vuelves a preguntar, pero sigues sin recibir respuesta.

A falta de un agujero que te sirva para mirar al otro lado, te resignas a quitar los pestillos y abrir la puerta, segura de que el cancel de hierro te protegerá en caso de que se trate de un asaltante.

Pero cuando ves a la persona que está en tu pórtico, caes en la cuenta de que habrías preferido mil veces a un demonio de cien cabezas.

—¿Qué estás haciendo aquí?! —exclamas, dando un paso atrás.

—¡Hola, hola! —responde Laurele, sonriéndote desde la entrada.

La miras de arriba abajo, espantada al ver su ropa mal puesta y el maquillaje corrido por toda su cara, como si algo la hubiese arrollado. Además, expide un intenso olor a quemado que te provoca una desagradable comezón en la garganta.

—¡Lárgate de aquí antes de que llame a la policía! —gritas, dando un paso hacia atrás.

—¡No, no, Louisa, tienes que escucharme! —te implora, abalanzándose contra la reja de metal.

Se aferra a los barrotes y mete su cara entre dos de las varillas, mirándote con los ojos brillantes y desnudos de párpados.

—Te tengo una muy buena noticia, ¿no te la vas a creer!

—¿Qué estás diciendo? ¡No quiero saber nada de ti! Te has estado metiendo con Elisse, haciéndole quién sabe qué cosas a ese pobre muchacho. ¡Más te vale que lo dejes en paz! —amenazas, gritando desde el fondo de tus cansados pulmones.

—¡Precisamente de eso te quiero hablar, escúchame! —La cara de Laurele se transforma en una mueca retorcida y grotesca, como si se hubiese quedado a la mitad de una sonrisa a punto de volverse un grito—. Dime, ¿no quieres volver a ver al pequeño Devon?

Ahora eres tú quien tiene una cara desorbitada de asombro.

—Mira, mira, a que tu niño era precioso. ¿No te gustaría tenerlo de vuelta? —dice ella sacando de su bolsa una fotografía tuya y de tu hijo Devon, aquella que siempre tenía puesta sobre su altar vudú.

Horrorizada, miras la foto que habías creído perdida muchos años atrás.

—Dime dónde está Elisse y te juro que te devuelvo a tu hijo, puedo traerlo a la vida. ¡Puedo traerlo a la vida, pero ya perdóname! ¡Por favor, perdóname! —grita Laurele como si estuviese siendo devorada por un monstruo, a lo que das unos pasos temblorosos hacia atrás y cierras la puerta con un golpe violento, azotándola en la cara de tu hermana—. ¡Louisa, hermanita, por favor! —La escuchas gritar desde el otro lado mientras echas los pestillos y el seguro.

No te atreves a moverte de tu lugar, tan solo te limitas a morderte los labios y a echarte a sembrar lágrimas de impotencia.

—¡Louisa, Louisa! ¡Te extraño, por favor, por favor...!

Los gritos de tu hermana parecen acelerar el agitar de tu agotado pecho, a lo que te cubres los oídos con las palmas de las manos, apretándolos tan fuerte que los cartílagos de tus orejas comienzan a ponerse colorados.

Corres hacia tu habitación, cerrándola de un portazo y haciendo lo imposible por dejar de escuchar los llamados de tu hermana desde la puerta. La voz de Laurele se va transformando en un solitario eco en medio de la noche, mientras yo abrazo tus hombros para tratar de calmar los temblores de tu atormentado cuerpo.

Capítulo 32
LA HOGUERA DE LOS MILAGROS

«Mezcle la sangre con cenizas de paja para arrastrar hacia la desgracia...»

«... amarre nueve nudos, diga la maldición adecuada en cada nudo hasta que la tela tome la medida de un bebé. Ate otros tres nudos y después entierre la prenda bajo la puerta de la enemiga. Cuando la mujer haya cruzado la puerta nueve veces, entonces...»

«... la sangre fuerte es manantial de larga vida y juventud. Trace un talismán en el suelo, que debe ser de madera, trace un sarcófago, invoque...»

«... pero también grandes sacrificios son las exigencias del señor de la muerte, cuya paga debe ser cumplida al pie de la letra. El señor del Sábado, oculto entre las sombras de la agonía de la vida, puede brindarla a cuerpos inertes que...».

Incapaz de soportarlo más, cierro el libro de golpe y lo arrojé hasta el otro lado del sillón. Entierro el rostro entre mis manos y me contengo, aún sin creer cómo los hechizos del libro empiezan a cobrar sentido, a encajar como un rompecabezas. Y, a pesar de que no entiendo gran parte de lo que hay aquí, lo poco es simplemente escalofriante.

Todo esto apunta a que Laurele quiere conseguir sangre fuerte, es decir, la nuestra, la de los errantes, para prolongar más su juventud —como hizo con el hijo de Louisa—. ¿Pero qué hay de los abortos? ¿Por qué tomar la vida de fetos inocentes? ¿Y la bebé de Hoffman...? Demonios, ni siquiera voy a intentar preguntarle cómo es que se metió con esa bruja.

Y lo peor de todo: Laurele ha estado reviviendo a esos errantes e invocando zombies gracias a los poderes de Barón Samedi. Y si puede hacer esas cosas tan espantosas gracias a sus favores, ¿cómo demonios se supone que vengza al señor del Sabbath? ¿Al líder de los Loas que se encargan de manejar la muerte? ¿Le clavo una estaca, lo relleno con ajo?

—Demonios, no es suficiente. Necesito más información —maldigo entre dientes.

—¿Y qué se supone que estás buscando? —me pregunta Hoffman desde la entrada de la cocina, tomando una taza de café.

—Algo de vudú avanzado —respondo, sintiéndome algo estúpido al decirlo de esa manera, pero es que no puedo describirlo de otra forma.

—¿No me dijiste que eso es un manual hecho por Laurele?

—Sí, pero no hay nada de lo que necesito, además de que muchas cosas están escritas en un idioma que no comprendo.

El agente camina hacia mí y toma el libro del sillón. Le da una ojeada, poniéndolo de cabeza un par de veces y arrugando el entrecejo, como si las páginas lo estuviesen insultando.

—Esto está en francés. No tengo ni puta idea de lo que dice.

—¿Francés? ¿Conoces a alguien que pueda ayudarnos a traducir?

—¿Te parezco alguien que anda por allí haciendo amiguitos bilingües?

—Joder, Hoffman... bueno, de todas maneras, no hay nada sobre cómo revocar los favores de un Loa.

—¿Favores de un Loa? Estás enfermo.

Arroja el libro a la mesa para después sentarse a mi lado. Suspiro, agotado hasta los tobillos. Llevo desde ayer reposando en este maldito sillón, recuperándome todavía de mis heridas, memorizando todas y cada una de las páginas, pero sigo sin encontrar lo que necesito. Podría tratar de traducir con un diccionario, pero me tardaría demasiado y dudo ser capaz de siquiera hilar algunas ideas. Una vez más, siento que el tiempo se me acaba.

Veo las tapas rojas, ahora un poco desgastadas de tanto estarlo manoseando, y mi cara se descompone en desagrado. Me dan escalofríos al recordar la manera en la que ese libro apareció. No tengo idea cómo es que llega una y otra vez a mí; es como si alguien estuviese empeñado en que yo lo tuviese. ¿Laurele? Imposible, me estaría dando una ventaja sobre ella, e incluso se veía perturbada cuando se lo mostré en su tienda, aunque... podría ser que lo haga por una orden Barón Samedi; su apartado dice que es un ser al que le gustan demasiado las apuestas y los tratos, aún más que al resto de los Loas, así que tal vez quiere divertirse conmigo para ver qué tan lejos puedo llegar. Pero de no ser así, ¿entonces quién? ¿Quién quiere que tenga acceso a conocimientos vudúes básicos?

—¿Y bien? ¿Ahora qué? —me pregunta Hoffman, quien tamborilea sus dedos contra su brazo sin dejar de lanzarme esa mirada escéptica, como analizándome hasta el color del cabello.

—Necesito salir a buscar información sobre cómo combatir los poderes de un Loa —respondo—. Porque de otra manera, ella seguirá buscando la forma de asesinarnos a todos.

—El único que va a morir aquí vas a ser tú si te encuentra el tal Nashua en la calle.

—No es tan tonto como para hacerme daño a plena luz del día. Además, podrías acompañarme, por si acaso.

—Claro, para que el resto de los policías de la ciudad nos vean juntos y sepan que tenemos algo entre manos.

—¿Vas a ponerme un pretexto cada vez que te pido algo? Si es así, vete olvidando de nuestro trato —reclamo. Me aprieto el puente de la nariz porque, joder, acabo de escucharme justo como Tared.

Me rechinan los dientes al pensar en el pleito que tuve con el cretino de Hoffman en la mañana —bueno, uno de los tantos— cuando le pedí que investigase algo sobre el hombre lobo, que buscase en su taller, que llamara a hospitales, a farmacias, cualquier cosa que me dijese que alguien lo había visto. Renegó un buen rato, pero a fin de cuentas, terminó haciéndolo de mala gana, aunque no pudo conseguir ninguna información al respecto, así que me recriminó por casi una hora todo el tiempo que le hice perder.

Exhalo y busco un poco de las reservas de paciencia que tenía antes de que llegase a Luisiana. Encontrando apenas vestigios de ella, me levanto y voy hacia la cocina.

—¿Qué sugieres que haga? —pregunto al agente—. No vaya a ser que te pongas a llorar si te pido otra cosa.

—Bueno, tal vez si te pones un vestido nadie se imaginará que eres el chico fugitivo.

Mi paciencia se va al demonio.

—Eres un pendejo, Hoffman.

—Pensé que no te molestaba lucir como una chica.

—Eso no significa que quiera ser una, así que deja de estarme jodiendo.

—De todas maneras, no creo que sea prudente que vayamos juntos.

Me limito a encogerme de hombros, cansado ya de estar discutiendo con este simio. De todos modos, Hoffman no tendría oportunidad contra mis hermanos o Laurele.

Desvío mi mirada hacia la ventana de la sala a la vez que me siento enloquecer, encerrado en esta celda voluntaria y sin poder ir a la calle a buscar por mí mismo lo que ha quedado de la reserva.

—Hoffman, ¿hay más hechiceros como Laurele por aquí?

—Joder, Elisse, estás en Nueva Orleans, aquí pulula gentuza así.

—No, hay estafadores, gente que te hace creer que sabe de estas cosas, pero no quienes de verdad se las tomen en serio... ¿Puedes llevarme con alguien que sí sepa de vudú?

—Estás bien chiflado. ¿Quién dice que esa gente no se ha aliado con ella? Son el mismo tipo de locos, ¿recuerdas?

—¿Se te ocurre una idea mejor? Anda, soy todo oídos.

Chasquea la lengua y se cruza de brazos. Da un par de vueltas sobre el asiento como un perro enojado y, finalmente, se muerde su propia cola; sabe que tengo razón.

—Bien, tú ganas —escupe—. Sé bien a dónde necesitas ir, pero deberás esperar un par de horas. Todavía es muy temprano.

Y esas horas se vuelven un parpadear. En cuanto dan las seis de la tarde, ambos nos ponemos en camino hacia una de las comunidades más olvidadas de la ciudad. El sol se ahoga bajo las aguas del Mississippi dando paso a la noche, mientras contemplo la transformación de las calles a través de la ventana del coche de Hoffman.

Al bajar el vidrio, arrugo la nariz cuando el olor asqueroso de las cañerías me pega directo en la cara. El lugar que estamos visitando dista mucho de la riqueza visual del Barrio Francés; las viviendas están viejas, negruzcas, roídas y llenas de moho, como si la humedad las hubiese devorado a través de las gargantas de los huracanes. Las paredes de los edificios, los señalamientos, los negocios, todo está tapizado de abundantes grafitis y letreros sin sentido, opacando cualquier rastro de belleza que pudiese tener la arquitectura de esta parte de la ciudad. Los jardines de las casas son simples trozos de tierra seca con despuntes de mala hierba, cercados por rejas de acero que acentúan el aire sombrío del vecindario.

Pero hay algo más aquí. Algo que dista mucho de la pobreza y la inseguridad, algo que hace que mi corazón se dispare y empiece a bombear sangre como poseso. Una adrenalina intensa, una sensación de ahogamiento, como cuando estás a punto de hacer una prueba de resistencia física. Sientes el nerviosismo en el estómago que te jala de una forma tan potente que te hace perder el control de tus pulmones; te ahogas en la expectación.

Bajamos por una cuesta hasta dirigirnos a una calle con pocas casas, tan lúgubres como las anteriores. Pocos faros de luz funcionan, pero puedo distinguir en los pórticos cosas inusuales, como mecedoras cubiertas con pieles de animales, veladoras posadas en las marquesinas de las ventanas y algunos huesos colgando de los techos y en los barandales. Escucho a Hoffman hacer un ruido con la nariz muy parecido a una risa, de seguro divertido ante mi cara de curiosidad.

Aparcamos en una de las esquinas de la calle, abro la puerta del coche para bajarme y respiro profundamente, aliviado por tener un escape más amplio del asqueroso humo a cigarro que ha estado apestando el interior durante todo el camino. ¡Caray! Este hombre va a morir de cáncer antes de los cincuenta si sigue así.

Toso y me acomodo la capucha de la sudadera lo suficiente para no dejar ver mi cabello rubio. Es un disfraz muy simple, pero con la oscuridad puede que me haga pasar algo desapercibido por si algún conocido de Hoffman llega a reconocernos.

El agente baja también y se adelanta, susurrándome un «sígueme». Camino cerca de él, mirando cada uno de los rincones y esquinas donde esté demasiado oscuro, con el temor latente de ver a las sombras revolverse en cualquier momento.

A primera vista, la calle parece vacía, pero conforme la escasa luz del sol muere y un mar lavanda recubre el cielo, luces anaranjadas brotan de las ventanas. Veo movimiento en ellas y, poco a poco, la gente comienza a salir de las casas: hombres, mujeres, niños, familias completas van calle abajo, tal como nosotros.

Caminamos unas cuadras y llegamos a una casa de tamaño más considerable en comparación a las del resto del vecindario, con una fachada blanca salpicada de collares del *Mardi Gras*. La multitud se dirige a la parte trasera del edificio, a lo que Hoffman y yo nos incorporamos al rebaño.

Llegamos al patio, cuyo césped parece haber desaparecido hace años, dando paso a un zacate amarillento y rasposo. Han trazado un gran círculo de cal en el piso, en cuyo centro está colocada una especie de altar. Está conformado por una manta de color rojo extendida en el piso; sobre ella, hay botellas de licor y veladoras de cristal ya ennegrecidas por el uso, portando imágenes que reconozco como de santos y vírgenes provenientes de la religión cristiana. También hay huesos, cestos, cajas, cráneos, montones de monedas y estatuas humanas alargadas, esqueléticas y de color negro. Sus cuellos yacen repletos de escapularios y collares, como si se hubiesen llenado de ofrendas a través del tiempo.

Frente al altar hay palomas y gallinas enjauladas, chillando frenéticamente mientras se arrojan contra los barrotes en un intento frustrado por escapar. Mi corazón se encoge al verlos; es como si presintiesen que su estancia allí tiene un propósito espantoso. Alrededor del altar se encuentran varias mujeres negras y vestidas de blanco, cargando ramilletes de flores y hierbas entre los brazos mientras los recién llegados comienzan a colocarse en un círculo alrededor de ellas.

A pesar de que la mayoría de las personas aquí reunidas son afroamericanas o latinas, nadie parece incomodarse con nuestra presencia; de hecho, hay varios turistas, cuyas cámaras despliegan un mar de luces que parecen buscar con desesperación el tener una toma de tan extraño ritual.

De pronto, de la puerta trasera de la casa, sale una mujer cuya presencia impone un considerable silencio. Es robusta, también negra y le calculo unos sesenta años; parece ser la sacerdotisa mayor aquí, ya que a diferencia del resto de las mujeres, es la única que viste de rojo y lleva un sinfín de collares y adornos hechos con huesos y piedras.

Ella alza sus manos y comienza a hablar en una lengua que desconozco, pero cuya pronunciación me es muy familiar, como una especie de ronquido gangoso.

—¿Qué está diciendo? —le susurro a Hoffman.

—Ni puta idea. Ya te dije que no hablo francés.

Abro los ojos como platos, la escucho hablar un poco más y caigo en la cuenta de que su acento es muy parecido al de Louisa.

Ella es justamente la persona que necesito.

La mujer camina hacia el altar, recoge unas ramas secas y les prende fuego para después pasar el humo alrededor de las estatuillas. Las mujeres de blanco levantan los brazos y aplauden, al tiempo que sus bocas comienzan a vociferar una extraña mezcla de gritos y cantos que no parecen tener sentido.

Ellas comienzan a moverse en vaivenes que nacen suaves como una marea, para después embravecer. Los cuerpos brincan, se contorsionan y se sacuden mientras los tambores provenientes del interior de la casa comienzan a desembocar tocados a un ritmo estridente y

violento, el cual parece tener una gran armonía arrancada de la locura, aun en medio de su alboroto.

Las voces de las familias afroamericanas se unen y se elevan hacia la noche, como si sus gargantas fuesen poseídas por el mismo espíritu delirante que parece haber asaltado a las mujeres de blanco.

Una de ellas se tira al piso y el resto corre a tomar las botellas de alcohol. Empapan los ramos que llevan en las manos y comienzan a golpearla mientras ella rueda una y otra vez en el suelo, gritando con euforia en medio de voces colectivas. Todas se convulsionan, sus ojos giran y sus cuerpos se sacuden en bailes que hacen que su esencia física se mezcle con las fumarolas de las antorchas que la sacerdotisa ha comenzado a encender alrededor del círculo de cal.

La cortina de humo se espesa y el verdadero espectáculo comienza, al menos para mí. Veo siluetas humanas y totalmente negras entre el humo alrededor de estas mujeres; las toman de los brazos y de las piernas, las agitan, las arrojan y se frotan contra ellas en vaivenes eróticos y estridentes.

Me doy cuenta de que no es que ellas bailen de forma histérica. Es que esos espíritus las mueven como si fuesen marionetas.

Me quedo sin oxígeno. La mano de Hoffman se posa sobre mi hombro y su aliento choca contra mi oído.

—Bienvenido a la hoguera de los milagros —me susurra, a la vez que un pulso de emoción me invade. La adrenalina me posee como esos fantasmas a los cuerpos de las exaltadas mujeres, y estoy convencido de que mi excitación por todo este misticismo es culpa de mi sangre de chamán.

Mi mano se cierra en la gabardina de Hoffman; jadeo de embriaguez al darme cuenta de que aquellos espíritus giran sus cabezas hacia acá, mientras sus manos se contorsionan entre los senos y entrepiernas de aquellas mujeres.

Me están mirando.

—¿Cómo te enteraste de este lugar? —pregunto, con el estómago trepándome por la garganta.

—Tengo más de diez años siendo policía. Te sorprendería lo mucho que conozco esta ciudad —me responde casi con burla, como si todo este asunto le diera mucha gracia.

La sacerdotisa comienza a pasearse frente a la gente, tocando cabezas y provocando convulsiones violentas en sus seguidores para deleite de las cámaras... hasta que sus ojos desorbitados se elevan para clavarse en los míos. Su cara se tiñe de locura y su cuerpo robusto se abalanza sobre la multitud que abre una brecha para dejarla pasar. Levanta su dedo y me apunta.

—Ven conmigo. Ahora —me ordena, dando media vuelta y caminando directo hacia la casona blanca.

Le arrojé los ojos a Hoffman, pero él solo se encoge de hombros, dejándome a la deriva. Sabiendo que el muy cretino no dará un paso por mí, agarro valor y la sigo ante la mirada atónita de los turistas, quienes parecen morir de ganas por estar en mi lugar.

Si tan solo supieran...

Cruzo el umbral de la casa, tratando de distinguir entre las sombras del pasillo a la mujer que va delante de mí, envolviéndome poco a poco en el olor a humedad e incienso que despiden las paredes.

Veó varias puertas a ambos lados del pasillo que me traen escalofrantes recuerdos de la tienda de Laurele, logrando que me pregunte una y otra vez si no estoy cometiendo un error. Al final, la sacerdotisa abre una de ellas y me pide que entre con un movimiento de cabeza.

Amarrándome el estómago, doy unos pasos hacia el interior, siendo recibido por un leve resplandor anaranjado. Me encuentro con una habitación pequeña, con dos sillones rojos en el

medio y llena de cosas como las que tenía Laurele en su tienda. La mayor diferencia radica en que hay más imágenes cristianas, las cuales cuelgan de las paredes en marcos dorados; vírgenes y santos me miran fijamente mientras las veladoras los iluminan con un tétrico claroscuro.

La sacerdotisa toma asiento frente a mí y me invita a hacer lo mismo.

—No voy a morderte, Elisse. Quédate tranquilo.

—¿Sabe quién soy? —pregunto, no tan sorprendido como creí que lo estaría.

—Todos en este barrio lo saben, muchacho. Mándale saludos a Louisa de mi parte, si es que te la vuelves a encontrar alguna vez.

Vaya, eso fue menos esotérico de lo que pensé, aunque me hace sentir mucho más tranquilo. Me bajo la capucha y restriego mis manos una contra la otra con nerviosismo, tratando de no verme como un tonto.

—¿Sabía que yo vendría acá?

Ella alza una ceja. Por los dioses, Elisse, ¡deja de preguntar cosas estúpidas! Carraspeo.

—Supongo que también sabe por qué estoy aquí.

—Laurele, ¿verdad?

Mi rostro lo dice todo, a lo que el de ella se ensombrece, no sé si a causa de las velas tambaleantes o por el aparente desprecio que se refleja en su mirada.

—Ah, las Fiquette... Tanto su *ma* como Louisa eran mujeres muy dulces, a diferencia de Laurele, quien siempre fue más retraída. Más... ambiciosa.

La mujer mete la mano dentro del bolsillo de su larga falda y saca un habano.

Un espasmo me recorre de pies a cabeza al verlo encenderse solo, tal como lo hizo el de Laurele en su tienda.

De pronto, puedo sentir algo alrededor de mí, lo que me hace girar la cabeza a todas las esquinas oscuras del cuarto. Es como sentir un susurro... o varios. Confundido por la enorme cantidad de señales que me son enviadas, vuelvo a mirar a la sacerdotisa, quien cada vez parece más sombría.

—Ella intenta matarme —murmuro, otra vez nervioso.

—Lo sé, muchacho —dice, despreocupada, pero ni siquiera me molesto en ofenderme.

Últimamente, el valor de la vida, sobre todo la mía, parece ser algo que tiene a todo el mundo sin cuidado.

—¿Sabes? Los Loas estuvieron muy inquietos ayer, presagiando cosas escalofriantes. Y de hecho, anoche me enviaron a soñar contigo. Tuviste unos días difíciles, ¿no?

—¿Usted sabe cómo puedo detenerla? —pregunto con cautela, pero ella me mira como si hubiese insultado a todos sus ancestros.

—¿Detenerla? ¿Acaso sabes contra quién te enfrentas? —responde, elevando el timbre de su voz—. Elisse, ¿sabes cuál es uno de los métodos más efectivos para aumentar el poder de un hechicero? —Niego, incapaz de saber si debería avergonzarme por mi ignorancia—. Digerir los restos de un ser más poderoso que ellos. ¿Y sabes lo que dicen de Laurele Fiquette? Que ella estuvo mascando las cenizas de Marie Laveau por diez años. ¿Entiendes lo que te digo?

La columna se me hace cachitos a base de temblores. Como si no supiera que esa mujer es casi invencible... Pero aun así, no puedo darme por vencido.

—Tal vez tenga una oportunidad —susurro con ansiedad, pensando en las escasas posibilidades que mi estirpe de contemplasombras podría brindarme.

Aun sin mi ancestro y sin magia —si es que alguna vez la tuve—, todavía tengo sangre de chamán, ¿cierto? ¡Tiene que haber algo que pueda hacer!

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Señora, esta mujer puede tener un fin más allá de solo asesinarme a mí.

—¿Y crees que no lo sé? —replica, mientras vuelve a aspirar el habano.

Echa la cabeza hacia atrás y expulsa una densa capa de humo a sus espaldas. Aprieto las manos en los descansabrazos del sillón al ver que hay una oscura silueta detrás de ella, igual a las que estaban afuera en el altar.

—Pero estoy segura de que a estas alturas, ya sabes quién está de su parte.

—Barón Samedi —susurro con cuidado, como si me quemase el nombre en la lengua—. ¿Usted puede comunicarse con él? —le pregunto, aguantándome el miedo cuando el espectro detrás de la mujer abre los ojos: están totalmente en blanco.

—¿Crees que he descabezado cincuenta gallinas en un mes por mera diversión? No, muchacho. He tratado por casi veinte años de volver a recibir respuesta de Barón Samedi, pero él nos ha dado la espalda y a nosotros ya se nos agotaron los recursos, todo de seguro por culpa de Laurele. No nos queda de otra más que dejarnos a la voluntad de los dioses. —¡Veinte años! Me estremezco y aprieto el puente de mi nariz—. Y si el Loa de la muerte se rehúsa a hablar con nosotros, quienes hemos sido sus sirvientes por tantos siglos, dudo mucho que dé su brazo a torcer por ti.

—No si lo obligo a escucharme —respondo con enfado, negándome a creer que no tengo ninguna posibilidad.

—Te hará pedazos.

—Entonces, lo mataré primero.

—¿Pero qué tonterías dices, niño? Es un Loa. Nadie puede matar a un dios.

—Pues para ser un dios, tiene tendencias bastante humanas —replico, recordando que Barón Samedi, además de ser un Loa muy sádico, también tiene una pasión desmedida por el sexo y el alcohol—. Y todo lo humano se acaba tarde o temprano. ¡Todo! —exclamo, cruzándome de brazos, a lo que ella me mira por largos segundos con los ojos casi saliéndose de sus cuencas... y luego, se echa a reír como desquiciada bajo mi estupefacta mirada. Echa una última risa gangosa y se limpia una lágrima con el faldón.

—Ah, pequeño, con razón Louisa te ha tomado cariño. Tienes un espíritu inquebrantable, aunque eres necio como una mula —me dice, haciéndome enrojecer.

Al mencionar a Louisa, pienso en todo lo que ha tenido que pasar por culpa de la desalmada de Laurele, y en si la maldita bruja piensa lastimarla ahora que Comus Bayou está dividida...

Tomo las manos de la sacerdotisa entre las mías y se las aprieto, muy a pesar de que el gesto parece serle indiferente.

—Necesito que me ayude, por favor —le suplico—. No tengo a quién más acudir.

—Elisse, ni siquiera los de tu raza han podido hacer algo. ¿Cómo pretendes que yo sea capaz de ayudarte?

Me levanto de un salto y retrocedo; el impulso echa el sillón hacia atrás, tumbándolo sobre su respaldo y haciendo un sonoro golpe contra el piso.

—Calma, muchacho. Creo que tú podrías hacerme más daño que yo a ti.

—¿Sabe de nuestra existencia?

Ella permanece serena y apaga el habano en la madera del piso, bajo mi tensa mirada.

—Soy la única que lo sabe, al menos entre los hechiceros de la ciudad, y si esto te deja más tranquilo, ni siquiera estoy segura de saber qué tipo de criatura eres. Tengo muy poco de haberme enterado.

—¿Cómo?

—¿De qué te sirve saberlo? Probablemente estés muerto en un par de días.

Mis puños se abren y cierran, como si trataran de agarrar algo a lo que aferrarse para no caerme al vacío de la desesperación.

—Supongo que no va a ayudarme.

—Si pudiera, lo haría. ¿Pero cómo se supone que detenga a una mujer que ya ha recibido los dones para revivir a los muertos de las cenizas y el polvo?

—¡Y no solo eso! —grito—. También ha invocado a un demonio espantoso que ha devorado a uno de nuestros espíritus y...

—¿Qué ha hecho qué? —exclama, con la mirada desorbitada—. ¿Devorar a un espíritu? Niño, en mi vida había escuchado algo semejante. ¡Debes estar loco si crees que hay forma de detener a esa mujer si puede hacer lo que acabas de decir!

—¿Al menos puede decirme dónde encontrarla? Fuimos a buscarla a su cabaña en el pantano, pero ella ya no estaba allí.

—¿Cabaña? —Ella frunce el ceño—. Laurele no vive en ninguna cabaña.

—¿Qué? Pero hubo una mudanza, se llevaron sus cosas allá. ¡Las vi quemadas en su propio patio!

—No, Elisse. Mira, Laurele fue muy rica en el pasado, pero llegó un punto en el que ya no quiso hacer hechizos, gris-gris^[12], nada, así que se dedicó a vender todas sus cosas. La cabaña de la que hablas es donde ella vivió en sus tiempos de fama, pero la abandonó hace casi veinte años para irse a la ciudad cuando empezó a quedarse sin dinero. Compró un local en el Barrio Francés o embrujó a alguien para que se lo diera, no lo sé, pero ha vivido allí desde entonces.

—¡Joder! —exclamo, jalándome los cabellos hacia atrás y recordando la escalera que pasé de largo en el local de Laurele—. Estaba justo frente a mis narices. ¡Necesito ir allí, debo encontrarla, ver la forma de vencer a Samedi!

—Niño. —Ella suspira y baja los ojos al suelo—. No se puede vencer a Barón Samedi. No se puede vencer a la muerte a menos que seas la muerte misma.

—¿Ah, no? ¿Y cómo es que Laurele tiene tantos favores de la dichosa muerte?

—Laurele es una bruja muy poderosa, Elisse. Los tratos que ella le ofreció, te aseguro, fueron muy generosos y...

—Eso es —interrumpo—. El señor del Sabbath es el Loa que más afición tiene por los trueques. ¡Si le ofrezco un trato lo bastante bueno, podría revertir sus alianzas! —exclamo, más para mí mismo que para ella. La sacerdotisa en cambio deja los ojos perdidos en la inmensidad de la nada.

—Tengo que ofrecerle a Samedi algo que desee más que a ninguna otra cosa—insisto—, algo que nadie antes le haya ofrecido, algo... algo que lo haga retractarse de su trato con Laurele y que vaya mucho más allá de lo que ella misma ya le ha ofrecido.

De inmediato, me doy cuenta de lo ridículo que suena. Y, al parecer, ella también, pues una risa escapa de sus labios.

—No te lo tomes a mal, mi niño, pero sea cual sea lo que pienses ofrecerle, te aseguro que no hay nada en este mundo que pueda alcanzar lo que vale la vida de tu propia familia. Y eso, tanto Louisa como tú lo saben bastante bien.

El regreso a la casa de Hoffman es más silencioso que incómodo. Miro por la ventana, perdiendo mi atención en las escasas estrellas que adornan el manto de la noche. Respiro el humo del tabaco, veo algunas personas deambulando por la calle y, por unos segundos, envidio su tranquila ignorancia. Tan apacible y ajena al infierno que podría desatarse en cualquier momento.

Aprieto los ojos y una de mis manos masajea mi frente. Me siento desamparado bajo este cielo

nocturno, como si me hubiese vuelto una solitaria alma cruzando una carretera que me lleva hacia un precipicio de horror e incertidumbre.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta Hoffman.

Lo miro de reojo; tan solo está aspirando esa asquerosa droga mientras fija su vista en el camino, quejándose de cada coche que pasa como si él tampoco estuviese muy consciente del peligro que corremos.

—Ya sé lo que tengo que hacer —le digo.

—¿Y no se supone que eso es bueno?

«No lo sé», respondo para mis adentros. Tengo que hacer un trato con Barón Samedi y para hablar con él debo invocarlo. Pero ¿cómo, si al parecer Laurele es la única persona a la que él escucha? Tal vez si pudiese entrar al plano medio me pondría en contacto con él; a fin de cuentas, es un Loa intermediario entre nuestro mundo y el otro... Pero no tengo ni la más mínima idea de cómo hacerlo. Muata debía enseñarme, pero ahora es imposible. Y encima, está ese maldito monstruo de hueso. ¿Cómo diablos acabo con él? Le describí la criatura a la sacerdotisa, pero tampoco tiene idea de lo que sea y mucho menos la forma de matarlo.

—¿Y bien? —pregunta Hoffman, impaciente.

—El problema es que no sé si voy a ser capaz de lograrlo —susurro—. No soy lo bastante fuerte. Ni comprendo demasiado sobre esto.

—Bueno, podría ser peor.

—¿Ah, sí?

—Podrías estar muerto.

En serio, este hombre haría más bien quedándose callado.

Salimos por fin de la selva de asfalto. La casa de Hoffman está en la parroquia^[13] de Jefferson, por lo tanto, hay que cruzar el Mississippi y varios minutos de carretera para llegar hasta allá, lo que me permite contemplar el bosque pantanoso a través de mi ventana. La hierba crecida y los árboles altos y flacos al lado del camino me relajan, haciéndome sentir un poco más en paz. El contacto con la naturaleza, aunque sea tan solo por la vista, se ha convertido para mí en un refugio que, por momentos, me ayuda a evitar que me den ganas de darme un tiro de gracia.

Veo algo moverse en los árboles. Entrecierro los párpados e incluso giro mi cabeza para no perderlo de vista. Mi pulso se dispara al distinguir un resplandor plateado entre la espesura de la hierba.

—¡Para, para, para! —grito a todo pulmón, a lo que Hoffman frena de golpe.

—¿Qué, qué, qué carajos pasa?!

Ni siquiera me molesto en contestar. Abro la puerta del coche y bajo, lanzándome a toda velocidad hacia el bosque pantanoso y con los gritos de Hoffman a mis espaldas. Un lomo plateado corre a varios metros delante de mí mientras mi corazón se enferma de adrenalina.

—¡Tared, Tared! —grito a todo pulmón, pero aquella criatura no se detiene.

Por unos instantes, llego a creer que no es real, que estoy imaginado todo, pero cuando el lobo se detiene por unos segundos y gira su cabeza hacia mí, lo veo: ojos azules. Escucho un trueno en el cielo.

¡Es real! ¡Tiene que ser él!

Vuelve a huir. Mis pies se despegan del piso; la hierba azota mi cuerpo a medida que me abro camino a través de ella y los árboles se estrechan a cada paso. «¿Por qué huyes? ¿Por qué?», me pregunto mientras llego a un prado que se extiende largamente delante de mí. Corremos a través de él bañados por la luz de la luna asomándose entre las nubes, resplandeciendo contra el lomo de Tared como si fuese un espejo. Los truenos se vuelven más y más poderosos, estoy a nada de

alcanzarlo.

Él salta y, de pronto, se desvanece.

Mis pies se elevan del suelo porque un par de potentes brazos me sujetan desde atrás, levantándome con una fuerza a la que soy incapaz de hacerle frente. Pataleo mientras mi captor y yo caemos de espaldas al piso.

—¡No, no, suéltame! —grito con desesperación, revolviéndome con violencia, pero el agarre se vuelve más firme.

—¡Elisse, reacciona, carajo!

La voz de Hoffman retumba en mis oídos como un tambor. Abro los ojos de par en par y veo lo que hay delante de mí, a menos de un metro: una enorme y profunda zanja, en cuyo fondo pasa el río embravecido, golpeando con ferocidad contra las rocas y haciendo un sonido parecido al de los truenos.

—Por los dioses... —susurro, mientras la sangre se me va a los pies.

Si hubiese caído allí, la corriente de seguro me habría arrastrado hasta ahogarme. Los brazos de Hoffman me siguen sujetando con fuerza, como si temiese que, de un momento a otro, me lance al vacío. Y vamos, es que eso estaba a punto de hacer.

Mi mente se arroja a la nada, ya que ni siquiera percibo con claridad cuando Hoffman me jala de regreso al coche. No siento cuando me empuja sobre el asiento, no escucho sus gritos, ni siquiera soy muy consciente del momento en el que volvemos a su casa ni de la forma violenta en la que me avienta contra el sillón de la sala.

Tan solo percibo, a través de mis aturdidos oídos, sus pasos alejándose de mí y el azote de la puerta de su habitación. No sé cuánto tiempo permanezco contemplando la nada, luchando por no echarme a gritar.

Ese no era Tared. Era solo su ancestro.

Capítulo 33
LEALTAD



Alzas la cabeza al sentirlo llegar. Sabes que se trata de él, puesto que aun cuando Ciervo Piel de Sombras fue arrancado de su cuerpo, su esencia, su aroma indescifrable y su presencia temblorosa siguen siendo las mismas.

Veo que el vello de tu nuca se eriza y tus ojos se dilatan, poniendo en alerta todos tus sentidos. El sonido de sus pies enguantados con cuero estrellándose a cada paso contra el suelo se dispara en tus oídos, asemejándose al tic tac de un reloj, como si estuviese contándote el tiempo antes de estallarte en la cara como una bomba.

Él camina a paso rápido introduciéndose por el solitario callejón, con la cabeza perfectamente cubierta para que ninguno de sus cabellos quede al aire. Trota y pasa justo debajo de ti, transformando tu respiración en un pesado siseo.

—Ya casi... —susurras, andando con extremo sigilo entre los tejados y desfilando sobre los delgados bordes de yeso.

Tu presa llega hasta el final del callejón, deteniéndose en seco. Metes la mano en tu bolsillo y sacas el catalizador de tu propósito: un silencioso disparo. Uno solo y la tarea estará terminada.

Te acercas más y bajas por una escalera contra incendios sin hacer rechinar tus zapatos ni una sola vez. Estás a tan solo unos metros, la boquilla de tu pistola apunta a la cabeza de tu víctima, quien la mantiene quieta para poder ver con más claridad el croquis que lleva en la mano. Empujas el gatillo hacia atrás mientras tu respiración se hace cada vez más y más pesada.

Tu presa se quita el gorro para rascarse la cabeza, cosa que te permite no solo verlo con más claridad, sino sentirlo con más fuerza. Se te va el aliento y la mano te tiembla al compás del movimiento de esos rubios cabellos.

Elisse mira hacia acá, percibiendo un atisbo de tu presencia, pero tú te escabulles entre las sombras de los techos para evitar que te vea.

Confundido, el chico sale del callejón hacia la banqueta, dándose por vencido con el mapa y mezclándose con la multitud que se encuentra justo al otro lado de la calle. Te restriegas la palma de la mano en la cara, aún con el nerviosismo subiéndote por la columna.

—¿Por qué lo has dejado ir, Julien? —te pregunta Johanna a tus espaldas, mirándote con inquietud.

Sus ojos grises se clavan en tu pistola, la cual aún yace entre tus dedos temblorosos.

—No puedo. No puedo hacerlo, Johanna.

—Tal vez era nuestra única oportunidad. —La miras como si te hubiese acabado de patear—. Julien, ¡padre Trueno va a enloquecer si se entera de que lo dejaste ir!

—¿Tú lo habrías hecho? ¿Habrías matado a Elisse? —preguntas con el pecho agitado, acercándote a ella y mirándola con un gesto desencajado por la frustración.

Tu hermana se muerde el labio inferior, de seguro para contrarrestar la impotencia que siente con dolor. Desvía la mirada, se cruza de brazos y da unas vueltas antes de mirarte de nuevo, con los ojos humedecidos y la garganta árida.

—Eso creí —susurras, metiendo el arma dentro de tus ropas—. Volvamos a la reserva, ya veremos qué excusa inventar cuando estemos allí.

Bajas junto con ella de la escalera de emergencias de un salto, cayendo desde una altura de seis metros como si tan solo hubiese sido un escalón y caminan en silencio por casi diez minutos hasta llegar al pequeño auto plateado de Johanna, el cual yace aparcado a un par de cuadras de allí.

—¿Cómo sabías que lo encontraríamos por aquí? —le preguntas mientras abres la oreja del vehículo para dejarla entrar.

—Si hay algo que doy por sentado, es que él no sabe casi nada sobre sus poderes de contemplasombras. Y con el abuelo Muata... muerto —dice con la voz quebrada—, es más que obvio que vaya a buscar en dónde aprender algo sobre eso.

—¿Es en serio? No creo que encuentre gran cosa —comentas con un poco de incredulidad mientras subes al auto, a pesar de que mi niña Johanna tiene toda la razón.

El callejón donde encontraron a Elisse está a tan solo un par de cuadras de una biblioteca.

El auto enciende y te marchas con ella a la reserva, ambos sumidos en sus propios pensamientos mientras yo me enrosco en la palanca de cambios. Después de unos cuantos minutos de silencio difuso, cedes ante el escozor de tu lengua.

—Ambos sabemos que está con Hoffman, Johanna —susurras, a lo que la joven errante se tensa—. Es obvio que debemos dar con ese tipo para encontrar a Elisse.

—¡Ni se te ocurra decirle a Nashua o a papá Trueno que fue él quien lo rescató de la reserva! —exclama la chica para después enmudecer, dejando en evidencia su nulo deseo de ver muerto a Elisse.

—¡Tranquila! Si no se lo *dijimos* ese día, no hay motivo para hacerlo hoy —replicas en defensa propia.

Sabes que está nerviosa y confundida, lo ha estado desde el día del ataque, pero es la primera vez que ella y tú se dignan a hablar al respecto.

—¿Tú crees que de verdad haya hecho eso? Es decir, ¿crees que Elisse sea un aliado de esa mujer...? —preguntas en voz baja, como si temieses que tus palabras lleguen hasta los oídos de padre Trueno.

Johanna suspira.

—No quiero creerlo. El abuelo Muata interpretó un presagio en donde Ciervo Piel de Sombras moría a manos de un errante, y él supuso que ese errante era Elisse. Se lo contó a padre Trueno, pero él nunca quiso creerle y pienso que, muy en el fondo, fue porque todos nos apegamos muy rápido; porque queríamos demasiado a Elisse. Creo que hasta Nashua estaba empezando a hacerlo, a su modo.

—¿Y por eso, Tared lo protegió?

Johanna desvía su mirada hacia la ventanilla, de seguro con el corazón reduciéndosele al recordar la pelea entre el lobo y Nashua.

—No lo sé. Tared se arriesgó a ganarse algo peor que un castigo, porque no solo le fue más leal que a padre Trueno, él...

—Apostó su cuello por Elisse —interrumpes con la voz temblorosa.

Johanna vuelve a morderse los labios, sucumbiendo ante la incertidumbre. Aprieta los ojos

hasta que los párpados le empiezan a enrojecer, de seguro preguntándose quién de todos había cometido el verdadero error.

Capítulo 34

DOLOR

Meto la llave en la cerradura, le doy vueltas y un sonoro clic me deja pasar. Entro a la casa y cierro la puerta empujándola con el pie, ya que la cantidad de cosas que llevo en los brazos me impide moverme con libertad. Me tambaleo hasta la sala, donde dejo caer una pila de papeles sobre la mesa ratonera. Dejo, con un poco de más cuidado, la identificación de Hoffman sobre el vidrio.

—¿Dónde diablos estabas? —me pregunta el agente, bajando de la escalera al tiempo que me siento en el tapete bajo la mesita.

—Te dije que iba a salir.

—¡Hace tres horas!

—No dije cuándo iba a volver —respondo, dejando claras mis pocas ganas de ponerme a discutir con él.

Me pasa de largo y se mete a la cocina mientras lo escucho decir cosas como «mocoso de mierda», y «crío maleducado». Trato de no prestarle demasiada atención, así que tomo la primera hoja. No es más que un fragmento de una página de internet que habla sobre leyendas nativo americanas, la única que pude abrir en la media hora que estuve frente a la computadora de la biblioteca.

Caray, esto del internet es una cosa lentísima, y las películas de verdad exageran todo, con los protagonistas metiéndose a investigar y sacando justo la información que necesitan en un parpadear. ¡Nada que ver con la vida real!

También tengo un montón de copias de libros que tal vez podrían ayudarme a conocer un poco más sobre los errantes. No sabía bien dónde empezar, así que tomé todo lo que me encontré. Libros sobre culturas antiguas, leyendas sobrenaturales, mitos...

Veo de reojo un artículo sobre animales totémicos. La fotografía de un lobo me observa desde el pie de página, a lo que muerdo mis labios, atormentado por la incertidumbre. Necesito saber por qué Lobo Piel de Trueno estaba ayer en la carretera, llevándome hacia un precipicio donde pude haber muerto.

¿Por qué estaba fuera de Tared? ¿Acaso ese monstruo se lo habrá arrancado como hizo con Ciervo Sombra o...?

—No, no, por favor, no —bisbiseo, jalándome los cabellos hacia atrás y apretando los ojos con fuerza para no echarme a llorar.

Tared no puede estar muerto, y no lo pienso solo como consuelo; él es, por mucho, el errante más fuerte de todos nosotros. Un hombre como él no sucumbiría tan fácilmente ante nadie. Está vivo. Debe estar vivo.

Quisiera salir a buscarlo, pero tengo bien claro que, por ahora, mi prioridad es descubrir qué tipo de criatura es el monstruo de hueso y ver si hay alguna forma de acabar con él, pero si no la hay, al menos debo encontrar la manera de entrar al plano medio y aprender magia de alguna manera. Aun cuando soy consciente de que sin un ancestro, tal vez sea imposible.

Quizá algo entre toda esta pila de información me ayude con ello.

Y una mierda. Llevo aquí sentado dos horas y no he conseguido nada. Hay artículos que hablan de hombres que se transforman en bestias, pero son leyendas muy alejadas de la verdadera historia de los errantes.

Tampoco he podido encontrar al monstruo de hueso en ningún bestiario, y a pesar de que tengo recortes que hablan de formas para comunicarse con los espíritus, no dicen nada sobre cómo pasar físicamente a su plano sin matarte en el acto.

Arrojo la pileta de hojas con desgano, pensando en todo el tiempo que he perdido en esto. Mis hermanos tenían razón cuando me dijeron que la existencia de nuestra raza era un secreto bien guardado; además, fui un ingenuo al creer que podía alcanzar algún conocimiento ocultista con solo leer hechizos. Podría volver a la biblioteca a buscar más información, ¿pero qué diablos me voy a ganar? Tardaría demasiado y no puedo aprender magia así nada más.

Y ni hablar de vudú. Para realizarlo necesitas experiencia, tener alguna herencia en tu familia o en tus raíces e inclusive cosas que requieren demasiada suerte, como haber sido el séptimo hijo de siete hermanos o haber nacido un día noveno de un mes noveno y cosas que tienen que ver con la numerología vudú.

—¿Ya acabaste con eso? —me pregunta Hoffman, entrando a la sala y sentándose en un sillón a mi lado.

—Nada, es inútil.

—¿Y ahora qué es lo que buscas?

—Mira, aunque sé que debo hacer un trato con Barón Samedi, eso no significa que él vaya a acceder. Si decide arrancarme la cabeza, al menos necesito saber si tengo alguna oportunidad contra él.

—¿Por qué no te llevas una maldita arma y ya?

—¿En serio crees que eso va a servir? Hablamos de un Loa.

—¿Y qué más da? Si no puedes enfrentártele a la manera de los... errantes, no pierdes nada con estar protegido de otras formas. —Extiende el brazo y deja caer un pesado objeto sobre los papeles de la mesa. Alzo una ceja al ver que es una reluciente pistola—. Anda, levanta tu minúsculo cuerpo, que vamos afuera a practicar.

—¿Practicar?

—Sí, joder. Te vi disparándole a esos zombies en la cabaña de Laurele, y la verdad es que eres un asco.

Hoffman no espera mi respuesta, tan solo cruza la sala y va hacia la puerta que da al patio trasero. Contemplo los papeles sobre la mesa, las letras bailan en las hojas y los símbolos parecen demasiado insulsos. Casi parecen burlarse de mis esfuerzos.

¿Para qué me sigo engañando? Busco como idiota una y otra vez la solución a todo esto, cuando supe lo que tenía que hacer en cuanto la sacerdotisa me dijo que solo Laurele se comunicaba con Barón Samedi: debo hablar con ella y obligarla a que interceda por mí, porque de otra manera, jamás podré conseguir un trato con el señor del Sabbath.

—Dioses... —Entierro mi rostro entre mis manos y lo estrujo, pensando en lo mucho que necesito un guía, alguien que me oriente sobre el infierno por el que estoy caminando.

Muata. Maldita sea, todo este tiempo supo que Ciervo Piel de Sombras moriría. ¡Pero él creía que yo lo iba a matar! ¡¿Acaso eso también fue una ilusión provocada por Laurele para ponerlo en mi contra?! ¡¿Cómo diablos se puede matar algo que nunca ha estado vivo?!

Miro hacia las paredes desnudas. El blanco de su pintura y el vacío de sus muros me hace pensar en mamá Tallulah. El horrible recuerdo de su cuerpo siendo devorado por aquel errante me azota como un látigo, a lo que siento mis ojos humedecerse.

—¿Por qué tenía que ser ella?... —susurro, empujado de mi propio dolor.

¿Habría tenido oportunidad de salvarla? La mujer más dulce de la tierra, sepultada bajo las garras de un ente sin corazón, sin mente, sin voluntad. Miro el arma en la mesa, cuya boquilla parece apuntar hacia mí, como mandándome una indirecta.

«*Dispara, acaba con esto de una vez*», me susurra una voz extraña dentro de mi cabeza. Levanto la pistola y siento su peso. Está cargada con mi remordimiento y unas balas que claman por entrar en mi pecho. La miro por largos segundos que se vuelven una eternidad.

—No. Estas no son para mí.

Le vuelvo a poner el seguro y mis ojos regresan a la blanca pared, al recuerdo de mamá Tallulah. Un sentimiento casi olvidado empieza a salir de la tierra de mis recuerdos.

Vuelvo a mi infancia. Cuando era pequeño, más que las enseñanzas budistas que me fueron impartidas, el hambre y la miseria me ayudaron a sepultar un montón de emociones negativas en el abismo de mi ser, ya que me propuse nunca perder la esperanza en la gente. Meforcé a mí mismo a creer en que había gentileza en cada corazón humano, que el mundo aún estaba plagado de bondad.

Porque si no había compasión en la gente, ¿cómo se supone que iba a darles la suficiente lástima como para conseguir de ellos un poco de comida o dinero? No. Perder mi fe en la humanidad era un lujo que no me podía dar, y no por la pureza de mi corazón. Era solo porque necesitaba sobrevivir.

Pero ahora, esos sentimientos oprimidos empiezan a renacer en mí de una forma tan brutal que me colapsa los nervios. Siento odio. Un odio espantoso, tan hambriento que me devora las entrañas y las hace pedazos junto con mi espíritu.

Pienso en Laurele y perversos deseos acuden a mi cabeza, deseos de enroscar mis manos alrededor de su cuello, de atravesarle el pecho, de hacerle un tercer ojo con la boquilla de mi pistola...

Arrojo el arma de vuelta a la mesilla, horrorizado ante mis propios pensamientos repletos de una maldad que no me conocía capaz de poseer. Me aprieto las sienes con las palmas de las manos, tratando de apaciguar mi agitada mente.

Me repito una y otra vez que mi propósito no es matar a nadie. Que matar no es heroico o admirable; es un acto obscuro, y no me va a devolver a quienes ya perdí gracias a la maldad de Laurele.

No soy un asesino. Y el único motivo por el que estoy dispuesto a pelear es para no perderlos a ellos, a mi familia, a las personas a las que me aferro y por las cuales estaría dispuesto a dar hasta mi propia vida si a cambio puedo ponerlos a salvo.

Debe haber otra manera.

La voz en mi cabeza, la ira en mi estómago, el dolor en mi corazón, todo es reemplazado por una curativa tristeza cubierta por una frágil coraza de valor. Afianzo el agarre a la pistola y me levanto, yendo hacia el patio trasero donde Hoffman me espera.

Capítulo 35
MARTES GRASO.
LA NOCHE DE LOS ESPÍRITUS

Lo primero que veo al despertar es el arma que Hoffman me dio ayer, la cual reposa sobre el buró al lado de la cama. La miro por casi diez minutos, como si fuese la persona con quien he escogido pasar el resto de mi vida. Y es que en mi posición, desamparado frente a la umbra de lo desconocido y sin ser capaz de comprender mis propias capacidades, esa pistola parece ser mi única fortaleza.

Me levanto sobre mis codos con algo de trabajo, ya que tengo el cuerpo demasiado pesado. Como no pude dormir casi nada, me siento como si estuviese pasando por una resaca. Estiro mis dedos para tomar la sábana y quitármela de encima, pero estos se tambalean como ramas agitadas por el viento. Tiemblo.

No me cuesta admitir que tengo más miedo que la madrugada en la que atacamos la cabaña —o cuando fuimos emboscados en ella, más bien—. Y es que anoche caí en la cuenta de que esto es infinitamente distinto. En ese momento yo no estaba solo, a mi lado iban cuatro errantes experimentados capaces de levantar una camioneta sin sudar, pero ahora solo estamos yo y esa pistola de nueve milímetros que poco o nada podrá hacer ante Laurele.

Escucho los pasos de Hoffman andar por el pasillo, de seguro preparándose para algo que ni siquiera va a pasar dentro de las próximas doce horas. Y es que acordamos en que debe ser hoy, en el día del *Mardi Gras*. Hoy debemos parar toda esta locura, aunque ni siquiera sé si estoy listo para ello.

Me levanto y me asomo por la ventana para ver el movimiento en la calle, algo abundante a pesar de que no son ni las ocho de la mañana. A pesar de que estamos bastante lejos del Barrio Francés, me es fácil imaginar el alboroto que debe estarlo azotando en este momento. El festejo se percibe; se escucha en las risas que llegan hasta mis oídos, se ve en los vecinos que salen de sus casas vestidos con atuendos chillantes y en la pululación de collares multicolores que han estado hormigueando la ciudad.

Me despego de la ventana y me dirijo al baño, donde me doy una breve ducha de agua bien caliente. Minutos más tarde, bajo a la cocina para desayunar y de paso, asegurarme de tener bien en claro lo que vamos a hacer.

La idea es llegar al Barrio Francés pasadas las once de la noche. Según la tradición del *Mardi Gras*, la policía despeja con sirenas y patrullas la emblemática calle a las doce, clausurando el festival y armando un tremendo alboroto por un buen rato.

Aprovechando que la gente se aglomerará para ver el desfile policiaco, podremos llegar a la tienda de Laurele sin ser descubiertos. El ruido ensordecedor de las sirenas nos permitirá romper

una ventana o una puerta para poder entrar, aunque esto es más bien para protegernos de un posible avistamiento humano. Porque, siendo sincero, dudo mucho que Laurele no se dé cuenta cuando estemos allí, pero es mejor preocuparse por un problema que por dos. Y cuando estemos cara a cara con ella...

Veo el plato de huevos frente a mí y exhalo, repasando las fatídicas conclusiones a las que llegué anoche: muy aparte de mi sentido de la ética, no podemos matar a Laurele. Si lo hacemos, el trato que ella haya hecho con el señor del Sabbath quedará truncado y, posiblemente, él arremeterá contra nosotros por haber interferido con sus «negocios».

No, no podemos arriesgarnos a algo así. Primero debo obligarla a que interceda por mí para hablar con él, para ofrecerle un precio mejor y con eso, darnos una posibilidad de revertir todo este problema, de hacer que los muertos vuelvan a sus tumbas y que el monstruo de hueso desaparezca.

Con todos estos pensamientos revolviéndome el estómago, echo el plato a un lado.

—Si sigues así, vas a desaparecer —escucho decir a Hoffman desde la entrada de la cocina, refiriéndose a la pérdida de peso que he sufrido durante estos últimos días.

—Hablemos de otra cosa, ¿vale?

Veo que ha dejado detrás la estereotípica gabardina de detective y la placa para disfrazarse de civil, cosa que de seguro ha hecho para que esta noche pasemos un poco más desapercibidos.

—Como quieras. Ya sabes cuál es la parte del plan que yo ideé. ¿Qué hay de ti? Me pediste la noche de ayer para pensártelo, así que espero me tengas algo bueno —me dice, refiriéndose a lo que haremos una vez que estemos dentro de la casa de esa bruja.

—Tú solo cuídame las espaldas. Yo me encargo de hablar con Laurele para...

—¿Hablar? —exclama, con la cara subiéndosele tres tonos de rojo y haciendo que me encoja en mi propio asiento—. ¡Estarás pendejo! ¡En cuanto la vea, voy a ponerle un tiro entre los ojos!

Me echo hacia atrás y lo miro como si me hubiese clavado un cuchillo en la mano.

—¿Pero qué estás diciendo?! ¡Si la matas no podré...! —Hoffman martillea la mesa con su puño.

—¡Pensé que te había quedado claro, mocososo idiota! Si no maté a Laurele años atrás, es porque solo necesitaba una maldita prueba para convencerme de que no estaba loco, y si no acabo ahora con ella, ¡nunca seré capaz de volver a darme la cara a mí mismo! —finaliza, para después darse la media vuelta y largarse de la cocina, azotando los escasos objetos que encuentra a su paso. Me levanto como un rayo y corro detrás de él.

—¡Escúchame! ¡Hoffman, Hoffman! —grito, persiguiéndolo por las escaleras hasta su cuarto, pero él azota la puerta en mis narices. Estrello mi puño contra la madera—. ¡Ábreme, carajo! ¡No seas necio!

Y lo hace, pero ante mí aparece la boquilla de su pistola, apuntándome entre los ojos; retrocedo mientras un sudor frío me baja por la sien. Boqueo como un pez y levanto las manos, a lo que el policía da un paso hacia mí y toca mi frente con la punta del arma.

—Hoffman, cálmate...

—Sé un buen niño y refúndete en tu maldito cuarto antes de que te vuele la cabeza —sisea, para después echarse para atrás y volver a cerrar la puerta de un azote.

Me quedo mirando la madera blanca el tiempo suficiente como para que mi cerebro reaccione. Doy media vuelta y, tal como me lo ha pedido, me meto en el cuarto de huéspedes y me encierro. Me siento en la cama y restriego las manos en mi cabello.

Estoy lidiando con un problema gordo. Hoffman ya no está en sus cabales y lo único que quiere es vengarse de Laurele, así que no va a titubear en dispararle en cuanto la vea... y no puedo

permitir que la mate. ¡No hasta que ella me ayude a hablar con Barón Samedi! Así que, además de lidiar con lo que sea que nos espere dentro de esa casa, también voy a tener que arreglármelas para detener a Hoffman si llega a ser necesario.

Con un demonio. Como si no tuviese suficientes cosas de qué preocuparme.

El día pasa más rápido de lo que hubiese querido, ya que horas más tarde nos dirigimos al corazón del Barrio Francés envueltos en un pacto silencioso, como si Hoffman no me hubiese amenazado con su pistola esta mañana.

Oculto bien mi propia arma en mi pantalón y miro el reloj del tablero marcando las once y media de la noche, así que estamos a buena hora. Lanzándonos una mirada nerviosa, dejamos el coche en un estacionamiento y nos bajamos a caminar a paso rápido por el asfalto, recorriendo la avenida hasta llegar a *Bourbon Street*.

Creo que no me equivoqué respecto a la fiesta que se está dando la gente aquí. Todo el mundo está gritando, bailando y celebrando, apilados los unos contra los otros en una calle donde ya no cabe ni una aguja. Hay tantos individuos vestidos de formas tan extrañas que estoy seguro de que habríamos podido venir desnudos y nadie nos habría notado.

—No te vayas a despegar de mí —me advierte Hoffman, a la par que su brazo rodea mis hombros para apretarme contra su costado.

Nos adentramos en el rebaño, con el agente usando su fuerza para ayudarme a avanzar y yo preguntándome por qué demonios no pudimos entrar por otra calle.

Me sonrojo con furia al percatarme de lo que ocurre a mi alrededor. A pesar de que no llevo ni diez minutos en esta calle, he visto más genitales que en los otros dieciocho años de mi vida, puesto que aquí, mostrar el sexo —tanto masculino como femenino— parece una tradición. Los jóvenes se aglomeran bajo los balcones de la calle, haciendo cosas de lo más extravagantes para recibir collares, regalos y objetos variopintos, lo cuales, estoy seguro, terminarán en un tambo de basura para el final de la noche.

Gente danzando, arrojando ofrendas, empapándose en alcohol, mostrando sus cuerpos, música estridente en cada esquina, gritos, euforia... si el *Mardi Gras* no es un ritual de vudú gigante, entonces no sé lo que es.

—¡Elisse! —me grita Hoffman al oído—. ¡Ya casi están!

Me hace una seña con la cabeza, a lo que miro al final de *Bourbon Street*. La policía ya empieza a aglomerarse, por lo que debemos darnos prisa. Zafándonos del bullicio a trompicones, llegamos a la calle adyacente donde está el local de la bruja. Al ver que hay un par de chicos medio borrachos tambaleándose por la calle, andamos con más calma hasta llegar a la cuadra de Laurele, tratando de no levantar sospechas.

La primera sirena se enciende y, como si fuesen succionadas por una aspiradora, las pocas personas que hay en el asfalto se abalanzan hacia la calle más famosa de Luisiana para presenciar el último desfile simbólico del carnaval, por lo que salimos disparados hacia el callejón que hay al lado de la tienda vudú. Por suerte, la puerta no tiene *espigas de Romeo*^[14], así que Hoffman me ayuda a trepar por ella. Después de brincar al otro lado, le abro el portal y ambos nos metemos por el andador hasta el patio de la casa de Laurele.

Pero al ver la única ventana del primer piso empotrada en la pared, no soy capaz de dar un paso más. Es la ventana del cuarto oval.

Miro aquel grueso tapizado negro y la espantosa experiencia que tuve me camina por la espalda. Repito una y mil veces que no volveré a cometer el mismo error de entrar allí, por lo que paso de largo aquel espantoso portal. Hoffman ni siquiera la mira, puesto que ya está bastante

enterado de lo que ocurre en esa habitación infernal.

Por suerte, a unos metros de esa ventana, hay una puerta. Llegamos a ella y el agente da unas vueltas a la perilla.

Al encontrarla echada con seguro, saca de su bolsillo un picahielos para forzar la cerradura. La manija se abre, pero tres cerrojos de cadena gruesa impiden que la puerta se abra por completo. Introduce el picahielos por la apertura y hace lo posible por destartalar los mecanismos, pero sus esfuerzos resultan inútiles.

—Joder, ¿y ahora qué? ¡Esto no se caerá ni a patadas! —me grita, acercándose a mi oído para que su voz sobrepase el estruendo de las patrullas, el cual es muy audible incluso hasta acá.

Ambos levantamos la cabeza y vemos una hilera de tres ventanas en el segundo piso, a unos cuatro metros de altura. La de en medio y la del lado derecho están bloqueadas con gruesos tablones de madera, pero la última está libre y abierta.

Hoffman y yo nos miramos, pensando exactamente lo mismo: *demasiado conveniente*.

—¡Ni hablar, hay que subir! —le grito al oído para luego mirar a mi alrededor.

Encuentro un contenedor de basura bastante voluminoso a nuestras espaldas, por lo que doy un suave golpe en el brazo a Hoffman y le señalo el depósito.

No hace falta explicarle más. Entre los dos, empujamos el contenedor hasta la pared de la casa, colocándolo justo debajo de la ventana. Cerramos la tapa y, haciendo malabares, nos subimos a él. Hoffman coloca sus palmas una sobre la otra encima de su rodilla. Subo mi pie sobre ellas y, con una facilidad que demuestra la fuerza física de este hombre, se pone de pie y me empuja hacia arriba, haciéndome flotar en el aire unos instantes. Alcanzo la cornisa de la ventana y me cuelgo de ella.

—¡No te vayas a soltar! —me grita Hoffman, empujándome desde abajo para ayudarme a que mis codos suban al yeso.

Una vez allí arriba, el agente ya no puede alcanzarme, así que todo depende de mí. Mis pies se plantan en la pared y me ayudan a escalar, por lo que logro meter la cabeza y los brazos a través de la ventana. En un último esfuerzo, me impulso para dejarme caer en el interior de la casa.

El sonido estruendoso de las patrullas opaca el golpe seco que me doy contra el suelo. Me levanto de inmediato, encontrándome en un largo pasillo salpicado por la luz azulada de la luna. La poca visibilidad me permite ver lo suficiente para distinguir las descarapeladas paredes y una mesita con un florero justo a medio pasillo. A mi lado está la escalera que vi la vez que quedé atrapado en el cuarto infernal, pero mis ojos se quedan clavados al fondo del corredor.

Una puerta roja, de un carmesí tan intenso que parece pintada con sangre, me mira desde allí. Algo en mi estómago se amarra a la perilla desgastada de esa madera, mientras me llega un curioso aroma a cera, hierbas y paja. Laurele está allí. Puedo *sentirla*.

La tentación toca mis entrañas, clamándome para que vaya allá y cruce el umbral, pero mi instinto me hace dar un paso atrás. Bajo la escalera hasta llegar al primer piso asegurándome primero de que no haya nadie abajo. La luz amarillenta de los faros de la calle se pasa por los amplios ventanales de la tienda, lo cual me permite ver hacia dónde voy. Cruzo lo más rápido que puedo hasta llegar al pasillo que lleva el cuarto oval, deteniéndome justo en el marco y dándole cara a la potente penumbra de esa tripa de concreto.

Siento un escalofrío con solo pensar en que debo introducirme allí una vez más, pero al final decido tomar valor. Tembloroso, entro, palpando las paredes y topándome con las puertas a los lados de la galería. Llego hasta la última, justo al lado del cuarto oval y la abro, aliviado al toparme con una pequeña cocina, en cuyo fondo yace la salida al patio trasero.

Me acerco y veo la ranura de la puerta; también distingo el perfil de Hoffman. Quito las cadenas

y él, intempestivamente, se echa hacia delante.

—¡Espera, no entres aún, tenemos que hablar! —Le pongo la mano en el pecho y lo empujo hacia atrás, a lo que volvemos a quedar en el patio.

—¡¿Hablar, ahora?! ¡¿Estás loco?!

—¡Hoffman, debes dejar a Laurele con vida, la necesito! —le grito, a lo que él me mira con los ojos desorbitados.

—¿Qué? ¡¿Otra vez con esa mierda?!

—¡La necesito para llegar a Barón Samedi! ¡Si la matas, no podré hacer un trato con él! —replico, pero él me sigue mirando con los ojos inyectados en rabia.

—¡Me importa una mierda! ¡Te dije bien claro que no hago esto por ti ni por nadie!

—¡Pero...!

—¡Quítate, carajo!

Su brazo flagela mi costado, echándome a un lado. Entra a la casa como un tifón, desenfunda su arma y la agarra con fuerza entre sus dedos mientras mira de un lado a otro, inspeccionando la zona. Aprieto los dientes de puro enojo, incapaz de creer lo egoísta que es.

Deslizo mi mano y saco el arma de mi cinturón, acercándome hacia él de una zancada. Antes de que pueda girarse hacia mí, ensarto un golpe en el costado de su cabeza con todas mis fuerzas. No termino de respirar cuando lo veo caer y azotar de bruces en el piso de la cocina.

Por unos segundos, me quedo estático, con los ojos abiertos como platos y fijos en el cuerpo inerte de Hoffman.

—Joder —mascullo, y el corazón se me acatarra al pensar que tal vez lo he matado.

Despacio, me agacho hacia él, lo jalo del brazo para ponerlo boca arriba y, de un salto, me echo hacia atrás. Aliviado, veo el subir y bajar de su pecho, así que me arriesgo y lo pateo en las costillas, pero al no recibir ni siquiera un gruñido como respuesta, caigo en la cuenta de que sí está inconsciente.

Haciendo acopio de todas mis fuerzas, arrastro el pesado cuerpo del agente hasta sacarlo de la casa. Jadeo un poco, pero aun así me sorprende que no me haya costado tanto trabajo. Es decir, a pesar de que poco a poco me he vuelto más fuerte, Hoffman debe pesar algo así como el doble que yo y es casi tan alto como Julien.

Dejo al hombre en el suelo del patio y lo entremeto en algunas bolsas de basura, cubriéndolo lo suficiente como para que no pueda verse desde ningún ángulo. Regreso a la casa y cierro la puerta con los tres pasadores, tan solo para asegurarme de que si Hoffman despierta, no pueda entrar de nuevo.

Me detengo en seco, aún con los dedos sobre el último pasador. Estoy a punto de enfrentarme a Laurele, la mujer que fue capaz de invocar a un montón de criaturas que casi aniquilan a Comus Bayou en tan solo un par de horas. Y voy a hacerlo solo, con apenas quince balas en el tambor de mi pequeña pistola.

Trago duro, quito el seguro del arma y la sujeto con ambas manos; doy media vuelta y camino, apuntando hacia el piso y con el brazo tembloroso. Cruzo la cocina y salgo al pasillo donde *algo* me hace mirar hacia la puerta del cuarto oval.

Las sirenas de las patrullas están cada vez más estruendosas, pero aun así, escucho a esa habitación gritar de forma insonora, trotando sobre mi piel como una potente vibración. No sé si puedo explicarlo, es decir, no escucho, *siento voces*, montones de ellas que claman por mí detrás de la madera.

Un escalofrío me baja por la espalda y hace que la piel se me erice, pero muy consciente de lo que he venido a hacer, ignoro el espectral llamado y subo las escaleras tan rápido como mis

agallas me lo permiten, hasta llegar a la puerta carmesí.

Pero al poner la mano sobre la perilla, la retiro como si fuese hierro candente. Miro cada centímetro de la madera a la par que una dolorosa punzada de familiaridad se cierne dentro de mi cabeza. Las grietas ennegrecidas como raíces enterradas en el rojo se me clavan en la memoria, arranchándose un sobresalto; me siento frente al umbral del mismísimo infierno.

Esta puerta es lo que vi en el sueño que tuve la noche que escapé a la India. Pero no, no fue un sueño. *Fue una premonición.*

Tembloroso, vuelvo a colocar la mano sobre la perilla y le retuerzo el pescuezo. Abro y me encuentro con un amplio cuarto alargado; la luna, enorme y redonda como un ojo, se asoma sobre el tragaluz circular en el tejado, creando un aro de resplandor que deja fuera de su perímetro una profunda oscuridad. El lugar parece vacío, pero Laurele está aquí, puedo sentirla.

Entro a la habitación muy despacio, siendo aplastado de inmediato por la naturaleza espectral de este sitio. El sonido de las sirenas se apaga dando paso a un silencio inquietante que me hace sentir que he entrado a otra dimensión.

Mis ojos viran de un lado a otro y escucho mis pasos hacer eco en las paredes. La puerta se azota detrás de mí, a lo que doy un sobresalto y miro a mis espaldas. Al no encontrar nada, al menos no que pueda ver, vuelvo mi vista hacia el frente.

Algo se enciende en la oscuridad. Entrecierro los ojos y distingo un diminuto punto de luz rojo, el cual comienza a desprender un espeso humo. La densa cortina de vapor se expande como la boquilla de una locomotora y desciende hasta asentarse en el suelo convirtiéndose en neblina, la cual reptaba por las paredes y sale por el tragaluz, atravesando el cristal como si esa barrera no estuviese allí.

Otra pieza del misterio encaja frente a mis ojos: la inusual neblina en Nueva Orleans fue provocada aquí, por algún motivo extraño que mi estúpida cabeza no alcanza a comprender.

Escucho un gemido, un lamento rasposo que se arrastra entre la nada, lo que me hace apretar suavemente el gatillo.

—¡Laurele, sal de allí! —exclamo.

—¡Shhhhh...!

Los vellos de la nuca se me erizan al escuchar aquello. Enfoco la mirada hacia la diminuta luz roja, la cual retrocede y, de pronto, es arrojada hacia mí. Aquello cae al suelo y rebota un par de veces hasta yacer bajo el tragaluz: es un habano.

Mi instinto me hace brincar hacia atrás.

El puro revienta en un escupitajo de fuego, de la misma manera que mi encendedor cuando estuve en el cuarto oval. La flama vuela en pedazos flotantes que, para mi asombro, se transfiguran en velas que se esparcen en distintos puntos de la habitación, alumbrándola lo suficiente para ver lo que se oculta en las esquinas.

Me siento tentado a dar media vuelta y salir despavorido, pero el mismo miedo me traiciona, plantando mis pies en el suelo como dos lozas de cemento, y más cuando veo unos dientes amarillos sonriéndome desde el otro lado del cuarto, provocándome uno de los miedos más atroces que he tenido el infortunio de sentir.

Sentado sobre una cama de sábanas desvencijadas y envuelto en el claroscuro de las llamas, un ser me mira con cuencas vacías en vez de ojos. Su piel petrolea, sus pies descalzos, el sombrero de copa, aquella calavera blanca pintada en su rostro...

Barón Samedi, el mismísimo señor del Sabbath, me sonríe desde el otro lado de la habitación.

—¿Cómo has...?

—¿Pasado a tu plano? —pregunta con una sonrisa torcida—. Oh, todos los grandes espíritus

podemos manifestarnos de alguna forma en el plano humano, Elisse. Solo que corrí con la suerte de hacerlo en carne propia, por así decirlo. Tú sabes, el *Mardi Gras*, los rituales involuntarios, cosas que incrementan mi poder —me dice con ligereza, como si diera por sentado que sé a lo que se refiere—. Además, alguien ha estado ayudándome bastante por casi veinte largos años.

Cuando el espectro señala a sus espaldas, mi horror no hace más que empezar. Distingo por fin a Laurele, quien yace acostada detrás de él y completamente desnuda. Su piel se ve brillante, como si hubiese sudado bastante; no se mueve ni se exalta ante mi presencia, ya que parece estar dormida... o muerta, porque una abundante mancha rojiza se derrama desde su sexo hasta el empapado muslo.

—Por los dioses. —Mi quijada está a punto de partirse por tanto que tiembla—. ¿Qué le has hecho?

Moribunda y desnuda por motivos que no me aventuro a imaginar, el aspecto de Laurele hace que el corazón se me encoja del espanto.

—La pobre mujer no puede atenderte ahora, pero estoy seguro de que no es ella a quien buscas.

Me estremezco al escuchar al Loa. Su voz parece el siseo de una serpiente; tan aterciopelada y suave, pero a la vez macabra, con un grueso que parece arrancado de ultratumba.

Saca del bolsillo de su elegante traje un cigarrillo —el cual está ya encendido—, le da unas bocanadas y expulsa el humo de unos pulmones que no estoy seguro de que tenga. Se pone de pie y camina hacia mí, a lo que yo doy un paso hacia atrás y levanto el arma, apuntándole.

—¿Es en serio? —me pregunta con una voz acentuada por la risa, burlándose de mí, de mi obvia estupidez y de mi aún más evidente miedo.

¿Pero cómo se supone que no sienta miedo? ¡Es un Loa! ¡Un ser impalpable al que no puedo tocar y del que ningún arma me puede defender!

Él llega hasta el tragaluz, develando un aspecto mucho más terrorífico que el que tiene en el claroscuro rojizo de las llamas.

Ahora, el resplandor azulado de la luna me deja ver que su boca es anormalmente grande y que la cantidad de dientes que tiene también rebasa el límite humano. Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para que mi voz no tiemble tanto como mis manos.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—¿Yo? Oh, muchacho —dice él con una voz más aterciopelada, casi lastimera—. ¿No eres tú el que quiere pedirme algo?

El arma es arrebatada de mis manos por una fuerza invisible. Miro con estupefacción cómo la pistola vuela hacia una esquina del cuarto y se azota contra la pared, cayendo muy lejos de mí. Despojado de mi única defensa, lo escucho reírse. Está jugando conmigo.

—Dejaste unas monedas para mí, un muñeco... —siseo.

—Ah, sí. El muñeco fue cortesía de Laurele. —Apunta hacia el cuerpo de la mujer, quien sigue inerte sobre la cama—. Los humanos tienen formas extrañas de conseguir lo que quieren, ¿no crees?

Creo que se ha complacido con mi cara de horror, ya que su sonrisa se hace aún más amplia, mostrándome una espeluznante segunda hilera de dientes yaciendo en la parte superior de sus encías.

—¡Pero vamos! Las monedas fueron un regalo, una exclusiva cortesía de mi parte. No tienes que agradecerme, aunque no las has cuidado bien.

Mete la mano en el bolsillo y saca dichas monedas, las cuales vi por última vez en el buró al lado de mi cama del centro budista. Su resplandor dorado tintinea y siento un vacío en el estómago a medida que el Loa empieza a dar vueltas dentro del círculo de luz, paseando delante de mí y

dejándome aspirar un penetrante olor a alcohol mezclado con putrefacción.

—¿Qué es lo que quieres, Elisse? —me pregunta el espectro, a lo que vuelvo a poner los pies en la tierra.

—Ofrecerte un trato —respondo, con mi acento reluciendo como las monedas en su mano.

Se detiene justo frente a mí, a tan solo un par de metros de distancia.

—¿Un trato, eh? Interesante, cuéntame más.

—La vida de mis hermanos, quiero que...

Se echa a reír estridentemente, arqueándose hacia adelante y apuntándome con un dedo flacucho.

—¿Suplicas por la vida de ellos? ¿A eso has venido hasta aquí? —Mis puños se cierran con coraje y mi sangre hierve de humillación.

—Laurele ha intentado matarnos, ¡y tú la ayudaste! ¡Quiero revertir el pacto que ella ha hecho contigo! —exclamo. Él, poco a poco, cesa de reír. Se vuelve a erguir y me mira, sin descolgar esa sonrisa desquiciada de su repugnante cara.

—Oh, Elisse, Elisse, Elisse. —El Loa hace una pausa, contemplándome con cuencas vacías que me hacen estremecer—. ¿No se te ocurrió, ni por un instante, que quien te quiere muerto *soy yo*?

—¿Qué? —Es lo único que alcanzo a balbucear.

—Ay, Elisse, Laurele es increíblemente buena en lo que hace, en manipular la mente, ¿verdad? Porque parece ser que, desde que te puso *tres* dedos encima, te cuesta recordar cosas importantes...

Retrocedo, sintiendo el hielo del miedo partirme la espalda, mientras algo en lo recóndito de mi memoria me golpea en la cara como una ola: veo a Barón Samedi, veo a múltiples seres iguales a él bailar a mi alrededor... y me veo a mí mismo siendo incinerado en una hoguera.

No es que olvidara ese «sueño», no es que olvidara el símbolo en la frente del hombre caimán, no es que hubiese olvidado el muñeco vudú en la tienda...

Es que han estado jugando conmigo todo este tiempo.

Ahogo un grito y me echo hacia atrás para escapar por la puerta roja, pero algo se enreda en mis tobillos, haciéndome azotar contra el suelo. Boqueo y miro hacia mis piernas: unas manos negras, surgidas de la niebla, se aferran a mí, arrastrándome de vuelta al tragaluz.

Barón Samedi se pone en cuclillas sobre mi tembloroso ser y me echa una bocanada de humo a la cara.

—Tu familia de errantes no me importa, Elisse —dice—. Simplemente consideré que sería más fácil llegar hasta ti si los quitaba del camino. Por fortuna, ninguno de ustedes pudo darse cuenta a tiempo.

Intento zafarme del macabro agarre de aquellas manos oscuras, pero al final tan solo consigo retorcerme en el suelo como un gusano. Su mano huesuda apresa mi mandíbula, haciéndome mirar a esos pozos infinitos que tiene por ojos. Mis manos se lanzan hacia su brazo, pero, para mi horror, lo atraviesan como si estuviese hecho de humo.

Recuerdo que es un Loa, ¡un jodido LOA!

Samedi mueve la cabeza con sutileza, como si me estudiase. Sonríe de nuevo, mostrándome esas filas infinitas de dientes torcidos y amarillentos que me recuerdan a unas tumbas apiladas.

—¿Por qué...? —pregunto, apenas logrando que las palabras salgan de mi boca.

—Tsk, tsk, pero mira qué cara más bonita tienes —susurra, ignorando mi pregunta y chocando su aliento alcohólico contra mi rostro.

Saboreo mi propia bilis ante el asqueroso olor y la naturaleza escalofriante de sus palabras.

—Suéltame... —susurro. Mis temblores de miedo se transforman en rabia, pero él afianza su

agarre en mi barbilla hasta clavar sus uñas en mi piel.

—Confieso que solo me van las mujeres, porque si hay algo que no puedo resistir, es cogermé a aquellas que son deliciosas, a las putas que saben bien lo que tienen que hacer —dice mientras gira un poco su cabeza hacia la cama donde yace Laurele, a lo que doy un respingo al ver que ella nos mira a ambos con unos ojos casi carentes de vida.

Samedi alza la mano libre y chasquea los dedos; la neblina se traga a la mujer, desapareciéndola por completo.

—Pero vamos —regresa su rostro hacia mí para escanearme de arriba abajo—, eres una criatura tan hermosa que estoy tentado a hacer una excepción.

La rabia me hace estallar. Mi puño cerrado se estampa contra su rostro, dando a luz el crujido de mis nudillos contra sus huesos. La mandíbula del Loa se desencaja y su sombrero de copa cae al suelo por la sacudida, para después desvanecerse entre la neblina. El agarre tanto de los espectros como el suyo se afloja.

Samedi se tambalea y yo me arrastro hasta toparme con la puerta carmesí, mientras un dolor espantoso ataca mi mano, tan horrible que siento que me han arrancado los dedos. Los miro y el alma se me va a los pies al ver que, de los nudillos para abajo, están despojados de carne, reducidos a tan solo huesos pálidos cuya carne pareciera haber sido cercenada con fuego, ya que no sangra en absoluto.

Levanto la mirada y me quedo pasmado ante la expresión de Barón Samedi, quien parece tan asombrado como yo.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero qué sorpresa! —exclama.

Aquellos brazos invisibles vuelven a brotar de entre la niebla, pero esta vez me agarran de todas las extremidades para luego estamparme de espaldas contra la puerta roja con tanta fuerza que escucho la madera crujir detrás de mí. Mi primer instinto es gritar, pero quedo tan sofocado por el golpe que apenas y puedo respirar. Las manos me elevan a unos centímetros del piso y me hacen flotar entre sombras y velas hasta el centro de la habitación.

El Loa vuelve a plantarse frente a mí.

—¿Sabes? Por unos segundos, cuando me golpeaste, consideré lo de tu trato. Casi me convences —me dice el señor del Sabbath mientras se acaricia la barbilla, justo donde le di el puñetazo—. Casi.

El espectro pone sus manos sobre mi cuello y comienza a apretarlo, apenas con la fuerza necesaria para ir ahogándome poco a poco. Impulsado por mi instinto de supervivencia, intento moverme, pero mis energías menguan rápidamente ante la falta de aire. Las cosas alrededor de mí dejan de tener forma, mi respiración se convierte en un débil soplo...

—Bien, así, muchacho —susurra—. Una vez estando tú fuera del camino, los demás serán cosa fácil.

En el umbral de la inconsciencia, mi brazo toma fuerza y se alza, rompiendo el agarre de las extremidades espectrales. Mi mano descarnada se aferra al brazo de Samedi, quien mira toda mi acción con una curiosidad que, aun en mi letargo de la muerte, me ofende.

Me debilito cada vez más por la falta de oxígeno. Mis dedos ceden y se arrastran por el brazo del Loa, rasgándole el traje y sacando un extraño gemido de sus labios, mientras sigue su trayecto hasta verlos caer lánguidamente a mi costado. Sonríe.

—Oh, si eso quieres, hagámoslo más divertido.

Libera mi cuello y, al instante, mis pulmones se llenan de aire. No alcanzo a volver a boquear cuando mi mano despellejada es atrapada por varios puños que se cierran en todo mi brazo, impidiendo que lo vuelva a mover.

—¿Sabes por qué te di esas dos monedas, Elisse? —pregunta, pero no hago otra cosa más que mirarlo muy apenas, aún tambaleándome en la inconsciencia—. Contemplasombras. Criaturas extraordinarias cuyos ojos al ser cubiertos por el velo de la ceguera pierden a su ancestro, su magia y, por lo tanto, su utilidad. Se vuelven... mmm... ¿cómo decirlo? —Finge pensar un momento—. Ah, sí. Humanos.

Saca las monedas de su bolsillo y las coloca sobre mis ojos. Los cierro instintivamente y él presiona los metales contra mis párpados con suavidad. El miedo me carcome con una fuerza que soy incapaz de describir, al tiempo que él retira las monedas y las coloca en el bolsillo de mi propio pantalón.

—¿No te gustaría saber de lo que eres capaz al tener que enfrentarte a mí como un común e indefenso humano? Suena a una apuesta interesante, ¿no?

Sus manos se elevan, se colocan sobre mis mejillas y las acarician muy apenas, para luego dirigir sus pulgares a mis ojos.

—Y, Elisse... —me susurra al oído—, tú sabes que me encantan las apuestas.

Grito, grito desde lo más profundo de mis pulmones mientras él entierra con brutalidad sus yemas en mis ojos y comienza a murmurar algo que no puedo entender debido a los aullidos de mi propia garganta.

El dolor, ¡por los dioses, EL DOLOR!

Barón Samedi me destroza los ojos mientras clamo a todo lo divino ser liberado de tan espantosa tortura, retorciéndome, convulsionándome y tragando la sangre que se desliza con rapidez por mis mejillas.

De golpe, sus dedos se desencajan de mis cuencas como si fuesen puñales. Mis ojos queman como el fuego, así que aprieto los párpados con fuerza al ser incapaz de hacer otra cosa para disminuir el dolor.

Los espectros me sueltan, dejándome caer al piso donde azoto como un simple bulto de carne. Me llevo las palmas a la cara y continúo aullando en un mundo negro. Mis manos se bañan de sangre junto con mis ropas, abrazándome con el calor de mi propia vida consumiéndose.

—Una lástima. Tenías unos ojos preciosos —lo escucho sisear mientras su voz se vuelve un eco espectral y lejano.

Las sirenas de las patrullas entran como una tormenta al cuarto, mezclándose con su espeluznante inmensidad.

El dolor es tan intenso que, poco a poco, comienza a sedarme. Gimoteo, me agito, me ahogo en mi propia sangre mientras el tiempo pasa, no sé si mucho o poco, ya que soy incapaz de percibirlo con claridad. La debilidad me devora, los sonidos comienzan a hacerse lejanos, la realidad se vuelve un sueño distante y siento en carne propia el inmenso frío que provoca la retirada de la vida en un cuerpo agonizante.

Soy consciente de que empiezo a morir.

Y lo que más me duele de todo esto, es que Barón Samedi me arrancó todo lo que le había dado sentido a mi vida sin que yo pudiese levantar un dedo al respecto, todo por un propósito que nunca voy a descubrir. Siento la eternidad en un parpadear doloroso, la lejanía, la impotencia...

«Elisse...».

Mi nombre llega hasta mis oídos como un susurro.

«Elisse, Elisse...».

El susurro se acerca, convirtiéndose en un sonido que se alza entre la oscuridad de mi inconsciencia. ¿Estaré delirando a las puertas de la muerte?

«¡ELISSE!».

La voz se convierte en un grito que mis oídos perciben con una claridad imposible en mi estado moribundo. Una luz se enciende, no en mis ojos, sino en mi despedazado espíritu. Reconozco la voz de Tared.

—¡DIOS MÍO, NO, NO, NO! ¡ELISSE!

Puedo sentir, muy apenas, cómo sus brazos me elevan en la oscuridad. Son fuertes y me levantan como si yo no pesase nada, como si mi sangre derramada se hubiese llevado toda presencia mía en esta tierra. Lo percibo a él. Tared me aprieta contra su pecho y lo escucho gemir... ¿O será un grito?

La muerte me abate, me arranca de sus brazos y me sepulta en esta habitación abandonada por la esperanza.

Capítulo 36
PIEL DE LOBO



Más de una vez, llegué a encontrarte viendo melancólicamente a la nada, perdido en una mente que, lejos de sanar tus heridas emocionales, se dedicaba a ocultar bajo capas de gentileza todas aquellas cosas dolorosas a las que fuiste sometido durante toda tu vida. Creías que lo peor que podía pasarte lo habías enfrentado ya mucho tiempo atrás, al ser víctima de experiencias que pocas personas habrían podido pasar sin rozar la locura.

Y la peor de todas fue el saber que eras una incomprensible criatura mitad lobo, un ser nacido de los más espantosos mitos y cuyo cuerpo no pudiste controlar contra la ola de la rabia. Terminaste cometiendo atrocidades que nunca te atreverías a confesar, actos horripilantes enterrados debajo de capas y capas de mentiras. Todo para que pudieras volver a pegar los ojos en la noche.

Pero nunca te imaginaste que había cosas más espantosas que enfrentarse a la verdadera maldad de uno mismo, ni que lo peor estaba destinado a ocurrir la noche en la que tú y tus hermanos atacaron la cabaña de Laurele.

Lealtad, hermandad, Comus Bayou, el anciano a quien habías tomado como padre..., nada de eso importó, porque lo único que se apoderó de tu voluntad en ese momento, fue el deseo incontenible de proteger a Elisse, de mantenerlo con vida inclusive a costa de la tuya.

Pero cuando Nashua te soltó el primer zarpazo, todo se tornó tan violento y confuso que ese golpe te desgarró algo más que la carne de tu pecho. Si bien, siempre tuvieron sus diferencias, él era tu hermano, alguien con quien habías crecido y aprendido en muchos sentidos, así como luchado codo a codo contra los mismos enemigos. Y pelear de una forma tan brutal contra un ser tan querido para ti fue algo que sin duda te dejó el corazón machacado.

Te lanzaste contra él. Tus fauces se clavaron en la piel del oso y este te enterró las garras en esos brazos que alguna vez lo sostuvieron en batalla, arrancándose años de hermandad que, muy en el fondo, lastimaron a ambos de formas que ni siquiera el tiempo va a ser capaz de curar. Al principio, aquella pelea había sido dispareja. Si bien, tengo por seguro que el ancestro de Nashua, *Furia Nocturna*, es de una naturaleza tan abrumadora como poderosa, no podía compararse demasiado con Lobo Piel de Trueno.

Pero las cosas cambiaron cuando padre Trueno, aún convaleciente de sus profundas heridas, hizo un llamado a su propio ancestro. *El Lobo Manto Azul* emergió y con ello supiste que lo más prudente era emprender la retirada. No porque temieras enfrentarlos a ambos, sino porque no estabas dispuesto a que uno más de tu clan muriese. Ya fuesen ellos o tú mismo.

Herido, confundido y a sabiendas de que no había vuelta atrás, huiste de la aldea. Acorralado

en tu propio pantano, no te quedó más opción que tirarte de cabeza en el río de la reserva, cuya corriente te arrastró de una forma tan violenta que las probabilidades de que sobrevivieras eran casi nulas ante los ojos de lo que quedaba de Comus Bayou.

El agua te llevó a la cuenca de uno de los cuellos de la hidra Mississippi, donde tomaste tu forma más pura de lobo para pasar relativamente desapercibido y así sobrevivir a las inclemencias del hambre y la incertidumbre.

Pero lo peor de todo era que no tenías la certeza de que los tuyos aún estuviesen con vida. La sola idea era insoportable y dolorosa. Te negabas a aceptar que la tribu Comus Bayou, TU tribu, aquella que habías cuidado con tanto esmero durante siete años, se había disuelto en tan solo unas horas. Esa familia te había acogido, te había enseñado que no eras un monstruo, sino un ser arraigado al seno de la naturaleza cuyo lugar en el mundo de los humanos había quedado olvidado en la mitología. Un grupo de seres que te mostraron que seguías siendo una criatura digna de la más profunda compasión y cuyo papel en esta tierra era tan relevante como el mismo ciclo de la vida.

Refugiado en un nido de maleza como una completa bestia y abatido en medio de un destino incierto, caíste en la cuenta de que todo eso se había esfumado en un parpadear. Ahora eras un desertor, un errante que ya no tenía cabida en el hogar del que alguna vez fuiste parte. Ese mundo, esa familia, esos lazos que se habían fortalecido a través de la cuna de los tiempos habían acabado de la peor forma posible: contigo, su líder, dándoles la espalda por un joven que tenía tan poco de haber entrado a tu vida, un chico que tenía toda la pinta de haberse confabulado con la perversa Laurele para acabar con tu gente.

Porque, ¿cómo no iba a ser posible? En cuanto él había puesto un pie en Nueva Orleans, los ataques a la reserva habían comenzado. Muata nunca confió en él y padre Trueno siempre tuvo sus dudas. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué habías decidido defenderlo a él?

Estabas solo, abatido y envenenado por la incertidumbre. ¿Acaso... habías cometido un error al proteger a Elisse? La respuesta se te fue dada, para mi pesar, de la peor manera posible.

Esa misma noche, ante el hilo de tus sueños infectados por la rabia y contra toda ley mística de los errantes, Lobo Piel de Trueno te abandonó.

Despertaste de tu letargo cuando un dolor espantoso sacudió tanto tus huesos como la carne sobre ellos. Tu ancestro se arrancaba a sí mismo de tu pecho ante tus ojos, luchando por despegarse de tu cuerpo y haciéndolo jirones en el acto, para después emprender carrera hacia la llanura, dejándote empapado en sangre y adolorido hasta la médula.

No podías creer lo que veías, porque sabías a la perfección que lo que estaba pasando no era normal. ¿Un ancestro abandonando a un devorapieles?

Aquello no era natural.

Confundido, cubriéndote con los rastros de piel que quedaron de tu transformación e incapaz de saber qué tanto habías perdido de tu naturaleza de errante ahora que tu ancestro te había abandonado, corriste despavorido tras él.

El Lobo llegó hasta un barranco en cuyo fondo corría el río y, de un salto, se fundió en el viento. Te vi detenerte ante la empinada caída hacia el agua, para luego mirar hacia el frente y encontrar, con harto asombro, a tu ancestro del otro lado del río, en donde eras incapaz de seguirle el paso. La criatura se perdió entre la hierba y corrió justo en línea recta, alejándose de ti.

Andando de un lado a otro en la orilla del peñasco, jadeaste, gruñiste y sentiste la desesperación apoderarse de tu sangre a la par que te sentías desnudo e incompleto sin el lobo dentro de ti, aún sin poder comprender nada de lo que había ocurrido.

Sin tener idea de cómo seguías vivo sin tu ancestro.

Más abatido y aterrado que nunca, casi te pones a gritar. Y un grito surgió, pero no de tu propia garganta. Tu nombre fue exclamado en la lejanía, una y otra vez por una voz que conocías a la perfección. Te ocultaste entre la hierba, viendo con incredulidad cómo Lobo Piel de Trueno volvía hacia el río... con Elisse detrás de él.

Pero no estaba solo. Hoffman brotó también de la maleza y abrazó al chico por la espalda, alzándolo por los aires antes de que se arrojara al vacío y evitándole una muerte casi segura.

Como un espectro invisible, Lobo Piel de Trueno cruzó de nuevo el río para volver a tu lado. La mirada de aquel ancestro no se despegaba del chico, mientras este se perdía en la lejanía siendo arrastrado por el agente.

Una vez más, la criatura regresó a tu cuerpo, sacudiéndote cada célula a latigazos y haciéndote poner los pies en la tierra.

Elisse era inocente, ya no te cabía ninguna duda, porque además de buscarte desesperadamente, estaba con Hoffman. Y una alianza entre el detective y Laurele era una cosa que ni en los más retorcidos sueños de la humanidad podría suceder.

Tu primera reacción natural habría sido ir a casa de Hoffman en busca de Elisse, pero no por nada eres un líder, una criatura cuya naturaleza te incita a pensar las cosas lo bastante bien y rápido como para ser consciente de que estás eligiendo la mejor decisión, así que te tomaste el tiempo de analizar todo a fondo.

El chico estaba viviendo bajo el techo de alguien a quien considerabas demasiado peligroso y volátil, por ende, acercarse a su casa sería una pésima idea con el antecedente de odio que tenía ese hombre por ti. No debías dejarte ver por ninguno de los dos, aunque, en el fondo, la idea de que Elisse estuviese con Hoffman te hacía sentir una rabia que creíste que habías aprendido a disimular bastante bien con el paso de los años.

Con un sobresalto, te diste cuenta de que estabas cambiando. Que Elisse te estaba cambiando de una manera que no podías comprender, así que en lugar de arriesgarte a ser visto por ellos, preferiste vigilarlos hasta la fatídica noche del Martes Graso.

Distante y discreto, fuiste tras ellos por los callejones, para luego presenciar la audacia del joven contemplasombras al ser devorado por la ventana de la casa de Laurele. Después, tus nervios terminaron por estrellarse contra un muro al verlo sacar a un inconsciente Hoffman del nido de brujería para enterrarlo entre una pila de basura.

El joven regresó a la casona y tú seguiste esperando, hasta el momento en el que su silueta atravesó la ventana del segundo piso. Perturbado, decidiste que era hora de alcanzarlo, así que, echándole una mirada rápida a Hoffman y amparándote bajo los estruendosos aullidos azules y rojos de las patrullas, arrancaste la puerta sin esfuerzo y te lanzaste a la oscuridad.

Pero no pudiste dar ni unos cuantos pasos, cuando una alarma disparada por tu instinto te hizo mirar hacia atrás: Johanna te contemplaba desde el patio, tan pálida como si hubiese visto un fantasma. Aunque, para ser francos, eso eras para la perpetuasangre antes de verte allí, metido en donde se supone que Comus Bayou emboscaría a Laurele y Elisse.

Ella y tú se miraron por largos segundos, hasta que la joven dibujó la silueta de unas palabras en sus labios.

«Vienen para acá».

No pudiste pensar mucho en aquella advertencia, ya que un llamado silencioso llegó hasta tus sentidos. Aquello era tan potente que te hizo echarte a correr hacia el interior de la casa, buscando como desquiciado las escaleras hacia el segundo piso. Ese llamado, aquella voz que te jaloneaba la carne, era tu instinto: Elisse estaba en peligro.

El portal carmesí se alzaba al final del pasillo. Te detuviste en seco, incapaz de mover tus piernas ante la avalancha que se arrojó sobre ti. Primero, un olor penetrante, asqueroso como el de cientos de cadáveres infectándote las fosas nasales. Y después, la sensación más espeluznante de tu vida, como si una soledad abrumadora estuviese colándose por todos y cada uno de tus poros.

Era Elisse, era su miedo, más estremecedor que nunca. Y fue tu turno de temblar, porque caíste en la cuenta de que lo estabas perdiendo.

Despertaste de tu espantoso letargo y tus piernas te lanzaron hacia la madera rojiza. La perilla no cedió ni un milímetro, por lo que te transformaste sin pensarlo dos veces. Azotaste contra la lámina, la rasgaste, la pateaste, la golpeaste con todas sus fuerzas hasta que el pelaje plateado de tus nudillos se manchó de tu propia sangre. Pero la puerta no cedió; era como tratar de atravesar un muro de roca.

Pero aun así no dabas un paso atrás, machacándote las garras inclusive cuando Nashua y Julien llegaron a tus espaldas, porque solo tenías cabeza para la barrera que te separaba de Elisse.

Ellos, en cambio, tomaron posesión de sus ancestros y se arrojaron sobre ti. Cada uno te asió por un brazo y, juntos, te echaron hacia atrás, alejándote de un jalón de la puerta y lanzándote hasta el otro lado del pasillo. Te levantaste y sacudiste la cabeza.

Lejos de preocuparte por su presencia, tus hermanos solo significaban un obstáculo, una barrera con la que no tenías tiempo de lidiar si querías salvar al contemplantos. Tan solo tenías cabida para la brillante puerta carmesí al final del corredor.

Reaccionaste como hacía muchos años no lo hacías: con una ciega brutalidad. Te abalanzaste contra los otros dos errantes y tu garra cayó primero sobre la cabeza de Julien, sujetando la base de su cornamenta y estrellándolo contra Nashua, casi como si se tratase de un simple muñeco. Los tabloncillos de madera de las ventanas se partieron con el choque y los gemidos de ambas criaturas retumbaron por la galería.

Johanna no se atrevió a parpadear; estaba petrificada, incapaz de tomar partido por ninguno de los dos lados, así que desde el filo de la escalera, presencié cómo Nashua volvía a levantarse para arremeter contra ti.

—¡Tared, no! —gritó ella cuando el cuello de tu hermano fue recibido por tus fauces.

Nashua se retorció bajo tus colmillos y te rasgó el rostro de un zarpazo, haciéndote retroceder. El nativo americano se sujetó la garganta como pudo y la chica portadora de Coyote Garras Rojas ahogó un gemido al ver que sangre abundante brotaba de su herida.

Pero antes de que pudiese dar un paso, un brazo la jaló hacia atrás. En cuestión de segundos, se vio a sí misma siendo arrojada por las escaleras y rodando cuesta abajo, sin siquiera poder anteponer sus brazos para detener la estrepitosa caída.

En tanto, Julien embistió contra ti. Su sólida frente se estrelló en tu pecho y te sepultó contra la pared de la casa, reventándola y dejándote encajado en el concreto. Nashua, aún con su herida fresca, se levantó para apoyar a Julien.

Ambos estaban a punto de arrojarse de nuevo sobre ti, cuando el sonido de un disparo retumbó sobre sus rugidos. Un potente dolor reventó en el brazo del bisonte, quien gritó y se echó hacia atrás, chocando contra una de las ventanas del pasillo.

Hoffman apuntaba hacia los perplejos errantes con el hocico humeante de su reluciente pistola.

—¡MILLER! —te gritó—. ¡¿Dónde está Elisse?!

—¡LA PUERTA! —respondiste en un rugido, arrancándote del muro.

Embestiste a Nashua y lo arrojaste al lado de Julien. Los dos, después de recuperarse de la sacudida, te miraron tanto a ti como a Hoffman con los ojos desorbitados, perplejos ante la

incomprensible alianza que se levantaba frente a ellos. Aún en el furor de la batalla y del dolor de sus heridas, era evidente para ambos que algo no encajaba en toda esa locura.

Se pusieron de pie para continuar con la contienda, pero cuando el sonido estruendoso de las patrullas comenzó a distanciarse, algo más que el ruido de tus puños arremetiendo contra la puerta se escuchó al fondo del pasillo, petrificando a todas las bestias que poblaban esa galería de terror.

Gritos. Gritos desgarradores; la voz de Elisse rompiéndose en el aire como si estuviese sufriendo la más espantosa de las torturas.

Los lamentos se convirtieron en débiles gemidos y, finalmente, la puerta cedió. Entraste intempestivamente, encontrándote con algo que te hizo aullar desde lo más profundo de tu garganta, mientras eras contemplado por el blanco ojo de la luna a través del cristal del tragaluz.

Capítulo 37
OSCURIDAD

Dicen que cuando uno se queda ciego, los demás sentidos se agudizan, como si se pusieran de acuerdo para volverte menos vulnerable al haber quedado desprovisto de lo más esencial que puede tener un ser humano.

Y si es así, entonces, ¿por qué me siento tan desorientado dentro de mi propio cuerpo? ¿Cuántos días, cuántas horas he estado postrado aquí? No lo sé, es muy complicado para mí saberlo si todo está sumergido en la oscuridad y, sobre todo, si soy incapaz de dormir debido al dolor.

Sé que estoy en una habitación, lo reconozco por el abrir y cerrar de una puerta. Yazco en una cama, el calor de una frazada sobre mí lo hace evidente; hay una venda en mis ojos y otra sobre mi mano deshuesada, esa en la que aún siento la carne expuesta rozándose contra la tela. Y también soy consciente de que, sin importar el tiempo que pase, siempre hay alguien en este lugar. Y ese alguien suele ser Tared.

Él viene, me toma de la mano, la prieta contra alguna parte de su piel, tal vez su frente o su mejilla, y susurra cosas sobre mi dorso que no alcanzo a distinguir bien. ¿Oraciones, tal vez? Suele pedirme perdón, pero no sé bien qué quiere que le perdone.

Nada de esto ha sido su culpa. Yo me lo busqué y, encima de todo, tengo el cinismo de reconocerlo. Fui un imprudente al haber ido a la reserva por mi cuenta cuando ocurrió el ataque a la cabaña, y también al haberme querido enfrentar a Laurele sin ayuda. Y fui mucho peor que un imbécil al pensar que podía hacer un trato con Barón Samedi.

Y todo esto solo ha sido una consecuencia de mi estupidez. En mi lugar, Muata habría sido mucho más inteligente, Tared más precavido, Nashua más fuerte... y ahora solo me queda reposar aquí, resignado a que llegue la hora de mi muerte. Porque, vamos, ¿qué más se supone que me espere? No soy ya un contemplasombros. Soy solo un cuerpo envuelto en impotencia, aguardando el día en que el señor del Sabbath decida que es tiempo de acabarme.

Es por eso que me niego a contestar, a moverme o a hacer siquiera un gesto que les indique que estoy consciente de lo que ocurre. No ingiero lo que me acercan a la boca a pesar de que mi estómago arda por mi propio ácido, tampoco abro mis labios para beber el agua que derraman sobre ellos, aunque tenga la garganta reseca como un desierto, porque en mi condición sería inútil tratar de buscar otra forma de suicidarme que no sea matándome de hambre y sed.

Y a veces, me siento espantado de mí mismo. A pesar del ardor en mis ojos y la constante quemadura que siento en mi mano descarnada, no gimo, no grito, no me revuelco en mi dolor; tan solo dejo que Johanna haga lo que sea que esté haciendo en mis heridas sin siquiera darle una señal de vida. Por momentos me dan ganas de llorar, pero me contengo juntando todos los desperdicios de voluntad que me quedan.

Y así me paso las horas, divagando sobre mi propia muerte y encontrando espacios de alivio en los escasos momentos de soledad, espacios que son machacados por pasos..., pasos como los que vienen ahora mismo, resonando sobre una madera astillada y vieja.

La puerta de la habitación se abre una vez más, así que vuelvo a sumergirme en mi letargo voluntario, mientras deseo con todas mis fuerzas que no traigan un plato de comida con el cual quieran alimentarme de nuevo.

—¿Está dormido? —pregunta una voz rasposa y poco amable: Hoffman.

—Espero que sí —responde Tared, a quien reconocería aun si estuviese susurrando.

Su presencia errante es abrumadora, la cual, sorprendentemente, soy capaz de percibir aun sin tener a Ciervo Piel de Sombras dentro de mí.

—¿Cómo va su mano? —pregunta el agente.

—Fatal. La carne ni siquiera le crece. O le sutura.

—¿De verdad no quieres que traiga un médico?

—No —contesta el hombre lobo con voz cansada—. No está sangrando, tan solo está abierta, como un trozo de carne del congelador. Johanna ha tratado de curarla, pero...

—Bueno, ¿es alguna mierda esotérica?

—No lo sé. Pudo haber pasado cualquier cosa dentro de ese cuarto.

—¿Y sus ojos? ¿No se pueden regenerar?

—¡No preguntes idioteces! ¡Si pudiésemos hacer eso, Julien ya tendría su dedo de vuelta!

Casi me sobresalto. La única vez que vi a estos dos juntos, Tared era un mar de sumisión, pero al parecer ya se ha cansado de ese teatro.

—¡Serás tú el idiota! —contesta Hoffman con ferocidad—. ¿Yo qué voy a saber de estas porquerías?

—Voy a cambiarle las vendas —sisea el lobo con los dientes apretados—. Lárgate de aquí.

—Vete tú a la mierda, Miller.

—No te lo voy a decir dos veces.

—¿O qué? ¿Vas a arrancarme la cabeza como el puto animal que eres?

Gruño lo bastante alto para elevar mi voz sobre la de ellos, cosa que los hace gemir de sobresalto. No tengo muchas ganas de intervenir en su riña, pero creo que en este punto prefiero eso a seguir aguantando su absurdo pleito.

—¡Elisse! ¡¿Estás despierto?! —exclama Tared. La cama se inclina hacia mi costado, en señal de que se ha recargado en el borde de ella—. ¿Cómo te encuentras?

Sus dedos se entierran entre mis cabellos para echarlos hacia atrás, a lo que contengo tanto un temblor como mis palabras. Es frustrante. En mi ceguera, siento que las cosas se encuentran más lejos de lo que en realidad están, por ende, no puedo predecir cuándo alguien va a tocarme.

El hombre lobo mueve la venda en mi cabeza al mismo tiempo que escucho la puerta azotarse, acompañada por unas cuantas quejas difusas de parte de Hoffman. Me imagino que se ha marchado del cuarto, dejándonos solos tal como Tared se lo ha pedido.

—Elisse. —Vuelve a llamarme, pero me niego a responderle—. ¿Puedes oírme?

Sus dedos regresan a peinar los costados de mi cabeza, moviéndose de un lado a otro como explorando una jungla deshidratada.

—Ya casi termino de quitarte esto —me dice con una voz tierna, como si estuviese tratando con un niño. O con un imbécil—. Tus heridas están frescas, así que no abras los ojos mientras te limpio todo esto.

—¿No se supone que Johanna haga estas cosas? —ataco, a lo que él deja de moverse.

No tengo ni la más mínima idea de la cara que haya puesto, pero debe estar sorprendido.

Apuesto a que de verdad creía que yo estaba tan consciente como un vegetal.

—E-Elisse —balbucea—. Por Dios. —La cama rebota, en señal de que se ha puesto de pie—. ¿Acabas de despertar? ¿Podías escucharme? ¿Quieres que te traiga algo, agua o...?

—Quiero que me dejes morir en paz. Por favor.

Un súbito silencio se apodera de la habitación, traspasado solo por la respiración de Tared.

—¿Qué estás diciendo?

—No lo hagas más difícil —le suplico.

—Estás delirando, es el trauma por lo que ha pasado —dice, en tanto mis puños se enroscan como serpientes en el borde de la frazada—. Ya todo terminó, déjanos ayudarte.

—¿Terminó? —siseo. La sangre me hierve y la garganta me estalla—. ¡¿Piensas que todo terminó?!

—¡Elisse, cálmate! —me grita, pero la ira me hace apartar la frazada sobre mi cuerpo. Me yergo sobre la cama y me abalanzo hasta sentir el borde de la misma bajo mis débiles manos—. ¡¿Qué diablos estás haciendo?!

Tared me toma de las muñecas y me empuja de nuevo hacia las almohadas, destrozándome toda ilusión de luchar por lo que me queda de dignidad. No sé qué me da más rabia: que no puedo hacerle frente a la fuerza de Tared o que, precisamente por eso, él no necesita usar demasiada para reducirme.

—¡¿De verdad crees que tengo una maldita oportunidad, Tared?! —exclamo, más furioso que nunca y agitándome para liberarme de su agarre.

—¡No voy a dejarte, no vas a pasar por esto solo! ¡Has perdido tu vista, pero aún estás vivo, carajo! —contraataca, rugiéndome con esa voz tan bestial y tan humana que me sacude cada poro de la piel.

Vivo, vivo... esa palabra suena una y otra vez dentro de mi cabeza.

—¡¿Piensas que me basta con estar VIVO?! ¿Y por cuánto tiempo, Tared? ¿Cuánto tiempo crees que serás capaz de retenerme aquí, en esta maldita cama, hasta que llegues un buen día y no te encuentres otra cosa más que mi maldito cadáver?

Su agarre se afloja. No tengo idea de si me está mirando o si está con la cabeza en otro lado. No lo sé. No me importa, no siento otra cosa más que una profunda rabia sazónada con un miedo que mi cuerpo ya no es capaz de soportar. Mi lengua se afila como una lanza.

—Oh, no, no, Tared. Las cosas no acabaron en esa habitación donde sacaste lo poco que quedó de mí —le digo en voz baja, al tiempo que el subir y bajar de mi pecho comienza a estabilizarse. El suyo, en cambio, se vuelve mucho más ruidoso—. Barón Samedi no ha terminado conmigo. Tan solo se estaba divirtiendo. ¿Eso quieres, Tared? ¿Mantenerme vivo lo suficiente como para que me encuentre y me haga por fin pedazos? ¡Solo me quiere a mí! ¡¿Entiendes?! ¡Te matará si tratas de detenerlo! ¡¿Piensas que vas a poder con él?! Si es así, ¡entonces eres un idiota!

Mis palabras surten efecto. Escucho sus pasos alejarse y después la puerta azotándose como la losa de una lápida. De nuevo, la oscuridad se cierne dentro de mí, junto con una resignación enfermiza que se niega a apartarse de mi cabeza.

Me hago un ovillo entre las cobijas al tiempo que siento algo caliente que baja por mis mejillas, dejándome una magulladura en el espíritu cuando caigo en la cuenta de que no soy capaz de saber si son mis lágrimas... o si las heridas de mis ojos se han vuelto a abrir.

Capítulo 38
ORGULLO



Son las diez de la mañana del jueves. Han pasado dos días desde la noche de los espíritus y es la primera vez que te reúnes con Tared y con el niño al que protege tan celosamente.

Y a pesar de que tienes la mirada plantada en el vacío de la casa, como si nada en este mundo fuese capaz de destruir tu espíritu de hierro, sé que por dentro no eres más que escombros del hombre que alguna vez fuiste. Pero, al igual que con todas las cosas difíciles que te han asediado durante tu vida, no te permites demostrar un solo ápice de debilidad.

¿Cómo es posible, Lansa? ¿Cómo es que puedes sentarte rectísimo como un tronco después de haber visto morir a tus seres amados de formas tan atroces? En tus negras pupilas llevas labrado el recuerdo de Muata siendo jalado a la oscuridad de su cabaña por unas fauces hambrientas y en tus oídos tienes sembrada la voz de Tallulah, de su ulular perdiéndose entre la lejanía de los árboles y la niebla, presa de una criatura que ni siquiera le había dado tiempo de respirar. Y todo ante tus impotentes ojos, porque en ese momento sostenías tu envejecido cuerpo contra montones de criaturas que habían surgido del mismo polvo.

Es por eso que ahora, noche tras noche, ves a Muata morir en las sombras, escuchas a Tallulah gritar en el bosque, al mismo tiempo que todo tu ser te pide por que le permitas, por una vez en tu vida, romperte a llorar.

Pero en ese momento, la agonía de tu corazón era superada solo por la rabia, porque lo último que había gritado Muata antes de morir dentro de su cabaña de una manera que no me atrevo a narrar, fue el nombre de Elisse. Y allí todo cobró sentido para ti.

Era natural que, con el dolor a cuestas y la evidente culpabilidad del joven, no vieses otra cosa que un asesino en la silueta de Elisse, una criatura engañosa que había llevado a la ruina a tu familia, a tus hijos, al refugio que tus ancestros habían protegido por tantas generaciones. No te culpé por ello, Lansa, así como tampoco te culpé cuando casi quisiste echarte por la ventana cuando tu niña Johanna te llamó ayer en la madrugada, contándote entre gritos y gimoteos todo lo que había ocurrido en el espantoso nido de Laurele.

Tus muchachos se las habían arreglado para sacar a Elisse del Barrio Francés. Se refugiaron en el hogar del detective, en donde Tared puso al niño en el cuarto de visitas y, muy a regañadientes, permitió a tu única perpetuasangre curarlo lo suficiente como para que no terminase de morir desangrado.

Fue una madrugada larga, pero en cuanto la chica acabó, el lobo la echó casi a patadas de la habitación mientras yo me hice un ovillo a los pies de mi agonizante niño, atento a todo el alboroto que dominaba la alguna vez solitaria casa de Hoffman.

La confusión sigue dominando tu espíritu, ya que parece ser que no tienes idea de cómo controlar la marea de emociones que están a punto de ahogarte. Y es que, en todos los años que tienes siendo el guía de tu tribu, nunca te habías tenido que enfrentar a una prueba tan dura: soportar el doloroso luto de tus seres queridos junto con la vergüenza de admitir que te habías equivocado, y todo sin romper tu imagen de fuerza. Porque si un líder no puede demostrar entereza aun en las más difíciles situaciones, ¿entonces para qué habías aceptado volverte el líder de Comus Bayou? Y lo peor de todo es que, a pesar de que sabes que Elisse no es más que una víctima, tú...

—¡Tared! ¿Qué ha sido eso? —La voz de Johanna te saca de tus pensamientos—. Escuchamos unos gritos y...

Alzas la mirada para ver a tu muchacho bajar a pasos gigantes por la escalera. Al no recibir respuesta, Johanna pone su mano sobre su hombro, pero el lobo la hace retroceder con un violento gruñido brotado de una garganta puramente humana.

—¡Si alguien se acerca a esa escalera, le arranco la maldita cabeza! —exclama, dirigiéndose a toda la población de la sala hasta detenerse en tu mirada.

Al ver ese trueno azul en sus ojos, cargados de un gélido resentimiento, sientes que algo dentro de ti termina por morir. El joven abre —por no decir que casi arranca— la puerta que da a la salida de la casa, para luego cerrarla de un portazo sin interesarse en ver el espectáculo de caras consternadas que ha dejado a sus espaldas.

—¿Qué diablos pasó allá arriba? —pregunta Nashua a Julien, quien baja despacio por las escaleras.

Aunque no lo dices, el ver al pelirrojo con un ala rota y sujeta con un cabestrillo te causa un profundo dolor. Porque, a fin de cuentas, Johanna, Nashua, Julien, Tared..., todos son, ante tus ojos, tus hijos; unos niños que siempre has amado más con acciones que con palabras.

—Por lo que escuché desde el otro cuarto —responde Julien, recargándose en el marco que da a la sala—, Elisse la está pasando bastante mal.

—¿Tiene mucho que despertó? —pregunta la perpetuasangre mientras toma asiento al lado de Nashua, cuyo cuello yace cubierto por una gruesa cicatriz blanca que pareciera extenderse en una línea imaginaria hasta tu propio pecho.

—Tal vez nunca estuvo inconsciente. Y al parecer, el problema es personal —contesta el pelirrojo—. Laurele solo quería a Elisse desde un principio y eliminarnos a nosotros era una manera de llegar a él más fácilmente.

—No puede ser... —Johanna entierra su rostro entre sus manos y exhala, mientras tú te tragas su aliento pesaroso.

—Se ha puesto a gritarle a Tared, aunque no lo culpo. Lo que vivió en ese cuarto debió ser horrible —comenta Julien, rascándose la nuca.

—Le destrozaron los ojos, ¿qué esperabas, pedazo de estúpido? —suelta Hoffman con hostilidad.

—¿Qué has dicho?!

El portador de *Lomo de Fuego* reacciona con una insólita agresividad, acercándose al hombre mientras este, actuando con la misma violencia, se levanta de golpe de su asiento.

—¿Qué? ¿Quieres que te incruste otra bala? —escupe el agente al tiempo que ambos avanzan para encontrarse a mitad de la sala.

—¡Basta, no es momento para estar peleando entre nosotros! ¡Estamos del mismo lado en esto! —grita Johanna, interponiéndose entre los dos hombres.

—¡Nunca dije que fuese aliado suyo! —exclama el policía, haciendo un despliegue perfecto de

su tosca personalidad.

—¡Pero eso no significa que nuestras causas sean distintas, agente! —Tu voz explota en medio de la sala, a lo que todos los presentes se giran hacia ti. Con trabajo te pones de pie, apoyándote con ese bastón que has dejado de usar por mera autoridad para empezar a tomarlo como una extensión de tu debilitado cuerpo—. Aquella mujer sigue suelta y, al parecer, con más poder que nunca. Debemos encontrar la forma de evitar que nos asesine a todos.

—¿Y cómo se supone que hagamos eso, anciano? —replica Hoffman, arrojando la colilla de su cigarro en la mesa—. Con Elisse ciego, ninguno de ustedes tiene posibilidad de siquiera saber a qué nos enfrentamos.

—¿Cómo demonios sabes eso? —Esta vez es el turno de Nashua de ponerse a la defensiva.

—Me contó lo suficiente para darme cuenta de que sin él, ustedes ya no son más que un montón de animales que solo se pueden defender con fuerza bruta.

—¿Pero qué mierda estás diciendo?! —exclama el voluble Oso Nocturno—. ¡¿Qué tanto te dijo Elisse de nuestra raza?! ¡No sabes nada de nosotros, así que no te atrevas a subestimarnos!

—¿Te duele que te diga la verdad, niño? —sisea.

Tú, en cambio, te quedas estupefacto ante la idea de que Hoffman sepa sobre aquella vida que, por generaciones, tanto se han aferrado en ocultar.

Los humanos son esenciales para la supervivencia de los errantes, pero solo si son parte del Atrapasueños, si son familia, si hay confianza vital entre todos, por ende, que una persona como el detective sepa de la existencia de los errantes te parece casi tan grave como el problema de Laurele.

En otras circunstancias, sería obvio lo que tendrían que hacer respecto a Hoffman, pero a sabiendas de que ya no eres nadie para cuestionar las decisiones de Elisse, tus venas terminan por inflamarse hasta estallar.

—¡Basta ya! —gritas, imponiéndote de nuevo—. Sean como sean las cosas, tenemos que crear un plan de acción. En cuanto Tared termine de enfriarse la cabeza, nos sentaremos a pensar en nuestro siguiente paso.

—No sé si Elisse pueda hacer mucho en su condición, padre. Escuché que Barón Samedi en persona le hizo, usted sabe, *eso* —te dice Julien, señalando sus propios ojos.

—Me niego a creerlo, Julien. Ya te lo dije —replicas, procurando sonar lo más convencido posible, incluso para ti mismo—. Los Loas no se meten en nuestro plano ni nosotros en el suyo, Muata lo dejó bien claro. Laurele es quien ha hecho todo esto, y es de ella de quien debemos preocuparnos.

—¿Hasta cuándo va a dejar de ser un maldito viejo terco?! —te grita Hoffman.

—¿Cómo te atreves a hablarle de esa manera, imbécil?! ¡Retráctate! —El bramido de la joven Johanna te sacude de asombro.

La chica respira agitadamente y mira al moreno con un gesto tan feroz que solo le falta mostrar los colmillos, haciendo un despliegue de lealtad que, por momentos, sientes desmerecer.

—¿Retractarme? —La ira muta la cara de Hoffman a un color escarlata—. ¡Todos ustedes vieron lo que ocurrió aquella noche! Si todo es un truco de Laurele, ¿dónde estaba ella? Les aseguro que la maldita zorra no tenía manera de escapar de esa casa sin que ninguno de nosotros nos diésemos cuenta. ¡Ella no le hizo esas cosas a Elisse!

—¿Entiende la gravedad de lo que está diciendo, agente? —replicas con frialdad—. Si acaso insinúa que es verdad, que Barón Samedi es el que le hizo eso al chico, entonces no tenemos ninguna oportunidad de ganar esta batalla.

—¿Y sugiere que nos sentemos aquí, bebiendo café como pendejos y no hagamos nada?

—Estoy sugiriendo que subamos a ese cuarto a interrogar al chico, lo quiera él o no.

Ante tus palabras, algo extraño ocurre. Hoffman relaja los músculos de la cara, se echa el cabello hacia atrás y suspira, como si de pronto toda la ira se le hubiese esfumado por los dedos.

—Escúchenme, por favor —pide el agente, mirando a todos con un semblante tan tranquilo como inquietante—. Yo no les puedo asegurar si Elisse es o no un errante. Yo no sé si él organizó todo esto de alguna retorcida manera para que vayamos directo a alguna enfermiza trampa, pero sí les puedo garantizar una sola cosa: si dan un paso hacia esa escalera, les voy a volar la maldita tapa de los sesos sin pensármelo dos veces. ¿Me oyeron? —Hoffman echa su gabardina hacia atrás, lo suficiente como para que la pistola en su cintura sea vista por todos, y en especial por ti—. Y no soy estúpido. Esa noche me di cuenta de que las balas les sientan tan bien a ustedes como a cualquier humano.

Nashua resopla, expulsando la rabia por la nariz mientras sus hermanos se limitan a mirar al latino con recelo.

—¿Tan obsesionado está por proteger a ese niño? —preguntas, manteniéndote casi tan tranquilo como el propio Hoffman.

—¿Protegerlo?... ¡No sea idiota! Laurele y lo que sea que esté detrás de ella vendrán por este muchacho. Y si él muere antes, nadie me asegura que tendré la oportunidad de poner mis manos en el cuello de esa bruja. Y como no sé qué intenciones tienen, nadie pone un pie en ese puto cuarto hasta que llegue Miller. ¡¿ENTENDIDO?!

El silencio de la sala, pero sobre todo el de tus labios, le hace saber que ha sido bastante claro.

—No señora, no se preocupe. Él está bien.

—¿Seguro? ¿No quieren que les lleve algo? —La voz de la mujer del otro lado del aparato baja su enérgico tono, en señal de que ahora se encuentra más tranquila.

Me deslizo por tus hombros hasta asentarme sobre la caja metálica frente a ti, tan solo para tener una mejor vista de tus expresiones faciales.

—Lo mejor es que usted no sepa dónde nos encontramos, no vaya a ser que la sigan hasta acá —adviertes.

—¡Oh, es verdad, Tared! ¿No rastrearán esta llamada?

—No lo creo, es un teléfono público.

—¡Gracias a los cielos! De todas maneras, avísame si necesitan ayuda, en lo que sea. Y dile a Elisse, cuando se sienta mejor, que lo quiero mucho y que estoy rezando por él.

—Por supuesto, señora Fiquette. Cualquier cosa, me pondré en contacto. Tenga un buen día.

Cuelgas el auricular para después dejar salir un profundo suspiro. Te tomas la libertad de recargar tu frente contra el borde de la pequeña cabina telefónica, para ver si el frío del metal te puede ayudar a pensar con un poco más de claridad.

No todas son malas noticias, dentro de lo que cabe. Al parecer, la policía ya no está tan enfascada en la búsqueda del contemplasombras; tienen tanto trabajo gracias a los estragos de la noche de los espíritus que solo se han dedicado a llamar de vez en cuando al centro budista para hacer preguntas de rutina, pero nada más.

Metes las manos en las bolsas de tu chamarra de piel mientras aprietas los párpados para tratar de sacar un poco de tensión. Mi cuello se estira para acercar mi cabeza hasta tu rostro y ver con claridad ese par de lagos helados que tienes por ojos.

Estoy seguro de que las palabras de Elisse te han dolido de una manera que no estás seguro de poder soportar, y no por la forma en la que te llamó, sino porque la simple idea de perderlo te asusta, ¿verdad? Y no solo es porque él se ha vuelto algo demasiadopreciado para ti; es porque

tiembblas ante la idea de que tal vez no haya nada que puedas hacer para salvarlo.

No podrías soportar otra pérdida, no podrías... Te entierras las manos en tu sembradío de cabellos, echándolos hacia atrás y jalándolos con la suficiente fuerza como para hacerte apretar los dientes. Después, vas calle abajo para poder tomar el primer taxi que se te atraviesa.

Veinte minutos más tarde te encuentras frente a aquella casa austera, cuyo interior resguarda con ironía a la gente que más te importa junto a todos los temores que esas mismas personas te causan. Tomando el valor que tanto te caracteriza, atraviesas el umbral y te encuentra con una escena que yo ya venía prediciendo cuadas atrás.

El agente está sentado en la escalera, tan solo balanceando de un lado a otro su arma como si se tratase de un inofensivo juguete, mientras los sobrevivientes de la tribu Comus Bayou yacen esparcidos por el pasillo. El único que no está de pie es padre Trueno, quien adorna una de las escasas sillas que hay en la casa.

Las miradas recaen sobre ti. Tus ojos azules se pasean por todos y cada uno, mientras la ausencia de mamá Tallulah y el abuelo Muata por fin empieza a calarte de verdad. Te yergues cuan alto eres, como sacudiéndote el peso de sus cadáveres. Caminas hacia el agente, quien parece ser el único que no le da demasiada importancia a tu presencia.

—¿Cómo sigue? —preguntas en un gruñido, esforzándote lo suficiente como para no sonar demasiado hostil.

Hoffman se encoge de hombros con genuino desinterés, mientras saca de su bolsillo su caja de cigarros y su encendedor.

—¿No has subido a verlo? —insistes, machacando tu paciencia a través de tu pecho agitado.

—No soy su niñera.

A estas alturas, ya no sabes qué es peor: estar a la defensiva con tu tribu o tener que lidiar con un psicópata que solo te ayuda a mantener a Elisse con vida por conveniencia propia. De pronto, es como si el mundo se hubiese puesto de cabeza.

—Tared. —La voz de Nashua resuena a tus espaldas, a lo que das media vuelta para verlo acercarse hacia ti. De inmediato, las barras de hierro que tienes por brazos se tensan más, como si una soga amarrada desde tu ombligo hasta el del hombre oso estuviese estirándose. Gruñes, incitándolo a hablar—. Queremos que vuelvas con nosotros.

Aquellas palabras, más que enternecerte, erizan los vellos de tu cuerpo de pura hostilidad. Tu mirada se clava en padre Trueno, quien tan solo está quieto, mirando un punto perdido en la pared.

—¿Se dan cuenta de que soy un desertor? ¿Qué escogí la vida de Elisse sobre mi lealtad hacia Comus Bayou? —siseas, a lo que Johanna te lanza una mirada dolida.

—No había forma de que supiéramos lo que iba a pasar, Tared —comienza padre Trueno—. Laurele nos tendió una trampa a todos.

Cada errante en el lugar reacciona con dolor, cayendo en su memoria la muerte de los ancianos. Aun así, tú retienes otro motivo más para dudar de ellos.

—Una trampa en la que usted cayó redondo, ¿verdad, padre? —espetas hacia el anciano, arrancando gemidos de incredulidad de parte de todos tus hermanos.

Ves un relámpago en la mirada de Lansa. El viejo se levanta, arrojando su silla hacia atrás y acercándose hacia ti como un rayo, muy a pesar de su cojeo.

—¡Tú no estuviste allí, ninguno de ustedes vio lo que yo vi! —grita—. ¡No me puedes reclamar por tratar de defender a mi familia!

—¡Y ninguno de nosotros vio lo que pasó dentro de ese cuarto! ¿Cómo sabe usted que lo que le ocurrió a Elisse no es sino otro engaño? ¡¿Cómo sé que no va a buscar la forma de matarlo?! —

—¡Porque preferiría mil veces ponerme de rodillas ante Laurele que perderte a ti! —Lansa

jadea y da un paso atrás, como si no le hubiesen quedado fuerza en los pulmones. O en el alma—. Inocente o no, yo siempre veré la sangre de Tallulah y Muata sobre las manos de ese niño — murmura, echando la barbilla al suelo—. Pero aun así, no puedo matarlo. Porque sé que eso sería arrancarte de mi lado.

Por un minuto, te olvidas de respirar al ver un cristal cubrir la mirada de padre Trueno. Después, contemplas a los errantes frente a ti y piensas en los siete largos años que has dedicado a Comus Bayou. Te flaquean las piernas y te preguntas una y otra vez por qué las cosas tenían que suceder así, ¿por qué tenías que estar tú, de entre todas las personas del mundo, debatiéndote sobre la lealtad de tu gente, de tu familia?

No. No podrías soportar perder a alguien más. Y estás totalmente seguro de que padre Trueno tampoco.

—¿Ha pensado en algo? —preguntas al fin, sacándole un último gemido al anciano.

—... La única razón por la cual Laurele intentó aniquilarnos, fue porque Elisse estaba bajo nuestra protección. Éramos su escudo. Y si es verdad lo que dice el niño, que el señor del Sabbath es quien está detrás de todo esto, entonces solo hay un camino que podemos tomar si es que queremos salvar lo que queda de Comus Bayou.

—¿A qué se refiere? —consternado, das un paso atrás, mientras yo me arrastro por las escaleras hacia la habitación del joven contemplasombros, consciente de que ahora me toca a mí ayudar a mi pequeño. Tan solo escucho, como un eco distante, la sentencia de padre Trueno:

—Debemos marcharnos de Nueva Orleans, Tared. Y sabes bien que para eso, tenemos que dejar a Elisse.

Capítulo 39
FAMILIA DE UNO

La puerta de la habitación se abre despacio. Un par de pasos y, después, vuelve a cerrarse. Escucho a Tared suspirar y siento la orilla del colchón hundirse; el calor del hombre lobo choca contra mi brazo como una ola.

Doy un sobresalto al sentir sus dedos sobre mi hombro y aprieto los puños de pura frustración; es demasiado desesperante el no poder darme cuenta de cuándo alguien va a ponerme la mano encima y, cada vez que pasa, reacciono como un maldito conejo asustado.

—¿Aún te duele? —me pregunta sin rodeos, refiriéndose a mis ojos.

—No —contesto con sequedad; las curaciones de Johanna han resultado bastante efectivas.

—Me alegro —responde en voz baja.

Es curioso. Si uno presta atención, puede *escuchar* a la gente sonreír; hay algo en el tono de voz de Tared que me indica que sus labios se han curvado hacia arriba.

—Déjame ver —me pide, pero yo me echo hacia atrás de inmediato.

La venda alrededor de mis ojos ya no es necesaria, pero aun así me invade una vergüenza terrible con tan solo pensar en quitármela. Además de que debo tener un aspecto horroroso, esas heridas son la evidencia de mi fracaso.

Lo escucho suspirar y su aliento tibio pasa sobre mi mejilla, siendo la primera cosa agradable que siento en días.

—¿Quieres cenar? Debes tener hambre y se hace tarde, puedo traerte algo.

Al escuchar su propuesta, mi entrecejo se aplasta tanto que casi hace mis cejas chocar.

—¿Por qué sigues aquí? —escupo.

La cama rechina y el calor que irradia su ser se vuelve difuso. Permanece sentado, puedo sentir todavía su peso a mi lado, pero ahora hay una tensión entre nosotros.

—¿Cómo que por qué? —Su voz suena genuinamente desconcertada, a lo que yo dejo escapar un suspiro.

—Las paredes son demasiado delgadas, ¿sabes? —contesto.

Para mi vergüenza, el resentimiento en mi voz ha sido demasiado evidente, a pesar de que lo que dijeron allá abajo me ha dolido menos de lo esperado. Semanas atrás estaría hecho añicos, pero a estas alturas no creo que pueda terminar más destrozado de lo que ya estoy.

—Elisse, por favor —dice con aparente calma—. No pienses tonterías. Lo que haya dicho padre Trueno no tiene nada que ver con lo que piensen Johanna o Julien. Y mucho menos conmigo.

Suena muy convencido, pero sus palabras no logran traermé ningún tipo de alivio. Si bien, mis hermanos no dijeron estar de acuerdo con el anciano, tampoco se atrevieron a negarse. Pero ¿puedo culparlos? ¿Quién soy yo para ponerlos a cuestionar su lealtad hacia alguien a quien ven

como su propio padre? ¿Qué soy comparado con lo que sienten por él?

—Deberían irse. Todos ustedes.

—No voy a dejarte —dice con firmeza, y sus palabras me pesan como una lápida.

—¿De verdad prefieres perder a TODA tu tribu solo por mí? —le suelto, a lo que el peso de su cuerpo sobre la cama desaparece.

—¿De qué estás hablando? ¡No voy a perder a nadie! —exclama, y yo vuelvo a suspirar, aun más agotado que antes.

—Padre Trueno tiene razón, Tared. Barón Samedi solo me quiere a mí, y el que yo no sea culpable de lo que haya pasado no significa que sea menos peligroso para ustedes. Para ti.

—¡Ya basta, Elisse! —grita—. ¡Por nada del mundo te dejaré aquí! ¡Laurele, Samedi, quien sea! ¡Ellos podrían venir en cualquier momento y tú...!

—Hoffman se quedará aquí, ¿no?

—¡Como si ese cabrón pudiese hacer algo contra ellos!

—¿Y tú sí?

—No, no insistas, Elisse. No me importa lo que me cueste, no voy a dejar que mueras.

—Ustedes eran una familia mucho antes de que yo llegase, así que es más razonable que te vayas con ellos. Que ustedes permanezcan unidos.

Por primera vez, me siento aliviado de no poder ver nada. Sea cual sea, no podría aguantar la expresión de Tared ante mis palabras, las cuales me han dolido como una maldita patada de mula. Su peso vuelve al colchón y el calor de su cercanía se vuelve insoportable.

—No, no es verdad —me susurra mientras sus dedos se deslizan hasta mi mano, atrapándola entre el calor de su palma—. Tú también eres parte de mi familia y una vez dentro de ella, no hay manera en la que puedas escapar de mí.

El contacto del hombre lobo me sube desde las yemas de los dedos hasta la boca del estómago. Casi quiero sonreír; su mano, tan grande y firme estrujando la mía, tan pequeña y débil, me incita a entrelazar mis dedos con los suyos en un apretón repleto de todas las cosas que quisiera decirle..., de todo lo que él me hace sentir.

—Ya no hay mucho en mí que puedas rescatar, Tared. No pierdas a la gente que de verdad te queda. Por favor —le pido, desprendiendo mi mano de su agarre.

—Elisse... —su voz se escucha quebradiza, débil, muy distante a esa fuerza que siempre ha demostrado. Me duele tanto oírlo pronunciar mi nombre de esa manera.

—Necesito dormir un poco. Por favor —le pido, para luego darle la espalda. Pasan los minutos y él tan solo se queda allí, de seguro contemplando el despojo tembloroso de lo que alguna vez fui.

Por fin comienzo a sentir el peso del cansancio, adormeciéndome y dejándome como último pensamiento una duda que no ha podido abandonar mi cabeza desde que fui sacado de aquel cuarto macabro: ¿Por qué? ¿Por qué Barón Samedi quiere matarme?

Capítulo 40
LA SERPIENTE Y LA LUNA

Abro los párpados e inhalo hasta hincharme el pecho, metiendo de golpe un aire frío en mis pulmones. Miro a mi alrededor... ¿Miro?

—¡Puedo ver! —susurro, asombrado.

También me percató de que estoy rodeado de una insólita naturaleza: yazco de pie, en medio de un campo de flores multicolores, las cuales se asemejan a una ola llena de espuma al ser balanceadas por el viento. Un cielo nocturno, atravesado por cometas y estrellas, se cierne sobre mi cabeza, pero está claro, brillante e iluminado sobre la tierra, como si fuese mediodía. El día y la noche; ambas partes conviviendo aquí y ahora, en una heterogénea composición que da a luz a esta vasta belleza.

Miro a mi derecha, estampándome con una acumulación de árboles oscuros que se encuentran a unos cincuenta metros, cubiertos por un cielo tan gris que pareciera ser un lugar ajeno al reino en el que me encuentro ahora. Ese bosque está salpicado de criptas, con las bocas abiertas en inquietantes abismos que me erizan la piel. A pesar de la distancia, distingo el tintinear de unas pequeñas luces metálicas que se desparraman frente a las tumbas, como si la oscuridad vomitase lagunas de oro.

Un terror muy familiar me despierta en el estómago, así que me alejo de aquel sitio hasta que se vuelve una mancha oscura a mis espaldas. Mi cuerpo se siente extraño; no sé si corro o floto, ya que es como si mi carne no estuviese aquí a pesar de que la siento pegada a los huesos.

Me detengo a observar un poco más. Delante de mí hay unas colinas cubiertas de hierba verde y caminos infinitos de árboles que serpentean entre ellas, mientras los campos de flores se expanden hacia todas las direcciones.

Acaricio las que están al alcance de mis manos, pero una punzada de dolor me hace retraer los dedos. Los miro y veo huesos expuestos, carne sanguinolenta... Mi mano destrozada me ha seguido hasta aquí, hasta este sueño.

Vaya, un sueño..., aunque yo nunca sueño, pero esta vez no quiero despertar nunca más. Aquí puedo ver de nuevo, puedo percibir los colores, el movimiento, el espacio. Sé que es un mundo imaginario, lejano, donde no existe nada más que aquello que el recoveco de mi imaginación quiere crear, pero a fin de cuentas es un sitio plagado de belleza donde no me siento desorientado y abandonado ante el terror de la oscuridad.

«*Elisse...*».

El viento sisea a mis espaldas. Giro la cabeza sobre mi hombro y veo un espectáculo extraordinario: el cielo nocturno despunta un alba y la tierra diurna comienza a oscurecerse, como si el tiempo empezara a correr muy rápido. El día y la noche bailan en una mezcla de luz y

sombras hasta ajustarse en la misma hora, como marcando el inicio de un ciclo. La tarde inunda la planicie con una luz intensa y cálida que retumba por todos los rincones de la tierra sin fin.

A lo lejos, las flores comienzan a removerse, abriendo un sendero hacia mí. Distingo unas blancas escamas reluciendo bajo la luz de un sol que no existe en el cielo, coloreándose como un difuso arcoíris al compás del movimiento del enorme cuerpo al que pertenecen. Palidezco.

Es la piel de una serpiente.

Retrocedo a trompicones. ¿Por qué siento tanta inquietud? ¡Esto es un sueño! Pero mi lógica pierde contra mi instinto, así que doy media vuelta y avanzo hacia un cerco de gruesos árboles que están al pie de las colinas.

Miro hacia atrás. El ser sigue abriéndose paso, avanzando a una rapidez pasmosa hasta quedar a tan solo unos cuantos de metros de mí. Mi espalda se estrella contra uno de los árboles mientras mis manos se enroscan y se levantan a la altura de mi pecho para hacerle frente a la criatura.

Y la serpiente brota de entre la maleza. Pero, oh, no cualquier serpiente. Es una gigantesca, de proporciones imposibles. Su cabeza es enorme, casi del tamaño de mi torso, y su cuerpo es tan grueso y largo que su cola se pierde a lo lejos como un riachuelo; su lengua bífida es del color del carbón; sus impresionantes ojos, de un color verde como el jade, son brillantes y lustrosos como la misma piedra preciosa.

Y a pesar de su increíble belleza, mi respiración se agita a medida que la distancia entre nosotros se hace cada vez más breve.

—Elisse. —Me quedo inmóvil de la sorpresa. ¡La serpiente ha hablado!—. ¿Por qué tienes miedo de mí? —me pregunta, a lo que mi cara se desencaja de desconcierto.

Estoy seguro de que sus labios se abrieron de una forma tan articulada que las palabras brotaron de su garganta con una voz masculina y profunda, pero al mismo tiempo, gentil. ¿Qué es esto? ¿Es un errante, un ancestro...?

—¿Quién eres? —pregunto, con los ojos abiertos de par para no perder detalle de aquella majestuosa serpiente.

—No temas, Elisse. Mi nombre es *Damballah*.

Escucho el canto de un riachuelo a lo lejos, cuyo sonido relajante al rebotar contra las rocas a su paso me endulza los tímpanos. Todo a mi alrededor parece tan increíble, tan fantástico y, al mismo tiempo, tan vívido.

La hierba se abre paso a mi lado, como formando un sendero para la extraordinaria criatura cuya presencia me provoca un extraño calor en el pecho. Estoy lado a lado con Damballah, uno de los Loas más venerados y, según decía el libro de Laurele, alguien cuyo lugar reside en la cúspide de los altares vudú. Es tan importante que inclusive su antigüedad precede a la del mismísimo Barón Samedi. Tan poderoso, tan viejo, y tan... distinto a como lo imaginé.

A pesar de su aspecto imponente, este Loa ha resultado ser asombrosamente dulce; sus palabras son gentiles, su presencia es tranquilizadora y se refiere a mí con una familiaridad que solo llegué a recibir de Louisa y mamá Tallulah.

Me detengo al sentir el viento sacudirme con más fuerza. Diversas hojas de los árboles se desprenden y llegan hasta mí, chocando y enredándose en mis cabellos. Tomo una y la siento crujir entre mis dedos.

—Este sueño es demasiado realista... —comento, a lo que la serpiente gira su cabeza hacia mí y me contempla con esa hermosa mirada tan fuera de cualquier dimensión.

—No estás soñando, Elisse. Tú no puedes soñar. Mientras duermes, tu mente puede tener visiones o ser invocada por seres como yo. Una condición muy curiosa de tu propia naturaleza, si

me lo preguntas.

—Entonces, tú me trajiste aquí —bisbiseo—. Tal como lo hizo Barón Samedi en aquella visión donde... me prendió fuego.

—Así es, pequeño. Algo muy inusual, debo decirte, ya que los regidores espirituales no solemos traer la mente de los vivos a nuestros páramos. Considérate afortunado.

Afortunado. Creo que, desde hace meses, es el adjetivo que más me han estado dando, pero yo no parezco hacer otra cosa más que ir cayendo de desgracia en desgracia. Y cada una peor que la anterior.

—¿Qué es este lugar?

—Estamos en *Guinee*; el reino de los Loas, el mundo de los espíritus que precede al fin de todo.

—¿Mundo de los espíritus? —pregunto, con más tranquilidad de la que en realidad siento—. ¿Te refieres al plano medio?

—No es tan sencillo, pequeño. Escúchame con atención, porque voy a explicarte cómo funciona aquello a lo que llamas *plano medio* —me dice con dulzura, a la par que seguimos andando en la tierra magnífica—. El plano medio no solo es un paraje de tránsito entre la vida y la muerte, esta condición de la existencia está compuesta en partes, como un rompecabezas, donde cada pieza es regida por familias de espíritus, tan numerosas como diversas que necesitarías cientos de vidas para poder conocerlas a todas. Los Loas somos un ejemplo de esas familias.

»Cada uno de esos grupos de seres tiene orígenes, ideales y un lenguaje común. Cuando una civilización o sociedad humana se topa con la manifestación de una de estas familias, el mundo de los mortales y los espíritus coaliciona, creando aquello a lo que ustedes denominan *religiones*.

—... ¿Me estás diciendo que todas las religiones son reales? —pregunto, casi tan asombrado como escéptico.

—En cierta medida, con todo y sus excepciones... sí.

—Entonces, ¿también existe un *Dios*? —La inevitable pregunta surge de mi lengua como una flecha, a lo que veo a Damballah sonreír.

—Que te baste con saber, mi niño, que existe un aquí y un allá, un principio, un fin y seres que estamos repartidos en medio de todo eso, de menor o mayor poder. Lo que hay más allá no nos incumbe ni a los mortales ni a los espíritus del plano medio.

—¿Y a qué pedazo de plano medio estuve entrando cuando tenía mis pesadillas? Aquel escenario de concreto...

—Esos lugares a los que eras traído cuando un espíritu perdido te invocaba se llaman *los bardos* del plano medio.

—¿Los bardos? —mascullo, encontrando esa palabra familiar gracias a las enseñanzas budistas.^[15]

—Sí. Páramos desolados donde no existe la luz ni la oscuridad. Meros sitios de confusión muy semejantes a la realidad, sin espíritus regentes y donde muchísimas almas yacen perdidas y deformadas por el peso de su propia desesperación. No se necesita creer en alguna familia espiritual para llegar a la muerte definitiva, pero siempre habrá muertos que se pierdan en los bardos. Al ser un sitio sin familias espirituales que lo manipulen, es tan simple que un contemplasombras puede entrar a él en carne y voluntad propia o ser invocado allí. En cambio, no se puede entrar a un sitio regido por una familia espiritual sin ser invocado, ya que son lugares demasiado complejos e inaccesibles.

Exhalo de asombro al ver cómo el plano medio es develado ante mí como un mapa gracias a las palabras de Damballah. Poco a poco, no solo fragmentos de mi vida, sino de la humanidad misma,

empiezan a tener sentido.

Comienzo a entender que nada en este mundo es realmente místico. Religiones, mitos, historia, leyendas, todo encaja en una lógica apta solo para aquellos que hemos tenido el honor de entenderla desde su perspectiva tanto mágica como espiritual. Y no puedo dejar pasar el hecho de que hay gente que ha dedicado toda su vida a develar muchos de estos misterios. A conocer el fondo de la existencia humana, de esta vida y la otra. Y en apenas un parpadear, ¡casi todo me ha sido revelado!

Vaya. Creo que sí soy afortunado, después de todo.

—Entonces, ¿cada familia tiene un pedazo de plano medio que transforma a su antojo? —pregunto, embriagado de estos nuevos conocimientos.

—Sí. A cambio de oraciones, sacrificios y fe, las familias de espíritus recompensamos a los mortales guiándolos por nuestros pedazos de plano medio y bajo nuestras propias reglas hasta el otro lado. Ellos nos dan culto y nosotros les damos milagros. A veces, hasta nos llaman dioses.

—¿Las demás familias espirituales pueden entrar a los territorios de otras familias? —pregunto, imaginando qué cara tengo que poner si de un momento a otro me encuentro a un buda volando sobre mi cabeza.

—No. Los regentes espirituales tenemos bien en claro que no nos conviene meternos con nadie, muy a pesar de que los hombres no parecen entender el mismo concepto. Tú ahora estás en mi propio páramo de *Guinee*, y aquí nada ni nadie puede hacerte daño, mi niño.

Mi corazón arde, tanto que ese fuego se transmite a mis mejillas al escuchar a este Loa llamarme de esa manera. Soy invadido por un *déjà vu*: No, no es que sienta familiaridad, es que algo me dice que no es la primera vez que nos vemos.

—¿Ya nos habíamos conocido antes?

—No en persona. Pero te he estado vigilando desde que llegaste a Nueva Orleans. A ti y a todo Comus Bayou.

—¿De verdad?

—Sí, incluso me di la oportunidad de ayudar un poco a Hoffman, a Tared..., aunque, a fin de cuentas, lamento no haber podido hacer mucho por ti.

Abro los ojos de par en par y tartamudeo de asombro.

—¡E-eras tú! ¡T-tú me enviabas el libro rojo de Laurele! Y la serpiente, la que vi en el cuarto oval... —Su enorme cabeza asiente despacio—. ¿Por qué me ayudaste?

—¿Qué más grande amenaza para el delicado equilibrio de *Guinee* que un Loa que no acepta su lugar en él? Y peor aún, uno cuya tarea es tan importante como llevar él mismo a los muertos al otro lado.

Estoy mudo. Y aunque tuviese algo que decir, la lógica de Damballah no deja lugar a dudas. Ambos continuamos caminando, a lo que yo miro a mi alrededor para tratar de calmarme. La tierra de ensueño parece haberse detenido en este maravilloso atardecer, como si la presencia de este Loa lo obligase a otorgarle una infinita luz. De pronto, empiezo a sentirme somnoliento, clara evidencia de que no estoy soñando ¿Cómo sentirse cansado cuando uno está durmiendo?

La serpiente se detiene, echa la cabeza en el piso y se enrosca sobre sí misma. De forma casi natural, me acerco a Damballah, como si un lazo invisible me jalase hacia su cuerpo. Me siento en el suelo y recargo mi cabeza contra el cuello de la serpiente, sintiendo que irradia un agradable calor. Me hago un ovillo contra él y dejo que el tiempo pase, mientras ambos contemplamos el bello paisaje a nuestro alrededor.

Él es tan distinto, tan diferente al horror que me inspira Barón Samedi, que prueba que los Loas pueden ser gentiles, amorosos, seres que contemplan la vida de los mortales como un precioso

tesoro, que no son como el espectro que destrozó mi cuerpo, mi espíritu y a mi familia.

—No quiero volver —le susurro, mientras su cola me rodea—. Quiero quedarme aquí, contigo.

—Los vivos que permanecen demasiado tiempo en el plano medio mueren antes de tiempo, pequeño. Y no quiero que eso te suceda —me advierte, de una forma tan paternal que el pecho me escuece.

—Muata debía enseñarme sobre estas cosas... —susurro con una mezcla de rabia y tristeza, resintiéndome, más que nunca, el rechazo del anciano.

—No sientas dolor, mi pequeño. El anciano Muata, como el excelente oráculo que era, tuvo presagios sobre lo que ocurriría con la tribu, con Ciervo Piel de Sombras. Solo que su vejez, anudada al abandono de su ancestro, le impidieron ver con claridad lo que deparaba el futuro. Él no sabía qué papel te envolvía en todo el horroroso destino de Comus Bayou, por ende, prefirió no mostrarte tanto la capacidad de tus poderes como los secretos del plano medio hasta no saber quién eras en realidad. Y no porque te odiase, sino por el amor que tenía por su tribu, por el temor de verla caer. Y creo que eso es algo que cualquiera habría hecho estando en su lugar.

Soy incapaz de replicar porque, a pesar de mi dolor, sé que tiene razón. Buscando una forma de aplacar el bombeo de mi alma, acaricio las escamas del Loa, percibiéndolas muy diferentes a lo que sería la piel de un reptil; parece que más bien estoy recargado contra un suave pelaje. La cabeza de Damballah se desliza hacia mí, a lo que yo estiro mi brazo para tocar su mejilla.

—¿Estás cansado de luchar? —me pregunta con gentileza.

—Ni siquiera sé de dónde saqué fuerzas para seguir vivo —respondo, atormentado tanto por todas las cosas que acabo de descubrir como por las que todavía me faltan por entender. ¿Por qué Samedi quiere matarme? ¿Por qué se rebaja a meterse con un simple mortal como yo?

—Hay cosas que necesitas saber, ¿verdad, Elisse? —me dice, a lo que doy un respingo. ¿Acaso puede leer mi mente?—. El señor de la muerte no nació de la naturaleza original de los primeros Loas. Es fruto de los ritos, las pasiones y necesidades humanas del *Nuevo Mundo*^[16], por ende, sus ambiciones son también bastante humanas: Poder sobre el resto de los Loas, convertir Nueva Orleans en otra extensión de su reino. Eso es lo que busca Barón Samedi.

Me toma apenas unos segundos sacar conclusiones: la inusual ola de frío y niebla en Nueva Orleans de seguro era una forma de comenzar a expandir sus tierras.

—¿Y cómo es que mi muerte podría lograr semejante cosa? —pregunto, comenzando a alarmarme ante la incertidumbre. La respiración de Damballah se acelera ante mi pregunta, como si una profunda preocupación lo hubiese asaltado.

—No es que tu muerte logre algo así, Elisse. La manera en la que ese ser alcanzaría su propósito yace enterrada en su propia consciencia y, lamentablemente, yo no tengo la respuesta a eso.

—¿Entonces?...

—Lo único que tenemos seguro el resto de los Loas es que Barón Samedi necesita matarte por una razón mucho más poderosa que su ambición: miedo.

—¿Miedo?

—Miedo hacia ti, Elisse.

Aquello me cae como un balde de agua helada y, honestamente, no sé si echarme a reír.

—¿Cómo es que Barón Samedi me tiene miedo? —musito, incrédulo—. No. No puedo creerlo ¡Eso es imposible! ¡Nunca he sido fuerte ni especial, no tengo ancestro, no sé nada de cómo ser un contemplasombras! ¡Debe haber un error!

—Aquí no hay ningún error, muchacho —susurra—. Los otros Loas no podemos pelear contra él, no cuando estamos usando todo nuestro poder para mantener el equilibrio que él ha roto con

tanto descaro. Pero en cambio tú sí puedes detenerlo, mostrarle que aun el señor del Sabbath puede ser derrotado por uno de esos mortales a los que tanto desprecia. Barón Samedi te necesita fuera del camino, y eso es un evidente reflejo de que representas una amenaza para él. Y si tú, la única criatura en este mundo que inspira tanto horror al mismísimo Loa de la muerte, te das por vencido, ¿qué nos queda por hacer a los demás?

Tiemblo de pies a cabeza, mientras mis ojos empiezan a humedecerse.

—¿Por qué habría de temer a alguien que ni siquiera puede defender su propia vida? No sé cómo enfrentármelo. ¿Cómo puede uno vencer a la muerte?

—Pero, Elisse, ¿qué cosas dices? ¡Tú ya has vencido a la muerte infinidad de veces! —Me arranco una lágrima de la mejilla, sin entender el significado de sus palabras—. ¿Acaso no sobreviviste una vida de penumbras y miseria en la India? ¿No permaneciste vivo a pesar de ser atormentado desde niño por tus pesadillas? ¿No resististe, cientos de veces, la tentación de acabar con tu propia vida por puro y simple amor a la idea de encontrarte de nuevo con tu padre? ¿No es eso vencer a la muerte? ¿No es eso vencer al mismísimo señor del Sabbath?

Ahogo un gemido, haciendo todo lo posible por no llorar. Las palabras de este Loa, tan hermosas y a la vez tan tristes, me provocan un vuelco en el corazón. Agacho la cabeza y, de pronto, me siento como si hubiese vuelto a ser un niño pequeño.

—¿Tienes miedo, Elisse?

—Sí. Soy un cobarde —contesto, avergonzado.

—¿Cobarde? ¿Y por qué no tuviste miedo cuando cruzaste el océano para buscar a tu padre? ¿Por qué no tuviste miedo cuando te negaste a vivir con Louisa para que ella no resultara lastimada? ¿De dónde sacaste valor para darle la cara a Laurele, aun cuando tu familia te había dado la espalda?

Las respuestas, para mí, son obvias.

—Siempre he amado a mi padre, aun sin conocerlo. Quería estar con él. Y no me importaba morir, no si con eso podía salvarlos a ellos. A Louisa, mis hermanos, a Tared...

—Lo haces por la gente a la que amas. Eres más valiente de lo que crees, Elisse, porque a pesar de que sientes miedo, tu lealtad y tu sentido de sacrificio siempre te hacen dar un paso adelante. Y vencer a la muerte no es solo sobrevivir: también se trata de decidir, por uno mismo, los motivos por los cuales enfrentarse a ella.

Mi mano vuelve a resbalar en mi rostro, ahora limpiando ambas mejillas. Hipeo, incapaz de descubrir cómo es que las palabras de este Loa han tenido un efecto tan poderoso en mí. ¿Es por su origen divino? ¿O es porque me he imaginado a mi propio padre diciéndome estas cosas?

—Hay algo en ti, muchacho, algo que tiene aterrado al señor del Sabbath, algo que te hace capaz de ser, de entre todas las criaturas de la tierra, el único que puede detenerlo. No sé tú, pero yo creo que esa mano debe significar algo...

Como jalados por un ancla, mis ojos viajan hacia mi mano descarnada.

—¿Esto? —murmullo, rozando la carne expuesta—. Sí, lo recuerdo..., esta mano parecía poder lastimar a Barón Samedi, pero ¿por qué? ¿Y cómo es que me hice esta herida?

Al no recibir respuesta, vuelvo mi vista a Damballah, pero me encuentro con su enorme cabeza tensa hacia mis espaldas, con los ojos oscureciéndose como agua turbulenta.

Miro sobre mi hombro y me pongo de pie de un salto. La serpiente se desenrosca lo suficiente como para que la longitud de su ser se interponga delante de mí como una barrera.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?! —exclamo mientras Damballah sigue con la mirada fija en la criatura que aparece a lo lejos.

El asesino de Ciervo Piel de Sombras, el monstruo de hueso, nos observa al pie de las colinas.

Su enorme y espantoso cuerpo, cubierto por aquella manta negra que se balancea con el viento, forma un espectro que hace un macabro contraste entre la belleza del paisaje. Pétalos y hojas se estrellan contra la tela, la cual los absorbe como si se tratase de un agujero negro. Casi puedo escucharlo jadear.

—¡Márchate, Elisse!

—¡¿Y tú?!

—¡A quien quiere es a ti! —Y con esas palabras, mi cuerpo comienza a ser jalado sin dirección aparente, arrancándome poco a poco cada célula del cuerpo.

—¡Espera! ¡No! ¡¿Qué debo hacer ahora?! —grito, a la par que mi esencia comienza a ser desmembrada y succionada.

—¡Ve al páramo de Barón Samedi y enfréntalo!

—¡¿Cuál es el don por el que quiere matarme?!

—¡No, no me has entendido, Elisse! —me grita—. ¡No es un don, es una maldición!
¡LEVÁNTATE!

Y, de pronto, soy echado hacia atrás. Todo se reduce a un tamaño minúsculo, mientras mi periferia queda envuelta en una profunda oscuridad. Instantes después, una inhalación nace de mi boca, abriéndose como una maleta para jalar todo el aire posible. La espalda se me despega de la cama como impulsada por un resorte, mientras empiezo a toser una y otra vez. Mi despertar es más violento que solo salir de mi inconsciente; es como si hubiese permanecido por varios minutos debajo del agua.

La oscuridad está reinante a mi alrededor, lo que me indica que he vuelto a la realidad. Jadeo mientras me revuelvo en la medusa de las sábanas; intento ponerme de pie, pero mi ceguera me impide ver el borde de la cama y la debilidad de mi famélico cuerpo quiebra mis articulaciones. Me precipito hacia el suelo y caigo con un golpe seco. Vuelvo a boquear y toser.

—¡Damballah! ¡DAMBALLAH! —grito desde el fondo de mis pulmones—. ¡TARED!

Escucho pesados y veloces pasos chocar contra el piso, subiendo hasta acá. Son más de un par, así que quien sea que esté subiendo, no viene solo. La puerta de la habitación se abre de un golpe.

—¡Elisse! —La voz de Tared se estrella contra mis tímpanos; un segundo después, lo escucho caer a mi lado.

Me sujeta de la espalda y me yergue lo suficiente para sentarme en el suelo, mientras yo palpo frenéticamente su cuerpo para encontrar un punto de apoyo.

—¡¿Qué, qué ocurre?! —La voz de Johanna se alza junto con frases inteligibles de Julien y Nashua, cosa que me provoca un profundo alivio. Aún no se han marchado de la ciudad.

—Damballah, él... —explico entre jadeos, consciente del poco sentido de mis palabras—. ¡Damballah me ha dicho todo! ¡Él...!

Un profundo silencio sigue a mis descontrolados gritos, como si mis palabras les hubiesen hechizado la lengua a todos. Mi cabeza gira de un lado a otro como un trompo.

—La mujer tenía razón...—La voz de padre Trueno se levanta a lo lejos.

—¿Qué? —pregunto—. ¡¿Qué mujer?!

—Elisse...

Aquello retumba en mis propios oídos como un tambor, mientras esa voz familiar, tensa y salpicada de algo que distingo como horror, se cuele en mi cerebro. Segundos después, la reconozco por fin: es la sacerdotisa de la Hoguera de los Milagros.

De contar con un poco más de energías, me concentraría en la presencia de esta mujer en la habitación, pero apenas y tengo fuerzas para hacer otra cosa que llevarme la temblorosa cuchara a la boca. La mano de Tared yace recargada en mi espalda, sosteniendo mi debilitada columna

mientras yo engullo mi plato; por lo que me han dicho, es la primera comida que pruebo en dos días, por ende, también me he enterado de que es jueves y pasan de las diez de la noche.

Derramo un poco de gumbo sobre las comisuras de mis labios y, de inmediato, paso furiosamente una servilleta para limpiarme. Más de uno en este cuarto se ofreció a alimentarme para que no tuviese que lidiar con esto, pero me negué con firmeza a sufrir esa humillación.

—Elisse. —La voz de padre Trueno se alza a mi lado, aunque no estoy seguro de qué tan cerca esté de mí—. Esta mujer llegó a esta casa minutos antes de que despertaras, diciéndonos que Damballah la había enviado a ayudarte y que estabas hablando con él justo en ese momento. La habríamos matado en la misma entrada de la casa de no ser porque te escuchamos gritar el nombre del Loa.

Habría girado mi cabeza hacia la sacerdotisa, pero como es obvio que no tengo idea de en qué parte de la habitación está, me limito a dejar la cuchara dentro del plato, como para hacerle saber que tiene toda mi atención.

—Mi nombre es Zema, para quienes no me conozcan. —El sonido de un encendedor viene acompañado de un olor a cigarrillo. El humo me llega directamente a la cara, por lo que imagino que la mujer se encuentra frente a mí—. Te confieso que desde que llegaste a mi casa aquella noche no he vuelto a dormir tranquila, ¿sabes?

—¿Qué es lo que quiere? —pregunto sin rodeos, a lo que la escucho carraspear.

—A estas alturas, ya estarás bien consciente de que necesitas entrar al reino de Barón Samedi para enfrentarlo.

—¿El plano medio? —dice Johanna.

—Es más complejo que eso —respondo—. Necesito entrar específicamente al reino del señor del Sabbath..., pero ni siquiera sé cómo entrar al plano medio.

—¿Es en serio? —suelta Julien—. ¿Ni una pista?

—¿Acaso ninguno de ustedes sabe cómo hacer eso? —pregunta Hoffman detrás de todas las voces, a lo que el silencio es respuesta suficiente.

—El abuelo Muata era muy críptico. Siempre decía que no valía la pena instruirnos en algo que nunca íbamos a comprender... —susurra Johanna con la voz quebradiza.

Antes, habría juzgado bastante a Muata por ello, pero después de todo lo que me ha revelado Damballah, no me extrañaría que tuviese un motivo de fuerza para no hablarles a los demás del plano medio y sus partes.

—Y es por eso que yo estoy aquí —dice la sacerdotisa—. ¿Conoces la leyenda de las puertas de *Guinee*^[17]? —Niego con la cabeza—. Bueno, serás el único en este cuarto que no haya escuchado sobre eso, ¿verdad? —Varias voces murmuran un *sí*—. En Nueva Orleans tenemos una historia respecto a cómo entrar al reino de los Loas. Las siete puertas de *Guinee* te permiten traspasar al mundo de los muertos, y estos portales se encuentran repartidos por diversos puntos de la ciudad.

—Puras idioteces... —dice Hoffman.

—Tan idiotas como hombres que se convierten en animales y detectives cuyas familias son destrozadas por hechizos vudú. ¿Verdad, agente?

—¿¿Qué ha dicho, vieja bruja?!

—¡HOFFMAN, YA BASTA! —grito, exasperado ante su maldita actitud. El silencio prevalece unos segundos, para después ser cortado por un bufido del policía.

—Maldita sea, Elisse —replica en voz baja, mientras escucho pasos acelerados y un portazo. Para mi alivio, se ha largado, aunque me sorprende mucho que no se haya puesto a discutir conmigo.

—Como te decía, muchacho —continúa ella—. Estas siete puertas son abiertas con más fuerza en días sagrados como año nuevo, el día de todos los santos y, sobre todo, el *Mardi Gras*.

«Tú sabes. El *Mardi Gras*, los rituales involuntarios, cosas que incrementan mi poder».

—Así es como Samedi cruzó corporalmente a nuestro plano —comento, recordando lo que él mismo me dijo la noche de *Mardi Gras*.

—Exacto —dice Zema—. Ningún Loa había roto el equilibrio espiritual con tanto descaro hasta ahora. Damballah, en cambio, solo se manifestaba gracias a la energía que sus seguidores siempre le hemos proporcionado con nuestras oraciones y rituales. Cuando interpreté sus señales, supe que estaba tratando de ayudarte. ¡Y mira! Todas esas pobres gallinas no murieron en vano.

—¿Y por qué hasta ahora? ¿Por qué esperó hasta este momento para llevarme a su plano y hablar conmigo?

—Los Loas también requieren una poderosa energía para llevar las almas de los seres aún vivos a su reino. Según nuestras reglas vudú, hay un día de la semana asignado para cada uno de ellos. El de Damballah es el jueves, por ende, tuvo que esperar al que sigue después del *Mardi Gras* para poder acumular la suficiente energía espiritual para llevarte él mismo a su reino. En cambio, la de Barón Samedi...

—Llegó a ser lo bastante poderosa como para pasarse al mundo de los vivos antes de tiempo... —complemento.

—¡Vaya que eres listo, niño! —exclama ella—. Efectivamente, y si Samedi pudo lograrlo, es porque durante veinte años Laurele había estado preparando su llegada.

Las manos comienzan a temblarme, así que toco los dedos de Tared en un ademán para que sostenga el plato. Él me entiende a la perfección, por lo que retira el cuenco de mis palmas.

—¿Cómo? —pregunto a la mujer en un susurro.

—Almas en sacrificio, Elisse, almas inocentes y hasta prematuras. Todas las muertes que ella ofreció a Samedi durante su vida a cambio de sus favores de juventud y poder.

Siento la sangre bajarme a los pies. Los hijos de Louisa, los fantasmas del cuarto oval y el asesinato del bebé de Hoffman cobran un completo y total sentido. Ha sido un golpe de suerte que él se haya ido de la habitación, de otro modo, estoy seguro de que se habría puesto como loco al escuchar esto.

—Entonces, las puertas de *Guinee* pueden llevarme a Samedi.

—Solo una de ellas, muchacho —me corrige, aumentando el timbre de su voz—. Las siete puertas se abren sucesivamente, y si bien el señor del Sabbath pudo cruzar por cualquiera de ellas, tú solo podrás llegar a su reino a través de una.

—No puede hablar en serio... —escucho a Johanna decir por lo bajo.

—¡Va a matarlo si entra allí! —ahora es el turno de Tared de replicar, quien despega su mano de mi espalda. Mi columna flaquea un poco por mi propio peso.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo?! —La voz de padre Trueno se levanta sobre nuestras cabezas—. ¡Este muchacho, así como está, no podrá hacer nada contra él!

Aprieto los puños. ¿Acaso soy el único que no sabe de lo que habla esta mujer?

—¡Necios! —grita ella. Escucho una silla arrastrarse y la cercanía de la sacerdotisa aplastándose como una avalancha—. El portal para el umbral de Barón Samedi no es otro que la tumba marcada con cruces, ¡la sepultura de la mismísima reina vudú, Marie Laveau! Y tú deber es entrar al reino de los muertos para apaciguar al señor del Sabbath. ¡El destino está tirado ya sobre tus hombros, y si fracasas, el peso de la muerte caerá sobre Nueva Orleans y tú nunca podrás volver al mundo de los vivos! ¡¿Estás dispuesto a aceptar la tarea?!

—Lo haré —contesto sin titubear.

—¡Elisse!

—¡Tengo que hacerlo, Tared! —replico, alzando mi voz el doble que la suya—. No tengo ancestro, no puedo pelear en una batalla con ustedes. La única pelea que puedo lidiar es la que se me ha impuesto con Barón Samedi, y por ello, iré a esa tumba así tenga que arrastrarme hasta allá. ¡Y juro por mi maldita vida que volveré con la cabeza del señor del Sabbath entre los brazos!

Ante la rabia en mis palabras, un súbito silencio se apodera de la habitación. Escucho las respiraciones de todos y, de una manera increíble, puedo distinguir el ritmo de cada una.

—Entonces iré contigo —dice Tared, rompiendo al fin la tensión.

—¡Ni hablar! —replica padre Trueno—. ¡Tu lugar está al lado de tu familia, Tared!

—¡ELISSE TAMBIÉN ES MI FAMILIA! ¡Y si ustedes me consideraran parte de la suya, entonces entenderían! —brama, a lo que yo me quedo estático por su muestra de lealtad, indeciso entre echarme a temblar o gritar de alivio.

—No tan rápido, guerreros —espeta la sacerdotisa—. Tendrán que prepararse para lo que sea que los espere en el cementerio, y para ello, necesitarán toda la fuerza posible y la mayor suerte del mundo, así que mi recomendación es que elijan el sábado para atacar.

—¡Oiga! —reclamo yo mismo—. ¿Acaso no le suena señor del *SABBATH*? ¿Está pidiendo que nos aventuremos en el cementerio y que cruce el umbral en el día concedido para Barón Samedi?

—Así es. Las aperturas de los portales duran siete días, y su cúspide sucede el sábado, en el día del señor de la muerte. Sí, será el momento en el que Barón Samedi tenga más poder, pero lo mismo sucede con su portal. Tendrás más probabilidades de pasarte a su pedazo de *Guinee* con tu pasaje sin perderte, así como de volver aquí intacto.

—¿Q-qué? —baluceo—. ¿Pasaje? ¿Cuál pasaje?

—¿Cómo que cuál pasaje? ¡Damballah debió decírtelo! ¡Uno no puede ir al reino de los Loas sin ser invocado!

—¡¿De qué rayos está hablando?!

—¡Niño! ¿Cómo crees que te vas a pasar al mundo de los muertos sin un pasaje, sin una invitación del Loa a cuyo plano vas a cruzar? ¿Pensabas arrojarte dentro de la cripta y ya?

—¿Invitación? ¿Pasaje? ¡No sé de qué diablos...! —Estoy a punto de decirle que es una completa loca, cuando algo destella dentro de mi cabeza. La imagen de Barón Samedi frente a mí, presionando dos brillantes monedas de oro sobre mis ojos me asalta con furia.

—¡Las monedas! ¡Tared! ¡¿Había unas monedas dentro de mis pantalones cuando me trajeron aquí?!

—Ah, sí, están en el cajón al lado de la cama.

—Ahí lo tienes, niño —dice la sacerdotisa, haciendo una especie de bufido—. Cuando llegue el momento, utilízalas sobre tus ojos. Te permitirán traspasar el portal, pero no por mucho tiempo, así que haz las cosas lo más rápido que puedas.

—¡MIERDA! —exclamo, para después apretar los dientes hasta hacerme doler las encías.

El muy bastardo de Samedi se burló de mí hasta el final, entregándome él mismo el medio para ir a enfrentarlo, como si estuviese seguro de que voy a perder. Palpo mis dedos vendados, aquellos que corresponden a mi mano despedazada, convenciéndome de que el Loa de la muerte está cometiendo un grave error al subestimarme.

—Padre, ¿qué opina usted? —se aventura a preguntar Julien.

El anciano suspira, acompañado de un golpe seco; tal vez su bastón estrellándose contra el suelo.

—Esperaremos al sábado en la noche para atacar —dice, más resignado que otra cosa—. Le

pediremos al agente Hoffman que se encargue de dejarnos el camino libre de vigilancia y así Elisse también tendrá tiempo para recuperar fuerzas. Roguemos a los dioses que nos den su bendición; que procuren que la tribu Comus Bayou no desaparezca de la faz de la tierra bajo el manto del señor del Sabbath.

Capítulo 41
¡QUE ARDAN LAS BRUJAS!

Puedo olerlo en ellos y, estoy seguro, ellos también lo perciben en mí. Miedo, un asqueroso y repugnante olor a miedo mezclado con incertidumbre se vuelca dentro de la *suburban* negra, en donde vamos todos los que hemos decidido jugarnos la vida hoy.

Son las tres de la mañana del sábado y me encuentro sentado en el asiento trasero al lado de Johanna. Nashua y Tared van adelante y, por lo que han dicho, Hoffman nos sigue de cerca en su auto, acompañado de padre Trueno y Julien.

El anciano ha terminado viniendo, muy a pesar de nuestros esfuerzos por hacerlo cambiar de parecer. Me gustaría decir que, después de todo lo que ocurrió en el pantano, su vida me importa poco, pero muy en el fondo no quiero que algo malo le pase, y el peligro de esta noche no deja la vida de nadie asegurada.

Froto mis manos, restregando las vendas de una de ellas sobre la piel de la otra. Estoy nervioso, eso es seguro, aunque no tan asustado como creo que debería estarlo. Meses atrás, el saber que estoy a tan solo unos kilómetros de debatirme entre vivir o morir me traería con el alma colgando por el cuello, pero en tan poco tiempo me he visto tantas veces envuelto en una situación así que empiezo a sentirme menos indefenso. Eso o estoy en camino de resignarme por completo a morir.

La camioneta se detiene y escucho los cinturones de todos desabrocharse. Hago lo propio con el mío y palpo la puerta para encontrar la manija, pero alguien la abre antes de que pueda hacerlo por mí mismo. Bufo.

—Lo siento, Elisse, pero hay que agilizar esto. —No le replico nada a Tared, ya que, en el fondo, sé que tiene razón.

Su mano toca mi hombro, a lo que yo la alcanzo con la mía para usarla de guía. Bajo de la camioneta y escucho los pasos de los demás acercarse. Y no solo eso, también escucho sonidos metálicos, seguros, golpes agudos; armas siendo cargadas y preparadas.

—¿Ya están listos? —pregunta Tared al tiempo que su brazo me rodea los hombros—. Andando —dice en voz baja, a lo que su fuerza me guía en medio de la oscuridad.

Me sorprendo al percatarme de que, aun sin mi ancestro y sin mis ojos, todavía soy capaz de sentir la presencia de los demás, tal vez rodeándonos como lobos cubiertos por el sigilo de la noche. Pero eso no es lo único que puedo sentir. Lo percibo en la piel, en los huesos, en el frío...: el cementerio de Saint Louis se yergue ante nosotros.

—¿En qué parte estamos? —pregunto, virando la cabeza de un lado a otro.

—En la parte trasera —responde Julien.

—Habrá que entrar trepando por el muro —dice Hoffman a mis espaldas—. Desde el robo de

cadáveres, han estado probando un sistema de cámaras de seguridad, pero los muy idiotas nada más han podido colocarlas en la puerta de entrada.

—¿Es en serio? —pregunto, algo alarmado ante mi obvia incapacidad de escalar la barda que, según me dijeron antes de venir acá, mide como tres metros—. ¿Y cómo es que voy a...?

Ni siquiera termino de preguntar cuando los brazos de Tared ya han aprisionado mi cuerpo. Un vértigo me ahoga el estómago al sentir que mi cuerpo es elevado a una gran altura, para después aterrizar bruscamente en el suelo. No alcanzo a quejarme cuando escucho a los demás caer cerca de nosotros.

—Vamos, no hay tiempo que perder —pide padre Trueno en voz baja, a lo que yo suspiro.

Me suelto del agarre de Tared y busco las monedas de oro en mi bolsillo, sacándolas con algo de lentitud. Coloco una sobre cada mano y las levanto frente a mi cara. De pronto, viene a mi mente una supuesta tradición de la antigua Grecia. Se decía que los hombres eran enterrados o quemados usando un par de monedas en los ojos para poderle pagar al barquero Caronte, quien los llevaría al otro lado del río de las almas para cruzar al inframundo. Pues bien, ahora mismo la comparación me pone los pelos de punta.

Sosteniendo mi ofrenda con firmeza, abro los párpados, sintiendo un escalofrío cuando la tela roza la carne de lo que queda de mis ojos, lo cuales, a estas alturas, no quiero ni imaginarme cómo deben lucir. Con cuidado, introduzco las monedas debajo de la venda que me cubre, ajustándolas sobre mis cuencas.

Pasan unos segundos y siento un extraño calor proveniente del metal. Por unos momentos, me debato entre quitar las monedas o no, temiendo que se tornen tan calientes que lleguen a quemarme, pero todo mi cuerpo se congela al ver un tenue resplandor surgir sobre mis ojos.

Mi boca jala oxígeno con fuerza. El cementerio toma forma frente a mí, como si esas monedas se hubiesen vuelto una especie de oráculo entre yo y la realidad, mostrándomela a través del metal y la tela de las vendas.

—Elisse, ¿qué ocurre?

Escucho la voz de Tared a mi lado. Giro la cabeza y lo veo a la perfección, a lo que la garganta se me cierra y los músculos se me tensan. Hago lo posible por no lazarle a abrazarlo al comprobar que, aun viéndose un poco demacrado, el lobo está intacto. Porta una larga escopeta detrás de su espalda amarrada con un cargador de cuero, mientras sostiene en su mano izquierda una linterna. Veo a los demás, quienes me regresan la mirada con consternación. Nashua lleva otra escopeta entre los brazos mientras Julien, Johanna y Hoffman cargan una pistola cada uno en las manos; todos llevan silenciadores y Padre Trueno es el único que va desarmado. Los contemplo boquiabierto. Es difícil describirlo, se ven tal cual en el mundo real, pero hay algo distinto en su presencia, como si pudiese traspasarlos con solo tocarlos.

—Puedo ver... —murmuro, para después distinguir un atisbo de asombro asomándose en las bocas de mis hermanos.

—No te apegues, muchacho, sabes que es temporal —padre Trueno no necesita recordármelo. Estoy bien consciente de ello.

—Bueno, ¡felicidades! ¿Podemos seguir? —La voz arrogante de Hoffman nos hace movilizarnos.

—Elisse... —me llama Tared, al tiempo que saca de su cinturón una pequeña pistola plateada con su respectivo silenciador, la cual tiende hacia mí junto con unas cuantas balas. También me ofrece una linterna, así que tomo ambas cosas y asiento con la cabeza.

Miro por primera vez el cementerio de Saint Louis. Las criptas, al menos las más preservadas, son de color blanco y yacen rodeadas de cercos de metal, como si tuviesen jardines personales,

mientras que las más viejas están tan corroídas que ahora parecen un montón de ladrillos apilados. No hay césped, tan solo senderos de tierra o cemento, como si de pronto hubiese entrado a una ciudad en miniatura. Una auténtica necrópolis.

—Vamos, la tumba de Marie Laveau está casi a la entrada del cementerio —susurra Johanna, a lo que todos avanzamos despacio, virando la cabeza de un lado a otro a medida que el frío aumenta, como si cada paso fuese un grado de temperatura menos; no sé si los demás pueden percibirlo, pero a mí comienza a helarme los huesos.

—Joder, ¿qué ha pasado aquí? —murmura Nashua y, al igual que él, los demás observamos con consternación cómo una cripta, tan vieja que ya se le ha caído la pintura, yace abierta de par en par.

—Es el mismo patrón —dice Hoffman, apuntando los pedazos de concreto que hay en el suelo—. Cuando los doce restos fueron robados en septiembre, noté que los trozos de piedra estaban solo desparramados en el exterior y ninguno dentro de la cripta. No parecía que alguien hubiese derribado las láminas desde afuera; más bien, era como si hubiesen sido abiertas desde adentro. Y de un solo golpe.

—Esto no pinta nada bien... —susurra Julien, y la verdad es que no puedo estar más de acuerdo.

De los doce restos robados ya acabamos con ocho, porque, por lo que me dijeron, nunca pudieron encontrar al cuarto errante can, el que devoró a mamá Tallulah, así que en el mejor de los casos, nos estaremos enfrentando por lo menos a cuatro errantes falsos y quién sabe qué tantos zombies.

Que lo más divino de este mundo nos ampare.

Tared y Nashua apuntan sus linternas hacia la apertura de la cripta, pero no hay nada además de polvo y los cajones intactos donde se guardan los restos, así que volvemos a avanzar hacia la tumba.

—Allá está, el sepulcro de Marie Laveau... —apunta Johanna con el dedo, a lo que distingo la construcción a lo lejos, a unos treinta metros y con la lámina de concreto de la entrada ausente, como si nunca hubiese estado sellada. Arrugo la nariz, sintiéndome un poco... decepcionado. Vamos, la tumba es más bien fea y poco impresionante, cuadrada y sin algún adorno especialmente llamativo, a excepción de las cientos de cruces grabadas en sus paredes.

Pero el panorama cambia cuando, al acercarnos para rodear la entrada, veo que los símbolos desprenden un ligero brillo violeta, casi imperceptible.

—Bueno, ¿y ahora qué? —me pregunta Nashua.

—Supongo que debo entrar a la tumba —respondo, tambaleando un poco el timbre de mi voz.

De pronto, Tared levanta su puño, dando señal para que nos callemos.

—Escucho algo —nos avisa, al tiempo que descuelga su escopeta—. Estén atentos.

Todos cabeceamos de un lado a otro. Enfoco mi vista, mirado alrededor de la tumba hasta que un resplandor ajeno a las cruces llama mi atención. Viene de un muro de criptas empotradas, uno que reconozco casi de inmediato, puesto que vi la fotografía de esa pared en el periódico: Es la tumba de donde fueron robados los doce restos.

Lo que me inquieta es que, según recuerdo, habían vuelto a sellar esa tumba, pero ahora hay en ella un pequeño hueco, apenas del tamaño de un plato.

Me acerco un poco para ver aquello que ha resaltado en la oscuridad, escuchando el crujir del cemento bajo mis pies. Son un par de destellos, pequeños y amarillentos, que se mueven muy apenas. Entrecierro los párpados y los miro detenidamente; tintinean y palidezco.

Son ojos.

—¡TARED! —grito a todo pulmón. Escucho un poderoso bramido; la pared revienta y, de pronto, soy embestido por una enorme criatura que brota de la oscuridad de la tumba, arrojándome contra el muro de otra cripta y haciéndome perder mi arma y mi linterna en alguna parte del ataque.

Escucho a los demás exclamar mientras me estrello contra el concreto. Me levanto tan rápido como puedo y corro por el pasillo de tumbas, con el monstruo detrás de mis talones. Miro hacia atrás y lo reconozco de inmediato: es el asesino de mamá Tallulah.

Su garra me alcanza el tobillo, por lo que caigo de bruces al suelo. El errante se cierne sobre mí y el tiro de una escopeta se le ensarta en el lomo. La criatura brama, pero ignora su dolor para dirigir su mandíbula hacia mí, a lo que levanto mi mano vendada para tratar de protegerme. Tared grita, pero apenas y el monstruo pone sus colmillos sobre mis dedos, este retrocede y aúlla, agitando su hocico de un lado a otro mientras un vapor espeso brota de sus fauces.

—¡Elisse, levántate! —me grita Nashua a lo lejos, a lo que yo, casi intacto, pero con el corazón aplastado por la adrenalina, lo hago a trompicones.

Rodeo a la bestia y diviso a unos metros mi pistola; me lanzo sobre ella.

—¡Nos rodean, cuidado! —exclama Hoffman, escupiendo un disparo directo a la oscuridad.

De las entrañas de los pasillos, veo surgir a tres enormes errantes. Dos de ellos son caimanes y el último, una especie de alce; los tres aún conservan torsos humanos, pero están tan deformes que colmillos y cuernos se han ensartado a lo largo de sus caras hasta darles un aspecto grotesco.

Mis hermanos aúllan y braman, todos transformándose de golpe para recibir a la oleada de monstruos. Sus pieles se desgarran, sus músculos se estiran y trozos de carne y pelo salen volando hacia todas las direcciones.

El grito bestial del errante canino me hace quitar los ojos del repulsivo espectáculo, arremetiendo de nuevo contra mí, por lo que apunto con mi arma y disparo justo a su hocico, el cual revienta en un estallido de sangre que salta a mi cara. La criatura se echa hacia atrás por el impacto, pero vuelve a la carga con un cacho de mandíbula colgándole por un costado.

—¡Maldita sea, ya muérete! —exclamo mientras disparo una y otra vez, pero aquella cosa continúa avanzando, como si las balas no le hicieran ni cosquillas.

La criatura de pronto es embestida por otra que arremete contra su cuello, enterrando sus enormes fauces en él. Boqueo, mientras soy testigo por primera vez de la forma bestial de padre Trueno: es un lobo, gris como las cenizas, pero con una extraña iridiscencia azul en su cuerpo al moverse. Por fin, la piel que usaba en los rituales cobra sentido.

—¡ELISSE! —me grita, sujetando al enorme perro rabioso por el cuello con largas garras plateadas—. ¡La tumba!

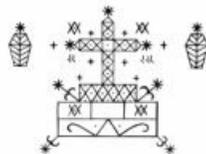
Ni siquiera respondo, puesto que ya tengo los pies sobre la tierra. Corro hacia la cripta de Marie Laveau y veo a Tared, mutado en su imponente hombre lobo, gastar un cartucho sobre uno de los errantes caimanes para después lanzarle un zarpazo al hocico.

Julien y Nashua embisten al otro errante caimán, mientras Hoffman echa una lluvia de balas sobre el errante canino para ayudar a un debilitado padre Trueno. Aun en su forma de guerreros, todos siguen usando sus armas, como si fuesen conscientes de que tal vez son más efectivas que sus propias garras y dientes.

En mi trayecto, soy testigo de cómo Johanna, aún con su tamaño y complexión reducida en comparación con un devorapieles, derriba sin mucho problema al errante alce, para después enterrar sus fauces en su hombro. Jala la piel de la criatura hasta rasgarla, desenterrando un manantial de sangre que empapa su pelaje y, después, suelta un tiro de pistola justo a la herida que acaba de hacer.

Escucho los disparos sordos de los silenciadores, los gritos de Hoffman y los aullidos de los errantes a mis espaldas mientras las cruces de la tumba comienzan a brillar con mucha más intensidad a medida que me acerco. De pronto, empiezan a bailar, a moverse a través del concreto como si se tratasen de proyecciones sobre una pantalla.

Mis huesos tiemblan a ver que las cruces se deshacen, alargándose, uniéndose y formando lazos entre ellas hasta crear el vevé de Barón Samedi, enorme y fulgurante en el costado de la tumba.



—¡Elisse, cuidado! —escucho, por lo que giro a mi derecha y me encuentro cara a cara con un zombie, el cual se abalanza contra mí abriendo su asquerosa mandíbula repleta de dientes putrefactos.

Alzo mi arma y disparo contra su cabeza, la cual revienta como un globo de una forma exageradamente grotesca. Un par más de zombies aparecen en mi periferia, colocándose frente a la entrada de la tumba, a lo que suelto más tiros contra ellos para derribarlos hasta que se vuelven burbujeantes espumas en el piso.

—¡Necesito ayuda aquí! —grito al ver unos más que se acercan a mis espaldas. Disparo una y otra vez hasta que tengo que volver a cargar el tambor de la pistola.

Veo a Julien correr hacia mí para auxiliarme, pero es interceptado por un grupo de zombies, los cuales le impiden avanzar. Las armas se vacían, las fuerzas comienzan a menguar y las heridas se vuelven más y más profundas a medida que crece el número de muertos vivientes; los errantes resucitados no ceden a pesar de los disparos, mientras los zombies se multiplican como parásitos que brincan desde la oscuridad.

—¿De dónde carajos están saliendo tantos?! —me pregunto en voz alta, pero mi boca se cierra al recordar la tumba abierta que dejamos atrás—. ¡Imposible, salen del plano medio! ¡Tared, Tared, la otra tumba! —exclamo a todo pulmón mientras inserto un golpe con la culata a uno de los cadáveres para alejarlo de mí.

El lobo descoloca de un zarpazo al errante caimán con el que estaba luchando, cosa que aprovecha para correr hacia mí y atacar a los zombies que me rodean.

—¡JOHANNA, HOFFMAN, LA OTRA CRIPTA! —grita Tared, viendo a los nombrados pasar corriendo a mi lado después de unos segundos... con el errante alce detrás de ellos.

Tared se desvive acribillando a los zombies que brotan uno tras otro, acumulándose como pirañas cerniéndose sobre una carnada. Detrás de mí, veo a padre Trueno debatirse con ferocidad contra el errante canino, pero un zombie se abalanza sobre su pantorrilla, incrustándole sus putrefactos dientes.

No soy capaz de seguir mirando, ya que por el número de enemigos, las posibilidades de que sobrevivamos son tan escasas que apenas y quiero considerarlas. La sangre me hierve al tiempo que miro la tumba frente a mí, con su boca negra abierta de par en par esperando a engullirme. Desgarro los vendajes de mi mano descarnada y me encuentro de nuevo con esos huesos expuestos, acompañados de un lacerante ardor por dejar la herida al contacto con el aire.

Me lanzo hacia la entrada de la cripta de Marie Laveau y alargo la mano que tengo sana a la oscuridad, pero un brazo se cierne sobre mi hombro. Doy un codazo instintivo y mi hueso se encaja en algo viscoso; miro hacia atrás y me encuentro con un zombie, al que empujo con la suficiente fuerza para derribarlo. Un gemido retumba a mi lado y otro zombie me ataca de sobresalto, cuya mandíbula se clava en mi hombro.

—¡AAAGH, QUÍTATE AHORA MISMO! —exclamo, soltándole un rasguño al zombie con mi mano descarnada; el cadáver se pudre al contacto.

Pero mi asombro es reemplazado por horror cuando las monedas de Samedi sobre mis ojos comienzan a calentarse; empiezo a ver borroso. Aullidos potentes se levantan a mis espaldas, a mi frente, a mi flanco, gritos que no soy capaz de reconocer. No sé si los que chillan de dolor son los de la tribu o los errantes resucitados, ya que mi atención se enfoca en el zombie que he tirado al piso. Mi mano se ensarta en su cuello de un zarpazo, a lo que se deshace tal como el otro.

Todo empeora en cuestión de segundos. El metal se enciende con un calor tan abrazador que me hace gritar a todo pulmón; es como si me hubiesen puesto hierro candente sobre la cara, quemándome al rojo vivo. En segundos, quedo ciego una vez más.

Ahogado en adrenalina y dolor, me tiro y me arrastro, palpando desesperadamente el suelo para encontrar el borde de la tumba, aguantándome las quemaduras que no hacen más que empeorar.

Una garra se cierra alrededor de mi tobillo, jalándome hacia atrás y haciendo que mis uñas rasguñen el concreto debajo de ellas. Grito, ya que siento cómo casi se levantan de mi carne por aferrarse al suelo.

Distingo el aullido de aquel errante canino a mis espaldas, por lo que me giro para dar un zarpazo a ciegas contra él. Su pelaje apelmazado resbala contra mi mano descarnada y lo escucho chillar, al tiempo que su garra me suelta. Gateo lo más rápido que puedo hasta toparme de nuevo con la entrada de la cripta; me aferro a los bordes y me arrojé de cabeza.

Todo se calla a mi alrededor; gritos, gemidos, disparos... La batalla queda sumida en un profundo silencio. Atónito, caigo en picada mientras mi estómago es tragado por el vértigo más espantoso; la tumba de Marie Laveau se ha convertido en un agujero sin fondo, ya que cuento segundos eternos en los que sigo cayendo y cayendo. Grito a todo pulmón, con el miedo inyectándose en mi médula al notar que aumenta la velocidad de mi caída a medida que esta se alarga.

Un viento helado se abalanza contra mi ser. El vacío comienza a traspasar mi cuerpo, pasando por cada célula como si fuesen agujeros de un colador. Y luego empiezo a rodar, una y otra vez, sobre una superficie húmeda mientras mis ojos siguen sumergidos en una completa oscuridad. ¡¿Cómo diablos he pasado de caer a rodar sin siquiera sentir el cambio?! Un par de vueltas más y me detengo. Aprieto los párpados y gimoteo, más por desconcierto que por dolor.

—Maldición... —susurro.

Abro los ojos de nuevo, pero un destello de luz los golpea sin piedad. Parpadeo un par de veces, acostumbrándome al blanco resplandor. Poco a poco, empiezo a ver de nuevo.

La venda y las monedas se me han caído, así como no ha quedado rastro de quemaduras o dolor en mis ojos. ¿Me habrá sido ya cobrado el pasaje? Me levanto y viro mi cabeza hacia todos lados. A mis espaldas, veo la borrosa silueta de la tumba vacía marcada con las cruces, aquella por la que he entrado al plano medio.

Distingo un cielo gris y húmeda hierba jade a mis pies. Veo criptas muy parecidas a las del cementerio de Saint Louis, pero muy separadas las unas de las otras y salpicadas por el prado como flores, con sus bocas abiertas y repletas de monedas de oro, resplandeciendo como tesoros abandonados. Un espeso y oscuro bosque rodea todo el páramo, con sus altas copas alzándose como una barrera. Estoy en el paisaje de mi sueño con Barón Samedi. En el trozo de *Guinee* del señor del Sabbath.

Lo primero que hago es revisar el hombro que ha mordido el zombie; mi chaqueta de cuero está desgarrada, con trozos de mi playera asomándose por las aperturas. Hay sangre y piel penetrada por marcas de dientes, pero no hay dolor. Es como si estuviese sedado, ya que los golpes y

rasguños que me he hecho en la batalla tampoco duelen.

Una sombra pasa por el rabillo de mi ojo. Miro hacia las tumbas y distingo siluetas oscuras y transparentes que se mueven de un lado a otro, echándose unas encima de otras y luego alejándose, para después volver a colisionar. Se vuelven sólidas poco a poco hasta que algunas toman la forma de espectros vestidos como Barón Samedi, unos con paja atada a las ropas y otros con trozos de huesos. El resto de las sombras son...

—Comus Bayou —susurro—. ¡Es la pelea!

Caigo en la cuenta de que lo que estoy viendo no es otra cosa que una proyección de la batalla en el cementerio. Los zombies, así como los errantes resucitados, son espectros del señor del Sabbath poseyendo señuelos, lo que explica por qué hay tantos.

—Interesante forma de ver las cosas, ¿no crees? —escucho a mis espaldas.

Me giro y veo a Barón Samedi sobre una de las tumbas, fumando aquel habano que expide una densa neblina y sosteniendo un largo bastón negro. Ahogo un gemido al ver que su aspecto es muy distinto de cuando lo vi en casa de Laurele: ha dejado el sombrero a un lado, el traje negro se ha transformado en pliegos de piel que le cuelgan de su propio cuerpo y su rostro ha dejado la pintura atrás para convertirse en una calavera despellejada, como si tomase un aspecto más mundano cuando está en el plano de los vivos.

Mis pensamientos son cortados al escuchar un gemido. Bajo la cabeza y veo que, al pie de la tumba, yace Laurele, desnuda y muy pálida, con una escalofriante mancha de sangre seca encarnada entre sus muslos. Ella utiliza sus codos para arrastrarse hacia un lado, como intentando escapar de cualquiera de nosotros dos, pero la bolsa marrón que lleva atada a la cintura con una cuerda parece pesarle demasiado.

—Mírala, se está llevando tu dinero. ¿No piensas detenerla? —sisea, apuntando al pequeño saco. Mi cara se desencaja en una mueca de consternación—. ¡Ah, nunca te conté! Cierto, cierto...

El espectro arroja su habano a la hierba y baja de un salto fantasmalmente lento, sonriéndome como desquiciado. Da una vuelta alrededor de Laurele, quien sigue arrastrándose y dejando una mancha rojiza en la hierba, hasta que ella se refugia detrás de una tumba, aferrándose al muro de concreto y castañeando los dientes como si muriese de frío.

El señor del Sabbath se echa a reír al tiempo que una botella de cristal se materializa en su mano, con un líquido ámbar bailando en su interior.

—Debiste ver la cara del idiota de Carlton Lone cuando encontró el dinero robado en tu cuarto, ¡y la que pondrá cuando se dé cuenta de que ha vuelto a desaparecer! Quién diría que sería tan divertido verte siendo acusado por crímenes que no cometiste, ver cómo toda tu gente te daba la espalda sin siquiera darte oportunidad de probar tu inocencia. Humanos, errantes, todos son muy crueles, ¿verdad?

—Bastardo... —escupo, sintiendo la rabia evaporarme la sangre. ¡Él fue quien robó el dinero del centro para inculparme!—. Te arrepentirás por todo lo que has hecho —amenazo, aun cuando no tengo idea de dónde he sacado el valor para decir aquello.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? ¿Vas a molerme a golpes?

—Te voy a arrancar la puta garganta —siseo, enroscando mi puño hasta que mis dedos se clavan en mi propia palma. El Loa inclina un poco la cabeza hacia mi mano.

—Ya veremos si eres capaz de al menos acercarte a mí, muchacho.

El chillido de un montón de voces se estampa contra mis tímpanos; de entre las tumbas brotan un puñado de sirvientes del Loa, pequeños, desorganizados como un montón de monos y vestidos exactamente como él. Alzan sus manos negras hacia mí y las reconozco: son las que me mantenían sujeto la noche en que Barón Samedi me destrozó los ojos.

El primero de ellos se me tira directo al pecho. Su peso es considerable a pesar de su tamaño, pero logro resistir su ataque; me mantengo en pie y mi mano sana se abalanza contra su cabeza, pero la traspasa como si fuese un holograma. Sus brazos se enredan en mi cuello, por lo que ahora es mi mano descarnada la que vuela hacia el suyo.

Al tocarlo, un vapor espeso brota de su piel, tal como le ocurrió al errante canino. El ser chilla y se tira al piso, retorciéndose de dolor ante la mirada estupefacta tanto de los otros espectros como de la mía. ¡¿Qué diablos le está pasando a mi mano?!

No puedo pensarlo demasiado, puesto que los monstruos salen de su trance para volver a abalanzarse sobre mí como una ola de petróleo. ¡Son demasiados, no voy a poder con todos ellos al mismo tiempo!

Doy media vuelta y huyo hacia la espesura del bosque, pero ahogo un gemido al ver que comienza a desaparecer y que, en su lugar, surgen más tumbas, como si el cementerio se expandiese con mis pasos.

—¡Joder, joder! —exclamo con desesperación.

La única forma de salvarme es acabándolos uno por uno. ¡¿Pero cómo diablos voy a hacer eso?! ¡Eres un puto genio, Elisse! ¡Venir hasta aquí sin un plan B! ¡Si tan solo tuviese un ancestro...!

En medio de la persecución, me veo obligado a parar en seco. A unos veinte metros, justo en lo que parece ser la mitad del cementerio, hay un grueso mástil de madera de unos dos metros clavado en la hierba con un montón de paja al pie, formando un círculo a su alrededor. Mi corazón se paraliza.

Es una hoguera.

Un potente golpe se inserta en mi nuca. El impacto me hace perder el equilibrio, por lo que caigo de bruces al piso. Atontado y con la vista borrosa, intento ponerme en pie, pero un mar de manos se cierne sobre mi cuerpo jodido. Soy jalado de mis cabellos, de mis brazos, de mi ropa, de todos los sitios posibles hacia la hoguera. Veo a los espectros del señor del Sabbath alrededor de mí, arrastrándome como un costal. Intento zafarme, pero el golpe en mi cabeza ha sido tan fuerte que mis movimientos son torpes y débiles.

Los brazos de aquellos engendros se desprenden de sus cuerpos, envolviéndome como gruesas sogas llenas de dedos. Soy levantado, mi espalda es azotada contra el asta y los amarres me aprietan hasta empezar a dificultarme la respiración. La muñeca de mi mano descarnada es sujetada con una fuerza todavía mayor, por lo que queda tan inutilizada como el resto de mi cuerpo.

—¡Hijo de puta, hijo de puta! —exclamo, aún descolocado por el golpe y apretando los dientes mientras me revuelvo con todas mis fuerzas, tratando de zafarme.

Veo a Samedi venir hacia mí y sonreír con ese cementerio óseo asomándose en sus encías. Sus secuaces, ahora desprovistos de brazos, comienzan a bailar a mi alrededor. Me quedo helado; es obvio lo que este monstruo pretende.

—Diablos, Elisse —me dice el señor del Sabbath—. Me decepcionas. De verdad creí que matarte sería más complicado, pero supongo que lo divertido será acabar con tus amigos allá afuera, ¿no crees? —escupe con una sonrisa asquerosa, mientras mi corazón bombea desesperadamente—. Aunque vamos, si tu líder acaba de morir, supongo que no será tan difícil matar al resto —dice al tiempo que apunta a sus espaldas con su bastón.

Mis ojos se abren de par en par y viajan a la lejanía a toda velocidad, escrudiñando las sombras de la batalla del plano humano. Puedo verlo: un cuerpo inerte, de gran tamaño y rodeado por unos cuantos más que parecen protegerlo.

—¡MALDITO, MALDITO! —grito una y otra vez, a punto de echar lágrimas de rabia y

desesperación. ¡No, por los dioses, Tared no! ¡Me niego a creerle a este infeliz! ¡Tared no puede estar muerto!

Mi brazo se libera, arrancándose de las manos de aquellos monstruos. Samedi retrocede mientras yo uso mi mano descarnada para empezar a despedazar el nudo de brazos a mi alrededor.

—No tan rápido —susurra él, apuntando su largo bastón hacia mi mano. Una nueva enredadera de brazos vuelve a pegar mi extremidad al costado de mi cuerpo, estrujándome la piel como si se tratase de una tuerca—. Esta vez no te daré ninguna oportunidad.

Las encías me duelen de tan apretados que tengo los dientes, de lo visceral que se ha transformado mi rabia y mi desesperación. Pienso en Tared, en Louisa, en los demás, en las escasas posibilidades que se asoman sobre Nueva Orleans. Un milagro, por todos los dioses, ¡un milagro, por favor! Mi pecho se infla, mi garganta se cierra, mis ojos se aprietan hasta dolerme. Estoy a punto de echarme a llorar.

«*Elisse...*».

Mis pensamientos son cortados de golpe e incluso mi atención se desvía del Loa de la muerte. Detrás de él, a tan solo unos metros, un espectro igual de monstruoso me mira a través de sus vacías cuencas. Su respiración expandiendo y contrayendo los huesos de sus centenares de costillas, su manto negro cubriendo parte de su esquelético cuerpo, esas astas, rojas y enormes que parecieran querer rozar el cielo.

El monstruo que devoró a Ciervo Sombra me contempla, espectador de mi propia hoguera.

—*Elisse...* —susurra la voz dentro de su cráneo.

Grito de rabia y a todo pulmón al darme cuenta de que es él quien me llama. ¡Sabía que era un maldito sirviente de este Loa! ¡Lo sabía! Me revuelvo de nuevo, atormentado por la presencia de ese horripilante ser. Samedi lanza carcajadas de placer, pero yo, en cambio, me quedo mudo al ver que algo extraño sucede: la criatura se revuelve a la par de mí, como si estuviese imitándome.

Parpadeo, confundido. Vuelvo a moverme y él me espejea, copiando hasta el subir y bajar de mi respiración.

—¿Quién eres?! —exclamo—. ¡¿QUIÉN ERES?!

Samedi ladea la cabeza y luego mira hacia atrás. Regresa el rostro hacia mí y las cuencas de su cráneo se aplastan como si tuviesen cejas.

—¿Tan pronto has enloquecido, muchacho?

Los ojos me duelen de tan abiertos que están. ¿Samedi no puede verlo? ¿Qué diablos está...? Mi mirada se congela en una de las garras del demonio de hueso. La punta de sus dedos está cubierta de algo que distingo como una piel azulada y músculos violetas, como si su cuerpo estuviese regenerando su carne. Lo que me impacta, es que es justo la misma mano que yo llevo descarnada.

—*Eres mío...* —vuelve a musitar el monstruo de hueso, al mismo tiempo que las palabras de Damballah me escuecen la memoria.

—No es un poder —susurro—, es una maldición...

—Que ardan —dice Barón Samedi, recuperando de golpe mi atención—. Que ardan las brujas.

Chasquea los dedos y, en un instante, un poderoso fuego me envuelve. Mis gritos retumban en el cielo al sentir el infernal calor sobre mi piel y mis ropas. Ardor, mucho ardor por todo mi cuerpo junto con el horripilante olor que desprende al ser incinerado. Cabello quemado, ropa quemada, piel quemada, todo se consume en mí y me traga en un remolino de agonía. Mis ojos arden, pero aún distingo entre las llamas anaranjadas al monstruo de hueso detrás de Samedi que parece retorcerse también al compás de mi agonía.

—¡ACEPTO! —exclamo, arrastrando la palabra al sentir cómo la piel se me derrite a medida

que las llamas la consumen—. ¡SOY TUYO, SOY TUYO! —aúllo, poseído por el dolor y con Barón Samedi estallando en carcajadas.

El monstruo de hueso se detiene. Baja su cabeza y me traga a través de su abismal mirada.

—*Así sea* —susurra.

En un instante, todo lo que estoy percibiendo, todo el dolor, toda la desesperación, se transforma. Los brazos a mi alrededor estallan mientras mi carne, mis huesos, mi espíritu, todas y cada una de las partes que conforman mi ser se alargan, se rompen, se estiran, alcanzan dimensiones en donde la palabra dolor ya no alcanza a describir la espantosa agonía a la que estoy siendo sometido, convirtiendo el morir quemado en un paraíso en comparación a esto.

Sufro el parto de mi propio renacimiento.

Poco a poco, los gritos de mi garganta se convierten en gruesos rugidos y las flamas a mi alrededor dejan de quemar para volverse suaves lengüetadas contra mi cuerpo. Crezco en tamaño y volumen, viendo como el suelo se aleja de mí a cada segundo; siento una fuerza desconocida, una energía inexplicable ardiendo en cada una de mis células creciendo a la par de mi ira. Surjo de entre las llamas como un fénix, arrastrando retazos de fuego a mis espaldas mientras los chillidos de los espectros de Barón Samedi me reciben como cánticos que honran mi resurrección.

Mis brazos tocan la tierra mientras elevo la mirada para contemplar el cielo gris sobre mí. Veo por primera vez la luna menguante sobre mi cabeza y, arrasado por un instinto que hasta ahora jamás había sentido, le aúllo. La tierra, el cielo, las tumbas, todo tiembla ante mi grito.

Huesos, cuernos, colmillos, odio. Eso es todo lo que soy ahora, porque me he transformado en el mismísimo monstruo que me ha torturado desde que llegué a Nueva Orleans. Soy consciente de que, de alguna manera, ha tomado el lugar de mi ancestro para darme su fuerza y su apariencia.

—¡No puede ser! —La calavera de Barón Samedi se descompone en una mueca de auténtico desconcierto. Retrocede y yo avanzo, siendo invadido por un deleite indescriptible.

—¡SAMEDI! —grito, y de mi garganta brota una voz espantosa, como si estuviese conformada por montones de voces más hablando al mismo tiempo, todas tan gruesas y duras que parecen sacadas del pozo más profundo del infierno—. ¡SAMEDI! —vuelvo a gritar, mientras mis enormes patas huesudas me impulsan despacio hacia el Loa, quien desde aquí parece *asquerosamente humano*. Lo miro temblar de pies a cabeza.

El traga duro y, con ello, un olor delicioso llega hasta los agujeros de mi hocico. Lo aspiro y siento un enorme gusto que me hace gruñir de deseo. Es un olor frío, a carne y sangre helada... es el olor del miedo. El mismísimo señor de la muerte, Barón Samedi, me tiene miedo. Y eso me causa un placer inenarrable.

—¡Mátenlo! —exclama, a lo que una risa hueca es exhalada de mi gruesa mandíbula.

Al instante, los sirvientes de Samedi que se han quedado sin brazos, junto con un puñado más que brotan de las tumbas como fantasmas, corren hacia mí.

Los hago volar por los aires con un simple cabeceo de mi enorme cornamenta. Me echo sobre uno y mi hocico dentado le arranca la cabeza como si fuese un muñeco, mientras mis garras se ciernen sobre todos los que puedo abarcar. En segundos, aquellos espectros asquerosos quedan reducidos a cadáveres.

Cadáveres. He asesinado a unos espíritus, a criaturas que nunca han estado vivas. ¿Acaso esta es mi maldición?... ¿Mi poder?

Siento unos enormes deseos de pasar mi lengua por la sangre que ha quedado en mis largos colmillos, pero soy puro hueso y nada de carne, así que el deseo se convierte en ira. Levanto la mirada y veo a Samedi con su bastón alzado delante de su cuerpo, como si tratase de protegerse con él.

—¿Tienes miedo? —pregunto, sintiendo una punzada de grotesco placer al verlo estremecerse —. ¿Tienes miedo? ¿Tienes miedo? ¿Tienes miedo?

Mis palabras, que a estas alturas parecen el parloteo de un poseído, me provocan una mezcla de horror y placer. ¿O no es así? ¿No acabo de ser poseído por una monstruosa criatura? ¿No soy acaso yo una?

Me acerco despacio y él vuelve a retroceder. Chasquea sus dedos y una llamarada de fuego me envuelve. No siento nada cuando la lumbre lame mis huesos, por lo que la atravieso como si se tratase de una simple cortina de humo.

—Miedo... —balbuceo, cayendo en la cuenta de que me cuesta expresarme con palabras, como si el lenguaje humano de pronto se volviese algo lejano y desconocido para mí.

Samedi da media vuelta, pero antes de que el desgraciado pueda dar un paso, me lanzo hacia él. Mi garra se clava en su espalda y le rasga el pellejo, a lo que él lanza un grito de dolor; levanta su botella de cristal, le da un trago y me escupe.

De su boca brota un espeso líquido negro y, por instinto, me echo hacia atrás. La asquerosa sustancia alcanza a rozar uno de mis brazos, por lo que gruño al sentirla penetrar mi hueso como si fuese un ácido, mientras un espeso vapor brota de mi masa ósea. El dolor me lacera los nervios, pero la ira me penetra más rápido al verlo echarse a correr de nuevo como un maldito cobarde.

Me abalanzo contra él y clavo mis fauces en su hombro. Grita y ensarta su bastón contra mis huesos torácicos, a lo que lanzo un aullido de dolor; es como si hubiese atravesado carne invisible. Aprovechando mi desconcierto, se escapa de mi agarre, pero cae al piso cuando alcanzo a rasgar su tobillo. La botella de cristal cae lejos de su mano y yo la aplasto con mi cornamenta.

—¡Maldito seas! —exclama, arrastrándose en el piso como un gusano. Vuelvo a la carga y lo sujeto por la espalda, arrancando el bastón de sus manos y arrojándolo lejos de nosotros. Le doy la vuelta para que su cara quede frente a la mía. Entierro mis fauces en el hombro de Samedi y le arranco tanto un grito como un cacho de pellejo que engullo hasta hacerlo desaparecer dentro de mi garganta. Su sangre, negra como el petróleo, empapa mi cráneo y me hace sentir de nuevo el deseo de lamerme el hocico. Miro al Loa bajo mis garras y sonrío con unos labios invisibles a falta de carne. Mi garra se cierra contra su cuello para después levantarlo frente a mis ojos.

—Por favor, por favor... —suplica, con sus manos apretando mi muñeca.

Mi corazón se llena de odio. ¿Suplica ahora? ¿Después de todo lo que ha hecho? ¿Tan malditamente cobarde es? ¡Quiero arrancarle la maldita cabeza!

—Pagarás, Samedi —amenazo, clavando mis uñas en su cuello y sintiendo que este se contrae bajo mis dedos.

Mortal. Samedi es ahora muy mortal, y parece tenerlo bien claro, ya que se revuelve, gimotea y lucha como un animal asustado. El placer me retuerce los adentros.

—¡No, no, escucha, escucha! —exclama—. ¡Yo no fui quien puso precio a tu cabeza! ¡Yo solo iba a cobrar mi premio por matarte, pero no soy tu verdadero enemigo!

—... ¿Cómo? —susurro muy apenas, ya que siento que me han embestado el estómago con un martillo—. ¡Mentira! —bramo, a lo que el monstruo se retuerce bajo mis garras.

—¡Es la verdad, es la verdad! ¡Me prometió la ciudad creciente a cambio de acabar contigo! ¡¿Por qué crees que Laurele estuvo aumentando mi poder y preparando mi venida por veinte años?! ¡Porque estaba predicho que tú pisarías Nueva Orleans!

Si tuviese párpados, ahora mismo los estaría abriendo y cerrando como persianas. El horror me sacude de pies a cabeza. ¡Debe estar intentando engañarme! Le empiezo a retorcer más el pescuezo hasta que empieza a hincharse entre mis dedos huesudos.

—P-por favor —suplica—. P-piénsalo, ¿de qué otra manera me serviría t-tu muerte si no era

para cumplir un trato?

Gruño, aún sin querer creerle a pesar de lo razonable que empieza a parecerme la idea.

—¿Quién?... —murmullo, aflojando un poco mi apretado agarre.

—¡No puedo pronunciar su nombre! ¡S-si lo hago, mi lengua estallará en mil pedazos! ¡Ese fue nuestro trato! —Descontento por su imbécil respuesta, vuelvo a retorcer.

—Dame una razón para no matarte... —Él intenta abrir los labios, sacando de ellos apenas un jadeo.

—L-las al-almas de aquellos que ha m-matado Laurele para mí... desaparecerán c-conmigo, y eso incluye a la bebé de Salvador Hoffman y a t-todos los hijos de Louisa Fiquette...

Mis garras se encajan tanto en la piel de su cuello que empiezo a sentir su esqueleto debajo de mis uñas; la sangre me hierve al escuchar esta maldita verdad.

Porque las almas ofrecidas al señor de la muerte, le pertenecerán a él hasta que las entregue al otro lado.

Miro a la criatura frente a mis cuencas y gruño de puro odio, sin querer ceder ante las razones que desfilan en mi cara. Quiero dejarme vencer por mi maldad, quiero hacerlo pedazos, arrancarle cada uno de sus miembros de la forma más espantosa posible y hacerlo sufrir de una forma mil veces peor de la que yo mismo experimenté. Quiero vengarme. Hacerlo pagar por él, por Tared. Por mamá Tallulah y por Muata. ¡Por Louisa y por...! ¿Sus hijos?

Algo empieza a latir dentro de mí al recordarla empapada en lágrimas, al pensar en sus brazos vacíos..., al recordar la cuna ensangrentada de la bebé de Hoffman. Si lo mato, Barón Samedi no sería la víctima de mi odio, el tan solo estaría saldando sus crímenes. Las víctimas serían ellos, esos niños. ¿Por qué ellos tienen que pagar por mi venganza? No puedo hacerle eso a Louisa. Ni siquiera a Hoffman.

A pesar de que me hizo ver como un ladrón, a pesar de que destruyó Comus Bayou, a pesar de que me destrozó los ojos, ¡a pesar de que le vendió mi vida a otro monstruo!, no soy capaz de matar a Barón Samedi.

—¿Un tr-trato? —tartamudeo.

—¡Sí, sí, hagamos un trato! —grita, desesperado por salvar su existencia.

La rabia vuelve a bullir, pero en vez de rendirme a ella, uso toda la voluntad de mi ser para hilar las palabras dentro de mi hocico.

—Vivirás, Samedi —susurro—. Pero si no puedes decirme su nombre, entonces... nunca volverás a decir nada más.

No le doy tiempo de protestar. Mis garras abren su boca y de ella sacan un músculo viscoso, tan negro como el petróleo. Mis fauces se cierran en la lengua del señor del Sabbath y, de un mordisco, se la arranco. La engullo, sintiendo el órgano helado retorcerse entre mis fauces.

Los gemidos de dolor del Loa se vuelven mudos a mis oídos mientras aquella lengua negra se instala en el fondo de mi garganta, volviéndose parte de mi ser, materializando lo que estaba allí solo en espíritu.

Mi boca se abre y de la punta de mi nuevo músculo brotan miles de lenguajes como un torrente de agua. De pronto, soy capaz de hablar el idioma de los muertos, el de los hombres, el de las bestias... la lengua del señor de la muerte se vuelve mi propia lengua. Mi garra suelta el cuello del Loa, quien cae como un bulto entre la hierba. Se revuelve de dolor ante mí, a lo que inclino la cabeza hacia él.

—Se acabó tu época de dios, Barón Samedi —le digo, hablando ahora con extrema fluidez. No el idioma de los hombres, sino el de los Loas—. Sin tu lengua, jamás podrás comunicarte de nuevo con los hombres ni con los espíritus. Morarás en el plano medio, tambaleándote como un monstruo mudo, tan solo trasladando seres de un lado a otro hasta el fin de tu existencia. Aunque,

suenan bastante misericordioso comparado con todo lo que has hecho, ¿no crees?

El espectro me mira con los dientes apretados y la sangre escurriéndosele por las comisuras como a cualquier mortal, a lo que yo suelto una risa que hace eco en el cementerio. Casi parece hacerse más pequeño a medida que yo me yergo frente a él, mostrándole mis cientos de huesos en todo su esplendor. Las ganas de asesinarlo a sangre fría luchan por dominarme, pero en cambio, comienzo a alejarme en dirección a la tumba por la que he entrado, dejándolo retorcerse como un simple gusano y sintiéndome íntimamente complacido con mi nueva lengua, a la cual le doy el placer de por fin relamerme el hocico.

—Estás consciente de que hemos hecho tu último trato, señor del Sabbath —le digo sin mirar atrás—. Yo te he perdonado la vida a cambio de tu lengua, así que espero y aprecies tu existencia lo suficiente como para no volver a cruzarte en mi camino —sentencio, escuchando los gemidos del Loa que ahora ni siquiera es capaz de gritar.

Ya no le tengo miedo. No ahora que sé que, bajo mis garras, el gran señor de la muerte no es más que un simple mortal.

Camino hacia la tumba por donde he entrado al reino de los muertos, divisando a mi último asunto por resolver: Laurele se arrastra hacia el portal, agitando su cuerpo pálido en espasmos de dolor y cargando sobre sus caderas la pesada bolsa de dinero. Llego hasta ella, a lo que gira su cabeza hacia mí y me mira con el más profundo de los horrores. Gimo de puro placer.

—¿A dónde crees que vas? —La sujeto de una de sus piernas desnudas y la arrastro hacia mí, justo antes de que pueda deslizarse hacia la tumba.

—¡No, no, por favor, por favor...! —suplica, al tiempo que la pongo boca arriba. Mi enorme cuerpo se yergue sobre ella y mis manos se cierran en su garganta como enredaderas de hueso.

—Has hecho cosas imperdonables, Laurele.

—No, por favor, Elisse, no...

—¡Asesinaste a niños inocentes!

—¡Por favor, déjame explicarte...!

—¡No me importan tus mentiras!

—¡Yo solo quería recuperar a mi hermana! —exclama, con sendas lágrimas empapándole el rostro—. Maté a esa gente, ¡maté a los hijos de mi hermana! Pero cuando me di cuenta de lo que había hecho, de lo sola que me encontraba... ¡Samedi me prometió revivir a Devon si yo misma acababa contigo! ¡Pero tú no morías, a pesar de todo lo que hice, tú no te morías! ¡MONSTRUO, MONSTRUO! —me grita, incapaz de darse cuenta de su propio cinismo.

La quijada me tiembla de pura rabia.

—Desgraciada —susurro—. Ni siquiera lo hiciste por amor a Louisa. ¡Lo hiciste por ti, porque no has tenido el valor para enfrentar las consecuencias de tus atrocidades! ¡No mereces su perdón!

—Elisse, no... —murmura ella, aterrada.

Siento mis huesos, siento mi ser, siento mi corazón hundido en la sangre de mis penas y el profundo desprecio que infecta cada una de mis células. La mujer yace debajo de mí, desnuda e indefensa, hundida en un destino que, estoy seguro, nunca habría imaginado ni en sus peores pesadillas. Inclino mi hocico hacia ella y le susurro a su oído:

—¿No acabas de decirlo tú misma, Laurele? Soy un monstruo.

Mis manos se aferran a los costados de la cripta para jalar mi cuerpo con las pocas fuerzas que me quedan. Broto de las entrañas de la tierra mientras escucho un montón de alaridos a mi alrededor. Mis ojos se abren despacio, aturridos al ver la luz del alba despuntar frente a ellos, siendo capaces de ver perfectamente. Los he recuperado.

Mi cuerpo desnudo cae rendido al piso y aún con mis caderas y mis piernas sumergidas en la oscuridad de la tumba de Marie Laveau. Veo mis manos, mis brazos, lo poco que mi periferia me permite y distingo que están cubiertos de piel pálida como el mármol, como si hubiese vuelto a nacer y el sol de la India nunca la hubiese besado. La cabeza me pesa horrores, así que la inclino para descansarla, con todo y la cornamenta rojiza que aún la corona.

Gritan mi nombre, pero estoy tan débil y aturdido que apenas y puedo mantenerme despierto. Veo que varios pares de pies se acercan a mí y luego algo caliente es depositado sobre mi cuerpo. Un pelaje tibio me acaricia, haciéndome estremecer con el suave contacto. Suspiro.

Es piel de lobo.

Capítulo 42
LEJOS DE CASA

«Han pasado cinco meses desde que puse un pie por primera vez en Nueva Orleans. Llegué a esta tierra devorada por la niebla abrazado a quince dólares y un único sueño: volver a estar con mi padre.

La esperanza fue lo que me hizo abandonar todo; lo que conocía, lo que me hacía sentir seguro, incluso lo que yo mismo era. A cambio, encontré la verdad sobre mis pesadillas, sobre mi naturaleza, la verdad sobre la humanidad misma y sus misterios.

No me arrepiento del miedo que sentí, del dolor que tuve que aguantar, tanto físico como emocional, porque todo eso estuvo plagado de actos de amor, tanto míos como de la gente que comenzó a quererme. Un amor que tuvo fallas, que tuvo caídas y pérdidas, un amor doloroso y lacerante que, a fin de cuentas, me mantuvo con vida a toda costa. Y tal vez, de lo único que me arrepiento, es de no tener la certeza de qué es lo que me espera. Ni de lo que soy capaz de hacer ahora que sé que no soy un errante, ni un humano.

Ahora que sé que soy...».

Despego la pluma del papel para rascar con ella la venda sobre mi cabeza, tratando de calmar un poco la comezón de mis cicatrices. De haber sabido que sería tan desesperante, hubiese preferido quedarme con mis cuernos otro rato antes de dejar que me los serrucharan.

Echo el libro rojo de Laurele a un lado, en cuyas páginas en blanco he estado escribiendo, y me acomodo un poco mejor en la cama. Giro mi rostro hacia un lado del cuarto, todo para ver a mi cornamenta cercenada adornar majestuosamente la pared, siendo así el único objeto en ella. Y qué va, es el único adorno que hay en esta cabaña, símbolo de que he comenzado mi propia colección de rarezas. Suspiro e intento levantarme, pero aún me duelen las piernas y la cadera, así que desisto y vuelvo a recostarme.

A pesar de que ya ha pasado casi una semana, sigo teniendo estragos de la batalla en el cementerio, por lo que andar todavía me cuesta un poco. Pero más allá de eso, siento que hay una parte de mí que jamás podrá aceptar todo lo que ocurrió ese día.

En cuanto salí de la tumba de Marie Laveau, Tared mismo me cubrió con su piel y me cargó hasta la *suburban*, asegurándome que todo había terminado. Que habíamos vencido.

Tan solo estuve consciente el tiempo suficiente para ver cómo, entre gimoteos y lágrimas, metían a padre Trueno en el coche de Hoffman aún en su forma bestial. El anciano, tal como yo lo había predicho, no sobrevivió, y siendo el verdadero líder de la tribu, fue de quien me habló Samedi. Uno de los errantes terminó por cercenarle la garganta, aunque no sin antes recibir un golpe fatal del Lobo Manto Azul.

Todos los demás sobrevivieron muy apenas. Me aseguran que la pelea terminó mucho antes de

que yo saliera de la tumba, así que quiero creer que en cuanto tuve a Barón Samedi a mi merced, sus engendros dejaron de ejercer influencia en el mundo terrenal. Pero aun así, el hecho de que hayan aguantado por tantas horas las hordas de un ejército interminable de zombies, es la prueba irrefutable del poder de mi familia de errantes.

Cargaron los cuerpos de los errantes en la *suburban*, amontonándolos y aplastándolos lo mejor posible para que cupieran. Con eso, nos fuimos a la reserva en donde Hoffman nos acompañó hasta la tarde de ese día, justo para hacer el ritual de cremación de padre Trueno, cuyas cenizas fueron arrojadas al pantano, tal y como hicieron con mamá Tallulah y Muata. Yo no estuve presente gracias a que estaba durmiendo como una roca en una de las cabañas, pero Tared me lo contó todo en cuanto desperté.

Al día siguiente, vaciaron la vivienda de Muata. Todas las cosas que alguna vez le pertenecieron fueron quemadas para dar paso a las mías, tal cual se suele hacer en la tradición de los contemplasombras. Cada uno es distinto y, por ende, sus objetos llevan su esencia impregnada como un sello místico, así que es desaconsejable que otro errante los use.

Un «bienvenido a casa, Elisse» colgaba de una manta blanca en la entrada de la cabaña cuando me trasladaron allí. Sobre la cama yacía mi viejo morral, con el sobre de mi padre y mi cuchillo. De alguna manera, habían recuperado todo para mí.

Pero lo que más me estremece es que, al parecer, ninguno de nosotros ha sido lo bastante valiente para empezar a guardar luto. Para aceptar que ya nada volverá a ser como antes.

Desde que regresamos a esta aldea, a este pantano, las cosas parecen haber cambiado de una manera que jamás nos hará sentir de nuevo en casa. Faltan nuestros padres. Falta nuestro abuelo. Falta un trozo de nosotros mismos, y nadie parece querer darse el lujo de resentirlo. Nadie, excepto Nashua.

Él no me dirige la palabra, ni se asoma a mi cabaña, pero eso es algo que no puedo recriminarle. Entiendo que el dolor que siente al mirarme nunca va a cesar, porque en mí solo va a encontrar el recuerdo de la gente a la que perdió a través de esta batalla, al causante indirecto de su creciente agonía. Cada día parece más demacrado, más delgado y taciturno, ya que, en cuestión de días, murieron los tres ancianos; los seres que lo amaron desde que fue un niño, y de esas cosas difícilmente uno se recupera. Lo sé porque nunca podré soportar la pérdida de mamá Tallulah, a la que cada día extraño más y más.

Johanna y Julien son menos tímidos. Vienen, comen conmigo y tratan de entablar una conversación, pero llevo días sin decir más de dos palabras, tanto así que al principio temieron que Samedi me hubiese arrancado la lengua. Y no. Estoy completo y con todas mis facultades, pero ya me cuesta demasiado abrirme con ellos por dos razones:

La primera es por culpabilidad. Cuando veo a la chica, me estremezco por la herida que se marca en sus clavículas. Según sé, esa cicatriz se extiende hasta por debajo de su ombligo; un errante casi la parte en dos aquella noche. Julien perdió mucha sangre en la batalla y casi muere también, pero por suerte bastaron un par de días y los cuidados de Johanna para que volviera a estar como nuevo. Lo que sí me sorprendió es que Hoffman hubiese quedado completo; es más, Julien me aseguró que el tipo jamás se mostró intimidado por los errantes y que, encima, disparaba con una puntería macabra. Sobra decir que no le hizo falta mucha ayuda.

Quienes aguantaron más fueron Tared y Nashua gracias a su tremenda fuerza, pero igual no se salvaron de ser lastimados con gravedad. Todos pudieron morir para lograr que yo alcanzase a Samedi y aunque es irracional que me sienta mal, no puedo evitarlo. No puedo ignorar el hecho de que Comus Bayou quedó hecha trizas para protegerme. Y esa misma vergüenza demente me impide verlos a la cara.

Alcanzo el libro rojo de Laurele y lo abro justo en la página en la que acabo de escribir. Aprieto la pluma y termino mi frase:

«... *un monstruo*».

Cierro los ojos, intentando que mi propia oscuridad no me devore, pero la puerta de la cabaña se abre de repente.

—Buenos días. ¿Cómo te sientes, chico americano? —dejo el libro a un lado y exhalo de alivio al ver el rostro sereno de Tared, quien me regala una media sonrisa.

El apodo me lo ha puesto gracias a que, desde que salí del plano medio, mi acento hindú ha desaparecido por completo, tanto así que me asegura que ahora será imposible distinguirme de cualquier otro sureño.

—Estoy mejor... —digo en voz baja, a lo que él se acerca a mí y se sienta en la orilla de la cama.

—¿Crees que puedas caminar bien pronto?

—Sí, solo dame unos días y podré ser útil.

—No me refiero a eso, Elisse. Por mí, podrías quedarte sin hacer otra cosa que sentarte por allí y adornar la cabaña. No quiero que te esfuerces, eso es todo —me dice con seriedad—. Te ves algo cansado.

—Sí... no he podido dormir bien. Tengo pesadillas.

Es una verdad a medias. Desde la batalla, cada noche revivo una y otra vez escenas horripilantes, sangrientas y macabras que bombardean mi cabeza y me impiden descansar. Y lo peor de todo es que no son sueños. Son recuerdos. Yo nunca sueño.

Tared nota mi turbación, por lo que se acerca a mí y pasa su brazo por mis hombros. Me estrecha con fuerza, recargando su espesa barba sobre la coronilla de mi cabeza. Percibo el olor a madera y tabaco de sus ropas y siento ganas de atrapar el cuello de su camisa de franela entre mis puños. Mi mente vuela al día en el que conocí a este errante en su forma humana, a lo que un suspiro empapado en melancolía brota de mis labios. Dioses, cuánto desearía poder enterrar mi rostro en su hombro y dejarme llevar un poco...

—Ya todo ha terminado, Elisse —me recuerda, como suele hacer todos los días—. Lo que pasó esa noche en el plano medio, déjalo morir allí, en ese recuerdo. Lo único que importa es que estás aquí, con nosotros.

Me estremezco de vergüenza porque, una vez más, tuve que mentir para salvar mi pellejo. Cuando me preguntaron cómo es que había vencido a Samedi, tan solo les dije que un ancestro me había auxiliado en el último momento, ayudándome a transformarme, pero que todo había pasado tan rápido que no pude saber con certeza cuál, y que el renacimiento de mis ojos tal vez había sido un don otorgado por la derrota del Loa de la muerte.

Nunca me atreví a contarles que me dejé poseer por el mismo monstruo que asesinó a Ciervo Piel de Sombras, ni lo que tuve que hacer para volver a ser, de alguna manera, Elisse. Y digo que de alguna manera, porque siento que después de todo lo que he vivido, nada ha quedado de aquel muchacho que pisó por primera vez Nueva Orleans. De aquel que podía levantar la frente en alto y decir que nunca había cometido ningún acto horripilante.

Me creyeron. Y Tared más que nadie, por lo que el remordimiento me carcome cada vez que este hombre me mira, cada vez que sus dedos me tocan y cada vez que su presencia me arranca un suspiro.

—Gracias, Tared —susurro.

De pronto, sus dos brazos me envuelven por completo en un fuerte apretón. Titubeo, pero al final lo abrazo también, conteniendo su grueso cuerpo entre mis delgadas extremidades que apenas

y pueden tocarse. El calor de mi líder me hace sentir como si estuviese dentro de una madriguera, como si él fuese un refugio de la más inclemente tormenta. Para mí, todo lo que hay fuera de la periferia de sus brazos, Loas, espíritus, humanos, todo eso está construido solo con dolor.

Ojalá pudiese quedarme así para siempre, pero Tared empieza a aflojar su agarre. Entiendo la señal, por lo que lo suelto de inmediato, sintiendo un agradable calor inundarme las mejillas en una clara mezcla de felicidad y vergüenza.

—Hoffman viene —me dice en voz baja.

—¿Ya sabe lo del dinero? —pregunto, mientras miro de reojo el cajón al lado de mi buró donde he guardado la bolsa que conseguí de Laurele en el plano medio: más de siete mil dólares. Tared niega, a lo que respiro aliviado. No quiero entregar ese dinero antes de saber qué rayos va a pasar con todo el asunto de mi orden de arresto.

—Tan solo quiere verte, así que me le adelanté.

—Para evitar cruzarte con él, ¿no? —se echa a reír.

—Me conoces bastante bien —me dice, sonriéndome y arrugando la comisura de sus ojos, cosa que pareciera rejuvenecerlo por un instante—. Bueno, supongo que te veré hasta mañana. Hoy tendré que quedarme en el taller hasta tarde, ya que tengo bastantes pendientes gracias a las vacaciones que me tomé —dice con sarcasmo, a lo que río y asiento, tratando de hacer un gesto comprensivo. Se levanta y me dirige una última mirada antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Miro aquella hoja de madera por largos minutos, en los cuales el segundo motivo de mi silencio queda más claro que nunca:

No puedo confesarle que, más allá de que me haya convertido en un espantoso monstruo, soy el blanco de un ser todavía más terrible que Barón Samedi. Que los horrores que hemos visto tal vez sean solo la cola del león, y que si existe un ser que es capaz de pagar el precio del señor del Sabbath, entonces la cacería por mi cabeza apenas ha comenzado. Y que, probablemente, ninguno de nosotros podrá salir con vida de eso.

Tampoco le puedo decir que he despertado poderes tan magníficos como espantosos en mí gracias a que me comí la lengua del Loa de la muerte. Ni que debido a que me he dejado poseer por el monstruo de hueso, su maldita voz me susurra todo el tiempo, exigiéndome que realice cosas tan atroces como lo que hice para recuperar mi propio cuerpo.

No puedo decirle que ahora, más que nunca, entiendo y lo que siente Johanna por él, por tener que conformarme con solo ser...

«Crack, crack, crack...»

Mi columna se pone rígida cuando escucho aquello.

«Crack, crack, crack...»

Miro despacio hacia la puerta trasera de la cabaña.

«Crack, crack, crack...»

Abro los ojos de par en par, pero mis labios se quedan apretados en una línea recta. Me tenso.

«Crack...»

Los chasquidos se acaban y yo vuelvo a respirar. Me recuesto contra la almohada y miro hacia el techo.

Lo más importante de todo, es que no le puedo decir a Tared que nunca he vuelto a estar solo. Porque desde que puse un pie en esta cabaña, en este territorio de sombras... aquel chasquido me persigue desde la oscuridad.

Siento que algo está allí. Y que ese algo, viene por mí.

Hoffman entra a mi cabaña, sosteniendo un humeante y apestoso cigarrillo entre los labios,

logrando que yo arrugue el entrecejo. Me mira y sonrío de lado, a lo que yo lo imito.

—Cabrón, ¿sigues vivo? —me pregunta, ahogando una risa en el humo del tabaco.

—A este paso, creo que tú te morirás primero—respondo, apuntando a su vicio. Él ríe a pulmón, tirando la colilla en el piso para después aplastarla con la punta de su zapato. Bueno, no me ha insultado por mi comentario, así que supongo es una buena señal.

El agente toma una silla y se sienta al lado de la cama. Es la primera vez que lo veo desde que ocurrió la batalla en el cementerio, así que me da algo de gusto que esté bien. Después de todo, él nos ayudó, y mucho.

—¿Cómo sigues, niño? —me pregunta con algo que quiero creer que es interés genuino.

—Estaré bien en unos días más. Ya sabes que suelo dormir la mayor parte del tiempo.

—¡Vaya, hasta pareces un mocoso normal! Pero me alegra ver que recuperaste tus ojos. Vas a poder volver a poner tu cara de fastidio cuando te diga lo idiota que eres.

—Diablos, Hoffman, me alegra ver que tu nivel de cretino no se vio afectado por la pelea. —El agente se echa a reír, a lo que yo lo sigo con un carraspeo gangoso.

—Hace falta más que una manada de fenómenos para acabar conmigo —dice convencido—. Pero vamos, debo admitir que, a estas alturas, me alegra no tenerte de enemigo. Eres una cosa difícil, muchacho. Casi te admiro.

Los ojos oscuros de Hoffman se clavan en los míos, tanto así que me veo obligado a echar los míos por la ventana para escapar de su escrutinio. Carraspeo y lo incito a hablar de cosas irrelevantes durante un buen rato, hasta que por fin llega la pregunta que ya me venía temiendo.

—¿Qué pasó con Laurele? —cuestiona el agente, y yo tiemblo menos de lo que me esperaba. Le regreso la mirada, sosteniéndosela casi con indiferencia.

—Se quedó en el otro lado —respondo con tranquilidad—. No alcanzó a cruzar el portal, aunque creo que no le faltaba mucho para morir de todas maneras.

Hoffman se echa hacia atrás y se pone tenso como una lápida, a lo que no puedo evitar preguntarme si este hombre me ha creído.

O sí, sin importar la verdad, algún día será capaz de encontrar algo de paz.

—¿No has tenido problemas con la policía? —pregunto, tratando de cambiar de tema—. Tú sabes, por todo el desastre que hicimos en el cementerio.

—¿No te contaron...? Me despidieron los muy imbéciles.

—¿Qué? ¿Es en serio? Es decir, sí, era cuestión de tiempo con lo cabrón que eres, pero... ¡Auch!

Hoffman me ha soltado un puñetazo al hombro, acompañándolo de una sonrisa en señal de que no se ha ofendido.

—Hicimos algo de escándalo aquella noche, ¿sabes? Por suerte no hay muchas casas cerca del cementerio, y los vecinos no son demasiado curiosos, con eso de que hay tanta inseguridad en la zona. Mis superiores sospecharon que yo tuve algo que ver con la destrucción de las tumbas e incluso con el robo de los cadáveres, pero como no tenían pruebas suficientes porque no había cámaras ni testigos, no pudieron hacer otra cosa que echarme.

—Qué mal... ¿Al menos sabes si han preguntado por lo de mi caso en el centro budista?

—No. Pero a veces llamo a la señora Fiquette para decirle que estás bien.

—¿Louisa? ¿Cómo está? —pregunto en un hilo de voz.

—Mal —responde con franqueza—. Te echa mucho de menos. No harías mal con llamarla tú mismo.

El corazón se me hace añicos, porque yo también la extraño demasiado, pero mis motivos para no tener contacto con ella son mucho más relevantes que cualquier herida.

«Seas humano, brujo o errante, estar conmigo es peligroso».

La mano de Hoffman viaja a mi hombro para apretarlo.

—Vamos, no pongas esa cara. No deberías tener problemas en volver pronto si es más que evidente que tú no te robaste nada. ¡Vaya idiota el Carlton ese! Desaparece el dinero de nuevo, a pesar de que ni siquiera estabas en el centro, y sigue creyendo que tú tuviste la culpa.

Susurro un «gracias», a lo que él mueve la mano de un lado a otro, restándole importancia.

—Pero no sé más sobre el caso, ya que ni siquiera he podido irme a dar una vuelta yo mismo; mi coche se estropeó después de cargar el peso del señor Tantoo.

—Podrías decirle a Tared que te eche una mano con eso —digo, con la voz lastimada gracias al recuerdo del cadáver de padre Trueno—. Es buen mecánico, ¿sabes?

—No, gracias —dice con brusquedad, echándose hacia atrás—. No quiero al pendejo de Miller alrededor de mis cosas.

Su comentario me hace suspirar. No puedo creer que después de todo lo que ha pasado, aún siga a la defensiva con Tared.

—Hoffman, ¿por qué lo odias tanto? —pregunto, en verdad preocupado—. No puedes seguir culpándolo por lo que pasó cuando era policía, él no...

—Elisse, ¿de verdad crees que conoces a Tared Miller? ¿Nunca se te ha ocurrido, ni por un instante, que tal vez el hombre no es lo que dice ser? Porque, mira, a pesar de que ahora se porta como un perro manso, en la academia tenía un carácter que...

—No. Tared nunca sería capaz de hacer algo así a propósito. Y no hay nada en este mundo que puedas hacer o decirme para convencerme de lo contrario —digo con firmeza, cruzándome de brazos y dejándole bien en claro que no voy a seguir discutiendo este punto. El hombre alza las manos brevemente.

—¡Con un demonio! Su mujer debió estar más loca que ustedes cuando se fijó en él.

Un latido se atasca en mi corazón a la par que el mundo se detiene. Parpadeo un par de veces y me inclino hacia Hoffman, con la cara rígida como un ladrillo.

—¿Qué has dicho?

—¡No me digas que no lo sabes, Elisse! Tared Miller tiene una esposa.

Capítulo 43
UN CHASQUIDO EN MEDIO
DE LA OSCURIDAD



Estiro mi cuello para ver el alba que toca la reserva, desenroscándome del retrovisor y dejando que mis escamas blancas sean acariciadas por el sol. Después, me giro para verte mientras entramos a la aldea de la tribu Comus Bayou, con el rechinado de la grava bajo las llantas del *jeep*. Aparcamos en la entrada de la cocina, en donde acabo de ver a Johanna salir, cargando una pequeña caja de madera donde están las pociones curativas que lleva usando en Elisse toda la semana.

Alargas el brazo para descolgar el pequeño atrapasueños que adorna el retrovisor, cosa que yo aprovecho para enroscarme en tu dedo. Bajas del vehículo y echas un vistazo a tu alrededor para después sonreír. Te observo inspeccionar el suelo, los árboles, todo el pantano... ambos nos encontramos satisfechos de no ver ni un rastro de niebla.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

Das un pequeño respingo y ves a Julien acercarse con gesto de no haber pasado el suficiente tiempo con la luna. Escondes el objeto nativo americano en tu bolsillo, pero el nerviosismo se te nota a lenguas, por lo que el pelirrojo despabila al tiempo que alza una ceja. Es obvio que ha mirado lo que te has metido en la bolsa.

—Ah, bueno, yo...—te rascas la maleza de tu mandíbula para después suspirar con resignación ante la mirada burlona de Julien. Rendido, sacas el atrapasueños y se lo muestras al errante bisonte, quien pone cara de desconcierto—. Es de Elisse.

—¿No es el que traías en tu camioneta? ¿Ese que te regaló tu madre?

—Sí, es decir, vine a dárselo a él. Ayer me dijo que últimamente estaba teniendo pesadillas, así que pensé que... ¿Por qué carajos me miras así?

—Ya, tranquilo, ya entendí —dice Julien, palpándote el hombro y sonriéndote de una forma que no consigues descifrar—. ¿Johanna acaba de ir a verlo, no?

—Sí, no debe de...

—¡TARED, JULIEN! —El grito de la chica retumba por toda la aldea. Espantados, tu hermano y tú corren hacia la cabaña de Elisse, en donde Johanna los espera en la puerta, pálida y con cara de haber visto una masacre.

—¿Qué diablos pasa?! —exclama Julien mientras tú apartas a la chica para entrar a la choza.

—¡No está, Elisse no está! —grita ella, a lo que el pelirrojo la mira como si le hubiese salido otra cabeza. La toma del brazo y ambos entran de nuevo a la cabaña, donde te encuentran mirando

un espectáculo estremecedor.

Las tablas del piso, todas y cada una, yacen arrancadas del suelo y desperdigadas por toda la habitación; la puerta trasera está rígida sobre la cama y la cortina rasgada se balancea con el viento que pasa por la ventana abierta de par en par.

El corazón se te congela en la garganta.

—¿Cómo es posible?! ¡Si yo mismo hice guardia anoche por si algo ocurría y no escuché nada, NADA! —grita el pelirrojo fuera de sí.

Él y Johanna te miran con los ojos desorbitados, mientras tú sigues enraizado en el suelo. Inspeccionas de arriba abajo la habitación, deslizando tus ojos azules por cada rincón que alcanza tu periferia hasta capturarlo todo en un solitario retrato.

Me bajo de tu dedo y me deslizo hacia la cómoda al lado de la cama, dejando un rastro tibio para que mires hacia acá. Tus ojos se arrojan al cajón entreabierto donde he metido la punta de mi cola, a lo que te acercas con un miedo atroz subiéndote por la espalda. Lo sacas despacio, encontrando el mueble sin un solo objeto en su barriga. Tanto el dinero como las pertenencias del muchacho han desaparecido sin dejar rastro.

La locura se siembra en tu cabeza, mientras yo tengo la certeza de que no ha quedado nada en ese cuarto, en este mundo o en el otro, que tenga la capacidad de decirte qué es lo que ha pasado con Elisse.

FIN DEL PRIMER LIBRO.

AGRADECIMIENTOS

Primero, quiero agradecer a los atlantes que han soportado mi mundo hasta ahora: mis padres, las personas más fuertes que conozco. Muchas gracias a mi mamá por ser una mujer tan ejemplar, sacrificada y valiente, y a mi papá por inspirarme a querer ser una persona tenaz, inteligente y perseverante. Ustedes son mi modelo a seguir, y a pesar de la brecha que separa nuestro modo de pensar, siempre ha habido un puente construido a base de nuestro cariño que nos mantiene cerca y unidos. Muchas gracias por todo su apoyo y por el esfuerzo que han realizado a través de los años para comprender mi universo personal. Los quiero, de aquí hasta el infinito.

También, quiero extender mi agradecimiento a: mi hermano Daniel, mi mejor amigo, el saiyajin más valiente del universo y con quien he crecido de una manera envidiable, extravagante y divertida. Te admiro muchísimo por tu fortaleza, por tus ganas de salir adelante a pesar de las duras pruebas a las que te has enfrenado. Te esperan grandes cosas, dude, ¡nunca te rindas!

A Ana Redfield, quien con su asombroso talento para la música y su amistad incondicional ha sido parte de esta historia de formas incapaces de contarse. Muchas gracias por todo, por tu apoyo, tu paciencia, tu cariño y las veinte mil revisiones que le hiciste a este libro. No habría llegado hasta aquí sin la familia y tú. Sabes lo importante que es eso para mí.

Una mención especial para Arturo Pulido, quien se nos adelantó en el camino. ¡Como quisiera que hubieses leído este libro! Pero siempre te llevaré en mi memoria.

También, gracias a mis primeros lectores: Mary Arias, quien se emocionó y sufrió con esta historia y que hasta la fecha, nunca ha dejado de darme ánimos; a Ruth Gonzáles, con su inquebrantable amistad desde el otro lado del charco; a Paco González, un gran profesor que fue incondicional hacia este proyecto y me tuvo harta, harta paciencia para darme sus invaluable opiniones; a Nadia Acero, por esas noches donde compartimos nuestro pasado; a MariLou Paredes (no tienes idea de lo muchísimo que me sirvieron tus observaciones, ¡le pusieron cabeza y pies a la historia!). Gracias a ustedes que leyeron de cabo a rabo el manuscrito, aun cuando estaba saturado de errores, mal redactado y sin estómago ni boca. Lo hicieron todo posible.

También, gracias infinitas y muy especiales a mi querida correctora Victoria Ruiz Britos, quien con sus cariñosos regaños desde el sur del continente y su paciencia para mejorar este proyecto, me apoyó a crear algo de calidad increíble, ¡eres la mejor correctora del mundo! Muchas gracias por ayudarme y respaldarme, tu trabajo ha sido invaluable.

Abrazos, agradecimientos y altares para todo mi querido #TeamLNDB: a mis bloggeras, las primeras chicas que se animaron a devorarse la historia (o dejar que las devorara a ellas) y

decidieron difundir este proyecto a través de sus valiosos espacios: Mariana Ponce, muchísimas gracias por ser la chispa que comenzó el incendio; Ann Hernández y Viridiana Jiménez, reinas absolutas de mi altar y de cierto hombre de copa; Evelyn Cuellar, una de las personas más amables y dulces que he conocido, a Yelania por el apoyo asombroso para que la gente conociera la historia. A mi entrañable lectora Elizabeth Figueredo y su hermosa devoción a la historia, a Carina Rosas, por su apoyo invaluable para llevar este proyecto a otro nivel y su paciencia para hacerme terapia emocional. ¡Todas ustedes son increíbles!

Mil gracias a Luna Poumian, mi maestra de rituales; Nax Nava, Eunice Reyes, Andrea Von T; a mis amigos Daniel Huitrón, Mike Rojo, Jefe Oscar, Mike Azul, Paukane, Xipe Topec, Ingrid Alinée Sosa, Khrist Montes, Chino Busson, Micke Bios, Patrick Simon, Will Morales, Luis Ballesteros, Luis Boiler; Yunnuen, Armando y toda la gente linda de Gandhi Aguascalientes. A la carismática escritora Adriana González Marques, por el café y los consejos; a Adolfo, mi familia del pantano (especialmente a Lorna) y sus increíbles historias que dieron pie a que naciera un sueño; a Montse Córdova y Ary Ruiz; a mi chiqui Paula DeGrei, al talentoso Antonio Rangel, Mauricio Psy y toda la gente linda de wordpress que conocí durante los inicios del proyecto; a mis queridos maestros Geshe Tsering Palden y Geshe Ngawang, a mi querida amiga Amparo Ruiz Cortés, a mi científico predilecto Alberto Quintero, a la dulce Ani-La y a toda la familia que conocí en Madrid y en el centro budista tibetano Thubten Dhargye Ling. También, a toda la familia Moffat: Elizabeth, María, Gayland, Hollie y Benjamin, por su cariño y por hacer de mi adolescencia en Utah un verdadero sueño.

Gracias a mis queridísimos pre-reseñadores, que se arrojaron a la historia antes de que viese la luz. ¡Vaya! Son tantos que no podría ponerlos a cada uno, pero todos ustedes le dieron una oportunidad a la historia y siempre los tengo en el corazón de esta nación. Ha sido un viaje asombroso, ¡gracias!

Todo mi cariño y devoción a Nueva Orleans, por inspirar un amor que solo puede ser visto a través de la luna llena sobre Bourbon Street.

Y finalmente, pero no menos importante, a ti, lector, a ti que has estado dándole una mirada de reojo a esta historia desde tu silla, por adentrarte en esta aventura que apenas comienza y por hacer algo invaluable: acompañar a Elisse. Apenas es un niño, y lo peor está por venir, así que gracias, gracias por no dejarlo ir solo. Sé que está en buenas manos.

Gracias a todos ustedes por ser ya parte de la Nación. Nos vemos en el siguiente libro.

SOBRE LA AUTORA

Mariana Palova es mexicana, nacida en Jalisco en 1990. Artista visual, diseñadora gráfica y alquimista entusiasta. Amante de la naturaleza, los cambiaformas, lo místico, las artes ocultas y la música folk. Destacada como artista visual, comenzó a crear obras de arte a los diecisiete años, y su trabajo ha sido expuesto en distintas partes de México, Estados Unidos, Sudamérica, Asia y Europa. Su pasión por la escritura comenzó a los trece años, pero en 2015, decidió dar un paso fuera de su área artística para perseguir su sueño de volverse escritora. La Nación de las Bestias es su primera saga.

www.lanaciondelasbestias.com

Twitter: @marianapalova

Facebook: MarianaPalovaArtwork

ÍNDICE

PRÓLOGO

Primera Parte UN MONSTRUO ENTRE NOSOTROS

Capítulo 1 EL ABISMO PARPADEA

Capítulo 2 CRIATURAS HAMBRIENTAS

Capítulo 3 FAMILIA DE DOS

Capítulo 4 UNA APARIENCIA INUSUAL

Capítulo 5 NO TODO SE ABRE DESDE AFUERA

Capítulo 6 AQUÍ SIEMPRE HAY BRUJAS

Capítulo 7 MENTIRAS NOCTURNAS

Capítulo 8 ORO ANDANTE

Capítulo 9 PAISAJE EN LA PIEL

Capítulo 10 GENTE QUE SABE DEMASIADO

Capítulo 11 EL CHICO LOCO

Capítulo 12 ASECHO

Capítulo 13 OJOS DE CAIMÁN

Capítulo 14 LA TORMENTA REGRESA

Capítulo 15 ALGO FAMILIAR

Capítulo 16 UN MAL PRESENTIMIENTO

Capítulo 17 COMUS BAYOU

Segunda Parte UN MONSTRUO COMO NOSOTROS

Capítulo 18 CADÁVERES DE LEJÍA

Capítulo 19 LA FAMILIA NO SE MEZCLA

Capítulo 20 HISTORIAS JUNTO AL FUEGO

Capítulo 21 UN GRITO A MEDIAS

Capítulo 22 WITCH DOCTOR

Capítulo 23 ESTRELLAS ESCARLATAS

Capítulo 24 POLVO Y SOMBRAS

Capítulo 25 CENIZAS Y HUESO

Capítulo 26 UN LADRÓN LEAL

Capítulo 27 SENTIMIENTOS COMPLEJOS

Capítulo 28 SENTIMIENTOS (Y HABITACIONES) ATROCES

Capítulo 29 ATRAPAHUESOS
Tercera Parte UN MONSTRUO DENTRO DE MÍ
Capítulo 30 EL MUNDO EN PEDAZOS
Capítulo 31 MIS NIÑOS NUNCA VUELVEN
Capítulo 32 LA HOGUERA DE LOS MILAGROS
Capítulo 33 LEALTAD
Capítulo 34 DOLOR
Capítulo 35 MARTES GRASO. LA NOCHE DE LOS ESPÍRITUS
Capítulo 36 PIEL DE LOBO
Capítulo 37 OSCURIDAD
Capítulo 38 ORGULLO
Capítulo 39 FAMILIA DE UNO.
Capítulo 40 LA SERPIENTE Y LA LUNA
Capítulo 41 ¡QUE ARDAN LAS BRUJAS!
Capítulo 42 LEJOS DE CASA
Capítulo 43 UNA TORMENTA A CUESTAS
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA
ÍNDICE

[1]. Moneda de cambio en la India.

[2]. Para evitar inundaciones, las casas en Nueva Orleans no se construyen al nivel de suelo, sino sobre columnas o pisos falsos.

[3]. Tapiz o bandera budista, de seda pintada o bordada.

[4]. Alto grado académico otorgado a algunos monjes dentro del budismo tibetano.

[5]. Sopa espesa tradicional de la comida criolla que se sirve con arroz. Puede contener mariscos, aves, embutidos o carnes ahumadas y se condimenta con tasso o andouille.

[6]. Existen tres cementerios Saint Louis en Nueva Orleans. El primero es considerado el más importante.

[7]. Sacerdotisa vudú nacida en 1794, denominada «La Reina Vudú», siendo la practicante más famosa de la historia.

[8]. Comida tradicional criolla que consistente en sobras y embutidos.

[9]. La leyenda de los trotapieles o skinwalkers se origina en la cultura nativo americana.

[10]. Nombre popularmente usado para la industria cinematográfica en idioma hindi. Su característica más representativa son sus escenas musicales y bailes coreográficos.

[11]. Moneda Haitiana, introducida desde 1813.

[12]. Amuletos vudú.

[13]. En Luisiana, se denominan parroquias a los condados.

[14]. Hilera de picos o ganchos metálicos que se colocaban sobre las puertas de los patios traseros en el siglo pasado, con el fin de mantener alejados a los pretendientes de las mujeres jóvenes que vivían en la casa.

[15]. Bardo Budista: La palabra tibetana Bardo significa literalmente «estado intermedio», también traducido como «estado de transición».

[16]. Continente Americano. Barón Samedi es una deidad vudú no originaria de África.

[\[17\]](#). *Leyenda urbana originaria de Nueva Orleans.*